

Mentiras piadosas

LINDA HOWARD



se

Nada podría haber preparado a Jay Granger para la visita de dos agentes del FBI... ni para las noticias que le traían. Steve, su exmarido, había sufrido un accidente que lo había dejado gravemente herido y el FBI necesitaba que Jay confirmara su identidad.

El hombre que Jay encontró en la cama del hospital era prácticamente irreconocible. Seguramente porque estaba agotada y algo asustada, Jay confirmó que se trataba de Steve Crossfield. Pero cuando se despertó del coma no era para nada como ella recordaba a su exmarido. Además, no guardaba memoria de su vida junto a ella.

De pronto nada le resultaba familiar, ni su aspecto, ni su intensa personalidad, ni el deseo que provocaba en ella. ¿Quién era ese hombre? Y... ¿se rompería la pasión que había entre ellos cuando descubriera su verdadera identidad?

OceanofPDF.com



Linda Howard

Mentiras piadosas

Rescates - 4

ePub r1.0

Titivillus 23-04-2022

OceanofPDF.com

Título original: *White Lies*

Linda Howard, 1988

Traducción: Fernando Hernández Holgado

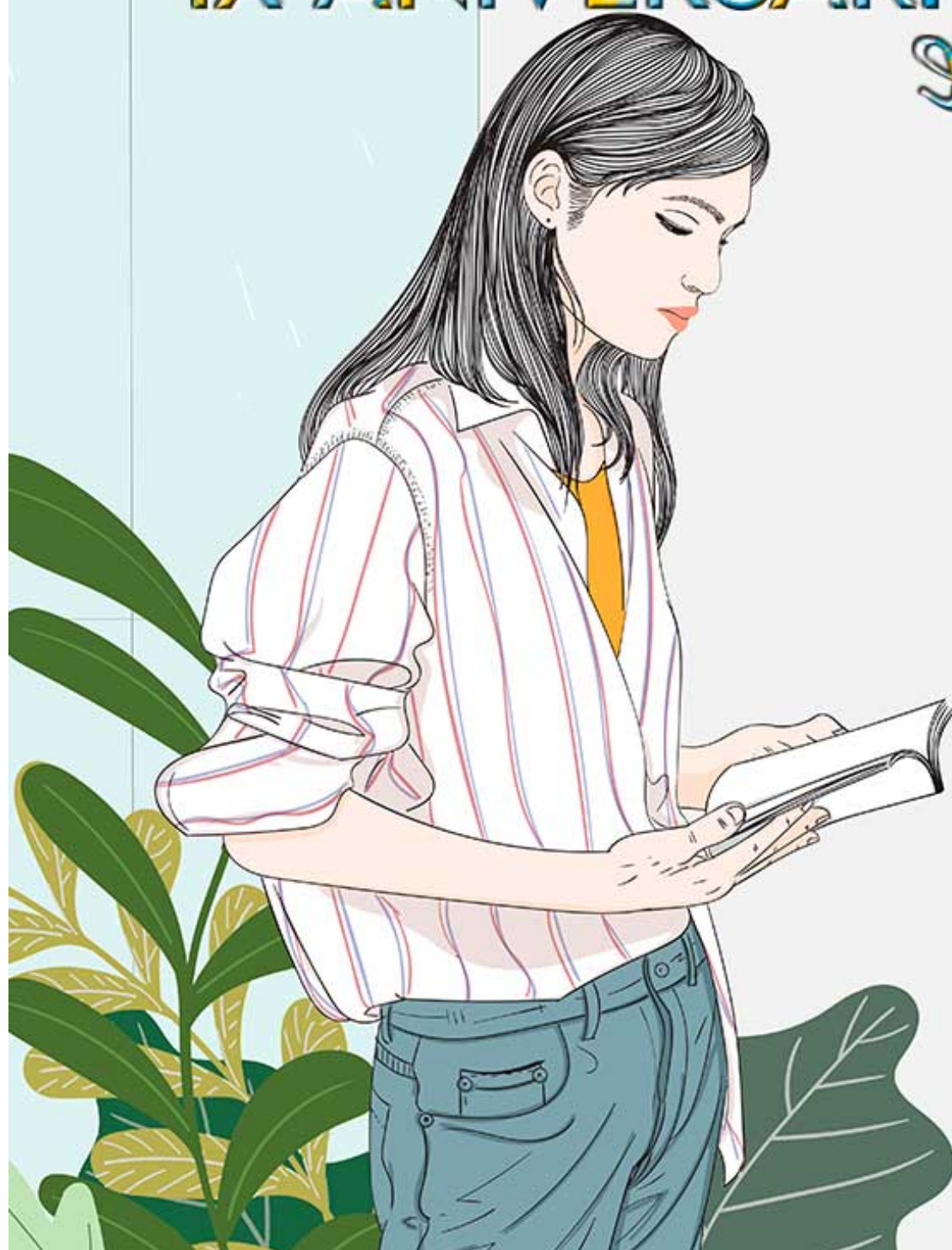
Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

EPUBLIBRE IX ANIVERSARIO





Capítulo Uno

Si tuviera que establecer una clasificación de los peores días de su vida, aquel probablemente no sería el primero, pero, definitivamente, ocuparía uno de los tres primeros puestos.

Jay Granger había estado dominando su impaciencia durante todo el día, controlándose estrictamente, hasta terminar con la cabeza palpitante y ardor de estómago. Ni siquiera durante el agitado trayecto hasta su casa en una sucesión de autobuses abarrotados se había permitido derrumbarse. Durante todo aquel largo día, se había obligado a conservar la calma a pesar de la frustración y la furia que la embargaban y, en aquel momento, se sentía como si no pudiera liberarse de sus propias restricciones mentales. Lo único que quería era estar sola.

De modo que continuó aguantando, de puntillas, con las costillas dislocadas por los codazos y la pituitaria dominada por el intenso olor a humanidad. Comenzó a llover justo antes de que saliera del último autobús. Era una lluvia helada que para cuando llegó a su edificio la había calado hasta los huesos. Naturalmente, no llevaba paraguas; se suponía que aquel tenía que ser un día soleado.

Pero por fin había llegado a casa, donde estaba a salvo de las miradas de los curiosos, ya fueran estas compasivas o burlonas. Estaba sola, felizmente sola. Un suspiro de alivio abandonó sus labios mientras comenzaba a cerrar la puerta. En ese instante, su autodomínio se resquebrajó y cerró la puerta con todas sus fuerzas. Pero aquel pequeño acto de violencia no le sirvió para liberar la tensión. Quizá la habría ayudado demoler todo su edificio de oficinas o estrangular a Farrell Wordlaw, pero ambas cosas estaban prohibidas.

Cuando pensaba en cómo había trabajado esos últimos cinco años, hasta catorce y dieciséis horas diarias, y en el trabajo que se había llevado a casa durante los fines de semana, le entraban ganas de gritar, de tirar cosas. Sí, definitivamente, quería estrangular a Farrell Wordlaw. Pero esa no era una conducta apropiada para una profesional, una sofisticada ejecutiva de una prestigiosa firma de inversiones. Por otra parte, era un comportamiento perfectamente adecuado para alguien que acababa de pasar a formar parte de las listas de desempleados.

Malditos fueran.

Durante cinco años, se había dedicado por entero a su trabajo, anulando despiadadamente todas aquellas facetas de su personalidad que no encajaban con su imagen profesional. Al principio, lo hacía sobre todo porque necesitaba el trabajo y el dinero, pero Jay era demasiado apasionada para hacer algo a medias. Muy pronto se había dejado atrapar en aquella carrera de ratas por el hambre constante de éxito, de nuevos triunfos, de más altas y mejores metas. Y, durante cinco años, ese mundo se había convertido en su vida. Pero acababan de expulsarla de una patada.

Y no porque no hubiera tenido éxito. Lo había tenido, sí. Demasiado quizá. Había personas a las que no les gustaba tratar con ella porque era mujer. Al darse cuenta de ello, Jay había intentado ser tan directa y agresiva como cualquier hombre. Quería que sus clientes confiaran en que podía atenderlos como cualquier hombre. A la larga, había terminado por cambiar su forma de hablar, de vestir, jamás dejaba que una lágrima asomara a sus ojos... Jamás se reía. Había aprendido a beber whisky, aunque en realidad nunca había llegado a disfrutarlo.

Había pagado ese rígido control sobre sus sentimientos con dolores de cabeza y un ardor de estómago constante, pero aun así, jamás había abandonado su papel porque, a pesar de todas las tensiones, disfrutaba del reto que representaba. Era un trabajo excitante, con el aliciente constante de un ascenso rápido, y durante todo ese tiempo, Jay había estado dispuesta a pagar el precio que hiciera falta por ello.

Pues bien, por decreto de Farrell Wordlaw, todo había terminado. Farrell lo sentía muchísimo, pero el estilo de Jay no era compatible con la imagen que Wordlaw, Wilson & Trusler quería proyectar. Él apreciaba

profundamente sus esfuerzos, etcétera etcétera, y estaba dispuesto a darle las mejores referencias, así como dos semanas de plazo para que pudiera poner todos sus asuntos en orden. Pero nada de eso ocultaba la triste verdad: la echaban para que ocupara su puesto Duncan Wordlaw, el hijo de Farrell, que se había incorporado a la firma el año anterior y siempre andaba un paso por detrás de ella en el desempeño de sus funciones. Jay estaba poniendo en evidencia al hijo de uno de los socios más antiguos de la firma, de modo que tenía que irse. En vez del ascenso que había estado esperando, se había ganado un despido.

Estaba furiosa, más de lo que podía llegar a expresar. Una de las cosas que mayor satisfacción le habría dado habría sido dejar Wordlaw con todo su trabajo pendiente, pero la fría y dura realidad era que necesitaba el salario de esas dos semanas. Si no encontraba otro trabajo inmediatamente, perdería su apartamento. Disfrutaba de un buen nivel de vida, pero únicamente gracias a su salario y apenas tenía dinero ahorrado. Desde luego, lo último que esperaba era perder su trabajo porque Duncan Wordlaw rindiera menos de lo que debía.

Cada vez que Steve perdía un puesto de trabajo, se limitaba a encogerse de hombros, a reírse y decirle que no se preocupara, que ya encontraría otro. Y siempre lo encontraba. El trabajo no era importante para él, y tampoco su seguridad. Jay soltó una tensa carcajada mientras abría un frasco de tabletas contra la acidez estomacal. ¡Steve! Hacía años que no pensaba en él. De una cosa estaba segura, jamás se tomaría con tanto desenfado como su exmarido el hecho de estar desempleada. A ella le gustaba saber cómo iba a pagar su próxima comida. Steve adoraba la emoción. Necesitaba la excitación de la adrenalina, la necesitaba más que a ella. Y al final, eso había acabado con su matrimonio.

Pero por lo menos él jamás sufriría aquella tensión nerviosa, pensó mientras masticaba las tabletas y esperaba a que le aliviaran el ardor de estómago. Steve habría chasqueado los dedos delante de Farrell Wordlaw, le habría dicho lo que podía hacer con aquellas dos semanas pendientes y se habría largado silbando de su despacho. Quizá fuera una actitud irresponsable, pero Steve nunca habría permitido que un simple trabajo se llevara lo mejor de él.

En fin, esa era la personalidad de Steve, pero no la suya. Era un hombre divertido, pero al final, las diferencias habían pesado más que la atracción que había entre ellos. La suya había sido una separación amistosa, aunque para Jay también había sido un tanto desesperante. Steve nunca crecería.

Pero ¿por qué pensaba en él en aquel momento? ¿Sería porque lo asociaba al desempleo? Jay comenzó a reír al ser consciente de ello. Sin dejar de reír, se sirvió un vaso de agua y lanzó un brindis al viento:

—Por los buenos tiempos —dijo.

Había habido muchos momentos buenos. Habían reído y disfrutado como los dos jóvenes saludables que eran, pero no habían sabido hacer durar su matrimonio.

Se olvidó de Steve y volvió a surgir la preocupación. Tenía que encontrar otro trabajo inmediatamente, un trabajo bien remunerado, pero no confiaba en que Farrell le diera unas recomendaciones especialmente encomiosas. Sí, seguramente la pondría por las nubes por escrito, pero después comentaría a todo el mundo relacionado con el negocio de las inversiones de Nueva York que no encajaba en el perfil de su firma. Posiblemente debería probar otra cosa; sin embargo, solo tenía experiencia en ese campo y no tenía dinero suficiente para probar en otros terrenos.

Con una repentina sensación de pánico, fue repentinamente consciente de que tenía treinta años y ni la menor idea de lo que iba a hacer con su existencia. No quería pasar el resto de su vida tomando antiácidos y dedicando el tiempo libre a recuperar sus agotadas fuerzas.

Tras su separación, como reacción contra la filosofía vital de Steve, capaz de dejar todo para el día siguiente y decidido a disfrutar del presente, se había ido al otro extremo y había eliminado toda posible diversión de su vida.

Acababa de abrir la puerta del congelador y estaba mirando con desagrado sus provisiones de alimentos congelados cuando sonó el timbre del portero automático.

Decidida a olvidarse de la cena, algo que últimamente hacía con excesiva frecuencia, presionó el interruptor.

—¿Sí, Dennis? —preguntó al portero.

—El señor Payne y el señor McCoy quieren verla, señorita Granger —contestó Dennis suavemente—. Son dos funcionarios del FBI.

—¿Qué? —preguntó Jay, sobresaltada y convencida de haber oído mal.

Dennis repitió el mensaje, pero las palabras continuaban siendo las mismas.

Jay estaba totalmente anonadada.

—Diles que suban —contestó.

No sabía qué otra cosa decir. ¿Del FBI? ¿Qué demonios...? A menos que dar un portazo fuera contrario a la ley, de lo peor que podían acusarla era de haber roto la etiqueta de su almohada. Pero, ¿por qué no? Aquel era un final horrible para un día igualmente horroroso.

Sonó el timbre de la puerta un segundo después y corrió a abrir con la cara convertida en una máscara de confusión. Los dos hombres que había al otro lado le mostraron sus placas de identificación.

—Soy Frank Payne —dijo el policía de más edad—. Y este es Gilbert McCoy. Si fuera posible, nos gustaría hablar con usted.

Jay los invitó a entrar en su apartamento con un gesto.

—Estoy completamente desconcertada —confesó—. Por favor, siéntense. ¿Les apetece un café?

—Gracias —contestó Frank Payne con inmensa sinceridad—. Hoy ha sido un día muy largo.

Jay fue a la cocina y conectó la cafetera. Después, para prevenir males mayores, se metió en la boca otros dos antiácidos. Al final, tomó aire y volvió al salón, donde los dos hombres estaban cómodamente arrellanados en el sofá de color gris azulado.

—¿Qué he hecho? —preguntó Jay medio en broma.

Ambos hombres sonrieron.

—Nada —le aseguró McCoy con una sonrisa—. Solo queríamos hablarle de un antiguo conocido.

Jay se sentó en una butaca tapizada a juego con el sofá y suspiró aliviada. El ardor de estómago disminuyó ligeramente.

—¿De qué antiguo conocido? —quizá anduvieran detrás de Farrell Wordlaw. A lo mejor todavía quedaba justicia en el mundo.

Frank Payne sacó una libreta del bolsillo interior de su chaqueta y la abrió para consultar unas notas.

—¿Es usted Janet Jean Granger, exesposa de Steve Crossfield?

—Sí.

De modo que aquello tenía que ver con Steve. Debería habérselo imaginado. Aun así, le parecía sorprendente. Era como si, de alguna manera, hubiera conjurado a aquellos dos hombre al haber pensado minutos antes en su exmarido, algo que casi nunca hacía. Steve estaba tan lejos de su vida que apenas podía recordar su cara. ¿En qué líos podía haberse metido con su loca necesidad de emoción?

—¿Su exmarido tiene algún pariente?, ¿alguna persona cercana?

Jay sacudió lentamente la cabeza.

—Steve es huérfano. Creció en una serie de hogares de acogida y, por lo que yo sé, no tenía contacto con ninguno de sus padres adoptivos. En cuanto a amigos íntimos —se encogió de hombros—, la verdad es que no he vuelto a verlo ni a saber nada de él desde que nos divorciamos hace cinco años, así que no tengo la menor idea de quiénes pueden ser sus amigos.

Payne frunció el ceño.

—¿Podría recordar el nombre del dentista al que iba cuando estaba casado con usted, o quizá de algún médico?

Jay negó con la cabeza y lo miró fijamente.

—No. Steve tenía una salud de hierro.

Los dos hombres se miraron con el ceño fruncido. McCoy dijo quedamente:

—Maldita sea, esto no va a ser fácil. No acabamos de salir de un callejón sin salida cuando ya estamos en otro.

En el rostro de Payne se reflejaba un profundo cansancio, y también algo más. Volvió a mirar a Jay con expresión preocupada.

—¿Cree que ya estará listo el café, señorita Granger?

—Debería estarlo. Ahora mismo vuelvo.

Sin saber por qué, Jay estaba temblando cuando entró en la cocina y comenzó a colocar las tazas, la leche y el azúcar en la bandeja. El café acababa de filtrarse, de modo que puso la jarra en la bandeja. Pero cuando

estuvo todo preparado, se quedó allí quieta, con la mirada clavada en el humo que salía de la cafetera. Steve debía de tener problemas serios, verdaderamente serios, y ella lo lamentaba, aunque no pudiera hacer nada por él. De hecho, le parecía casi inevitable. Siempre había corrido detrás de la aventura y, desgraciadamente, las aventuras muchas veces iban de la mano de los problemas.

Jay llevó la bandeja al salón y la dejó en una mesita, delante del sofá. Fruncía el ceño con expresión preocupada.

—¿Qué ha hecho Steve?

—Nada ilegal, al menos que nosotros sepamos —contestó Payne precipitadamente—. Es solo que está envuelto en... una situación delicada.

Miró a Jay con inquietud.

De pronto, ella reparó en lo bonitos que eran los ojos del policía: unos ojos claros y extrañamente compasivos. Ojos amables. No eran en absoluto la clase de ojos que habría esperado de un agente del FBI.

Frank se aclaró la garganta.

—Muy delicada. De hecho, ni siquiera sabemos cómo ha llegado hasta ahí. Pero necesitamos encontrar a alguien que pueda identificarlo con certeza.

Jay palideció. Las implicaciones de aquella queda y siniestra declaración bullían en su mente. Steve estaba muerto. Y aunque el amor que en otro tiempo había sentido por él hubiera desaparecido, la embargó una desgarradora tristeza por lo que habían vivido. Steve era alegre, siempre se estaba riendo, sus ojos oscuros estaban iluminados por un brillo de júbilo constante. Saber que su risa había desaparecido para siempre era como perder una parte de su propia infancia.

—Está muerto —farfulló con la mirada fija en la taza de café.

La mano comenzó a temblarle e hizo oscilar peligrosamente el oscuro brebaje.

Payne alargó rápidamente la mano para quitarle la taza y dejarla en la bandeja.

—No lo sabemos —dijo, con el semblante cada vez más inquieto—. Se produjo una explosión y solo sobrevivió una persona. Creemos que es Crossfield, pero también podría tratarse de uno de nuestros hombres. No

estamos seguros, y es fundamental que lo sepamos. No podemos explicarle nada más.

Había sido un día larguísimo, un día terrible, y la situación no mejoraba. Jay se llevó las manos a las sienes y presionó con fuerza, intentando encontrar algún sentido a lo que le estaban diciendo.

—¿No tenía nada que lo identificara?

—No —contestó Payne.

—¿Entonces por qué creen que es Steve?

—Sabemos que estaba allí. Se ha encontrado parte de su carnet de conducir.

—¿Y por qué no les basta con cotejar los datos con los que cuentan para saber quién es? —gritó—. ¿Por qué no identifican a los otros y averiguan quién es mediante un proceso de eliminación?

McCoy desvió la mirada. Los amables ojos de Payne se oscurecieron.

—No ha quedado nada que nos permita identificarlo. Nada.

Jay no quería oír nada más. No quería saber ningún detalle, aunque podía imaginarse perfectamente aquella carnicería. Se quedó repentinamente fría, como si la sangre hubiera dejado de correr por sus venas.

—¿Steve? —preguntó con voz débil.

—El hombre que ha sobrevivido se encuentra en una situación crítica, pero los médicos son moderadamente optimistas. Tiene alguna oportunidad. Hace dos días ni siquiera estaban seguros de que pudiera sobrevivir una noche.

—¿Y por qué es tan importante saber ahora mismo quién es? Si sobrevive, podrán preguntárselo. Y si muere... —se interrumpió bruscamente.

No podía decirlo, pero lo pensaba. Si moría, ya no importaría. No habría supervivientes y ellos podrían cerrar el caso.

—No podemos decirle nada, excepto que necesitamos saber quién es ese hombre. Necesitamos saber quién ha muerto para estar seguros de los pasos que debemos dar. Señorita Granger, puedo decirle que mi agencia no está directamente involucrada en esta situación. Simplemente, estamos

colaborando con otras porque es un asunto que concierne a la seguridad nacional.

De pronto, Jay comprendió lo que querían de ella. Estarían satisfechos si pudiera ayudarlos a localizar alguna pieza dental o algún informe médico de Steve, pero ese no era su principal objetivo. Querían que fuera con ellos para identificar personalmente a aquel hombre herido.

—¿Y ninguna de las otras agencias de seguridad puede decir si la descripción de ese hombre encaja con sus datos? —preguntó con voz apagada—. Seguramente tendrán medidas, huellas dactilares, esa clase de cosas.

Tenía la mirada baja, de modo que no pudo ver el repentino recelo que apareció en el rostro de Payne. El policía se aclaró de nuevo la garganta.

—Su marido, su exmarido, y nuestro hombre miden... medían lo mismo. No es posible tomarle las huellas dactilares: las manos están abrasadas. Pero usted sabe mucho más sobre él que cualquier otra persona que podamos localizar. Tiene que haber algo de él que usted pueda reconocer, alguna marca de nacimiento o cicatriz que pueda recordar.

Jay continuaba confundida. No podía comprender por qué no eran capaces de reconocer a uno de sus propios hombres, a no ser que estuviera terriblemente desfigurado... Estremecida, no se permitió completar la imagen que asomaba a su mente. ¿Qué ocurriría si fuera Steve? Jay no lo odiaba, jamás lo había odiado. Era un granuja, pero nunca había sido un hombre cruel. Incluso después de haber dejado de amarlo, había continuado guardándole cariño de una manera casi exasperante.

—Quieren que vaya con ustedes —dijo.

—Por favor —rogó Payne con voz queda.

Jay no quería ir, pero Payne lo presentaba como si fuera una especie de deber patriótico.

—De acuerdo. Iré a buscar mi abrigo. ¿Dónde está?

Payne volvió a aclararse la garganta y Jay se tensó. A esas alturas, había comprendido ya, que el policía lo hacía cada vez que tenía que decirle algo embarazoso o desagradable.

—Está en el Hospital Naval de Bethesda. Tendrá que preparar una maleta. Tenemos un avión particular esperándonos en el aeropuerto

Kennedy.

Los acontecimientos estaban yendo demasiado rápido para su capacidad de asimilación. Jay se sentía como si lo único que pudiera hacer fuera seguir el rumbo que le marcaban sin oponer la menor resistencia. Habían pasado demasiadas cosas aquel día. Para empezar, la habían despedido, un golpe suficientemente brutal ya de por sí, y después aquello... La seguridad que tanto se había esforzado en conseguir se había desvanecido en cuestión de minutos en el despacho de Farrell Wordlaw, dejándola vertiginosamente indefensa, incapaz de pisar un terreno firme. Su vida había sido absolutamente tranquila durante los últimos cinco años. ¿Cómo podía ocurrir tan rápidamente todo aquello?

Aturdida, metió dos vestidos en la maleta y sacó la bolsa de cosméticos del baño. Mientras guardaba todo lo que iba a necesitar en un pequeño neceser de plástico, se quedó estupefacta al ver su reflejo en el espejo. Estaba pálida, tensa, y muy delgada. Enfermizamente delgada. Tenía los ojos hundidos y los pómulos excesivamente prominentes como resultado de las largas horas de trabajo y de alimentarse a base de tabletas contra el ardor de estómago. En cuanto regresara a la ciudad, tendría que ponerse a buscar otro trabajo, además de terminar con el suyo, y eso significaría saltarse más comidas.

De pronto se avergonzó de sí misma. ¿Cómo podía estar preocupándose por el trabajo cuando Steve, o quienquiera que fuera, estaba en la cama de un hospital, luchando por su vida? Steve siempre le había dicho que se preocupaba excesivamente por el trabajo, que no podía disfrutar del momento porque siempre estaba preocupada por lo que podría pasar al día siguiente. Y quizá tuviera razón.

¡Steve! Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras guardaba el neceser en la maleta. Esperaba que estuviera bien.

En el último momento, se acordó de la ropa interior. Estaba nerviosa, normalmente era una persona mucho más organizada.

Al final, cerró la maleta y agarró el bolso.

—Estoy lista —anunció nada más salir del dormitorio.

Observó agradecida que uno de los policías había llevado la bandeja del café a la cocina. McCoy tomó su maleta y ella fue a sacar un abrigo del

armario. Payne la ayudó a ponérselo en silencio. Jay miró a su alrededor para asegurarse de que todas las luces estaban apagadas: a continuación, salieron los tres al vestíbulo y Jay cerró la puerta tras ella, preguntándose por qué se sentía como si jamás fuera a regresar.

Se durmió en el avión. No pretendía hacerlo, pero casi en el mismo instante en el que emprendieron el vuelo y se había relajado en el cómodo asiento de cuero, los párpados habían comenzado a pesarle de tal manera que no había podido mantener los ojos abiertos. Cuando Payne extendió una manta sobre ella, ni siquiera lo notó.

Este permanecía frente a ella, observándola pensativo. No se sentía muy cómodo con lo que estaba haciendo, arrastrar a una mujer inocente a todo aquel desastre. Ni siquiera McCoy sabía hasta qué punto aquello era un desastre, ni de hasta qué punto se habían complicado las cosas. Para su compañero, la situación era idéntica a la que le había descrito a Jay Granger: un simple problema de identificación. Solo unas cuantas personas sabían que había algo más. Quizá únicamente dos, además de él. Quizá solo una, pero una con muchísimo poder. Y cuando esa persona quería que se hiciera algo, había que hacerlo. Payne lo conocía desde hacía años, pero nunca había llegado a sentirse cómodo en su presencia.

Jay parecía cansada y extrañamente frágil. Estaba demasiado delgada. Debía de medir más de un metro setenta y pesar menos de cincuenta kilos. Y había algo en ella que le hacía pensar que aquella delgadez no era normal. Se preguntó si sería suficientemente fuerte como para ser utilizada como escudo.

Probablemente sería una mujer atractiva cuando hubiera descansado y hubiera algo de carne en sus huesos. Tenía un pelo bonito, de color miel, y tan espeso y sedoso como un abrigo de piel de nutria. Los ojos eran de color azul oscuro. Pero en aquel momento solo parecía cansada. No había sido un día fácil para ella.

Aun así, le había hecho algunas preguntas que le habían hecho sentirse incómodo. Si no hubiera estado tan cansada y nerviosa, podría haber sacado

temas de los que él no quería hablar delante de McCoy. Era esencial para el plan que nadie lo cuestionara. No podía haber ninguna duda en absoluto.

El vuelo desde Nueva York hasta Bethesda fue corto, pero la siesta le permitió recuperar la sensación de equilibrio. El único problema era que, cuanto más alerta estaba, más irreal le parecía aquella situación. Miró el reloj mientras Payne y McCoy la acompañaban por la escalerilla del avión privado y la conducían hacia un coche oficial que los estaba esperando en la pista, y se sorprendió al ver que tan solo eran las nueve en punto. En unas horas, su vida se había vuelto del revés.

—¿Por qué a Bethesda? —le musitó a Payne mientras el coche ronroneaba por las calles.

Los copos de nieve bailaban en el aire como pétalos de flores empujados por la brisa. Jay fijó en ellos la mirada, preguntándose con aire ausente si una tormenta de nieve podría impedirle regresar a casa.

—¿Por qué no está en un hospital civil? —insistió.

—Es una cuestión de seguridad —Payne hablaba tan bajo que apenas lo oía—. Pero no se preocupe. Hemos traído a los mejores expertos en traumatología, tanto civiles como militares. Y estamos haciendo todo lo que podemos por su marido.

—Mi exmarido —replicó Jay débilmente.

—Sí, lo siento.

Mientras giraban por la avenida Wisconsin, que los llevaría hasta el Hospital Naval, la nieve comenzó a caer con más intensidad. Payne se alegraba de que Jay no hubiera hecho ninguna otra pregunta sobre los motivos por los que aquel hombre estaba en un hospital militar en vez de, por ejemplo, en el hospital de la Universidad de Georgetown. Por supuesto, le había contestado la verdad. La seguridad era la razón por la que había ingresado en Bethesda. Pero no era la única. Payne observó cómo caía la nieve preguntándose si habría alguna forma de reunir todos aquellos cabos sueltos.

Cuando llegaron al centro médico, solo él salió del coche con ella: McCoy inclinó la cabeza a modo de despedida y se alejó con el coche. Los

copos de nieve no tardaron en blanquear sus cabezas, a pesar de que Payne la agarró del codo y corrió con ella al interior del hospital, donde el calor derritió aquel encaje de nieve. Nadie les prestó la menor atención cuando entraron en el ascensor.

Cuando las puertas de este se abrieron de nuevo, salieron a un silencioso pasillo.

—Esta es la planta de la UCI —le aclaró Payne—. La habitación está por aquí.

Se volvieron hacia la izquierda, donde dos hombres de uniforme custodiaban una puerta de doble hoja, cada uno de ellos con su respectiva pistola. Debían de conocer a Payne porque nada más verlo, uno de los guardias le franqueó el paso.

—Adelante —le dijo educadamente Payne mientras entraban.

La unidad estaba desierta, excepto por las enfermeras que controlaban los equipos de mantenimiento de las constantes vitales y vigilaban continuamente el estado de sus pacientes. Aun así, Jay percibió el sordo zumbido que invadía la unidad, era el sonido de las máquinas que mantenían vivos a los pacientes o ayudaban a su recuperación. Por primera vez, se le ocurrió pensar que Steve debía de estar conectado a alguna de esas máquinas, que estaría completamente inmovilizado. Al pensarlo, estuvo a punto de tropezar. Le resultaba difícil de asimilar.

Payne continuaba agarrándola del codo, proporcionándole discretamente su apoyo. Se detuvo ante una puerta y se volvió hacia ella con sus ojos claros rebosantes de preocupación.

—Quiero prepararla un poco. Está muy seriamente herido. Tiene el cráneo fracturado y los huesos del rostro destrozados. Respira a través de un tubo conectado a la tráquea. No espere que se parezca al hombre que usted recuerda.

Esperó un instante y la miró con atención, pero Jay no dijo nada y, al final, abrió la puerta.

Ella entró en la habitación y, durante una décima de segundo, fue como si tanto su corazón como sus pulmones dejaran de funcionar. Después, su corazón comenzó a latir y Jay respiró profunda y dolorosamente. Las lágrimas inundaron sus ojos mientras clavaba la mirada en aquel hombre

inmóvil, tumbado sobre la blancura de una cama de hospital. Un nombre tembló entre sus labios. Le parecía imposible que aquel... que *aquel* hombre pudiera ser Steve. Era casi literalmente una momia. Tenía las dos piernas escayoladas y sujetas por un complejo sistema de cadenas y poleas. Las vendas de las manos se extendían hasta los codos y la cabeza y el rostro estaban cubiertos de gasas. Solo eran visibles los labios, la barbilla y la mandíbula, y estaban hinchados y descoloridos. Su respiración silbaba débilmente a través de un tubo conectado a la garganta, y había varios tubos que entraban y salían de su cuerpo. Los monitores colocados en el cabecero registraban cada una de sus funciones vitales. Y estaba quieto. Muy quieto.

A Jay se le secó de tal manera la garganta que le dolía al hablar.

—¿Cómo voy a poder identificarlo? —preguntó bruscamente—. Usted sabía que no podría identificarlo, ¿sabía el aspecto que tenía!

Payne la miraba con compasión.

—Lo siento. Sé que es una fuerte impresión. Pero necesitamos que lo intente. Usted estuvo casada con Steve Crossfield, lo conoce mejor que cualquier otra persona. Quizá haya algún detalle que recuerde: una cicatriz, un lunar, alguna marca de nacimiento... Cualquier cosa. Tómese el tiempo que necesite y obsérvelo. Yo estaré fuera.

Salió y cerró la puerta tras él, dejándola sola en la habitación con aquel cuerpo inmóvil, los inquietantes pitidos de los monitores y el débil silbido de su respiración. Jay apretó los puños y las lágrimas volvieron a nublar su mirada. Tanto si se trataba de Steve como si no, sentía una pena tan intensa que resultaba dolorosa.

Consiguió acercarse hasta la cama. Evitó cuidadosamente los tubos y los cables mientras avanzaba sin apartar la mirada de su rostro... o de aquella parte de su rostro que todavía podía ver. ¿Steve?, ¿realmente era Steve?

Sabía lo que quería Payne. No se lo había explicado con detalle, pero no hacía falta que lo hiciera. Quería que levantara la sábana y estudiara el cuerpo de aquel hombre indefenso y desnudo, excepto por las vendas que cubrían su cuerpo. Pensaba que debía conocer íntimamente aquel cuerpo, pero cinco años eran mucho tiempo. Todavía recordaba la sonrisa de Steve

y el brillo travieso de sus ojos castaños, pero otros detalles se habían borrado mucho tiempo atrás de su mente.

A aquel hombre no le importaría que le quitara la sábana y lo mirara. Estaba inconsciente; de hecho, si no fuera por aquellas milagrosas máquinas conectadas a su cuerpo, podría incluso estar muerto. Nunca se enteraría. Y por lo que Payne le había dado a entender, si podía identificar aquel cuerpo, estaría rindiendo un gran servicio al país.

No podía dejar de mirarlo. Estaba tan terriblemente herido... ¿Cómo era posible que un hombre pudiera estar tan malherido y continuar vivo? Si pudiera recuperar la conciencia, ¿querría seguir viviendo? ¿Sería capaz de volver a caminar?, ¿de utilizar sus manos, de ver, de pensar? ¿O quizá tras ver sus heridas decidiera morir?

También era posible que tuviera una enorme voluntad de vivir. Quizá fuera eso lo que lo había mantenido vivo durante todo ese tiempo, la determinación podía mover montañas.

Vacilante, Jay alargó una mano y le tocó el brazo derecho, justo por encima de las vendas que cubrían sus quemaduras. Sintió su piel caliente y apartó precipitadamente los dedos. No sabía por qué, pero había imaginado que estaría frío. Aquel intenso calor era otra señal de que la vida seguía vibrando en su interior a pesar de su quietud. Lentamente, volvió a acercar la mano a su brazo y la posó ligeramente sobre la parte interior del codo, con mucho cuidado de no tocar la aguja a través de la cual suministraban líquido a sus venas.

Estaba caliente. Estaba vivo.

El corazón latió con fuerza en su pecho y una emoción intensa la embargó hasta tal punto que pensó que iba a reventar, tal era el esfuerzo que estaba haciendo por controlarla. La destrozaba pensar lo que aquel hombre había pasado, lo mucho que todavía estaba luchando, desafiando a sus escasas probabilidades de sobrevivir con un espíritu tan fiero y orgulloso que le impedía entregarse a la muerte. Si hubiera podido, habría sufrido aquel dolor en su lugar.

Aquel cuerpo ya estaba atrozmente invadido. Como si no tuviera suficiente con sus heridas, los médicos habían insertado tubos de drenaje en su pecho, y también salían tubos de sus costados. Cada día, personas

desconocidas lo miraban y lo trataban como si no fuera nada más que un pedazo de carne. Y todo para salvarle la vida.

Ella no invadiría su privacidad, no de aquella manera. El pudor podía no significar nada para el herido, pero ella todavía podía elegir.

Toda su atención estaba pendiente de él. En aquel momento no existía nada en el mundo más que ese hombre tendido en una cama de hospital. ¿Sería Steve? ¿Sería posible que reconociera alguna señal a pesar de la inflamación y de las vendas que lo cubrían? Intentó recordar.

¿Steve tenía aquellos músculos? ¿Sus brazos eran tan fuertes? Podía haber cambiado, haber ganado peso, haber hecho suficiente ejercicio como para haber ensanchado hombros y brazos.

Le habían afeitado el pecho. Bajó la mirada hacia la sombra de vello que lo cubría. Steve tenía pelo en aquella zona, aunque no mucho.

¿Y la barba? Miró su mandíbula, lo que podía ver de ella, pero tenía la cara tan hinchada que nada le resultaba familiar.

Algo húmedo descendió por la mejilla de Jay y, sorprendida, se pasó la mano por la cara. Ni siquiera era consciente de que estaba llorando.

Payne entró en la habitación y le ofreció silenciosamente su pañuelo. Cuando ella se secó la mejilla, la apartó de la cama, le rodeó la cintura con el brazo y dejó que se recostara en él.

—Lo siento. Sé que no es fácil.

Jay sacudió la cabeza, sintiéndose como una estúpida por haberse derrumbado de aquella manera, sobre todo a la luz de lo que tenía que decirle.

—No lo sé. Lo siento, pero no puedo decirle si es o no Steve. Simplemente... no puedo.

—¿Y cree que podría serlo? —insistió Payne.

Jay se frotó las sienes.

—Supongo que sí. No puedo decírselo, tiene tantas vendas...

—Lo comprendo. Sé lo difícil que es, pero necesito decir algo a mis superiores. ¿Su marido tenía esa altura? ¿Hay algo en él que le resulte familiar?

Si la comprendía, ¿por qué la estaba presionando? El dolor de cabeza de Jay empeoraba por segundos.

—¡No lo sé! —sollozó—. Supongo que Steve es así de alto, pero me resulta difícil asegurarlo estando tumbado. Tiene el pelo negro y los ojos castaños, pero de este hombre ni siquiera puedo asegurarle eso.

Payne bajó la mirada hacia ella.

—Esos datos aparecen en el informe médico. Pelo negro y ojos castaños.

En un principio, Jay no comprendió la importancia de aquella información; pero de pronto abrió los ojos como platos. No había tenido la sensación de reconocer al herido, pero todavía estaba aturdida por la tormenta de sentimientos que había provocado en ella. Compasión, sí, pero también admiración por el hecho de que continuara luchando. Y un respeto casi desgarrador por la determinación y el valor que le suponía.

Muy débilmente, con el rostro pálido, dijo:

—Entonces debe de ser Steve, ¿verdad?

Una expresión de inmenso alivio cruzó el rostro de Payne, pero desapareció casi inmediatamente.

—Notificaré a mis superiores que lo ha identificado. Se trata de Steve Crossfield.

OceanofPDF.com

Capítulo Dos

Cuando Jay se despertó a la mañana siguiente, se quedó muy quieta en la cama y recorrió con la mirada la habitación de aquel hotel desconocido intentando orientarse. Los acontecimientos del día anterior le resultaban casi todos borrosos, excepto el recuerdo, nítido como el agua, de aquel hombre herido del hospital. Steve. Aquel hombre era Steve.

Debería haberlo reconocido. Aunque hubieran pasado cinco años, en otro tiempo lo había amado. Algo en él debería haberle resultado familiar a pesar de sus heridas. La asaltó un extraño sentimiento de culpa, aunque sabía que era ridículo. Pero era como si, de alguna manera, hubiera abandonado a Steve al reducirlo al nivel de algo tan insignificante para su vida que ni siquiera recordaba su aspecto.

Con una mueca, se levantó de la cama, pero volvió a tumbarse. Steve le decía constantemente que se animara, y utilizaba para ello un tono lleno de impaciencia. Ese era otro aspecto de su personalidad en el que eran incompatibles. Jay era demasiado intensa, se involucraba demasiado en lo que la rodeaba, mientras que Steve se deslizaba alegremente por la superficie.

Podía regresar a Nueva York esa misma mañana, pero no quería hacerlo. Era sábado, no tenía ninguna prisa, siempre y cuando llegara a tiempo de estar el lunes en el trabajo. No quería pasarse todo el fin de semana en su apartamento compadeciéndose por su despido, y quería volver a ver a Steve. Al parecer, también Payne lo deseaba. No había comentado nada de volver a Nueva York.

La noche anterior estaba tan cansada que, por vez primera desde hacía mucho tiempo, había dormido profundamente y, como consecuencia, las ojeras no estaban tan marcadas como el día anterior. Se miró en el espejo,

preguntándose si su despido era un desastre o una bendición. Había estado forzándose hasta un punto peligroso para la salud. Había perdido más peso del que su constitución le permitía y su rostro aparecía demacrado y ojeroso, en especial sin maquillaje. Nunca había sido una belleza, pero en otra época era una mujer bonita. Sus ojos azules y su melena color miel eran sus rasgos más llamativos, y el resto de su rostro podía ser descrito como normal.

¿Qué diría Steve si la viera en aquel momento?

Pero ¿por qué no podía sacárselo de la cabeza? Era natural que estuviera preocupada por él, que lo compadeciera a causa de sus terribles heridas, pero lo cierto era que, no podía evitar preguntarse qué pensaría, qué diría Steve sobre ella. No el Steve de otra época, sino el hombre en el que se había convertido: un hombre más duro, más fuerte, con una fuerza de voluntad que lo había mantenido vivo en las peores circunstancias. ¿Qué pensaría aquel hombre de ella? ¿Todavía la desearía?

Ese pensamiento la hizo sonrojarse y se apartó del espejo para meterse en la ducha. ¡Debía de estar enloqueciendo! Steve era un inválido. Ni siquiera podían garantizar que fuera a sobrevivir, a pesar de su naturaleza luchadora. E incluso en el caso de que lo hiciera, tal vez no volviera a ser el mismo. La operación podía no haber funcionado, algo que no sabrían hasta que le hubieran quitado las vendas de los ojos. Incluso podía haber sufrido una lesión cerebral. Quizá no pudiera hablar, ni caminar, ni alimentarse por sí mismo.

Las lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas. ¿Por qué no era capaz de dejar de llorar por él? Cada vez que pensaba en Steve, comenzaba a sollozar. Y era ridículo, teniendo en cuenta que ni siquiera había sido capaz de reconocerlo.

Payne le había dicho que iría a buscarla a las diez, de modo que se obligó a sí misma a dejar de llorar y a prepararse. Consiguió hacerlo con tiempo más que suficiente y entonces descubrió, para su sorpresa, que estaba hambrienta. Normalmente no desayunaba, sobrevivía con dosis interminables de café hasta la hora del almuerzo, y para entonces, el estómago le ardía de tal manera que no era capaz de comer mucho. Pero la tensión del trabajo comenzaba a desaparecer, y quería comer.

Pidió un desayuno al servicio de habitaciones que recibió con premura. Se lanzó sobre la bandeja como si estuviera muerta de hambre y devoró la tortilla y la tostada en un tiempo récord. Había terminado de desayunar media hora antes de que Payne llamara a la puerta.

Disimuladamente, este estudió su rostro y analizó cada detalle. Había estado llorando. Aquella situación la estaba afectando, y aunque eso era precisamente lo que querían, todavía le dolía que estuviera sufriendo. Pero también era cierto que su aspecto era muchísimo mejor aquella mañana. El color había vuelto a su rostro. Sus ojos parecían más grandes y brillantes de lo que recordaba, aunque en parte era consecuencia de las lágrimas. Esperaba que no tuviera que derramar muchas más.

—Ya he llamado al hospital para comprobar su estado —la informó, agarrándola del brazo—. Buenas noticias. Sus constantes vitales están mejorando. Continúa inconsciente, pero las ondas cerebrales se encuentran en creciente actividad y los médicos cada vez son más optimistas. Está mejorando mucho más de lo que nadie esperaba.

Jay no contestó que, teniendo en cuenta que esperaban que muriera, cualquier cosa significaba una mejoría. No quería pensar en lo cerca que había estado Steve de morir. No lo comprendía, su exmarido se había convertido en alguien inesperadamente importante para ella en los pocos minutos que había permanecido al lado de su cama.

El hospital estaba mucho más concurrido por la mañana que la noche anterior. Los dos guardias que custodiaban las puertas de la UCI habían cambiado, pero también ellos parecieron reconocer a Payne nada más verlo. Jay se preguntó cuántas veces habría ido Payne a ver a Steve y si realmente necesitaría estar de nuevo allí. Podría haberse limitado a recibir información sobre el herido telefónicamente. Fuera cual fuera el lío en el que Steve se había metido, debía de ser extremadamente importante y Payne parecía desear estar presente en el momento en el que recuperara la conciencia... Si eso llegaba a suceder.

Payne dejó que Jay entrara sola en la habitación con la excusa de que quería ir a hablar con alguien. Ella asintió con aire ausente y toda su atención concentrada en Steve. Empujó la puerta semiabierta y entró, dejando a Payne en el pasillo, prácticamente con la palabra en la boca. Una

sonrisa de cansancio asomó a los labios del policía mientras miraba la puerta cerrada de la habitación; a continuación, se volvió y caminó con paso enérgico por el pasillo.

Jay miró fijamente al hombre tumbado en la cama. Steve. Al volver a verlo, le resultaba más difícil aceptar que aquel fuera su exmarido. Ella había conocido a un Steve vibrante, rebotante de energía; y aquel hombre permanecía tan inmóvil que estuvo a punto de hacer perder a Jay su precario equilibrio.

Estaba en la misma postura que la noche anterior; las máquinas seguían zumbando y los sueros continuaban alimentándolo, fluyendo hasta su cuerpo a través de las agujas. El fuerte olor a antiséptico le irritó la nariz y, de pronto, se preguntó si, en algún rincón de su mente, Steve sería consciente de aquel olor. ¿Podría oír aunque fuera incapaz de responder?

Se acercó a la cama y le tocó el brazo como había hecho la noche anterior. El calor de su piel le provocó un cosquilleo en las yemas de los dedos. ¿Sentiría algo Steve? ¿Sería consciente de sus caricias?

—¿Steve? —susurró con voz temblorosa.

Le resultaba extraño hablar con una momia inmóvil, sabiendo además que estaba en un coma tan profundo que no era consciente de nada y que, si por alguna suerte de milagro fuera capaz de oírla, no podría nunca responder. Pero incluso sabiéndolo, algo la impulsó a intentarlo.

—Soy Jay. Estás herido —le explicó, sin dejar de acariciarle el brazo—. Pero te pondrás bien. Te has roto las piernas y las tienes escayoladas, por eso no puedes moverlas. Además te han insertado un tubo en la garganta para ayudarte a respirar, por eso no puedes hablar. Y no puedes ver porque tienes los ojos cubiertos por las vendas. Pero no te preocupes de nada, aquí te están cuidando muy bien y estás mejorando.

Quizá no fuera cierto que fuera a recuperarse, pero no sabía qué otra cosa decirle. Si podía oírla, quería tranquilizarlo y no darle nuevos motivos de preocupación.

Se aclaró la garganta y comenzó a hablarle de los últimos cinco años, de lo que había estado haciendo después de su divorcio. Le contó incluso que la habían despedido y le habló de las ganas que tenía de darle a Farrell Wordlaw un buen puñetazo en la nariz.

Era una voz serena e increíblemente tierna. No comprendía las palabras, porque la inconsciencia continuaba envolviendo su mente en capas y capas, de oscuridad, pero oía la voz, la sentía, al igual que algo cálido en la piel. Y aquel minúsculo y tenue contacto le hacía sentirse menos solo. Algo intenso y vital en su interior se concentraba en aquel contacto y lo obligaba a abandonar la oscuridad, a pesar de que continuaba sintiendo la presencia de los monstruos que estaban esperando para destruirlo con sus terribles garras y sus dientes brutales. Seguramente tendría que soportar esa tortura antes de alcanzar aquella voz, y estaba muy débil. Quizá nunca llegara hasta ella. Pero la voz lo atraía como un imán y lo sacaba de la profunda sensación de aislamiento que lo envolvía.

—Me acuerdo de la muñeca que me regalaron por Navidad cuando tenía cuatro años —dijo Jay, hablando con voz baja y soñadora—. Era muy blandita, como un niño de verdad, tenía el pelo rizado y los ojos castaños con unas pestañas enormes. Cuando la tumbaba, cerraba los ojos. La llamé Chrissy en honor a la que era mi mejor amiga. Arrastraba esa muñeca por todas partes, hasta que llegó un momento en el que cobró el aspecto de una dama vieja y desgastada. Dormía con ella, la sentaba a mi lado cuando comía y le hice recorrer kilómetros y kilómetros sentada en mi triciclo. Después, comencé a crecer y perdí el interés por Chrissy. La dejé en la estantería, con el resto de mis muñecas, y me olvidé de ella. Pero la primera vez que te vi, Steve, pensé que tenías los ojos de Chrissy. Así era como de pequeña llamaba a los ojos castaños. Sí, Steve, tú tienes los ojos de Chrissy.

La respiración de Steve parecía haberse hecho más reposada, más profunda. Jay no podía estar segura, pero tenía la sensación de que había cambiado el ritmo con el que se elevaba y descendía su pecho. El sonido de su respiración silbaba a través del tubo que tenía conectado a la garganta. Ella seguía acariciándole delicadamente el brazo, a pesar del intenso dolor moral que le causaba aquel contacto.

—Creo que incluso llegué a decirte en un par de ocasiones que tenías los ojos de Chrissy, pero me parece que no te gustaba —rió, y el sonido de su risa pareció caldear aquella habitación presidida por el impersonal zumbido de las máquinas—. Siempre te gustó proteger tu imagen de hombre. Y un aventurero no podía tener los ojos de Chrissy, ¿verdad?

De pronto, Steve tuvo un espasmo en el brazo. Aquel movimiento sorprendió a Jay de tal manera que apartó la mano y palideció. Era la primera vez que se movía, aunque ella sabía que probablemente hubiera sido un espasmo muscular completamente involuntario. Sus ojos volaron hacia el rostro del herido, pero no vio nada nuevo en él. Las vendas cubrían al menos dos tercios de su cabeza y sus labios heridos continuaban inmóviles. Lentamente, alargó la mano y volvió a tocarle el brazo, pero Steve permanecía completamente quieto ante su contacto y, al cabo de unos segundos, Jay comenzó a hablarle otra vez, sacando a relucir recuerdos de su infancia.

Frank Payne abrió sigilosamente la puerta de la habitación y se detuvo al oír la voz de Jay. Esta continuaba al lado de la cama; diablos, no se había movido ni un milímetro y llevaba allí, el policía miró el reloj, cerca de tres horas. Si hubiera sido la esposa del tipo lo habría comprendido, pero se suponía que era su exesposa, y había sido ella la que había decidido poner fin a su matrimonio. Pero aun así, seguía allí, con toda su atención centrada en él, como si estuviera animándolo a mejorar.

—¿Le apetece un café? —le preguntó Payne suavemente, intentando no asustarla.

Pero Jay volvió bruscamente la cabeza hacia él, con los ojos abiertos como platos.

Al verlo, sonrió.

—Sí, buena idea —se apartó de la cama, se detuvo y se volvió de nuevo hacia Steve con el ceño fruncido—. Odio dejarlo solo. Si comprende algo, debe de ser terrible estar ahí, atrapado y herido, sin saber por qué, creyéndose completamente solo.

—No es consciente de nada —le aseguró Payne—, está en coma y, ahora mismo, es preferible que permanezca así.

—Sí —se mostró de acuerdo Jay.

Sabía que Payne tenía razón. En su situación, si Steve estuviera consciente, sufriría de manera terrible.

*Aquel trémulo rayo de conciencia se había desvanecido;
la voz había desaparecido y lo había dejado sin rumbo. Sin
aquella guía, volvió a hundirse en la oscuridad. En la nada.*

Frank se detuvo largo rato frente a la pésima comida de la cafetería y el café, sorprendentemente bueno. No era un gran café; en realidad, ni siquiera podía decirse que fuera bueno, pero era mucho mejor de lo que esperaba. La siguiente tanda podría no ser tan buena, de modo que quería disfrutar del café durante tanto tiempo como pudiera. No estaba alargando el café únicamente por eso; no sabía exactamente cómo sacar el tema que había estado rondando por su cabeza durante todo el almuerzo, pero tenía que hacerlo. El Hombre lo había dejado muy claro: Jay Granger tenía que quedarse. No quería que identificara al paciente y se fuera. Quería que se sintiera emocionalmente involucrada en lo que veía, al menos lo suficiente como para sentirse obligada a quedarse. Y cuando el Hombre quería algo, lo conseguía.

Frank suspiró.

—¿Y qué ocurrirá si se enamora de él? Diablos, ya sabes cómo es. Las mujeres lo persiguen, son incapaces de resistirse —le había preguntado.

—Es posible que sufra —le había contestado él, con su voz acerada—. Pero su vida está en peligro y las opciones son limitadas. Por alguna razón, Steve Crossfield estaba allí cuando ocurrió todo. Lo sabemos nosotros y lo saben ellos. No tenemos una lista de posibilidades entre las que elegir. Crossfield es la única opción.

No necesitaba decir nada más. Si Crossfield era la única opción, su exesposa también lo era, puesto que era la única persona que podía identificarlo.

—¿McCoy se lo ha tragado? —le había preguntado bruscamente el Hombre.

—Completamente —había contestado Frank. Y había endurecido la voz para añadir—: No creerás que Gilbert McCoy es...

—No, sé que no lo es. Pero McCoy es un agente muy bueno. Si él se lo ha tragado, eso significa que estamos haciendo un buen trabajo.

—¿Y qué ocurrirá si ella está a su lado cuando recupere la conciencia?

—Eso es lo de menos. Los médicos dicen que estará demasiado confundido y desorientado para encontrarle sentido a nada. Nos avisarán en cuanto comience a salir del coma. No podremos mantenerla fuera de la habitación sin levantar sospechas, pero estaremos atentos. Si comienza a recuperar la conciencia, la sacaremos de allí hasta que podamos a hablar con él. Aunque no hay muchas posibilidades de que ocurra.

—Lleva una eternidad removiendo ese café —la voz de Jay interrumpió sus pensamientos.

Frank Payne alzó la mirada hacia ella y volvió a bajarla hacia el café. Llevaba tanto tiempo removiéndolo que se había quedado frío. Esbozó una mueca al dar un trago a aquel café supuestamente no tan malo.

—Estaba intentando pensar la forma de pedirle algo —admitió.

Jay lo miró con extrañeza.

—Solo hay una forma de hacerlo. Pídamelo.

—De acuerdo —tomó aire—. No vuelva mañana a Nueva York. Quédese aquí con Steve. La necesita, y pronto la necesitará mucho más.

Aquellas palabras la golpearon con dureza. Steve nunca la había necesitado. Era ella la que necesitaba y esperaba mucho más de su relación de lo que su exmarido podía darle. Él siempre había querido mantener cierta distancia entre ellos, tanto mental como emocionalmente, alegando que Jay lo asfixiaba. Ella recordó el momento en el que le había gritado aquellas palabras. Y pensó después en el hombre que permanecía quieto e inmóvil en una cama de hospital. Volvió a experimentar aquella inquietante sensación de irrealidad.

Sacudió la cabeza lentamente.

—Steve es un solitario. Debería saberlo por la información que tiene sobre él. No me necesita ahora y no me necesitará cuando despierte. Probablemente, ni siquiera le guste la idea de que alguien tenga que cuidar de él, y mucho menos su exesposa.

—Estará muy confundido cuando despierte. Usted es la única que puede ayudarlo, es el único rostro que conoce, alguien en quien puede confiar, que

le proporcionará cierta seguridad. Los médicos dicen que cuando se despierte estará muy confundido y nervioso, que quizá incluso delire. Lo ayudará tener a su lado a alguien que conoce.

Jay volvió a negar con la cabeza.

—Lo siento, señor Payne. No creo que Steve quiera que me quede a su lado, pero incluso en ese caso, no podría quedarme aunque quisiera. Ayer me despidieron. Me quedan dos semanas en la oficina y no puedo permitirme el lujo de dejar de trabajar durante ese tiempo. Además, tengo que encontrar otro trabajo.

Payne dejó escapar un silbido.

—Debió de ser un día infernal, ¿verdad?

Jay no pudo menos que reír a pesar de la seriedad de la situación.

—Sí, esa es una buena descripción.

Cuanto más conocía a Frank Payne, más le gustaba. Había algo excepcional en él. Era un hombre de peso y estatura medios, pelo castaño con algunas canas y ojos claros. Tenía un rostro agradable, aunque no especialmente atractivo. Aun así, había en él una firmeza que inspiraba confianza.

Parecía pensativo.

—Es posible que podamos hacer algo por usted. Déjeme investigarlo antes de reservar un vuelo de vuelta. ¿Le gustaría tener la oportunidad de mandar a su jefe a paseo?

Jay contestó con una dulce sonrisa y en aquella ocasión fue Payne el que se rio.

Un rato después, Jay comprendió que aquella petición significaba que estaban convencidos de que Steve sobreviviría. Estaba de nuevo en la habitación, al lado de la cama, y le presionó suavemente el brazo mientras experimentaba un inmenso alivio.

—Vas a conseguirlo —le susurró.

Estaba a punto de anochecer y había pasado todo el día junto a la cama. De vez en cuando, una enfermera le pedía que saliera, pero a excepción de aquellos minutos y los que había pasado almorzando con Frank, había estado en todo momento con Steve. Le había hablado hasta terminar con la garganta seca, hasta que ya no era capaz de pensar en nada que hacer o

decir, pero incluso entonces, había continuado posando la mano en su brazo. Quizá así él supiera que estaba allí.

Entró una enfermera y miró a Jay con curiosidad, pero no le pidió que abandonara la habitación. Revisó los indicadores de los monitores y tomó notas en una libreta.

—Es extraño —musitó—. Aunque quizá no. Los latidos de su corazón son más fuertes y la respiración más pausada cuando usted está con él. Cuando ha salido a almorzar, sus constantes vitales han empeorado y han vuelto a remontar cuando ha regresado. Y he comprobado que ha ocurrido lo mismo cada vez que le hemos pedido que abandonara la habitación. Al coronel Lunning le van a interesar mucho estos gráficos.

Jay miró de hito en hito a la enfermera y después se volvió hacia Steve.

—¿Sabe que estoy aquí?

—No de una forma consciente —contestó precipitadamente la enfermera—. Con la dosis de barbitúricos que le estamos suministrando, no va a despertarse de pronto para ponerse a hablar con usted. Ha estado hablándole durante todo el día, ¿verdad? Seguramente, parte de su conversación le llega de una u otra manera. Y usted debe ser muy importante para él para que haya respondido tan positivamente.

La enfermera salió de la habitación y Jay miró a Steve completamente atónita. Incluso en el caso de que hubiera sentido su presencia, ¿por qué iba a afectarlo de aquella manera? Aun así, no podía desechar la teoría de la enfermera, pues ella misma había notado que el ritmo de su respiración había cambiado. Le resultaba prácticamente imposible creerlo, porque Steve jamás la había necesitado. Había disfrutado con ella durante un tiempo; sin embargo, algo le hacía mantenerla siempre a una pequeña, pero significativa distancia. Y como no era capaz de amarla en profundidad, no se había permitido tampoco aceptar el amor que ella le ofrecía. Lo único que Steve quería era una relación superficial, un amor ligero al que pudiera poner fin sin remordimientos. Así había acabado su relación y ella apenas había pensado en Steve después de su separación. ¿Por qué de pronto iba a haberse convertido en alguien tan importante para él?

Rio con tristeza al comprenderlo. Steve no estaba respondiendo a su presencia, estaba respondiendo a una caricia y a una voz que se dirigían

expresamente a él y se diferenciaban del contacto y las voces distantes de los médicos y enfermeras que lo rodeaban. Cualquier otra persona en su situación habría mejorado. Si Frank Payne hubiera permanecido hablándole al lado de la cama, el resultado habría sido el mismo.

Y así lo dijo una hora después, mientras el coronel Lunning estudiaba las gráficas, frotándose la barbilla y mirándola de vez en cuando con expresión pensativa. Frank permanecía a su lado, procurando mantener el semblante inexpresivo, pero sin perder un solo detalle.

El coronel Lunning era un hombre que vivía entregado a la vida militar y a la medicina. No estaba destinado en Bethesda, pero no había cuestionado las órdenes cuando lo habían llamado en mitad de la noche para llevarlo hasta allí. A un grupo de médicos entre los que él se encontraba, se les había asignado la tarea de salvar la vida de aquel hombre. En un principio, ni siquiera sabían cómo se llamaba. Ahora figuraba un nombre en su historial, pero continuaban sin saber por qué era tan importante salvar su vida. Pero no importaba. El coronel Lunning utilizaría todos los medios que estuvieran a su alcance para ayudar a su paciente. Y en aquel momento uno de los medios era aquella mujer delgada de ojos azul oscuro y boca apasionada.

—No podemos pasarlo por alto, señorita Granger —le dijo el coronel con franqueza—. Es a su voz a la que responde, no a la mía ni la del señor Payne ni a las de las enfermeras. El señor Crossfield no está en un coma profundo. Respira por sí mismo y todavía tiene reflejos. No es ilógico pensar que puede oírlo. Es posible que no la comprenda y, desde luego, no puede responder, pero es del todo posible que la oiga.

—Pero tengo entendido que su coma está inducido por las drogas —protestó Jay—. Cuando la gente está drogada, ¿no está completamente inconsciente?

—Hay diferentes niveles de conciencia. Permítame explicarle sus lesiones de una forma más precisa. Las piernas las tiene únicamente rotas, no hay nada que pueda impedirle caminar en un futuro. Tiene quemaduras de segundo grado en las manos y en los brazos, pero las peores quemaduras son las de las palmas de las manos y las de los dedos. Es como si hubiera agarrado una tubería caliente, o quizá utilizó las manos para protegerse el

rostro. Tenía el bazo destrozado y tuvimos que quitárselo. Uno de los pulmones fue punzado, pero las heridas más graves son las de la cabeza y el rostro. Tenía el cráneo fracturado y los huesos de la cara hechos añicos. Le operamos inmediatamente y para controlar la hinchazón del cerebro y evitar futuros daños, hemos tenido que administrarle grandes dosis de barbitúricos. Es eso lo que lo mantiene en coma. Ahora, cuanto más profundo es el coma, menos son las funciones cerebrales. En un coma profundo, el paciente ni siquiera es capaz de respirar por sí mismo. El nivel del coma depende en parte de la tolerancia del paciente a las drogas, que varía en cada persona. La tolerancia del señor Crossfield parece ser superior a la media, de modo que su coma no es tan profundo como debería. No hemos incrementado la dosis porque no ha sido necesario. Con el tiempo, iremos disminuyéndola gradualmente y terminaremos con el estado de coma. Él puede superar la situación con sus propios medios, pero, francamente, se encuentra definitivamente mejor cuando está usted con él. Todavía desconocemos muchas cosas sobre el comportamiento de la mente y su influencia sobre el cuerpo, pero sabemos que existe relación entre ambos.

—¿Está diciéndome que se recuperará antes si me quedo?

El coronel sonrió.

—En pocas palabras, sí.

Jay se sentía cansada y confundida, como si hubiera pasado horas en un laberinto de espejos, intentando encontrar la salida y encontrándose una y otra vez con un reflejo. Y no era solo por todas aquellas personas que insistían en que se quedara; en parte, era también por ella misma. Algo había ocurrido en su interior cuando había tocado a Steve, algo que no comprendía. Estaba segura de que nunca había sentido nada parecido, ni siquiera cuando estaban casados. Era como si de pronto Steve fuera más de lo que había sido, como si hubiera cambiado de una forma que ella sentía, pero no podía definir.

Jay deseaba no tener que asumir tanta responsabilidad. No quería quedarse. Aquel extraño sentimiento que experimentaba hacia Steve la hacía sentirse amenazada. Si se iba en aquel momento, no le daría oportunidad de desarrollarse. Pero si se quedaba...

Cinco años atrás, no había sufrido por su divorcio porque el amor entre ellos jamás había llegado a ser profundo y al final, simplemente, se había desvanecido. Pero Steve era un hombre diferente; había cambiado durante esos cinco años, se había convertido en alguien cuya fuerza podía sentirse incluso a través de su inconsciencia. Si volvía a enamorarse de él, nunca podría superarlo.

Pero si se marchaba, se sentiría culpable por no haberlo ayudado.

Necesitaba otro trabajo. Tenía que volver a Nueva York y hacer algo para impedir que su vida se desintegrara. Además, estaba cansada de aquellas presiones constantes. No quería marcharse, pero le daba miedo quedarse.

Frank advirtió la tensión que reflejaba su rostro, la sintió vibrar a través de ella.

—Salgamos a la sala de espera —dijo, dando un paso adelante para agarrarla del brazo—. Necesita descansar. Lo veré más tarde, coronel Lunning.

El coronel asintió.

—Intente convencerla. Este hombre la necesita.

Una vez en el pasillo, Jay musitó:

—Odio que la gente hable de mí como si yo no estuviera. Y estoy harta de que me manipulen —al decir aquella última frase, estaba pensando en su trabajo, pero Frank le dirigió una intensa mirada.

—No quiero ponerla en una situación difícil —contestó diplomáticamente—. Pero necesitamos que continúe hablando con su marido. Perdón, su exmarido, siempre lo olvido. En cualquier caso, estamos deseando hacer todo lo que esté en nuestras manos para ayudar a su recuperación.

Jay hundió las manos en los bolsillos y aminoró el paso, como si estuviera pensando en algo.

—¿Van a arrestar a Steve?

Frank no vaciló.

—No —contestó con absoluta certeza.

Aquel hombre iba a contar con los mejores médicos y la mejor protección que el país pudiera proporcionarle. A Frank le habría encantado

poder decirle a Jay los motivos, pero no era posible.

—Creemos que, simplemente, estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Pero teniendo en cuenta su pasado, es posible que intentara hacerse cargo de la situación. Incluso es posible que intentara ayudar cuando todo le estalló en pleno rostro. Y cualquier cosa que pueda recordar, nos ayudará.

Llegaron a la sala de espera y Frank abrió la puerta para que Jay lo precediera. Afortunadamente, estaban solos. El policía se acercó a la máquina del café y metió varias monedas.

—¿Café?

—No, gracias —contestó Jay cansada mientras se sentaba.

Tenía el estómago inusualmente tranquilo y no quería fastidiarlo con el nocivo brebaje que normalmente salía de aquellas máquinas. No había sido consciente de lo cansada que estaba, pero en ese momento, la fatiga era tal que incluso se mareaba.

Frank se sentó frente a ella con una taza de café entre las manos.

—He hablado con mi superior y le he explicado su situación —comenzó a decir—. ¿Se quedaría si no tuviera que preocuparse por el trabajo?

Jay cerró los ojos mientras se frotaba la frente, en un esfuerzo por concentrarse en lo que acababa de decirle. No recordaba haber estado nunca tan cansada, era como si toda su energía la hubiera abandonado. Tenía la mente entumecida. A lo largo de todo el día, había estado tan concentrada en Steve que todo lo demás parecía haberse borrado y cuando por fin se permitía relajarse, el cansancio la dejaba en un estado de lasitud física y mental.

—No lo comprendo —musitó—. Necesito trabajar para ganar dinero.

—Quedarse aquí podría convertirse en su trabajo —le explicó Frank, deseando no tener que presionarla.

Jay parecía incapaz de hacer nada más que permanecer sentada. Pero quizá fuera más fácil convencerla en aquel momento, con la fatiga interponiéndose en su capacidad de razonamiento.

—Nos haremos cargo del alquiler de su apartamento y de todos sus gastos. Para nosotros es muy importante.

Jay abrió los ojos y lo miró con incredulidad.

—¿Me pagarían por quedarme aquí?

—Sí.

—¡Pero yo no quiero que me den dinero para estar con él! Quiero ayudarlo, ¿no lo comprende?

—Pero no puede por culpa de su situación económica —dijo Frank, asintiendo—. Lo que le estamos ofreciendo es hacernos cargo de su situación económica. Si tuviera dinero suficiente, ¿vacilaría a la hora de quedarse?

—¡Por supuesto que no! Haría cualquier cosa para ayudarlo, pero la idea de aceptar ese dinero me parece repugnante.

—No vamos a pagarle para que se quede con él, vamos a pagarle para que pueda quedarse con él. ¿Entiende la diferencia?

Jay debía estar volviéndose loca, porque era capaz de ver la diferencia. Y la mirada de Frank era tan amable que instintivamente confiaba en él, aunque tenía la sensación de que allí estaban ocurriendo muchas cosas que ella no alcanzaba a comprender.

—Le conseguiremos un apartamento cerca de aquí, para que pueda pasar más tiempo con él —continuó Frank en tono amable y razonable—. También nos haremos cargo del apartamento de Nueva York, para que pueda volver después a él. Si me dice que sí en este momento, podrá trasladarse el mismo lunes a su apartamento.

Tenía que haber algún argumento en contra, pensó Jay, pero no se le ocurría ninguno. Frank estaba suprimiendo todos los obstáculos del camino; le haría sentirse mezquina si se negaba a hacer lo que le proponía cuando se había tomado tantas molestias por ella y ellos, quienesquiera que fueran, tenían tanto interés en que se quedara.

—Tendré que volver a casa —dijo, impotente—. Tendré que volver a Nueva York a buscar más ropa, y tendré que despedirme de mi trabajo —de pronto, soltó una carcajada—, si es que es posible despedirse de un trabajo del que ya te han despedido.

—Me encargaré de organizarle el viaje.

—¿Cuánto tiempo cree que estaré aquí?

Frank le sostuvo la mirada.

—Un par de meses por lo menos. Quizá más.

—¡Meses!

—Steve tendrá que someterse a rehabilitación.

—Pero para entonces ya estará consciente. ¡Yo pensaba que solo querían que me quedara hasta que lo peor hubiera pasado!

Frank se aclaró la garganta.

—Nos gustaría que se quedara hasta que pueda abandonar el hospital.

—Pero ¿por qué?

—La necesitará. La recuperación será muy dolorosa. No se lo he dicho hasta ahora, pero habrá que volver a operarle los ojos. Probablemente, a las seis semanas de la operación podremos quitarle las vendas. Cuando recupere la conciencia estará muy confundido, sufrirá dolores y, además, no podrá ver. Jay —la tuteó—, tú vas a ser su tabla de salvación.

Ella permanecía sentada, como atontada, mirando al policía de hito en hito. Era como si, de pronto, fuera demasiado tarde. Steve iba a necesitarla mucho más de lo que ni ella ni él podrían haber imaginado.

OceanofPDF.com

Capítulo Tres

Resultaba extraño estar de vuelta en Nueva York. Jay había volado el domingo por la tarde y había pasado varias horas haciendo el equipaje, guardando la ropa y sus objetos personales, pero se sentía extraña en su apartamento, como si ya no perteneciera a aquel lugar. Hacía las maletas como una autómatas, con la mente puesta en el hospital de Bethesda. ¿Cómo estaría Steve? Había pasado la mañana con él, hablándole constantemente y acariciándole el brazo, pero la ponía nerviosa estar tanto tiempo apartada de su lado.

El lunes por la mañana se vistió para ir a la oficina por última vez y fue consciente de una profunda sensación de alivio. Hasta que no la habían despedido, no se había dado cuenta de la carga que representaba aquel trabajo, de lo competitiva que se había vuelto. Y la competencia era algo bueno, pero no a expensas de la salud, aunque, en parte, tenía que culpar de aquella actitud a su propio apasionamiento. Había canalizado todo su genio, intereses y energías en aquel trabajo, no se había permitido ninguna otra válvula de escape. Tenía suerte de no haber terminado con una úlcera.

Cuando llegó a la oficina, situada en un edificio alto que alojaba a otras muchas firmas, estuvo buscando entre sus compañeros una caja de cartón en la que guardó todos los objetos personales de su escritorio. No eran demasiados: un lápiz de labios, un par de medias, un paquete de pañuelos de papel, un bolígrafo de oro y un par de láminas. Acababa de terminar y estaba alargando la mano hacia el teléfono para llamar a Farrell Wordlaw cuando sonó el intercomunicador.

—El señor Clements de EchoSystems por la línea tres, señorita Granger. Jay presionó el botón.

—Por favor, pásele todas mis llamadas a Duncan Wordlaw.

—Sí, señorita Granger.

Jay tomó aire y marcó el número del despacho de Farrell. Dos minutos después, se dirigía hacia allí.

Su jefe la recibió con una beatífica sonrisa, como si no hubiera sido él quien la había echado tres días atrás.

—Tiene buen aspecto, Jay —dijo suavemente—. ¿Ya ha pensado en algún otro trabajo?

—A decir verdad, no demasiado —contestó—. Quería decirle que no voy a poder trabajar durante estas dos semanas. Esta mañana he venido a vaciar mi escritorio y ya he dejado dicho que le pasen todas mis llamadas a Duncan.

Le produjo una buena dosis de satisfacción verlo palidecer.

—¡Pero eso es muy poco profesional! —le espetó, poniéndose de pie—. Contábamos con usted para atar los últimos cabos sueltos.

—Y para que le enseñara a Duncan a hacer mi trabajo —lo interrumpió con ironía.

—En estas circunstancias, no sé cómo voy a poder ofrecerle las recomendaciones que le había prometido. Y sin unas referencias favorables, no podrá volver a trabajar en ninguna firma de inversiones —replicó Farrell en tono amenazador.

—No pienso volver a trabajar en ninguna otra firma de inversiones, gracias.

Jay observaba a Farrell y prácticamente podía ver el movimiento de los engranajes de su cerebro mientras este consideraba qué posibilidades le quedaban. Sabía que iba a dejarlo plantado y que la culpa era de él por haberla tratado injustamente.

—Bueno, quizá me precipité un poco —dijo, forzándose a mantener un tono paternal—. Realmente, supondría un problema para la firma que los asuntos de los que estaba ocupándose no fueran debidamente atendidos. Quizá si añadiera dos semanas más de salario y un bonus, podría reconsiderar su decisión de abandonarnos tan precipitadamente.

—Gracias, pero no —declinó la oferta—. No me será posible, voy a estar fuera de la ciudad.

El pánico comenzaba a asomar al rostro de Farrell. Si las inversiones de las que ella había estado ocupándose fracasaban, la firma dejaría de ganar miles de dólares de beneficios.

—¡Pero no puede hacernos algo así! ¿Dónde piensa ir?

Jay ya podía imaginarse las llamadas aterradas de Duncan. Le dirigió a Farrell una fría sonrisa.

—Al Hospital Naval de Bethesda, pero no pienso ponerme al teléfono.

Farrell parecía completamente estupefacto.

—¿Al Hospital Naval?

—Es una emergencia familiar —contestó Jay mientras se volvía hacia la puerta.

Cuando estuvo fuera de nuevo, con la pequeña caja de cartón bajo el brazo, soltó una carcajada de puro júbilo. Se alegraba de haberse quedado sin trabajo y de haber sido capaz de llevar aquella expresión de pánico al rostro de Farrell Wordlaw. Era casi tan agradable como haber podido estrangularlo. Y por fin era libre para regresar con Steve, para dejarse arrastrar por aquel poderoso impulso que no era capaz ni de comprender ni de resistir.

Frank fue a buscarla al aeropuerto para ayudarla con el equipaje y Jay no disimuló la alegría que le produjo encontrarlo allí.

—¡No sabía que ibas a venir! —exclamó.

Frank no pudo evitar una sonrisa. Los ojos de Jay resplandecían como el mar y las líneas de tensión habían abandonado su rostro. Era como si se alegrara de haber podido poner fin a su trabajo, y así se lo comentó.

—Sí, ha sido... una gran satisfacción —admitió con una sonrisa—. ¿Cómo está Steve hoy?

Frank se encogió de hombros.

—No tan bien como cuando lo dejaste.

Era muy extraño, pero era cierto. Su pulso se había debilitado y le resultaba más difícil respirar. Incluso estando inconsciente, aquel hombre la necesitaba.

La preocupación ensombreció la mirada de Jay. Se mordió el labio. La necesidad de ver a Steve se hacía más intensa, era como si unas cadenas invisibles estuvieran tirando de ella.

Pero antes tenía que instalarse en el apartamento que Frank le había conseguido, algo para lo que se requería tiempo y que estaba devorando su paciencia. El apartamento era la mitad del que tenía ella en Nueva York. Solo contaba con dos habitaciones: el cuarto de estar y el dormitorio. La cocina era diminuta y estaba situada en una esquina y había un espacio minúsculo que hacía las veces de comedor. Pero parecía un lugar confortable, sobre todo porque Jay pensaba pasar la mayor parte de su tiempo en el hospital. Aquel sería solamente un lugar en el que dormir y hacer algunas comidas.

—También te he conseguido un coche —comentó Frank mientras metía la última maleta. Sonrió al ver la expresión de sorpresa de Jay—. Esto no es Nueva York. Necesitarás algún medio de transporte para moverte —sacó unas llaves del bolsillo y las dejó sobre la mesa—. Así podrás ir al hospital cuando te apetezca. Tienes permiso para ver a Steve a cualquier hora. Yo no estaré siempre por allí, como hasta hora, pero en mi ausencia, cualquier otro agente se ocupará de todo.

—¿Vas a venir ahora conmigo al hospital?

—¿Ahora? —se sorprendió Frank—. ¿No vas a deshacer las maletas?

—Ya las desharé esta noche. Preferiría ir a ver a Steve.

—De cuerdo —en secreto, pensaba que su plan estaba saliendo excesivamente bien—. ¿Por qué no me sigues en tu coche, para que vayas aprendiendo el camino? Tú... sabes conducir, ¿verdad?

Jay asintió con una sonrisa.

—Solo llevo cinco años en Nueva York. En los otros lugares en los que he vivido, siempre me ha hecho falta un coche. Pero te advierto que llevo bastante tiempo sin conducir, así que tendrás que darme algún tiempo para acostumbrarme.

En realidad, conducir era como montar en bicicleta: uno nunca se olvidaba de cómo se hacía. Después de algunos minutos para familiarizarse con el coche, Jay siguió a Frank sin dificultad.

Hasta que no estuvo en el hospital y se acercó a la cama de Steve, no comenzó a desaparecer el nudo de tensión que tenía en el estómago. Fijó la mirada en la cabeza vendada de su exmarido y el corazón comenzó a latirle

con fuerza. Con infinito cuidado, posó los dedos en su brazo y empezó a hablar.

—Estoy aquí. Ayer tuve que ir a Nueva York para traerme mis cosas y despedirme de mi trabajo. Recuérdate que te cuente algún día lo que ha pasado. En cualquier caso, voy a quedarme a tu lado hasta que estés mejor.

La voz ha vuelto. Penetra lentamente entre las capas oscuras que envuelven su mente formando un pequeño vínculo con su conciencia. Él todavía no comprende las palabras, pero no es consciente de ello. La voz, sencillamente, aparece, es como una luz en un lugar en el que antes no había nada. A veces la voz es serena y otras vibra de diversión. Él no es consciente de esa diversión, pero percibe el cambio de tono.

Y desea más. Quiere acercarse más a ese sonido y comenzar a luchar contra esa niebla que oscurece su mente. Pero cada vez que lo intenta, un dolor ardiente penetra en todo su cuerpo obligándolo a refugiarse en la oscuridad que lo protege. Entonces la voz vuelve a llamarlo, hasta que el dolor ataca una vez más y tiene que retirarse.

El brazo se movió como lo había hecho en la otra ocasión, y al igual que había ocurrido entonces, Jay apartó bruscamente la mano. Dejó de hablar y se quedó mirándolo fijamente. Después, tras una ligera pausa, volvió a posar la mano y reanudó lo que le estaba diciendo. El corazón le latía con fuerza. Seguramente había sido un movimiento involuntario de aquellos músculos obligados a mantener la misma postura durante tanto tiempo. Era imposible que estuviera intentando responder, ya que los barbitúricos que le estaban suministrando anulaban la mayoría de sus funciones cerebrales. La mayoría, pero no todas, había dicho el coronel Lunning. Si Steve era consciente de su presencia, ¿podría estar intentando comunicarse con ella?

—¿Estás despierto? —le preguntó suavemente—. ¿Puedes mover el brazo otra vez?

El brazo permaneció inmóvil bajo sus dedos y, con un suspiro, Jay retomó su monólogo. Por un instante, la sensación había sido tan fuerte que, a pesar de todo lo que le habían dicho, había pensado que Steve estaba consciente.

Regresó al hospital a la mañana siguiente, antes de que el sol fuera algo más que una tímida claridad hacia el este. No había dormido muy bien, principalmente porque los ruidos no le resultaban familiares, pero tampoco podía echarle toda la culpa al apartamento nuevo. Había permanecido despierta en la oscuridad, intentando analizar y descartar la absurda convicción de que, por un instante, Steve había intentado ponerse en contacto con ella de la única forma que podía. A pesar de todos sus análisis, la lógica no significaba nada cuando recordaba lo que había sentido.

«¡Ya basta!», se regañó a sí misma mientras subía en el ascensor hacia la UCI. Se estaba dejando llevar por la imaginación, alimentando su tendencia a entregarse totalmente a aquello que le interesaba. Nunca había sido una persona capaz de controlar sus emociones, aunque prácticamente se había dejado la salud intentando serlo. Deseaba hasta tal punto la recuperación de Steve que estaba imaginando respuestas donde no las había.

La habitación estaba iluminada a pesar de la hora, puesto que, en su estado, la luz o la oscuridad no suponían para él ninguna diferencia. Jay suponía que las enfermeras dejaban las luces encendidas para facilitarse el trabajo. Cerró la puerta, se acercó a la cama y posó la mano en su brazo.

—Estoy aquí —dijo suavemente.

Steve tomó aire y su pecho se estremeció.

Aquel gesto sacudió a Jay como una cuerda tensa que de pronto hubiera escapado a su sujeción. Aquella profunda sensación de comunicación que iba más allá de toda lógica, más allá de las palabras, estaba de nuevo ahí, y en aquella ocasión era mucho más intensa. Steve sabía que estaba allí. De alguna manera, la había reconocido. Y estaba luchando por llegar hasta ella.

—¿Puedes oírme? —susurró con voz temblorosa, fijando la mirada en él—. ¿Sientes mi mano, es eso? Cuando te toco el brazo ¿puedes sentirlo?

Debes de estar confundido y asustado, no sabes lo que ha pasado y estás intentando comprenderlo, pero ahora es muy difícil. Te pondrás bien, te lo prometo, aunque todavía te llevará algún tiempo.

La voz. Había algo en ella que lo arrastraba, a pesar del dolor que esperaba para clavarle en él cada vez que abandonaba la oscuridad. Lo aterraba ese dolor, pero era más intenso el deseo de aquella voz. Quería estar más cerca de aquella mujer. En algún momento, demasiado tenue como para que pudiera recordarlo o comprenderlo, se había dado cuenta de que era una mujer. Estaba cargada de ternura y representaba la única seguridad que podía encontrar en medio del vacío y la oscuridad de su mente y de su mundo. No sabía prácticamente nada, pero conocía aquella voz. Algún instinto primario la había reconocido, la anhelaba, y en ella encontraba la fuerza para luchar contra la oscuridad y contra el dolor. Y quería que ella supiera que él estaba allí.

Volvió a mover el brazo. El movimiento era demasiado lento como para ser un espasmo muscular involuntario. En aquella ocasión, Jay no retiró la mano. Al contrario, frotó suavemente su brazo mientras clavaba la mirada en su rostro.

—¿Steve? ¿Pretendías mover el brazo? ¿Podrías intentarlo otra vez?

Era extraño. Algunas de aquellas palabras parecían tener sentido. Otras no tenían sentido en absoluto. Pero ella estaba allí, más cerca, y la voz era cada vez más clara. Él solo podía ver oscuridad, era como si el mundo nunca hubiera existido, pero ella estaba mucho más cerca. El dolor torturaba su cuerpo con una intensidad que cubría su piel de sudor, pero no quería retroceder después de haber llegado tan lejos, no quería retroceder a aquel oscuro vacío.

¿El brazo? Sí. Ella quería que moviera el brazo. No sabía si podía hacerlo. Le dolía tanto que no sabía si podría volver a intentarlo. ¿Se alejaría de él si no movía el brazo? No

podría soportar quedarse nuevamente solo, en un lugar en el que todo era tan frío, tan oscuro y vacío... No, no podría soportarlo después de haber estado tan cerca de aquel calor.

Intentó gritar, pero no pudo. El dolor era increíble, lo desgarraba como si fuera un animal salvaje que estuviera clavando sus colmillos y sus garras en él.

Movió el brazo.

El movimiento fue apenas perceptible, un temblor que no habría notado si no hubiera tenido la mano sobre su brazo. Steve había empezado a sudar, su pecho y sus hombros brillaban bajo las luces fluorescentes. El corazón de Jay latía con fuerza mientras se inclinaba hacia él y fijaba la mirada en sus labios.

—Steve, ¿puedes oírme? Soy Jay. No puedes hablar porque tienes la garganta entubada, pero estoy aquí. Y no me iré.

Él entreabrió los labios lentamente, como si estuviera intentando formar con ellos palabras que se negaban a dejarse atrapar. Jay permanecía inclinada, conteniendo la respiración y con un intenso dolor en el pecho mientras Steve intentaba forzar sus labios y su lengua para articular una palabra. Ella sentía la fuerza de su desesperación y su obstinada determinación mientras, frente a toda lógica, luchaba contra el dolor y las drogas para ser capaz de formular una palabra. Era como si no pudiera renunciar fuera cual fuera el precio. Había algo en él que no le permitiría entregarse.

Volvió a intentarlo. Sus labios hinchados y faltos de color se movían con agónica determinación. Movié la lengua para susurrar una palabra que apenas se oyó.

—Dolor.

Jay tomó aire varias veces, ajena a las lágrimas que comenzaban a deslizarse por sus mejillas. El dolor de su pecho se hizo más intenso. Le palmeó el brazo con mucha delicadeza.

—Ahora mismo vuelvo. Te darán algo para calmar el dolor. Solo voy a dejarte un momento. En seguida vuelvo, te lo prometo.

Jay voló hasta la puerta, la abrió bruscamente y salió al pasillo. Debía de haber estado en la habitación más tiempo del que pensaba porque el tercer turno había vuelto a casa y el primer turno del día había comenzado su labor. Frank y el coronel Lunning estaban en la habitación de las enfermeras, hablando en un tono bajo e imperioso; ambos hombres alzaron la mirada cuando corrió hacia ellos. Frank la miró con una suerte de horrorizada incredulidad.

—¡Está despierto! —gritó con voz atragantada—. Ha dicho que le duele. Por favor, tienen que darle algo.

Ambos pasaron por delante de ella, empujándola prácticamente para salir.

—Se suponía que esto no tenía que suceder —dijo Frank con una voz tan dura que Jay apenas la reconoció como suya.

Pero tenía que serlo, aunque sus palabras no tuvieran ningún sentido. ¿Qué se suponía que no tenía que suceder? ¿Se suponía que Steve no tenía que recuperar la conciencia? ¿Le habían mentido? ¿Esperaban en realidad que Steve muriera? No, no podía ser. En ese caso, Frank no se habría tomado tantas molestias para que se quedara.

Las enfermeras corrían ya hacia la habitación de Steve, pero cuando Jay intentó entrar, la hicieron salir al pasillo. Esperó fuera, escuchando las voces agitadas del interior, mordiéndose el labio y secándose las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Ella debería estar allí. Steve la necesitaba.

En el interior de la habitación, Frank observaba al coronel Lunning mientras este analizaba las constantes vitales y la actividad cerebral del paciente.

—No hay duda —le confirmó el coronel con aire ausente mientras trabajaba—. Está recuperando la conciencia.

—¡Pero si está lleno de barbitúricos, por el amor de Dios! —protestó Frank—. ¿Cómo es posible que recupere la conciencia si no le han disminuido la dosis?

—Está luchando para salir del estado de coma. Tiene una constitución condenadamente fuerte y esa mujer que está en el pasillo ha tenido un fuerte efecto en él. La adrenalina es un estimulante muy poderoso. La presión de

la sangre ha aumentado y también su ritmo cardíaco. Ambas cosas son síntoma de una estimulación adrenalínica.

—¿Van a aumentarle la dosis?

—No. El coma era para intentar evitar que el cerebro se inflamara y pudiera causarle más dolor. En cualquier caso, estaba a punto de empezar a disminuirle la dosis. Lo único que ha hecho él ha sido adelantarse un poco. Tendremos que mantener los calmantes para el dolor, pero ya no debemos mantenerlo en coma.

—Jay cree haberle oído decir que sufre dolores. ¿Es posible que sufra a pesar de las drogas?

—Si ha accedido a un nivel de conciencia que le permite comunicarse, es posible que también esté suficientemente consciente como para notar el dolor.

—¿Puede oír lo que decimos?

—Es posible. Yo diría que sí. Pero que nos comprenda es algo completamente diferente.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que podamos interrogarlo?

El coronel Lunning le dirigió una mirada dura.

—No podremos comunicarnos con él hasta que la hinchazón del rostro y la garganta haya remitido lo suficiente como para poder desentubarlo. Yo diría que todavía falta una semana. Y no espere que pueda ser una fuente de información. Es posible que ni siquiera recuerde lo que le ocurrió, y aunque así sea a la larga, pueden pasar meses hasta entonces.

—¿Existe algún peligro de que le revele a Jay alguna información clasificada?

Frank no quería hablar demasiado. El coronel Lunning sabía que Steve era un paciente muy importante, pero no conocía más detalles.

—No es probable. Estará demasiado aturdido y confundido, quizá incluso delirar, y, en cualquier caso, todavía no es capaz de hablar. Pero le prometo que usted será el primero en verlo cuando le quitemos el tubo.

Frank fijó la mirada en el hombre que permanecía inmóvil en la cama. Llevaba tanto tiempo inconsciente que le resultaba difícil admitir que pudiera oír o sentir, o que intentara comunicarse. Pero sabiendo lo que sabía de él, Frank comprendió que debería haberse preparado para algo parecido.

Aquel hombre nunca renunciaba, jamás dejaba de luchar, ni siquiera cuando las probabilidades de fracaso eran tantas que cualquier otro habría abandonado. Esa era la razón por la que había sobrevivido en tantas ocasiones cuando otros no lo habían hecho, como había ocurrido aquella vez.

—¿Es posible que su cerebro sufra algún daño irreversible? —preguntó quedamente, recordando que Steve podía oírlo y que no había forma de saber hasta qué punto podía comprenderlo.

El coronel Lunning suspiró.

—No lo sé. Ha recibido unos cuidados excelentes y eso es muy importante en un proceso de recuperación. Es posible que se produzca un daño tan mínimo que ni siquiera pueda percibirse, pero yo ahora mismo no apostaría por ninguna opción. Sencillamente, no puedo decirlo. El hecho de que haya despertado y haya respondido a la presencia de la señorita Granger ha sido completamente inesperado. Ha superado de golpe varios estados de la recuperación. Jamás en mi vida había visto nada parecido. Normalmente, la primera etapa es de aletargamiento, en ella es necesaria una vigorosa estimulación para terminar de despertar al paciente; después vienen el delirio y la agitación extrema, como si todos los procesos cerebrales hubieran enloquecido. A continuación, el paciente comienza a tranquilizarse, pero se encuentra muy confundido. En el siguiente estado, podría decirse que es como una especie de autómata. Es capaz de responder a algunas preguntas, pero incapaz de realizar cualquier tarea que no sea extremadamente simple. Las funciones cerebrales más complejas regresan gradualmente.

—¿Y en qué estado se encuentra él en este momento?

—Es capaz de comunicarse, como si estuviera en el estado de autómata, pero creo que retrocederá. Esto ha tenido que suponer un esfuerzo tremendo para él.

—Y si se disminuye la dosis de barbitúricos, ¿aumentará su capacidad de comunicación?

—Quizá. También es posible que este incidente no vuelva a repetirse, que regrese a las etapas clásicas de la recuperación.

—¿Hay algo de lo que pueda estar seguro? —preguntó Frank, exasperado.

El coronel Lunning le dirigió una mirada firme.

—Sí, estoy seguro de que su recuperación depende de la señorita Granger. Procuren que no se aleje de él. La necesitará.

—¿Y cree que será seguro para ella permanecer a su lado cuando suspenda el tratamiento de barbitúricos?

—Insisto en ello. Lo ayudará a conservar la calma. ¿Cree que ella será capaz de soportarlo?

Frank arqueó las cejas.

—Esa mujer es mucho más fuerte de lo que parece.

Jay se había entregado con devoción a Steve, de una manera que Frank no esperaba y no alcanzaba a comprender. Era como si algo la impulsara a estar a su lado, algo que no tenía nada que ver con lo que normalmente se entendía por atracción. Si hubiera sido más adelante, cuando Steve estuviera completamente consciente... En fin, los efectos de aquel hombre sobre las mujeres siempre les habían parecido increíbles a sus superiores. Pero en aquel momento era poco más que una momia, incapaz de utilizar los encantos que lo habían hecho tan famoso, de manera que tenía que haber algo más.

En cualquier caso, tenía que comunicarle al Hombre lo que había pasado.

De pronto, la puerta se abrió y Jay entró. Dirigió a Frank una mirada dura y enérgica con la que parecía estar desafiándolo a echarla otra vez.

—Voy a quedarme —dijo con vehemencia mientras se colocaba al lado de Steve y posaba la mano en su brazo. Alzó la barbilla con gesto de determinación—. Steve me necesita y pienso quedarme aquí.

El coronel Lunning apartó la mirada de Jay para mirar a Steve y a continuación se volvió hacia Frank.

—Sí, es mejor que se quede —dijo con suavidad, y consultó el historial que tenía en la mano—. Muy bien, voy a comenzar a disminuir la dosis de barbitúricos en este instante para que termine de abandonar el coma. Le llevará de veinticuatro a treinta y seis horas y no sé cómo va a reaccionar,

de modo que quiero que permanezca constantemente en observación — volvió a mirar a Jay—. Señorita Granger..., ¿puedo llamarla Jay?

—Claro.

—Hasta que le hayamos retirado completamente los barbitúricos, permanecerá una enfermera en la habitación durante la mayor parte del tiempo. La reacción del paciente es impredecible. Si ocurre algo, es importante que te alejes inmediatamente de la cama y no impidas ninguna de las labores que tengamos que hacer, ¿me comprendes?

—Sí.

—¿Puedo confiar en que no te desmayarás? ¿Podrás resistirlo?

—Sí.

—De acuerdo. Confío en ti —la midió con su firme mirada de militar y debió de tranquilizarlo lo que vio, porque de pronto asintió con un brusco gesto de aprobación—. No será fácil, pero creo que lo soportarás.

Jay se volvió hacia Steve, concentró en él toda su atención y se desentendió del resto de las personas que había en la habitación, como si hubieran dejado de pronto de existir. No podía evitarlo, Steve desplazaba todo lo demás de su conciencia. Frente a él, los demás perdían toda importancia, era como si se transformaran en dibujos animados, en seres de una sola dimensión. Nada importaba excepto él, y desde su agónico intento de hablar con ella, aquella sensación era mucho más intensa. Era una experiencia que la destrozaba y la aterraba, porque estaba mucho más allá de todo lo que hasta entonces había vivido, pero no podía resistirse a ella. Era muy extraño; Steve ejercía mucha más influencia sobre ella en aquella situación de la que tenía antes, cuando estaba en pleno uso de sus facultades y de su desbordante encanto. Continuaba completamente inmóvil, y durante la mayor parte del tiempo inconsciente, pero aun así, algo profundo y primario lo empujaba hacia él. Le bastaba estar en la misma habitación que Steve para que su corazón latiera a un ritmo más fuerte y la sangre corriera con renovada energía por sus venas.

—He vuelto —susurró, acariciándole el brazo—. Ya puedes volver a dormir. No te preocupes, no luches contra el dolor, límitate a dejarlo fluir. Yo estoy a tu lado y no me marcharé. Estaré a tu lado cuando vuelvas a despertarte.

Lentamente, el pulso de Steve fue serenándose, y también el ritmo de su respiración. La tensión sanguínea disminuyó. El aire siseaba a través del tubo que tenía conectado a la garganta, un sonido que se habría convertido en un suspiro si no hubiera sido por aquel artefacto. Jay permanecía al lado de la cama, acariciándole lentamente el brazo mientras él se dormía.

«¿Quién eres?» Volvió a despertarse y gritó en silencio mientras se abría camino a través del velo de oscuridad hacia un horror incluso mayor. El dolor era tal que tenía la sensación de que lo estaba devorando vivo, pero podía soportarlo porque, a pesar de su intensidad, era preferible a la horrorosa sensación de vacío. Dios, ¿lo habrían enterrado vivo? No podía moverse, no podía ver, no podía oír. Era como si su cuerpo hubiera muerto pero su mente permaneciera viva. Aterrado, intentó gritar de nuevo, pero no pudo.

¿Dónde estaba? ¿Qué le había ocurrido?

No lo sabía. Que el cielo lo ayudara. ¡No lo sabía!

—Estoy aquí —ronroneó la voz suavemente—. Sé que estás asustado y no comprendes nada, pero estoy aquí. Y seguiré contigo.

La voz. Le resultaba familiar, la había oído en sus sueños. No, no solo en sueños. Era algo más profundo que eso. La sentía en sus entrañas, en sus huesos, en sus células, en sus genes y en sus cromosomas. Era parte de él e intentó concentrarse en ella con un intenso y casi doloroso reconocimiento. Pero le resultaba infinitamente extraño relacionarse con algo que su mente consciente pudiera producir.

—Los médicos dicen que probablemente estarás muy confundido —continuó diciendo la voz.

Era una voz serena, tierna y ligeramente ronca. Como si fuera la voz de una mujer que hubiera estado llorando. Una mujer. Sí. Definitivamente era la voz de una mujer. Y tenía el vago recuerdo de aquella voz llamándolo, ayudándolo a salir de una extraña y sofocante oscuridad.

La voz comenzó recitar una letanía de lesiones y él la escuchó con fiera concentración. Poco a poco, fue dándose cuenta de que estaba hablando de

él. Era él el que estaba herido. No estaba muerto, no; no lo habían enterrado vivo.

Lo recorrió una ola de inmenso alivio que lo dejó absolutamente exhausto.

La voz continuaba allí cuando volvió a emerger a la superficie. En aquella ocasión, el terror inicial duró menos que la vez anterior. Al prestar atención, decidió que la voz sonaba más ronca que llorosa.

Siempre estaba allí. Él no tenía conciencia del tiempo, solo del dolor y de la oscuridad, pero había ido dándose cuenta de que había dos clases de oscuridad. Una estaba en su mente, paralizando sus pensamientos, pero contra aquella podía luchar. Poco a poco, esa oscuridad había ido disminuyendo. Pero después estaba la otra, la ausencia de luz, la incapacidad de ver. Habría vuelto a sufrir un ataque de pánico si ella no hubiera estado allí. Ella, que le explicaba su situación una y otra vez, como si supiera que solo podía ir comprendiendo gradualmente sus palabras. No estaba ciego: tenía los ojos tapados con vendas, pero no estaba ciego. Tenía las piernas rotas, pero podría volver a caminar. Las manos le ardían, pero volvería a utilizarlas. Había un tubo conectado a su garganta para ayudarlo a respirar; pero muy pronto se lo quitarían para que pudiera volver a hablar.

Y él la creía. No la conocía, pero confiaba en ella.

Intentó pensar, pero las palabras rebotaban en su cabeza, haciendo que le resultara imposible encontrarles sentido. No sabía... Eran muchas las cosas que no sabía. No sabía nada. Pero tampoco era capaz de retener las palabras y ordenarlas de forma adecuada, como habría podido hacer si al menos supiera qué era lo que no sabía. Nada tenía sentido y estaba cansado de luchar.

Al final se despertó y descubrió que sus pensamientos eran más claros; la confusión era diferente, porque las palabras de pronto cobraron sentido aunque todo lo demás continuara sin tenerlo. Ella estaba allí. Podía sentir una mano en el brazo, percibir la ligera ronquera de su voz. ¿Habría estado a su lado constantemente? ¿Durante cuánto tiempo? Tenía la sensación de que había estado a su lado desde siempre, y aquello lo inquietaba, porque creía que debería saberlo exactamente.

Eran muchas las cosas que quería saber y no podía preguntar. La frustración lo devoraba. Flexionó el brazo bajo la mano que lo acariciaba. Dios, ¿qué ocurriría si aquella mujer lo dejaba? Ella era el único vínculo que unía el mundo exterior a la prisión de su cuerpo, su único vínculo con la cordura, la única ventana en un universo en plena oscuridad. Y de pronto, la necesidad de saber se materializó en su interior en un simple pensamiento, en una sola palabra: ¿quién?

Sus labios formaron aquella palabra, que se tradujo únicamente en silencio. Sí, esa era la palabra que quería. Todo lo demás quedaba resumido en esa única palabra.

Jay posó delicadamente la mano sobre sus labios.

—No intentes hablar —susurró—. Yo recitaré el alfabeto. Cada vez que llegue a la letra que estás buscando, intenta mover el brazo. Yo continuaré repitiendo el alfabeto una y otra vez hasta que formemos las palabras que quieres decir. ¿Crees que podrás hacerlo? Mueve el brazo una vez si es que sí y dos si es que no.

Jay estaba agotada. Habían pasado dos días desde la primera vez que Steve había recuperado la conciencia y había estado a su lado la mayor parte del tiempo. Había hablado con él hasta quedarse sin voz, intentando proporcionarle con sus palabras el puente que lo conectara con la realidad. Sabía cuándo estaba despierto, sentía cuándo estaba aterrorizado, lo sentía luchar intentando comprender lo que le estaba ocurriendo. Pero aquella era la primera vez que sus labios se movían, y ella estaba tan cansada que no había sido capaz de comprender lo que estaba intentando decirle. El juego del alfabeto era la única manera que se le ocurría de intentar comunicarse con él, pero no sabía si Steve sería capaz de concentrarse lo suficiente como para que funcionara.

Steve movió el brazo. Solo una vez.

Jay tomó aire, obligándose a vencer su cansancio.

—De acuerdo. Comenzamos, A, B, C, D...

Empezó a renunciar a la esperanza a medida que iba recitando las letras del alfabeto y el brazo de Steve permanecía inmóvil bajo su mano. Había apuntado demasiado lejos. El coronel Lunning le había advertido que pasarían días hasta que la mente de Steve estuviera suficientemente

despejada como para que pudiera comprender realmente lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Pero entonces llegó a la letra Q y sintió que el brazo de Steve se movía.

Jay se interrumpió.

—¿Q?

Steve volvió a mover el brazo una vez.

—Muy bien —contestó Jay, presa del júbilo—. La primera letra es la Q. Vamos por la segunda.

Steve volvió a mover el brazo cuando llegó a la U.

Y una vez más cuando llegó a la I.

Y volvió a moverlo cuando pronunció la N.

Jay estaba atónita.

—¿Quién? ¿Esa es la palabra? ¿Quieres saber quién soy?

Steve movió el brazo.

No lo sabía; claro que no lo sabía. Jay no podía recordar si había vuelto a mencionarle quién era ella después de haber hablado con él la primera vez. ¿Creía acaso que podía recordar su voz después de cinco años sin hablarse?

—Soy Jay —dijo con delicadeza—. Tu exesposa.

OceanofPDF.com

Capítulo Cuatro

Steve permanecía completamente inmóvil. Jay tenía la impresión de que estaba alejándose de ella, aunque no fuera capaz de mover un solo músculo. Un dolor sorprendentemente agudo floreció en su interior y se regañó por ello. ¿Qué esperaba? Steve no podía levantarse para abrazarla, no podía hablar y, probablemente, estaba agotado. Era consciente de todo ello, pero aun así, tenía la sensación de que estaba alejándose de ella. ¿Le molestaría ser tan dependiente de su persona? Siempre le había gustado guardar las distancias. O quizá le molestara que fuera ella la que estaba a su lado en vez de una enfermera con la que no tuviera ninguna relación personal. Al fin y al cabo, cuando ese tipo de servicios se prestaban con motivos profesionales, siempre se mantenía cierta distancia que permitía conservar al paciente un cierto grado de independencia. Pero cuando ese tipo de labor se hacía por motivos personales, conllevaba un precio que no podía pagarse en dólares y que, seguramente, Steve no estaba dispuesto a pagar.

Jay imprimió a su voz una calma que estaba muy lejos de sentir.

—¿Quieres hacer alguna otra pregunta?

Dos movimientos del brazo. No.

Se había sentido apartada de su lado en tantas ocasiones que reconoció su rechazo al instante, a pesar de la sutilidad y de la falta de palabras. Y le dolió. Cerró los ojos y luchó para controlarse antes de volver hablar. Pasaron varios segundos hasta que fue capaz de decir:

—¿Quieres que me quede contigo?

Steve permaneció inmóvil durante largo rato. Después movió el brazo. Y volvió a moverlo. No.

—De acuerdo, no volveré a molestarte.

Su autodomínio era frágil; su voz, tenue y tensa. Jay no esperó para ver si Steve tenía algo que responder, sino que se volvió y abandonó la habitación. Se sentía enferma. Incluso después de su rechazo, requería un gran esfuerzo para ella salir y dejarlo solo. Quería quedarse a su lado, protegerlo, luchar por él. Dios, incluso habría estado dispuesta a compartir su dolor si hubiera podido. Pero Steve no la quería. No la necesitaba. Había tenido razón al pensar que no apreciaría sus esfuerzos, pero el vínculo que había sentido entre ellos durante esos días era tan fuerte que había desoído las advertencias del sentido común y había dejado que Frank la convenciera de que se quedara.

Bueno, lo menos que podía hacer era comunicarle a Frank que su estancia en aquella ciudad había terminado, que tenía que marcharse. Sus problemas no habían cambiado: seguía teniendo que encontrar trabajo. Sacó una moneda del bolso, buscó un teléfono público y llamó al número que Frank le había dado. Durante los últimos dos días, Frank Payne no había pasado tanto tiempo en el hospital como al principio; de hecho, ese día en concreto ni siquiera se había pasado por allí.

Frank contestó rápidamente y oír su voz calmada la ayudó a tranquilizarse.

—Hola, soy Jay. Quería que supieras que mi trabajo ha terminado. Steve no quiere que continúe a su lado.

—¿Qué? —parecía sorprendido—. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho.

—¿Cómo demonios va a decírtelo? No puede hablar y no es capaz de escribir. Y, en cualquier caso, el coronel Lunning ha dicho que al principio estaría un poco confundido.

—Esta mañana ha mejorado mucho. Y hemos encontrado un sistema para comunicarnos —le explicó cansada—. He ido recitándole el alfabeto y él movía ligeramente el brazo cuando llegaba a la letra que quería. Es capaz de deletrear preguntas y respuestas. Un movimiento del brazo significa sí y dos, no.

—¿Se lo has contado al coronel Lunning? —le preguntó Frank bruscamente.

—No, no lo he visto. Solo quería que supieras que Steve ya no quiere que esté con él.

—Pide que llamen al coronel por megafonía. Quiero hablar con él. Ahora.

Para ser un hombre tan amable, Frank podía llegar a mostrarse muy autoritario cuando se lo proponía, pensó Jay mientras se dirigía a la habitación de las enfermeras para solicitar que llamaran al coronel Lunning. Cinco minutos después, apareció el coronel con aspecto cansado y vestido con el uniforme verde con el que entraba al quirófano. Escuchó atentamente a Jay y, a continuación, sin decir una sola palabra, se acercó al teléfono y habló quedamente con Frank. Jay no entendía lo que estaba diciendo, pero cuando colgó, Lunning llamó a una enfermera y se dirigió directamente a la habitación de Steve.

Jay esperó en el pasillo, esforzándose por controlar sus sentimientos. Aunque conocía a Steve y podía esperarse algo parecido, continuaba doliéndole. En aquel momento estaba sufriendo mucho más de lo que había sufrido con su divorcio. Se sentía extrañamente... traicionada, afligida, como si hubiera perdido una parte de sí misma, algo que no había sentido cinco años atrás. En fin, ese era otro clásico ejemplo de cómo la intensidad con la que vivía le hacía interpretar equivocadamente las cosas. ¿Aprendería alguna vez?

El coronel Lunning pasó mucho tiempo en la habitación de Steve. Un ejército de enfermeras entraba y salía constantemente de la habitación. En menos de media hora llegó Frank con el rostro tenso y serio. Le apretó el brazo a Jay en un gesto de consuelo cuando llegó a su lado, pero no se detuvo a hablar con ella. Él también desapareció en el interior de la habitación de Steve, como si estuviera ocurriendo algo terriblemente importante en su interior.

Jay se dirigió a la sala de espera y permaneció sentada con las manos cruzadas en el regazo mientras intentaba decidir lo que iba a hacer a continuación. Volver a Nueva York, obviamente, y buscar trabajo. Pero la perspectiva de lanzarse de nuevo al mundo de los negocios la dejaba fría. No quería regresar. No quería dejar a Steve. Incluso después de lo ocurrido, no quería separarse de su lado.

Casi una hora después, Frank entró en la sala de espera. Le dirigió una mirada intensa antes de acercarse a la máquina del café y sacar dos vasos. Jay alzó los ojos y consiguió dirigirle una sonrisa cuando se acercó a ella.

—¿De verdad tengo aspecto de necesitarlo? —preguntó con ironía, señalando el café con la cabeza.

Frank le tendió uno de los vasitos de café.

—Ya sé que sabe incluso peor de lo que parece. Pero tómatelo de todas formas. Si no lo necesitas ahora, lo necesitarás dentro de un momento.

Jay tomó la taza, bebió un sorbo y esbozó una mueca. Era un auténtico misterio que alguien hubiera sido capaz de obtener un sabor tan horrible mezclando agua y café.

—¿Por qué voy a necesitarlo dentro de un momento? Todo ha terminado, ¿no es cierto? Steve me ha dicho que me vaya. Es evidente que no quiere que me quede con él, de modo que mi presencia solo puede molestarlo y entorpecer su recuperación.

—No, no todo ha terminado —dijo Frank, con la mirada clavada en su propio café.

La rotundidad de su tono hizo que Jay lo mirara con atención. Frank estaba demacrado. El cansancio se reflejaba en todas sus facciones.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jay. Se enderezó nerviosa en su asiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Ha sufrido una recaída?

—No.

—Entonces ¿qué ocurre?

—No recuerda —dijo Frank—. No recuerda nada. Tiene amnesia.

Frank tenía razón; necesitaba el café. Se bebió el vaso de café y, a continuación, se levantó en busca de otro. La cabeza le daba vueltas y se sentía como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

—¿Qué otra cosa podía ir mal? —preguntó. Hablaba para sí misma, pero Frank sabía lo que quería decir.

El policía suspiró. No contaban con aquello. Necesitaban que el paciente se despertara, que fuera capaz de hablar, de comprender lo que había que hacer. Aquel último episodio había echado a perder todo el plan. ¡Ni siquiera sabía quién era! ¿Cómo iba a protegerse a sí mismo si ni

siquiera sabía de quién tenía que defenderse? No podía distinguir a los amigos de los enemigos.

—Ha estado preguntando por ti —dijo Frank, tomándole la mano.

Jay lo miró fijamente y comenzó a levantarse, pero Frank le tiró de la mano, haciendo que volviera a sentarse.

—Hemos estado haciéndole muchas preguntas —continuó explicándole—. Hemos utilizado tu sistema, aunque sea un poco lento. Cuando le dijiste que eras su exesposa lo confundiste, lo asustaste. No se acordaba de ti y no sabía qué hacer. Recuerda que todavía está muy confuso. Para él es muy difícil concentrarse, aunque está avanzando muy rápido.

—¿Estás seguro de que ha preguntado por mí? —preguntó Jay con el corazón palpitante.

A pesar de todo lo que Frank había dicho, sus sentimientos parecían haberse concentrado en aquella única frase.

—Sí. Ha deletreado tu nombre una y otra vez.

Las ganas de ir a su lado eran tan fuertes que resultaban casi dolorosas. Jay se obligó a permanecer sentada para intentar comprender algo más.

—¿Tiene amnesia total? ¿No se acuerda de nada?

—Ni siquiera sabe cómo se llama —Frank volvió a exhalar un pesado suspiro—. No recuerda nada de la explosión, no sabe por qué estaba allí. Tiene la mente completamente en blanco, maldita sea —terminó, expresando su impotencia y su frustración.

—¿Qué opina el coronel Lunning?

—Dice que una amnesia total es algo extraordinariamente raro. Lo más frecuente son amnesias parciales que bloquean los recuerdos del accidente y todo lo ocurrido poco antes de que sucediera. Con el traumatismo craneal sufrido por Steve, cabía esperar algún episodio amnésico, pero esto... —hizo un gesto de impotencia.

Jay intentó recordar lo que había leído sobre la amnesia, pero lo único que acudía a su mente era la utilización dramática que de ella se hacía en las telenovelas. Invariablemente, el amnésico recuperaba la memoria durante un momento de especial carga dramática, justo a tiempo para evitar un asesinato o para impedir que lo mataran a él. Era un buen elemento para el melodrama, sí, pero no sabía nada más del tema.

—¿Recuperará la memoria?

—Probablemente, o al menos en parte. Pero no podemos estar seguros. Es posible que la recupere de forma casi inmediata o que tarde meses en volver a recordar algo. El coronel Lunning dice que irá recuperando la memoria poco a poco y que normalmente, los primeros en reaparecer son los recuerdos más extraños.

«Podría». «Es posible». «Probablemente». «Normalmente». Todas ellas eran palabras para decir que, sencillamente, no sabían lo que iba a ocurrir. Y mientras tanto, Steve seguía en la cama, incapaz de hablar, incapaz de ver, incapaz de moverse. Lo único que podía hacer era oír y pensar. ¿Qué sentiría al estar tan desorientado, tan alejado de todo lo que podía resultarle familiar, tan alejado incluso de sí mismo? Steve no tenía ningún punto de referencia. Pensar en el pánico que debía estar sintiendo le desgarraba el corazón.

—¿Todavía estás dispuesta a quedarte? —preguntó Frank, clavando en ella sus ojos llenos de preocupación—. ¿Aun a sabiendas de que esto podría durar meses, años incluso?

—¿Años? —preguntó Jay con un hilo de voz—. Pero tú solo querías que me quedara hasta que lo hubieran operado de los ojos.

—Entonces no sabíamos que no iba a ser capaz de recordar nada. El coronel Lunning dice que estar cerca de cosas y personas que le resultan familiares puede estimular su memoria, darle una sensación de estabilidad.

—Quieres que me quede hasta que haya recuperado la memoria —dijo Jay.

La idea la aterraba. Cuanto más se quedara con Steve, más fuertes serían sus sentimientos hacia él. ¿Qué ocurriría si se enamoraba de Steve más profundamente que la primera vez y luego, cuando él regresara a una vida libre y sin compromisos, lo perdía de nuevo? De hecho, si ya temía quererlo demasiado como para ser capaz de alejarse de allí, ¿cómo podría apartarse de su lado sabiendo que la necesitaba?

—Te necesita —dijo Frank, expresando en voz alta sus pensamientos—. Está preguntando por ti. Responde tan intensamente a tu presencia que está confundido, tal como predijo el coronel Lunning. Y nosotros también te

necesitamos, Jay. Necesitamos que lo ayudes como solo tú puedes hacerlo, porque necesitamos que nos explique lo que sabe.

—Si los sentimientos no me conmueven, ¿hay que probar otra vez con la estrategia del patriotismo? —preguntó Jay con cansancio y apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla—. Pero no es necesario. No lo dejaré. No sé lo que va a ocurrir ni cómo vamos a poder relacionarnos si no recupera pronto la memoria, pero no lo abandonaré.

Se levantó y abandonó la sala. Frank permaneció sentado durante algunos segundos más, con la mirada fija en el vaso que tenía entre las manos. Por lo que acababa de decirle, sabía que Jay tenía la sensación de estar siendo manipulada, pero aun así, estaba dispuesta a dejar que lo hicieran porque Steve era importante para ella. Frank tenía que comunicarle al Hombre el último desarrollo de los acontecimientos y se preguntaba qué podría ocurrir a continuación. Ambos contaban con la voluntariosa participación de Steve, con la aportación de su talento y sus capacidades. Pero iban a tener que dejarlo salir a la calle tan indefenso como un niño. Él no era capaz de reconocer el peligro y ellos tampoco podían arriesgarse a transmitirle información que pudiera dificultar su recuperación. El coronel Lunning había sido muy firme al afirmar que lo peor que podían hacer era alterarlo emocionalmente. Necesitaba calma y tranquilidad, estabilidad emocional; de esa manera, recuperaría más rápidamente la memoria. Pero fuera cual fuera la decisión que su superior tomara, el herido estaba corriendo un riesgo. Y si su agente se encontraba en una situación de riesgo, también Jay corría peligro.

Para Jay era duro volver a entrar en la habitación de Steve después de la sacudida emocional que acababa de soportar. Necesitaba tiempo para recuperar el control, pero volvía a sentir aquel vínculo tan especial que los unía. Era tan intenso que solo pensaba en llegar a la habitación de Steve y acariciarlo. Él la necesitaba en ese instante y su necesidad era mayor que la que Jay tenía de tiempo para recuperarse. Abrió la puerta y sintió que la atención de Steve se centraba en ella, aunque ni siquiera se había movido. Fue como si estuviera conteniendo la respiración.

—He vuelto —dijo con voz queda, se acercó a la cama y posó la mano en su brazo—. Parece que soy incapaz de permanecer lejos de aquí.

Steve comenzó a mover rápidamente el brazo y Jay entendió el mensaje.

—De acuerdo —dijo, y comenzó a recitar el alfabeto.

«Lo siento».

¿Qué podía decir ella? ¿Negar que la había afectado? Steve sabía que no era cierto. Él sentía su vínculo tanto como ella, porque estaba en el otro extremo de la cuerda invisible que los unía.

Steve volvió el rostro ligeramente hacia ella y entreabrió sus labios heridos mientras esperaba una respuesta.

—No pasa nada —contestó ella—. No era consciente de que habías recibido una fuerte impresión.

«Sí».

Era sorprendente la expresividad que Steve podía transmitir con un solo movimiento, pero Jay advirtió su agotamiento y también que todavía estaba impactado. Impactado, pero controlando la situación. De hecho, su capacidad de control era sorprendente.

Jay comenzó a recitar de nuevo el abecedario.

«Miedo». Aquella palabra la golpeó con fuerza. Era algo que el antiguo Steve jamás habría admitido, pero el hombre en el que se había convertido era mucho más fuerte, y sabía que podía admitirlo sin perder ni un ápice de su fuerza.

—Lo sé, pero me quedaré contigo durante todo el tiempo que quieras —le prometió.

«¿Qué ha pasado?» Steve hizo aquella pregunta con un ligero movimiento de brazo.

En voz queda, Jay le explicó lo de la explosión, pero no le dio más detalles. Era preferible que pensara que había sido un accidente.

«Ojos».

De modo que no había comprendido todo lo que le había dicho y necesitaba que lo tranquilizara.

—Tendrán que volver a operarte, pero el pronóstico es bueno. Volverás a ver otra vez, te lo prometo.

«¿Paralítico?»

—¡No! Te has roto las piernas y están enyesadas, por eso no puedes moverlas.

«Dedos».

—¿Los dedos? —preguntó Jay con incredulidad—. Los dedos todavía están allí.

Steve movió los labios para esbozar una lenta y dolorosa sonrisa.

«Tócalos», le pidió.

Jay se mordió el labio.

—De acuerdo.

Quería que le tocara los dedos para saber si todavía tenía alguna sensibilidad en ellos, para asegurarse de que no se había quedado parálítico. Jay se acercó a los pies de la cama y posó los brazos sobre los dedos de sus pies, dejando que absorbieran el calor de sus manos. Cuando volvió a su lado, le tocó el brazo.

—¿Los has sentido?

«Sí». Y volvió a dirigirle aquel asomo de sonrisa.

—¿Algo más?

«Manos».

—Están vendadas por las quemaduras, pero no son quemaduras de tercer grado. Se te pondrán bien.

«Pecho. Duele».

—Tienes una perforación pulmonar y un tubo en el pecho. Procura no tirarlo.

«Graciosa».

Jay soltó una carcajada.

—No sé cómo puede ser alguien tan silencioso y tan sarcástico al mismo tiempo.

«Garganta».

—Tienes un tubo conectado a la tráquea porque no respiras bien.

«Cara rota».

Jay suspiró. Steve quería información, no que lo protegieran.

—Sí, algunos huesos de tu rostro están rotos. No tienes el rostro desfigurado, pero sí lo suficientemente hinchado como para que te resulte difícil respirar. En cuanto ceda la inflamación, te quitarán el tubo.

«Levanta la sábana y comprueba...»

—¡No pienso hacer algo así! —contestó con indignación, dejando de deletrear en cuanto comprendió hacia dónde se dirigían sus palabras. Después no pudo menos que soltar una carcajada, porque Steve parecía realmente impaciente—. Todo está en su lugar, créeme.

«¿Funciona?»

—Eso tendrás que averiguarlo por ti mismo.

«Remilgada».

—No, no soy nada remilgada, y compórtate si no quieres que venga una enfermera a quitarte la sonda. Entonces averiguarás de la forma más dura lo que quieres saber.

En cuanto hubo terminado la frase se sonrojó violentamente y no la ayudó mucho verlo sonreír otra vez. No pretendía que sus palabras sonaran de aquella manera.

El esfuerzo que había hecho terminó por agotarlo. Al cabo de unos minutos, Steve deletreó la palabra «dormir».

—No pretendía cansarte —musitó Jay—. Vamos, duerme.

«¿Te quedarás?»

—Sí, claro que me quedaré. No volveré a mi apartamento sin haberte avisado.

Sintió un nudo en la garganta ante la inseguridad de Steve y permaneció al lado de la cama, con la mano posada en su brazo mientras sentía cómo su respiración iba haciéndose más rítmica y sosegada.

Incluso sabiéndolo dormido le costaba apartar la mano de su brazo y alejarse de la cama. Permaneció a su lado durante largo rato. Una sonrisa curvaba sus labios. La personalidad de Steve era tan fuerte que se manifestaba a pesar de las limitaciones que tenía para comunicarse. Quería saber la verdad sobre su situación, no se conformaba con vagas promesas ni con la ambigua conversación de los médicos. Podía haber olvidado su propio nombre, pero eso no le había hecho cambiar. Era un hombre fuerte, mucho más fuerte que cinco años atrás. Y fuera lo que fuera lo que le hubiera pasado durante aquel lustro, parecía haberlo endurecido. Era más duro, más fuerte, su fuerza de voluntad era casi feroz, al igual que la energía que emanaba de su cuerpo. Oh, años atrás Steve era un granuja encantador,

endemoniadamente inquieto y atrevido, con un brillo en la mirada que invitaba a volverse a cualquier mujer. Pero en aquel momento era... peligroso.

Aquella palabra la sorprendió en un principio, pero cuando la analizó, comprendió que describía exactamente al hombre en el que su exmarido se había convertido. Era peligroso. Jay no se sentía amenazada por él, pero el peligro no constituía necesariamente una amenaza. Era un hombre peligroso a causa de su férrea e implacable voluntad; cuando aquel hombre decidía hacer algo, nadie estaba a salvo si se interponía en su camino. En algún momento durante los últimos cinco años, algo lo había cambiado drásticamente y Jay no estaba segura de querer saber qué había sido. Tenía que haber sido un cataclismo, algo terrible para haberle forjado aquel carácter. Era como si Steve hubiera tenido que desnudarse hasta enfrentarse a lo más básico de la existencia humana, como si se hubiera visto obligado a prescindir de todos los rasgos que no eran necesarios para sobrevivir y hubiera tenido que adoptar otros nuevos que sí lo eran. Y lo que había quedado era algo fuerte, puro, inquebrantable, que le proporcionaba una curiosa capacidad de recuperación. Era un hombre que no admitía la derrota, que no sabía lo que significaba esa palabra.

El corazón le latía violentamente en el pecho mientras permanecía con la mirada fija en Steve, con toda su atención concentrada en él de tal manera que podrían haber sido las únicas dos personas del planeta. La asustaba y la atraía con tal intensidad que apartó la mano de su brazo en cuanto aquel pensamiento cobró forma en su mente. ¡Dios santo! Sería una estúpida si volvía a dejarse encerrar en aquella trampa. Más incluso después de todo lo ocurrido, puesto que Steve era esencialmente un solitario; su personalidad se había afilado de tal manera que debía de vivir completamente encerrado en sí mismo. La vez anterior, había conseguido salir de su relación prácticamente ilesa. Pero ¿qué ocurriría en aquella ocasión si se permitía quererlo demasiado? Estaba asustada, y no solo porque se hallara al borde de un precipicio emocional, sino porque incluso se atrevía a imaginarse acercándose todavía más a Steve. Aquello era como estar contemplando a una pantera en una jaula, mirando a través de los

barrotes y sabiéndose a salvo, pero sintiendo al mismo tiempo el peligro apenas reprimido.

Hacer el amor con él en el pasado era un juego divertido y apasionado. Pero ¿cómo sería después de una experiencia como aquella? ¿Desaparecería toda diversión? Jay así lo imaginaba. La experiencia debía de ser tan intensa y elemental como descubrirse de pronto atrapado en medio de una tormenta.

Jay comenzó a darse cuenta de que apenas podía respirar y se obligó a apartarse de la cama. No quería que Steve significara tanto para ella. Y tenía mucho, mucho miedo de que ya fuera así.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Frank con voz queda y sus ojos claros fijos en unos ojos negros.

—Las decisiones ya están tomadas —contestó el Hombre con voz igualmente queda—. No hemos tenido más remedio. Si ahora hacemos algo fuera de lo normal, podríamos levantar sospechas y él ahora no está en condiciones de reconocer a sus enemigos.

—¿Se ha podido localizar a Piggot?

—Lo perdimos en Beirut, pero sabemos que ha tenido contacto con sus antiguos compañeros. Volverá de nuevo a la superficie. Y estaremos esperándolo.

—Lo único que tenemos que conseguir es mantener vivo a nuestro hombre hasta que podamos neutralizar a Piggot —dijo Frank apesadumbrado.

—Lo conseguiremos. De una u otra forma, tenemos que evitar que los asesinos de Piggot le pongan las manos encima.

—Cuando recupere la memoria, no le va a hacer ninguna gracia lo que hemos hecho.

Una sonrisa fugaz asomó a los labios de su superior.

—Se pondrá furioso. Pero no pienso correr ningún riesgo con su seguridad hasta que sea capaz de cuidar de sí mismo. Y quizá ni siquiera entonces. Ya lo descubrieron en una ocasión y podría pasar otra vez. Todo depende de que consigamos atrapar a Piggot.

—¿No te tienta volver a trabajar sobre el terreno para poder atraparlo tú mismo?

Su superior se reclinó en su asiento y dobló los brazos por detrás de la cabeza.

—No, creo que ya me han domesticado. Me gusta volver a casa por las noches con Rachel y los niños. No querría tener que ir mirando por encima del hombro cuando voy por la calle.

Frank asintió, recordando la época en la que aquel hombre era el objetivo de todos los delincuentes y terroristas que formaban parte de aquel siniestro mundo. En ese momento vivía a salvo, fuera de aquel ambiente. O al menos eso era lo que la mayoría de la gente pensaba. Un reducido grupo de personas sabía que las cosas eran de otra manera. Aquel hombre oficialmente no existía. Ni siquiera algunos agentes que seguían sus instrucciones sabían que las órdenes procedían de él. Vivía enterrado tan profundamente entre los recovecos de la burocracia que no había manera de relacionarlo con el trabajo que realmente hacía. El Presidente sabía algo sobre él, pero Frank dudaba de que tuvieran conocimiento de su existencia el Vicepresidente o cualquier otro miembro del Departamento de Estado o de la agencia que lo empleaba. Y era posible que el próximo Presidente del país ni siquiera llegara a enterarse de quién era. Aquel hombre decidía por sí mismo en quién podía confiar. Frank era una de esas personas. Y también lo era el hombre que estaba ingresado en el Hospital Naval de Bethesda.

Dos días más tarde, le quitaron a Steve el tubo del pulmón, pues la perforación ya había sanado. Cuando dejaron a Jay de nuevo en su habitación, esta permaneció al lado de la cama, acariciándole el hombro y el brazo hasta que su respiración se normalizó y comenzó a secarse la película de sudor que cubría su cuerpo.

—Ya ha pasado todo, ya ha pasado todo —musitó.

Steve movió el brazo, indicando que quería deletrear y Jay comenzó a recitar el alfabeto.

«No divertido».

—No —se mostró de acuerdo ella.

«¿Más tubos?»

—Tienes una sonda en el estómago para alimentarte —Jay lo sintió tensar los músculos, como si estuviera anticipando el futuro dolor.

Steve deletreó un amargo improperio.

Jay movió la mano sobre su pecho con un gesto cargado de compasión, sintiendo la aspereza del vello que comenzaba a crecer y evitando la herida que el tubo había dejado en su cuerpo.

Steve tomó aire y se obligó a sí mismo a relajarse.

«Levantar cabeza».

Jay tardó varios segundos en averiguar lo que quería. Steve debía de estar increíblemente llastado después de haber estado tumbado durante tanto tiempo sin poder mover las piernas o levantar los brazos. Solo movía los brazos cuando le cambiaban las vendas. Jay presionó el botón que había en el cabecero de la cama y fue levantándolo centímetro a centímetro, manteniendo al mismo tiempo la mano sobre su brazo para que pudiera indicarle cuándo quería que se detuviera. Steve tomó aire varias veces mientras su peso se desplazaba hacia las caderas y la parte inferior de su cuerpo y después movió el brazo para detenerla. Soltó un silencioso juramento mientras tensaba los músculos, intentando vencer el dolor. Al cabo de unos segundos, se acostumbró a la nueva postura y comenzó a relajarse.

Jay lo observaba atentamente. Sus enormes ojos azules reflejaban el dolor que él sentía, pero sabía que estaba mejorando día a día y ser testigo de aquella progresiva mejoría la llenaba de júbilo. La hinchazón de la cara estaba remitiendo y los labios los tenía prácticamente normales, aunque todavía no hubieran desaparecido las heridas que oscurecían su barbilla y su garganta.

Jay casi podía sentir su impaciencia. Steve quería hablar, quería ver, quería caminar, quería ser capaz de cambiar de postura cuando estaba en la cama. Se sentía prisionero de su cuerpo y no le gustaba. Jay pensó que debía ser un auténtico infierno estar atrapado por aquellas lesiones y desconocer además la propia identidad. Pero Steve no estaba renunciando; le hacía más preguntas cada día, intentaba llenar el vacío de recuerdos. Quizá esperara que alguna palabra mágica lo ayudara a regresar a sí mismo.

Jay hablaba con él incluso cuando no le hacía preguntas, con intención de ofrecerle información básica sobre su vida y una perspectiva desde la que mirarse.

Un movimiento de Steve la alertó y comenzó a recitar de nuevo el alfabeto.

«¿Cuándo nos casamos?»

Jay contuvo la respiración. Era la primera pregunta personal que le hacía Steve, era la primera vez que quería saber algo sobre el pasado de su relación.

—Estuvimos casados durante tres años —consiguió contestar con calma—. Y nos divorciamos hace cinco.

«¿Por qué?»

—No fue un divorcio traumático —reflexionó—. Ni tampoco fue traumático nuestro matrimonio. Supongo que, sencillamente, esperábamos cosas diferentes de la vida. Fuimos distanciándonos y al final el divorcio fue casi más una formalidad que algo que desgarrara nuestras vidas.

«¿Tú qué querías?»

Era la pregunta del millón de dólares. ¿Qué quería ella? Estaba segura de lo que esperaba de la vida hasta el día en el que la habían despedido del trabajo y Frank Payne había vuelto a llevar a Steve a su vida. En ese momento no estaba segura de nada; en un corto espacio de tiempo había soportado cambios que habían desviado por completo el rumbo de su vida. Miró a Steve y comprobó que esperaba pacientemente una respuesta.

—Estabilidad, supongo. Quería que asentáramos nuestra relación, algo que a ti no te apetecía. Nos divertíamos estando juntos, pero no encajábamos el uno con el otro.

«¿Hijos?»

Aquella idea la sobresaltó. Curiosamente, mientras estaban casados, Jay no había tenido ninguna prisa por formar una familia.

—No, no teníamos hijos —jamás había sido capaz de imaginarse a sí misma teniendo un hijo con Steve. En aquel momento... Oh, Dios, le bastaba pensarlo para ponerse a temblar.

«¿Volviste a casarte?»

—No, no he vuelto a casarme. Y creo que tú tampoco. Cuando Frank me notificó tu accidente, me preguntó si tenías algún otro pariente o amigo íntimo, de modo que supongo que continuabas soltero.

Steve había estado escuchándola atentamente, pero de pronto su interés pareció intensificarse. Jay podía sentirlo como si fuera una caricia contra su piel.

«¿Familia?»

—No, tus padres están muertos y si tienes algún otro pariente, yo nunca lo conocí.

Evitó decirle que se había quedado huérfano a muy temprana edad y que había crecido en hogares de acogida. El hecho de no tener familia parecía inquietarlo, aunque jamás había insinuado que fuera algo que lo perturbaba cuando estaban casados.

Steve permanecía muy quieto y la línea de sus labios se había convertido en una lúgubre mueca. Jay tenía la sensación de que eran muchas las cosas que quería preguntarle, pero la mera complejidad de aquellas cuestiones lo frustraba. Para ayudarlo a olvidarse de esas preguntas que él no era capaz de formular y de respuestas que seguramente no le gustarían, Jay comenzó a hablarle de cómo se habían conocido y, poco a poco, vio que iba relajándose el gesto de sus labios.

—... como era nuestra primera cita, yo estaba un poco nerviosa. Bueno, más que un poco, si quieres que te sea sincera. Las primeras citas son una tortura, ¿no crees? Había estado lloviendo durante todo el día y la calle estaba llena de charcos. Salimos del coche y, justo en ese momento, pasó una camioneta por encima de un charco. Terminamos los dos empapados de la cabeza a los pies, y así nos quedamos, riéndonos el uno del otro como si fuéramos dos auténticos estúpidos. Ni siquiera me atrevo a pensar el aspecto que tenía, pero recuerdo que a ti te goteaba el agua por la nariz.

Steve tensó los labios como si le doliera sonreír, pero no pudiera evitarlo.

«¿Qué hicimos?»

Jay se echó a reír.

—Con ese aspecto, no eran muchas las cosas que podíamos hacer. Volvimos a mi apartamento y, mientras la ropa se secaba, estuvimos

hablando y viendo la televisión. Por supuesto, no llegamos a la fiesta a la que pretendíamos ir. Continuamos saliendo, una cita llevaba a la otra y, al cabo de cinco meses, estábamos casados.

Steve hacía una pregunta tras otra. Era como un niño que escucha un cuento de hadas y quiera conocer hasta el último detalle. Consciente de que estaba buscando una parte de sí mismo que se había extraviado en la oscuridad de su memoria, Jay le hablaba infatigablemente de todos los lugares a los que habían ido, de las cosas que habían hecho y de las personas que habían conocido, todo ello con la esperanza de que algún detalle pudiera encender la chispa que necesitaba para recuperar sus recuerdos. Su voz comenzó a enronquecer y al final, Steve consiguió sacudir ligeramente la cabeza.

«Lo siento».

Jay le presionó el brazo.

—No lo sientas —le dijo suavemente—. Terminarás recuperando la memoria. Solo es cuestión de tiempo.

Pero los días pasaban y los recuerdos continuaban sin volver. Steve no tenía un solo recuerdo de su pasado. Jay sentía cómo se concentraba en cada una de sus palabras, como si estuviera haciendo un enorme esfuerzo por recordar. Su autodominio continuaba siendo algo extraordinario. Jamás se permitía dejarse llevar por la frustración o perder la paciencia. Continuaba intentándolo, manteniendo sus sentimientos bajo control, como si supiera que cualquier trastorno emocional podía hacerlo retroceder. Su objetivo era la recuperación total y se dirigía hacia él con una determinación que jamás flaqueaba.

Frank estaba en el hospital el día que le quitaron el tubo de la tráquea, esperando con Jay en el pasillo. Le tomó la mano. Ella lo miró con expresión interrogante, pero Frank apenas movió la cabeza. Minutos después, un grito ronco procedente de la habitación de Steve la hizo volverse bruscamente y Frank le estrechó la mano con fuerza.

—No puedes entrar —le dijo suavemente—. También le van a quitar la sonda del estómago.

El primer sonido que había salido de los labios de Steve había sido un grito de dolor. Jay comenzó a temblar. Su instinto la llamaba a entrar en la

habitación, pero Frank retuvo su mano con firmeza. No volvió a oírse nada más en el interior de la habitación. Al final, la puerta se abrió y salieron los médicos y las enfermeras. El coronel Lunning fue el último en abandonarla, y se detuvo para hablar con Jay.

—Todo ha salido bien —le dijo. Sonrió ligeramente, intentando aliviar la tensión que veía en su rostro—. Respira perfectamente, y habla. No le diré cuáles han sido sus primeras palabras, pero quiero advertirle que su voz no será como usted la recuerda. La laringe ha sufrido algunos daños y a partir de ahora su voz conservará para siempre una ligera ronquera. Mejorará con el tiempo, pero nunca será como antes.

—Me gustaría hablar con él —dijo Frank, bajando la mirada hacia Jay.

Esta comprendió que había cosas que quería decirle a Steve, aunque él no recordara lo que había pasado.

—Buena suerte —dijo el coronel Lunning, dirigiéndole a Frank una sonrisa irónica—. Pero me temo que no tiene ganas de verte; quiere ver a Jay, y en eso ha sido bastante explícito.

A Frank no le sorprendió. Era perfectamente consciente de hasta qué punto podía llegar a ser explícito. Pero aun así, tenía que hacerle algunas preguntas, y si aquel era su día de suerte, las preguntas podrían activar su memoria. Volvió a palmearle la mano a Jay, entró en la habitación y cerró con firmeza la puerta tras él.

Menos de un minuto después, la abrió y miraba a Jay con expresión frustrada y divertida al mismo tiempo.

—Quiere que entres tú, y no está dispuesto a colaborar hasta que lo hagas.

—¿De verdad creías que lo haría? —se oyó una voz ronca tras él—. Jay, pasa.

Ella comenzó a temblar al oír aquella voz áspera y profunda, mucho más áspera y profunda de lo que recordaba. Era casi una voz bronca, pero aun así, resultaba maravillosa. Tenía la sensación de que sus rodillas eran de goma mientras cruzaba la habitación, aunque en realidad ni siquiera era consciente de estar caminando. Simplemente estaba allí, aferrada a la barandilla de la cama intentando mantenerse en pie.

—Estoy aquí —susurró.

Steve permaneció en silencio durante algunos segundos antes de decir:
—Quiero un vaso de agua.

Jay estuvo a punto de soltar una carcajada. Era una petición tan normal que podría haberla formulado cualquiera. Pero entonces vio la tensión de su mandíbula y de sus labios y comprendió que, una vez más, Steve quería ser consciente de su estado y que ella estuviera a su lado cuando lo hiciera. Se volvió hacia un recipiente lleno de hielo que normalmente utilizaba para humedecerle los labios. El hielo se había derretido lo suficiente como para permitirle llenar medio vaso de agua que le acercó a los labios.

Con mucho cuidado, él sorbió el líquido y lo retuvo un momento en su boca, como si quisiera dejar que humedeciera su interior. Después, tragó lentamente y al cabo de un minuto, se relajó.

—Gracias a Dios —musitó con voz ronca—. Todavía tengo la garganta hinchada. Tenía miedo de no poder tragar y te aseguro que no quería que volvieran a ponerme ese maldito tubo.

Situado detrás de Jay, Frank disimuló una carcajada convirtiéndola en tos.

—¿Algo más? —preguntó Jay.

—Sí, bésame.

OceanofPDF.com

Capítulo Cinco

Cuando a la mañana siguiente Jay abrió la puerta de la habitación de Steve, este volvió la cabeza en la almohada y dijo:

—Jay.

Su voz sonaba ronca, casi gutural, y ella se preguntó si acabaría de despertarse.

Se detuvo con toda la atención fija en las vendas que cubrían sus ojos.

—¿Cómo has sabido que era yo? —las enfermeras estaban fuera, no sabía cómo podía haberla reconocido.

—No lo sé —contestó lentamente—. Quizá haya sido tu olor, o la atmósfera que creas al entrar en la habitación. A lo mejor te he reconocido por el ritmo de tus pasos.

—¿Por mi olor? —preguntó Jay sin comprender—. No uso perfume, así que, si me has olido desde esa distancia, es que algo no va bien.

Steve curvó los labios en una sonrisa.

—Es un olor fresco y ligeramente dulce. Me gusta. ¿No vas a darme un beso de buenos días?

A Jay le dio un vuelco el corazón, al igual que había ocurrido el día anterior, cuando Steve le había pedido que lo besara. Ella le había dado un beso tierno y fugaz, apenas había rozado sus labios, mientras Frank, tras ella, fingía ser invisible. Pero después de aquel beso, Jay había tardado por lo menos diez minutos en recuperar el pulso. En ese momento, mientras su mente le gritaba que tuviera cuidado, cruzó la habitación y se inclinó hacia él para darle otro beso fugaz, permitiéndose detener sus labios sobre los de Steve durante apenas un segundo. Pero cuando comenzó a apartarse, él aumentó la presión, acopló su boca a la de ella y el corazón de Jay comenzó a latir violentamente. Una oleada de excitación recorrió todo su cuerpo.

—Sabes a café —consiguió decir cuando por fin se obligó a enderezarse para romper aquel contacto.

Steve tenía los labios ligeramente entreabiertos, con una perturbadora sensualidad, pero al oír las palabras de Jay, esbozaron un gesto de suficiencia.

—Pretendían que me tomara un té o un zumo de manzana —empleaba el mismo tono que hubiera utilizado para hablar de la cicuta—, pero los he convencido de que me dieran un café.

—¿Ah, sí? —preguntó Jay secamente—. ¿Y cómo? ¿Negándote a beber nada más hasta que te dieran ese café?

—Ha funcionado —respondió Steve sin parecer en absoluto arrepentido.

Jay podía imaginarse perfectamente lo impotentes que se habrían sentido las enfermeras ante su implacable voluntad.

A pesar de que ya no necesitaba comunicarse con él por el método del alfabeto, para Jay se había convertido en un hábito mantener la mano sobre su brazo. Estaba tan acostumbrada a aquel contacto que apenas lo notaba.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

Inmediatamente fue consciente de lo trillado de la pregunta, pero todavía estaba alterada como consecuencia del beso.

—Fatal.

—Ah.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Para sorpresa suya, Jay tuvo que pararse a contar los días. Había llegado a estar tan pendiente de Steve que el tiempo había dejado de tener importancia para ella y le resultaba difícil recordar.

—Tres semanas.

—¿Llevo tres semanas escayolado?

—Creo que sí.

—Muy bien —lo dijo como si estuviera dando permiso para esas tres semanas, pero no estuviera dispuesto a conceder ni un día más. Levantó el brazo izquierdo—. Hoy tengo un par de agujas menos. Me han quitado el suero hace una hora.

—¿Ni siquiera lo había notado! —exclamó Jay, sonriendo al advertir la nota de orgullo que se reflejaba en su voz. Se preguntó si alguna vez llegaría a acostumbrarse a su ronquera.

—Y también he renunciado a los calmantes. Quiero tener la cabeza despejada. Había muchas preguntas que quería hacerte, pero para eso necesitaba mucho tiempo y esfuerzo y tenía la cabeza tan confusa por culpa de la medicación que resultaba demasiado problemático. Ahora quiero saber todo lo que está pasando. ¿Dónde estoy? He oído que llamabas al médico «coronel», así que supongo que estoy en un hospital militar; la pregunta es por qué.

—Estás en Bethesda —contestó Jay.

—¿En el Hospital Naval? —el asombro enronquecía su voz todavía más.

—Frank me dijo que te habían traído a este hospital por cuestiones de seguridad. Hay dos guardias apostados en la entrada de esta ala del hospital.

—El coronel Lunning no pertenece a la Armada.

—No.

Era sorprendente que hubiera perdido la mayor parte de los recuerdos más básicos y aun así fuera capaz de recordar que Bethesda era un hospital naval y que el de coronel no era un grado de la Armada.

—Eso significa que hay alguien con mucha influencia que quiere que me quede aquí. Langley, probablemente.

—¿Quién?

—Estamos hablando del cuartel general de la CÍA, encanto —Jay sintió un terror glacial al oírlo—. Quizá haya intervenido directamente la Casa Blanca, aunque yo apostaría a que esto ha sido cosa de Langley. ¿Y qué me dices de Frank Payne?

—Es del FBI; yo confío en él —contestó Jay con firmeza.

—Maldita sea, esto tiene que ser algo serio —musitó—. No es normal que se coordinen tantos departamentos y tantos cuerpos diferentes del ejército. ¿Qué está pasando aquí? Háblame de la explosión.

—¿Frank no te ha contado nada?

—Tampoco yo le he pedido ninguna información. No lo conocía.

Sí, eso era propio de Steve. Siempre había sido un hombre contenido, le gustaba contemplar las situaciones prudentemente desde la distancia, aunque Jay se había casado con él antes de comenzar a notar aquel rasgo de su carácter. Steve utilizaba sus encantos como una especie de coraza, de modo que la mayor parte de la gente lo definiría como un hombre sociable y espontáneo, cuando era justo lo contrario. Steve mantenía a la gente a distancia, no confiaba en nadie y no permitía que nadie se acercara a él, pero era tan buen actor que nadie lo notaba. En aquel momento, Jay tenía la sensación de que la coraza había desaparecido. La gente podía aceptarlo tal y como era o abandonarlo; no le importaba. Era una actitud dura, pero Jay descubrió que le gustaba mucho más que la anterior. Era real, sin falsedades ni subterfugios. Y, por primera vez, Steve le estaba permitiendo estar cerca de él. La necesitaba, confiaba en ella. Quizá fuera solo por aquellas agotadoras circunstancias, pero el caso era que la necesitaba, y eso la asombraba.

—¿Jay? —la urgió.

—No sé exactamente lo que ocurrió —le explicó—. Y tampoco sé por qué estabas tú allí. Ellos tampoco lo saben.

—¿Quiénes son ellos?

—Frank, el FBI.

—Y para quienquiera que esté trabajando —añadió Steve secamente—. Continúa.

—Frank me dijo que no estabas haciendo nada ilegal, al menos que ellos supieran. Quizá fueras solo un simple transeúnte que pasaba por allí, pero tienes fama de oler el peligro y creen que podrías saber algo sobre lo que sucedió en aquel operativo. Tenían preparado un golpe, o como quieras llamarlo, pero alguien había colocado una bomba en el lugar de la reunión. Tú eres el único superviviente.

—¿Qué clase de operación?

—No lo sé. Lo único que me dijo Frank es que se trataba de un asunto relacionado con la seguridad nacional.

—Y tienen miedo de que hayan desenmascarado a sus hombres, pero no lo saben porque los jugadores del otro bando también se han desintegrado —dijo para sí—. Podría haber habido un doble juego y quizá la bomba

estuviera destinada a los otros. ¡Maldita sea! No me extraña que quieran que recupere la memoria. Pero hay algo que no termino de comprender, ¿por qué estás involucrada tú en todo esto?

—Me trajeron aquí para que te identificara —contestó Jay, acariciándole el brazo con aire ausente, como había hecho durante tantas horas.

—¿Para identificarme? ¿No me reconocían?

—No estaban seguros. Encontraron parte de tu carnet de conducir, pero aun así no estaban seguros de si eras tú... o su agente. Al parecer, tanto tú como ese agente tenéis una altura y un peso similares, y como tienes las manos quemadas, no podían tomarte las huellas dactilares para identificarte.

Se interrumpió, intentando concentrarse en un detalle que no conseguía recordar. Por un instante, estuvo a punto de acercarse, pero la pregunta de Steve interrumpió su concentración.

—¿Y por qué te pidieron a ti que lo hicieras? ¿No había nadie más que pudiera identificarme? ¿O es que estábamos muy unidos a pesar de estar divorciados?

—No, la verdad es que no. Era la primera vez que te veía desde hacía cinco años. Tú siempre has sido un solitario. No eras el tipo de hombre que hace fácilmente amigos íntimos. Y tampoco tienes familia, así que solo quedaba yo.

Steve se movió, inquieto, y su boca se convirtió en una dura línea mientras profería un breve pero contundente impropio.

—Estoy intentando encontrarle el sentido a todo esto —dijo con amargura—. Pero siempre me encuentro con ese condenado agujero negro. Parte de lo que dices me resulta familiar y pienso, «sí, ese soy yo». Pero hay otra parte que me resulta extraña, es como si estuvieras hablando de un desconocido y me pregunto si yo era realmente así. Diablos, ¿cómo puedo saberlo? —concluyó con frustración.

Jay deslizó los dedos a lo largo de su brazo, ofreciéndole todo el consuelo que podía. No quería desperdiciar ni tiempo ni saliva intentando reconfortarlo con tópicos y lugares comunes porque sabía que lo único que conseguiría sería ponerlo más furioso. En cualquier caso, Steve parecía haber agotado su pequeña reserva de energía con las preguntas que le había hecho y permaneció en silencio durante algunos minutos, respirando

agitadamente. Al final, cuando su respiración recuperó el ritmo normal, musitó:

—Estoy cansado.

—Te has forzado demasiado. Solo llevas aquí tres semanas.

—Jay.

—¿Qué?

—Quédate conmigo.

—Me quedaré, sabes que me quedaré.

—Es... curioso. Ni siquiera soy capaz de recordar tu rostro, pero parte de mí te conoce. Quizá el conocimiento de los cuerpos sea más profundo que la propia memoria.

La ronquera de su voz confería cierta dureza a sus palabras, pero Jay sintió que una descarga eléctrica sacudía su cuerpo y dejaba un agradable cosquilleo en su piel. Su mente se llenó de imágenes, pero ninguna de ellas pertenecía al ámbito de los recuerdos; su imaginación estaba creando otras nuevas... Imágenes de aquel hombre con el alma endurecida y la voz destrozada inclinándose sobre ella, abrazándola y moviéndose entre sus piernas hasta poseerla con una plenitud que hasta entonces Jay nunca había conocido. Su propia respiración pareció entrecortarse, sus senos se hinchieron anhelantes y el interior de su cuerpo pareció licuarse. Un nuevo estremecimiento la sobresaltó y la hizo sentirse como si estuviera al borde del éxtasis... y para todo eso habían bastado las palabras de Steve, su voz. La violencia de aquella respuesta la impactó y se apartó bruscamente de la cama antes de poder dominarse.

—¿Jay?

Steve parecía preocupado, e incluso un poco alarmado, como si hubiera sentido su deseo de distanciarse de él.

—Duérmete —consiguió decir Jay con un casi completo control de su voz—. Necesitas descansar. Estaré a tu lado cuando te despiertes.

Steve levantó una mano.

—¿Me das la mano?

—No puedo, te haría daño.

—Así se fundiría con el resto del dolor —contestó somnoliento. Estaba perdiendo rápidamente las fuerzas—. Solo acaríame hasta que me quede

dormido, ¿de acuerdo?

Esa petición llegó directamente hasta el corazón de Jay. El hecho de que Steve pudiera querer cualquier cosa de ella todavía la conmovía, pero su necesidad de acariciarlo era más de lo que podía soportar. Volvió a acercarse a la cama y posó la mano en su brazo. En cuanto lo acarició, sintió que comenzaba a relajarse. Dos minutos después, estaba completamente dormido.

Jay salió de la habitación. Sentía la necesidad de escapar, aunque no sabía exactamente de qué, si de Steve o de otra cosa, de algo que estaba creciendo en su interior y era cada vez más poderoso. La asustaba. No quería, pero se sentía incapaz de controlarlo. Jamás había respondido a Steve como lo estaba haciendo en aquellos momentos. Ni siquiera durante los apasionados primeros días de su matrimonio. Era por culpa de la situación, se decía a sí misma intentando encontrar algún consuelo en aquel pensamiento. Era su tendencia a entregarse completamente, a concentrarse en todo lo que le ocurría con intensidad la que la hacía sentirse así. Pero el consuelo la eludía y la desesperación invadía su corazón, porque no bastaba con analizar los sentimientos para cambiarlos. Durante la mayor parte de las tres semanas anteriores, Steve había sido poco más que una momia, incapaz de moverse, de hablar. Pero aun así, se había sentido arrastrada hacia él, atada a él; y enamorarse de Steve en aquella situación era mucho más peligroso que años atrás. Ahora era un hombre diferente, más fuerte, más duro. Incluso cuando estaba inconsciente, había podido sentir su fuerza interior. La necesidad que Jay tenía de saber qué le había sucedido para cambiar hasta ese punto era tan fuerte que casi le dolía.

Una enfermera, la primera que había notado la mejoría de Steve ante la presencia de Jay, se detuvo a su lado.

—¿Qué tal está? Esta mañana se ha negado a tomar los calmantes para el dolor.

—Ahora está dormido. Se cansa muy rápidamente.

La enfermera asintió y miró a Jay con los ojos brillantes.

—Tiene la constitución física más increíble que he visto en mi vida. Continúa sufriendo fuertes dolores, pero parece desentenderse de ellos. Normalmente, haría falta por lo menos otra semana antes de que

empezáramos a reducir los analgésicos —su voz sonaba cargada de admiración—. ¿Le ha hecho daño al estómago el café?

Jay no pudo menos que echarse a reír.

—No. Y está muy orgulloso de habérselo tomado.

—Estaba completamente decidido a conseguir ese café. Quizá podamos empezar a darle mañana una dieta suave para que pueda ir recuperando las fuerzas.

—¿Sabe cuándo saldrá de la UCI?

—La verdad es que no. El coronel Lunning es el que tiene que tomar esa decisión —la enfermera le sonrió antes de marcharse.

Jay se dirigió a la sala de espera en busca de un refresco. Aprovechó que estaba vacía para disfrutar de la intimidad que tanto necesitaba. Se sentía vagamente inquieta y no acertaba a comprender la razón. O las razones, pensó. Parte de su inquietud se debía a Steve, por supuesto, y a la descontrolada respuesta que su cercanía despertaba en ella. No quería volver a enamorarse de él, no sabía cómo luchar contra aquel sentimiento, pero sabía que tenía que hacerlo. No podía volver a enamorarse de Steve. Era demasiado arriesgado. Lo sabía y se repetía con fiereza una y otra vez que no permitiría que eso ocurriera, aunque en el fondo temía que pudiera ser demasiado tarde.

El otro motivo de su inquietud también estaba relacionado con Steve, aunque no estaba segura de por qué. Aquello agravaba la sensación de estar olvidando algo importante, algo que debería haber visto o comprendido. A juzgar por las preguntas que le había hecho, quizá también Steve tuviera aquella sensación. No parecía confiar en Frank, aunque Jay suponía que era de esperar, teniendo en cuenta su situación. Ella, sin embargo, pondría tanto su vida como la de Steve en manos de Frank. Pero entonces, ¿a qué se debía esa sensación de que debería saber algo más de lo que sabía? ¿Estaría Steve en peligro a causa de lo que había visto?, ¿estaría realmente involucrado en todo aquel asunto? Jay no era tan ingenua como para no haberse dado cuenta de que le habían ocultado la mayor parte de los detalles sobre lo ocurrido, pero en ningún momento había esperado que Frank le contara todo lo que sabía. No, no era eso. Era otra cosa, algo que debería haber visto, algo que era obvio y a ella le había pasado completamente

desapercibido. Era un detalle que no terminaba de encajar, y hasta que no pudiera determinar exactamente lo que era, no podría deshacerse de esa constante incomodidad.

Steve salió de la unidad de cuidados intensivos dos días después y fue trasladado a una habitación individual. Los guardias también cambiaron de ubicación. En la habitación nueva tenía televisión, algo con lo que no había podido contar en la UCI, e insistía en ver todos los programas que podía, como si estuviera buscando en ellos alguna pista que pudiera ayudarlo a localizar las piezas perdidas que componían su personalidad. El problema era que parecía estar interesado en todas las grandes cuestiones mundiales y hablaba sobre los políticos de otras naciones con la misma facilidad con la que opinaba de los de su país. Aquello también inquietaba a Jay. Steve nunca había sido un hombre particularmente aficionado a la política y la profundidad de sus conocimientos sobre el tema revelaba que había llegado a involucrarse seriamente en aquel mundo. Así que era cada vez más probable que estuviera involucrado en la operación que había estado a punto de matarlo, y quizá el propio Frank lo sabía. O quizá no lo supiera. Frank había mantenido una larga conversación privada con Steve, pero este último permanecía en guardia. Solo con Jay parecía haber bajado la guardia.

Sus lesiones lo mantenían atado a la cama durante mucho más tiempo del que habría querido, pero no fue capaz de negociar la obtención de unas muletas por culpa de las quemaduras de sus manos. La inactividad física lo destrozaba, erosionaba su paciencia y agotaba su buen humor. Muy pronto decidió qué tipo de programas televisivos le gustaba, descartó los deportes y los culebrones. Pero incluso a los espacios que le gustaban les faltaba algo, puesto que la mayor parte de la acción transcurría de forma visual. Lo frustraba no poder verlos, así que no tardó en renunciar a todos, salvo a las noticias. Jay hacía cualquier cosa que estuviera en su mano para entretenerlo. A Steve le gustaba que le leyera el periódico, pero, durante la mayor parte del tiempo, prefería que le hablara.

—Dime qué aspecto tienes —le pidió una mañana.

Aquella petición la hizo sonrojarse. Le resultaba extrañamente embarazoso tener que describirse a sí misma.

—Bueno, tengo el pelo castaño claro —comenzó a decir vacilante.

—¿Castaño rojizo, dorado...?

—Castaño dorado, pero más bien oscuro. Es un color parecido a la miel oscura.

—¿Lo llevas muy largo?

—No, a la altura de los hombros. Y es muy liso.

—¿De qué color tienes los ojos?

—Azules.

—Vamos, sigue —la regañó Steve al cabo de un minuto de silencio—. ¿Cómo eres de alta?

—Altura media. Mido uno setenta más o menos.

—¿Y yo cómo soy de alto? ¿Hacíamos buena pareja?

Al pensar en ello Jay sintió que se le cerraba la garganta.

—Tú mides uno metro ochenta y sí, hacíamos muy buena pareja de baile.

Steve volvió su cabeza vendada hacia ella.

—No estaba hablando de bailar, pero ¿qué más da? En cuanto me quiten las escayolas, saldremos un día a bailar. A lo mejor no he olvidado cómo hacerlo.

Jay no sabía si soportaría volver a estar en brazos de Steve, teniendo en cuenta las miles de reacciones que se desencadenaban en su interior cada vez que oía su voz. Pero Steve estaba esperando una respuesta, así que contestó alegremente:

—Trato hecho.

Él alzó las manos.

—Mañana me quitan las vendas. Y la próxima semana me operarán los ojos. Dentro de dos semanas, podré olvidarme de las escayolas. Dame un mes para recuperar fuerzas. Para entonces, me habrán quitado las vendas de los ojos y podremos ir a la ciudad.

—¿Solo te das un mes para recuperarte? ¿No te parece un poco ambicioso?

—Ya he pasado por esto otras veces —contestó él, y se quedó muy quieto. Jay contuvo la respiración mientras lo observaba, pero al cabo de un minuto, Steve soltó una maldición—. Maldita sea, sé cosas, pero no puedo recordarlas. Sé la comida que me gusta, de la misma forma que conozco el nombre de todos los jefes de Estado que mencionan en las noticias, y puedo incluso recordar su aspecto, pero no recuerdo mi propio rostro. Sé quién ganó la última liga de béisbol, pero no sé dónde estaba yo cuando se jugaba. Conozco el olor de los canales de Venecia, pero no puedo recordar haber estado allí —se interrumpió un momento y dijo con voz queda—: A veces me entran ganas de destrozar este lugar con mis propias manos.

—El coronel Lunning dijo que tendrías que esperar —contestó Jay, todavía conmovida por lo que Steve acababa de decir.

¿Hasta qué punto estaría Steve relacionado con aquel mundo que Frank apenas había insinuado? Mucho se temía que había dejado de ser un aventurero para pasar a jugar muy seriamente en ese terreno.

—Deja de compadecerte. El coronel dijo que irías recuperando la memoria poco a poco.

Una lenta sonrisa asomó a los labios de Steve, profundizando las arrugas que rodeaban su boca y arrastrando la impotente y fascinada mirada de Jay. Sus labios parecían más firmes, más llenos, como si todavía estuvieran ligeramente hinchados. O quizá fuera debido a que su rostro estaba más delgado.

—Lo siento —contestó Steve—, tendré que vigilarme.

Su humor irónico, sobre todo cuando tenía buenas razones para compadecerse a sí mismo, le hizo recordar a Jay la fuerza interior de aquel hombre. Y aquel fue un nuevo golpe contra la fortaleza con la que pretendía proteger su corazón. Se rio con Steve, de la misma forma que se reía años atrás con él, pero había cosas que habían cambiado. Antes, Steve utilizaba el sentido del humor como un muro tras el que se ocultaba; en aquel momento, el muro había desaparecido y Jay podía ver al hombre real.

Estaba con él a la mañana siguiente, cuando fueron a quitarle las vendas que cubrían sus manos. Jay también había estado presente cuando le habían

cambiado las vendas y había visto las ampollas de las palmas de las manos y los dedos cuando tenían mucho peor aspecto que el que presentaban en aquel momento. Las zonas de piel enrojecida eran visibles hasta la altura de los codos, pero las manos se habían llevado la peor parte. Una vez superado el peligro de infección, la piel se regeneraría más rápidamente sin las vendas, aunque durante algún tiempo le resultaría demasiado doloroso utilizar las manos.

Cuando Jay comparaba el aspecto de Steve con el que tenía la primera vez que lo había visto, conectado a todas aquellas máquinas y monitores y con tantos tubos entrando y saliendo de su cuerpo, le parecía que su recuperación era una especie de milagro. Solo habían pasado cuatro semanas y un hombre que entonces era prácticamente un vegetal, era capaz de desplegar toda la fuerza de su personalidad sobre cualquiera que entrara la habitación, médicos incluidos. Un mes atrás, su rostro estaba hinchado y herido; en aquel momento, el corte de la mandíbula y el contorno preciso de sus labios la fascinaban. Jay sabía que un cirujano plástico había reconstruido su rostro y se preguntaba por los cambios que notaría cuando le quitaran las vendas y pudiera verlo realmente por primera vez. La barbilla la encontraba ligeramente diferente, más cuadrada, pero suponía que era lógico teniendo en cuenta el peso que había perdido. La barba parecía más oscura, seguramente debido a la palidez de su rostro. Jay estaba más que familiarizada con aquella barbilla y esa barba, puesto que tenía que afeitarlo cada mañana. Las enfermeras había sido las encargadas de hacerlo hasta que Steve había recuperado la conciencia y había dejado claro que quería que fuera Jay la que lo afeitara.

Ya no tenía la venda que antes cubría su cráneo. En su lugar, se veía una enorme cicatriz que cruzaba desde la parte superior de su cabeza hasta un punto situado justo encima de su oreja derecha, y desde allí hasta la parte izquierda del cráneo, pero el pelo comenzaba a crecer y a cubrir la cicatriz. Le salía un pelo oscuro, brillante. Los ojos continuaban cubiertos por las vendas, al igual que el puente de la nariz y la curva de sus pómulos. Aquellas vendas eran toda una tentación para Jay. Estaba deseando ver su rostro, juzgar por sí misma el trabajo hecho por el cirujano plástico. Quería aplicar la nueva personalidad de Steve a su rostro, quería mirarlo a los ojos

y ver en ellos todas aquellas cosas que había buscado durante su matrimonio y no había sido capaz de encontrar.

—Ahora mismo sus manos son muy sensibles —dijo el médico que se había ocupado de las quemaduras de Steve cuando le quitó la última venda—. Tenga cuidado con ellas hasta que se haya endurecido la piel. Las notará un poco rígidas, pero con el ejercicio irán recobrando la elasticidad. No tiene ningún tendón ni ningún ligamento dañado, de modo que, con el tiempo, podrá volver a utilizarlas sin problemas.

Steve flexionó los dedos lentamente con una mueca de dolor. Esperó a que las enfermeras y el médico abandonaran la habitación para decir:

—¿Jay?

—Estoy aquí.

—¿Qué aspecto tienen?

—Están rojas —contestó Jay con sinceridad.

Steve volvió a abrirlas y cerrarlas con mucho cuidado, se frotó los dedos de la mano derecha con la izquierda. Cuando terminó, repitió la operación cambiando de manos.

—Las siento extrañas —dijo, sonriendo ligeramente—. Están mucho más sensibles, como ha dicho el médico, pero siento la piel como el trasero de un bebé. No me queda un solo callo —su sonrisa se desvaneció de repente para ser reemplazada por un ceño fruncido—. Tenía las manos callosas...

Volvió a examinar sus manos, como si estuviera intentando encontrar algo que le resultara familiar en su tacto, frotándose unos dedos contra otros.

Jay rio suavemente.

—Hubo un verano en el que jugaste tanto al béisbol en la playa que al final tus manos parecían de cuero. Te salieron callos en los callos.

Steve continuó pensativo durante algunos segundos. De pronto, cambió de humor y dijo:

—Siéntate conmigo en la cama.

Jay obedeció con curiosidad, sin dejar de mirarlo. Había levantado el cabecero de la cama de manera que Steve quedara en posición erguida, así que estaban al mismo nivel. De pronto, Jay fue consciente de lo mucho que

tenía que alzar la vista para mirarlo a los ojos. Sus hombros y su pecho desnudos, a pesar del peso que había perdido, continuaban pareciéndole enormes y volvió a preguntarse una vez más qué clase de ejercicio habría hecho para desarrollar el torso hasta tal punto.

Él alargó la mano con gesto vacilante y acarició su pelo. Al comprender por qué quería que se sentara en la cama, Jay permaneció muy quieta mientras él deslizaba la mano por su melena. Steve no decía nada, levantó la otra mano y enmarcó el rostro de Jay; deslizó los dedos suavemente por su frente, descendió por el puente de la nariz y siguió por los labios y la barbilla antes de acariciar su cuello.

Jay dejó de respirar sin darse siquiera cuenta de ello. Lentamente, Steve le rodeó el cuello con los dedos, como si estuviera midiéndolo, y continuó palpando los huecos y los huesos de sus hombros.

—Tú también estás muy delgada —musitó, posando las manos en sus hombros—. ¿No comes bastante?

—La verdad es que he engordado un poco —susurró Jay, que había empezado a temblar bajo sus caricias.

Con deliberada lentitud, Steve descendió hasta sus senos y los moldeó con ambas manos. Jay tomó aire bruscamente y él intentó calmarla.

—Tranquila, tranquila —susurró mientras acariciaba aquellos suaves montículos.

—Steve, no.

Pero ya había cerrado los ojos mientras un cálido placer crecía en su interior y sentía palpar lenta y poderosamente la sangre a través de sus venas. Steve le acarició los pezones con los pulgares y Jay se estremeció al tiempo que sus senos comenzaban a tensarse.

—Eres tan suave... —la voz de Steve era cada vez más ronca—. Dios, cuánto he deseado tocarte. Ven aquí, cariño.

Sobreponiéndose al dolor de las manos, la estrechó contra él y la envolvió con sus brazos como tantas veces había soñado hacer desde que la voz de Jay lo había cautivado ayudándolo a abandonar la oscuridad. Sentía su delgadez, su suavidad, su calor, y el delicioso contacto de sus senos presionados contra la dureza de su pecho. Steve aspiró el aroma dulce que

emanaba de su piel, sintió el tacto sedoso de su pelo y con un amortiguado gemido de deseo, buscó su boca.

Ya la conocía. No había pasado un solo día en el que no le hubiera suplicado o engatusado para que le diera un beso por las mañanas y otro antes de irse por las noches. Sabía que tenía los labios suaves, llenos. Y que temblaban cada vez que la besaba. En aquel momento, frotó su boca contra la de ella y presionó con dureza hasta hacerle entreabrir los labios y ofrecerle la entrada que buscaba. Podía sentirla temblar entre los brazos mientras él movía la lengua en el interior de su boca, saboreando su extrema dulzura. Maldita fuera, ¿cómo había podido ser tan tonto como para permanecer alejado de aquella mujer durante cinco años? Lo irritaba no recordar lo que era hacer el amor con ella, porque quería saber lo que le gustaba, lo que se sentía al estar en su interior, si realmente eran tan compatibles como su intuición le decía. Aquella mujer tenía que estar con él; lo sabía, lo sentía. Era como si estuvieran atados el uno al otro. Profundizó el beso, para obligarla a responder como sabía que haría, como quería que hiciera. Al final, Jay se estremeció convulsivamente, entrelazó la lengua con la de él y cerró los brazos alrededor de su cuello.

Steve no debería ser tan fuerte, pensó Jay, y menos después de todo lo que había pasado. Pero sus brazos eran musculosos y los cerraba a su alrededor con tanta intensidad que comenzaban a dolerle las costillas. Nunca había sido tan agresivo; por supuesto, no había sido un hombre pasivo, pero en aquel momento la estaba besando con una demanda desnuda, forzando en su relación una intimidad que la asustaba. La deseaba más de lo que la había deseado durante su matrimonio, pero seguramente era porque, en aquellas circunstancias, toda su atención estaba centrada en ella.

—No deberíamos hacer esto —consiguió decir Jay, volviendo la cabeza para liberar su boca de la hambrienta presión de la de Steve.

Apartó las manos y lo empujó suavemente por los hombros.

—¿Por qué no? —musitó Steve, y decidió aprovecharse de la vulnerabilidad del cuello de Jay para cubrirlo de besos.

Acarició con la lengua la parte del cuello próxima a la oreja y Jay tensó las manos en sus hombros mientras una oleada de placer caldeaba toda su

piel. La falta de visión no suponía ningún obstáculo para Steve. Sabía abrirse camino hacia el cuerpo de una mujer; la intuición era más profunda que la memoria.

La conciencia y el sentido de la supervivencia hicieron que Jay volviera a empujarlo suavemente por los hombros. Y, en aquella ocasión, Steve la soltó.

—No podemos volver a estar juntos —dijo en voz baja.

—Los dos estamos solteros —señaló Steve.

—No lo sabemos. Es muy posible que durante estos cinco años hayas conocido a una mujer a la que quieras de verdad. Una mujer que a lo mejor está esperándote en casa. Hasta que no recuperes la memoria, no podrás estar seguro de que eres soltero. Y... y creo que deberíamos ser prudentes y no lanzarnos a mantener una relación sin saber algo más de lo que sabemos.

—No hay nadie esperándome —contestó Steve con absoluta certeza.

Jay se levantó bruscamente de la cama y se acercó a la ventana. El cielo tenía un tono plomizo y los copos de nieve volaban sin rumbo arrastrados por el viento.

—Eso no puedes saberlo —insistió, y se volvió para mirarlo.

Aunque no podía verla, Steve también había vuelto el rostro hacia ella. La dura línea de su boca indicaba que estaba enfadado. La sábana lo cubría hasta la cintura, dejando al descubierto sus hombros y su pecho; había desdeñado los pijamas del hospital, aunque al final había consentido en que le pusieran unos pantalones cortos y abiertos para poder deslizados por encima de las escayolas. Estaba delgado, pálido y débil por todo lo que había pasado, pero aun así, la imagen que transmitía era de gran fortaleza. Si servía de referencia la fuerza con la que acababa de abrazarla, no podía decirse que estuviera especialmente débil, lo que indicaba que, antes de aquel accidente, debía de tener una fuerza extraordinaria. Lo que había ocurrido en aquellos cinco años durante los cuales no se habían visto, le resultaba cada vez más misterioso.

—Así que te has quedado conmigo durante todo este tiempo porque tienes complejo de Florence Nightingale —comentó con aspereza.

Era la primera vez que Jay le negaba algo y no le había gustado en absoluto. Si hubiera podido andar, se habría levantado tras ella, estuviera

débil o no y, a pesar de los dolores que soportaba durante la mayor parte del tiempo. Nada lo habría detenido y, por vez primera, Jay agradeció que tuviera las piernas rotas.

—Nunca te he odiado —intentó explicarle, sabiendo que le debía por lo menos aquel esfuerzo—. No creo que estuviéramos profundamente enamorados o, por lo menos, no lo suficiente como para que nuestro matrimonio funcionara. Frank me pidió que me quedara porque pensaba que me necesitarías, teniendo en cuenta tu estado. Y el coronel Lunning decía que te ayudaría tener cerca a alguien familiar, a una persona a la que hubieras conocido antes del accidente. Por eso me quedé.

—Deja de decir tonterías. No soy ningún idiota —se impacientó él.

Su intento de explicarse lo había puesto incluso más furioso. Aquel era un tipo de enfado que Jay nunca le había conocido. Steve permanecía muy quieto, con todos los sentimientos bajo control, y su voz gutural era poco más que un suspiro. Ella sentía escalofríos al percibir el fuego y el hielo del enfado con el que arremetía contra ella sin necesidad de moverse de la cama.

—¿Crees que porque no puedo verte no sé lo excitada que estabas hace un momento? No me has convencido, cariño.

Jay empezaba enfadarse ante el tono exigente que había en la voz de Steve.

—De acuerdo, si quieres saber la verdad, ahí va. No confío en ti. Siempre fuiste demasiado inquieto como para sentar cabeza e intentar construir una vida en común. Andabas constantemente detrás de la aventura, buscando algo que yo no podía darte. Pues bien, no quiero volver a pasar por nada parecido. No quiero volver a mantener una relación contigo. Ahora me quieres, y es posible que incluso me necesites, pero ¿qué sucederá cuando estés bien? ¿Me darás de nuevo una palmadita y un beso en la mejilla antes de volver a perderte? Gracias, pero no. Ahora tengo más sentido común del que tenía entonces.

—¿Y esa es la razón por la que tiemblas cada vez que te toco? Quieres que volvamos a estar juntos, Jay, pero tienes miedo.

—He dicho que no confío en ti, no he dicho que te tenga miedo. ¿Por qué debería confiar en ti? Al fin y al cabo, también estabas buscando

aventuras cuando esa explosión estuvo a punto de matarte.

De pronto, se dio cuenta de que estaba gritándole cuando él no había alzado en absoluto la voz. Se volvió, salió de la habitación y estuvo apoyada contra la pared hasta que cesaron tanto los temblores como la fuerza de su enfado. Se sentía enferma, y no por culpa de la discusión, sino porque Steve tenía razón. Tenía miedo. Estaba aterrorizada. Y ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto, porque había vuelto a enamorarse de él a pesar de todas sus advertencias, a pesar de lo mucho que se había regañado a sí misma. Ya no conocía a su exmarido. Había cambiado; era más duro, más fuerte... y mucho más peligroso. Continuaba siendo un hombre inquieto, y probablemente estaba mucho más involucrado en todo lo relacionado con la explosión de lo que Frank quería que dar a entender.

Pero nada de eso importaba. Se había enamorado de él años atrás por encima de toda lógica y había vuelto a enamorarse de él a pesar del sentido común. Que el cielo la ayudara, porque estaba exponiéndose de nuevo al dolor y no podía hacer nada para evitarlo.

OceanofPDF.com

Capítulo Seis

Steve permanecía muy quieto, intentando despejar la neblina que la anestesia había dejado en su mente. Su quietud era instintiva, como la de un animal en la selva que no quisiera moverse hasta saber lo que iba a pasar a continuación. Un hombre podía llegar a perder la vida por moverse antes de saber dónde estaban sus enemigos. Si estos lo creían muerto, ganaba la ventaja de la sorpresa al permanecer inmóvil, impidiéndoles saber que continuaba vivo hasta estar suficientemente recuperado como para dar el siguiente paso. Intentó abrir los ojos, pero algo los cubría. Los tenía vendados. Aquello no tenía sentido, ¿por qué taponarle los ojos a una persona que creían muerta?

Escuchó con atención, intentando localizar a sus captores. No se oía ninguno de los habituales sonidos de la selva y, poco a poco, comenzó a darse cuenta de que hacía demasiado frío para que estuviera en la jungla. El olor también era muy extraño. Un olor penetrante, a desinfectante, quizá. Aquel lugar parecía un hospital.

Al comprenderlo, tuvo la sensación de que caía un velo y, de pronto, se dio cuenta de dónde estaba y lo que había pasado. Todas las imágenes de la selva se esfumaron. La operación de la vista había terminado y estaba en la sala de recuperación.

—¡Jay!

Le costó un esfuerzo considerable llamarla, y su voz le sonaba extraña, más ronca de lo normal. Tan ronca y profunda, de hecho, como el grito de un animal.

—¡Jay!

—Todo ha salido bien, señor Crossfield —lo tranquilizó una voz sosegada—. Acaban de operarlo y está estupendamente. Permanezca

tumbado sin moverse. Dentro de unos minutos lo llevaremos a su habitación.

No era la voz de Jay. Era una voz agradable, pero no era la que él quería escuchar. Tenía la garganta seca. Tragó saliva e hizo una mueca de dolor al sentir la garganta en carne viva. Claro, habían tenido que volver a entubarlo para la operación.

—¿Dónde está Jay? —graznó.

—¿Jay es su exesposa, señor Crossfield?

—Sí.

Su exesposa si querían atenerse a la terminología legal. A él le traían sin cuidado las etiquetas. Jay era su mujer.

—Probablemente estará esperándolo en su habitación.

—Lléveme allí.

—Espere un poco más...

—Ahora —fue una sola palabra y pronunciada de forma gutural, pero sin perder un ápice de su acerada fuerza.

Steve no intentó disimular su orden tras el velo de la educación porque eran pocas las palabras que podía pronunciar. Todavía estaba medio dormido, pero había fijado sus pensamientos en Jay con una absoluta determinación. Comenzó a buscar a tientas la barandilla de la cama.

—¡Señor Crossfield, espere! ¡Se va a sacar la aguja del suero!

—Mejor —musitó.

—Tranquilícese, vamos a llevarlo a su habitación. Pero permanezca tumbado hasta que venga un camillero.

Un minuto después, Steve notó que la cama comenzaba a moverse. Era una sensación relajante y empezó a quedarse dormido otra vez, pero se obligó a permanecer alerta. No podía permitirse el lujo de relajarse hasta que Jay volviera a estar con él. Sabía muy poco sobre quién era él exactamente o sobre lo que iba a pasar en el futuro, y Jay era la única constante de su vida, la única persona en la que confiaba. Y había estado allí desde el principio, o al menos desde que él podía recordar.

—Ya estamos aquí —le dijo la enfermera alegremente—. No podía esperar a volver a su habitación, señora Crossfield. Estaba preguntando por usted y ha armado un auténtico alboroto.

—Estoy aquí, Steve.

Él tuvo la sensación de que parecía nerviosa. Y advirtió también que no había corregido a la enfermera cuando se había dirigido a ella como si fuera su esposa, lo que le produjo una feroz satisfacción. En realidad, ese título no significaba mucho para él, pero era un indicativo de lo que en otro tiempo había compartido con Jay, de los vínculos que los habían unido.

Dejaron a Steve en su cama y este pudo sentir a las enfermeras revoloteando a su alrededor durante algunos minutos. Le resultaba muy difícil permanecer despierto.

—¡Jay!

—Estoy aquí.

Steve alargó la mano hacia la voz y sintió al instante los dedos largos y fríos de Jay.

—Los médicos han dicho que todo ha ido perfectamente —dijo ella—. Te quitarán las vendas dentro de unas dos semanas.

—Y entonces me iré de aquí —musitó Steve.

Tensó la mano alrededor de la de Jay y volvió a entregarse a los efectos de la anestesia.

Cuando despertó, había desaparecido la confusión inicial, pero continuaba somnoliento. La impaciencia lo obligó a salir de su aletargamiento. Estaba tan habituado a convivir con el dolor de su destrozado cuerpo que ni siquiera lo notaba. En algún momento de su vida, del que no conseguía acordarse, había aprendido que el cuerpo humano podía ser forzado hasta límites insospechados si la mente aprendía a sobreponerse al dolor. Y era evidente que había aprendido tan bien aquella lección que se había convertido para él en una segunda naturaleza.

Una vez despierto, no tuvo necesidad de llamar a Jay para saber si estaba o no en la habitación. La oía respirar, y cómo pasaba las páginas de una revista mientras permanecía al lado de la cama. Podía distinguir la dulce fragancia de su piel, una esencia que la identificaba inmediatamente, cada vez que entraba en la habitación. Y había además otro tipo de percepciones. Como aquella conciencia física que era como una suerte de descarga eléctrica, una descarga que le provocaba un cosquilleo de

excitación y placer cada vez que Jay se acercaba, o incluso cada vez que pensaba en ella.

No había vuelto a besarla desde que habían discutido la semana anterior, pero estaba esperando que llegara el momento de hacerlo. Jay se había enfadado y no quería que eso volviera a ocurrir, no quería presionarla. Quizá no se hubiera portado muy bien con ella en el pasado, pero continuaba sintiendo algo por él; en caso contrario, no estaría allí en aquel momento. Y cuando llegara el momento oportuno, Steve pretendía capitalizar aquellos sentimientos. Jay era suya, lo sabía con una certeza que invalidaba todo lo demás.

La deseaba. La fuerza de su propio deseo lo sorprendía, teniendo en cuenta el estado físico en el que se encontraba. La tensión que experimentaba su sexo cada vez que Jay lo tocaba era la prueba evidente de que ciertos instintos eran más fuertes que el dolor. El dolor disminuía día a día, y día a día aumentaba la intensidad de su deseo. Era algo básico. Cuando dos personas se atraían, la urgencia de fundirse llegaba a ser sobrecogedora; era la forma que tenía la naturaleza de perpetuar la especie. El deseo físico servía con mucha frecuencia para reforzar los vínculos entre dos personas. Se convertían en pareja porque miles de años atrás, durante los primeros tiempos de la especie humana, eran necesarias al menos dos personas para proporcionarle a los recién nacidos todos los cuidados que necesitaban. Siglos después, una sola persona podía criar perfectamente a un niño y los adelantos de la medicina permitían que una mujer no se quedara embarazada si no lo deseaba, pero el instinto continuaba presente. Un hombre necesitaba hacer el amor con su mujer y tener la certeza de que ella se sabía suya. Steve comprendía los fundamentos de aquella necesidad biológica programada en los genes, pero comprenderla no implicaba que fuera menos poderosa.

La amnesia era algo curioso. Cuando la examinaba con desapasionamiento, era capaz de interesarse por sus peculiaridades. Había perdido completamente la conciencia de lo que había pasado antes de salir del coma, pero era evidente que gran parte de las cosas que sabía no se habían visto afectadas.

Podía recordar datos sobre la liga de béisbol, y rememorar el aspecto de las cataratas del Niágara. No era nada importante. Interesante, pero no importante.

Igualmente interesantes, y mucho más importantes, eran las cosas que sabía sobre los países del tercer mundo y sus principales autoridades, aunque no recordara de dónde había sacado aquellos conocimientos. No podía recordar su propio rostro, pero, de alguna manera, eso no impedía que supiera otras muchas cosas. Conocía el desierto, aquel calor seco bajo un sol abrasador. También conocía la selva, su calor sofocante y su humedad, y los insectos y reptiles, las sanguijuelas y el olor pestilente de la vegetación pudriéndose en el suelo.

Con los escasos datos que podía reconocer sobre sí mismo, era capaz de recomponer parte del rompecabezas. Lo de la selva le resultaba fácil. Jay le había dicho que tenía treinta y siete años; la edad justa para haber estado en Vietnam durante los últimos años de la década de los sesenta. Para el resto solo había una explicación lógica; estaba mucho más involucrado en la operación en la que había terminado herido de lo que Jay le había dicho.

Se había preguntado si el Penthoal podría tener algún resultado con los enfermos de amnesia o si esta continuaría ocultando los recuerdos incluso a las drogas más poderosas. Y si lo que quizá supiera era suficientemente importante como para merecer aquellos cuidados, dignos de un rey, seguramente habrían intentado reactivarle la memoria mediante esa clase de medicación. No lo habían hecho y eso indicaba algo más: Frank Payne sabía que Steve había sido entrenado para resistirse a la influencia de cualquier producto químico que penetrara su cerebro. Por lo tanto, debía estar de servicio cuando había tenido lugar la explosión.

Jay no lo sabía. Ella pensaba que, sencillamente, estaba en el lugar equivocado en el momento inoportuno. Le había dicho que cuando estaban casados, él andaba constantemente en busca de aventura. De modo que, seguramente, él mismo había decidido mantenerla en la ignorancia y dejarle pensar que era un hombre que no soportaba los compromisos para evitar que se preocupara al saber hasta qué punto era peligroso su trabajo o las muchas posibilidades que había de que no regresara vivo de alguno de sus viajes.

Steve había conseguido encajar algunas piezas de aquel rompecabezas, pero todavía había muchas cosas que no tenían sentido para él. Había notado, en cuanto le habían quitado las vendas, que tenía las yemas de los dedos inusualmente suaves. Y no era la suavidad propia de una cicatriz; tenía las manos tan sensibles que podía reconocer perfectamente la diferencia entre las zonas quemadas y las yemas de sus dedos. Estaba seguro de que no se había quemado los dedos; aun así, sus huellas dactilares parecían haber sido alteradas o borradas, probablemente lo último. Y tenía la sensación de que aquella operación había sido realizada durante su estancia en el hospital. La pregunta era: ¿por qué? ¿Quién estaba intentando ocultar su identidad? Sabían quién era, y era evidente que lo apreciaban, en caso contrario no se habrían tomado tantas molestias para intentar salvarle la vida. Jay también sabía quién era. ¿Habría alguien persiguiéndolo? Y si así era, ¿correría Jay algún peligro por el mero hecho de estar a su lado?

Eran demasiadas preguntas y no tenía respuesta para ninguna de ellas. Podía preguntarle a Payne, pero no estaba seguro de poder sonsacarle ninguna respuesta sincera. Payne ocultaba algo. Steve no sabía lo que era, pero percibía el dejo de culpabilidad que teñía la voz de aquel hombre, sobre todo cuando hablaba con Jay. ¿Por qué habrían involucrado a Jay en aquel asunto?

Oyó que la puerta de la habitación se abría y permaneció inmóvil, intentando identificar a su visitante antes de que este supiera que estaba despierto. Se había descubierto tomando aquella precaución en otras ocasiones; y esa actitud encajaba con todo lo que había deducido de sí mismo.

—¿Ya está despierto?

Era la voz queda de Frank Payne; y volvía a aparecer aquella nota, aquel dejo de culpabilidad... y también de afecto. Sí, eso era. A Payne le gustaba Jay y estaba preocupado por ella, pero aun así, continuaba utilizándola. Eso hacía sentirse a Steve mucho menos inclinado a colaborar. Lo enfurecía pensar que estaban poniendo a Jay en peligro.

—Se ha dormido en cuanto lo han dejado en la cama y no se ha despertado desde entonces. ¿Has hablado con el médico?

—No, todavía no. ¿Cómo ha ido la operación?

—Maravillosamente. El médico ha dicho que no habrá ningún daño irreversible. Tiene que permanecer tumbado varios días durante todo el tiempo que pueda, y en cuanto le quiten las vendas, sus ojos volverán a acostumbrarse a la luz. Posiblemente ni siquiera necesite gafas.

—Esa es una buena noticia. Si todo sale bien, podrá salir del hospital dentro de un par de semanas.

—Me cuesta imaginarme sin venir aquí diariamente —reflexionó Jay—. No me parecerá normal. ¿Qué ocurrirá cuando Steve salga del hospital?

—Tendré que hablar con él de eso —contestó Payne—. Pero todavía puedo esperar unos días, hasta que esté más recuperado.

Steve advertía preocupación en la voz de Jay y aquello lo intrigaba. ¿Estaría al corriente de algo? ¿Por qué si no iba a preocuparse por lo que pudiera ocurrirle cuando saliera del hospital? Pero tenía noticias para ella: fuera donde fuera, pretendía seguirla y Frank Payne haría bien en quitarse sus estúpidas ideas de la cabeza.

Dos semanas más de espera. No sabía si podría soportarlo. Era duro ejercitar la paciencia que necesitaba para permitir que su cuerpo sanara, y todavía le quedaban varias semanas de rehabilitación por delante hasta que recuperara todas sus fuerzas. Tendría que forzarse más de lo que lo forzarían los propios fisioterapeutas, él conocía sus propios límites y sabía que eran mucho más elásticos de lo que los fisioterapeutas podían pensar. Y esa era otra pieza más de su rompecabezas.

Decidió despertarse y comenzó a moverse, inquieto. Sintió el tirón de la aguja del suero en la mano.

—¿Jay? —la llamó con voz somnolienta. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—: ¿Jay?

Nunca se acostumbraría a oír su nueva voz, dura, tensa y con una textura particularmente áspera. Otra pequeña curiosidad. No podía recordar su voz, pero sabía que no era aquella.

—Estoy aquí —sintió el tacto de unos dedos en el brazo.

¿Cuántas veces habría oído aquellas dos palabras? ¿Y cuántas veces habría conseguido devolverle la conciencia? Parecían estar grabadas en su mente como si fueran uno de sus recuerdos. Diablos, probablemente lo fueran. Alargó la mano para buscar la mano libre de Jay.

—Tengo sed.

Oyó el ruido del agua al caer en el vaso; después, sintió el roce de una pajita en los labios y succionó agradecido el frío líquido que ascendió hasta su boca reseca y descendió desde allí por su garganta. Después de que hubiera bebido varios sorbos, Jay le quitó la pajita.

—No bebas tanto al principio —dijo, con aquella voz tan serena—. La anestesia puede hacerte vomitar.

Steve movió la mano y sintió el tirón de la aguja.

—Dile a la enfermera que me quite esta maldita cosa.

—Necesitas glucosa después de la operación —replicó Jay—. Y probablemente te estén suministrando antibiótico junto al suero...

—Pueden dármelo en pastillas —respondió—. No me gusta sentirme limitado.

Ya era suficientemente insoportable tener las piernas escayoladas; ya era bastante con tener que pasarse tumbado veinticuatro horas al día.

Jay permaneció en silencio y Steve sintió que le estaba transmitiendo su comprensión. A veces era como si no necesitaran las palabras, como si hubiera un vínculo entre ellos que trascendía el lenguaje verbal. Jay sabía exactamente hasta qué punto lo frustraba tener que estar tumbado en la cama día tras día; no solo era aburrido, sino que iba en contra de todo lo que le dictaba el instinto de supervivencia.

—De acuerdo —dijo por fin, deslizando los dedos por su brazo—. Voy a llamar a una enfermera.

Steve la oyó abandonar la habitación y permaneció muy quieto en la cama, esperando a que Frank se identificara. Era un juego sutil, y ni siquiera sabía por qué estaba jugando. Pero Payne estaba ocultándole algo y Steve no confiaba en él. Y haría todo lo que estuviera en su mano para colocarse en una situación de ventaja, aunque fuera algo tan trivial como fingir que dormía cuando estaba oyendo todo lo que ocurría en la habitación. Aunque hasta entonces no le había servido de nada, salvo para saber que Payne tenía algunos planes para él.

—¿Te duele? —preguntó Frank.

Steve volvió prudentemente la cabeza.

—¿Frank?

Otra parte del juego: fingir que no había reconocido su voz.

—Sí.

—No, no me duele mucho. Pero tengo sueño.

Eso era cierto; la anestesia lo había dejado débil y somnoliento. Pero podía obligarse a sí mismo a mantenerse en estado de alerta, y esa era la parte más importante. Prefería soportar el dolor a que lo drogaran de tal manera que no pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. El coma inducido por los barbitúricos había sido una pesadilla que no quería volver a experimentar, ni siquiera de una forma más atenuada. Incluso la amnesia era preferible a la falta de conciencia total.

—Esta ha sido la última operación. Ya no habrá ni más operaciones ni más tubos ni más agujas. En cuanto te quiten la escayola, podrás recuperar la forma.

Frank mantenía la voz queda y, a menudo, Steve percibía en ella cierto deje de familiaridad, como si se conocieran muy bien el uno al otro.

Esas palabras proporcionaron un nuevo dato a Steve; no era un hombre de músculos voluminosos, sino que tenía una complexión ágil y rápida y un corazón de acero que lo mantenía en pie cuando otros ya se habrían derrumbado.

—¿Jay está en peligro? —preguntó, dejando de lado toda precaución para averiguar lo que en aquel momento era más importante para él.

—¿Por algo que tú puedas haber visto?

—Sí.

—No prevemos ningún peligro —respondió Frank con prudencia—. Eres importante para nosotros por que sabes exactamente lo que ocurrió y podrías proporcionarnos algunas respuestas.

Steve sonrió con ironía.

—Sí, lo sé. Lo suficientemente importante como para haber merecido toda clase de cuidados, para que se hayan coordinado tres agencias diferentes y para que hayan traído hasta aquí médicos de diferentes cuerpos del ejército e incluso algún que otro privado. Y se supone que pasaba casualmente por allí, ¿verdad? Es posible que Jay se lo haya tragado, pero yo no me lo creo. Así que deja de decir estupideces y dame un sí o un no por respuesta. ¿Jay corre algún peligro?

—No —contestó Frank con firmeza.

Al cabo de un segundo, Steve asintió. A pesar de lo que Frank le estaba ocultando, sabía que apreciaba a Jay y quería protegerla. Jay estaba a salvo. Del resto ya se ocuparía él más adelante. Lo único que en aquel momento le importaba era Jay.

Después de haberlas tenido envueltas en escayola durante seis semanas, sus piernas habían adelgazado. Pasó las manos sobre ellas, intentando acostumbrarse a su peculiar delgadez. Podía moverlas, pero sus movimientos eran bruscos y espásticos. Durante los dos días anteriores, había estado sentado en una silla de ruedas, dejando que su cuerpo se acostumbrara al movimiento y a las diferentes posturas. Las manos estaban suficientemente recuperadas como para poder utilizar un andador como soporte durante varios minutos al día. Su cúmulo de conocimientos iba incrementándose continuamente. Entre otras cosas, había aprendido que, incluso cuando estaba inclinado hacia adelante con el fin de apoyarse en el andador, era varios centímetros más alto que Jay. Estaba deseando abrazarla y estrecharla contra él para sentir la suavidad de su cuerpo amoldándose contra el suyo y poder inclinar la cabeza para besarla. Hasta entonces había estado controlándose, tomándose las cosas con calma, pero estaban a punto de llegar al final.

Jay lo observó acariciarse los muslos y las pantorrillas. Sus largos dedos amasaban los músculos con movimientos precisos. Steve tenía concertada una sesión de fisioterapia esa misma tarde, pero no parecía dispuesto a esperar a que otro hiciera el trabajo por él. Era como un resorte a punto de soltarse desde que había salido del quirófano tras la operación de los ojos. Tenso, expectante, pero siempre sometido a un férreo control. Había pasado un mes y medio desde la explosión y quizá muchas otras personas en sus circunstancias estarían todavía en la cama y tomando calmantes contra el dolor, pero él había estado forzándose a sí mismo desde el momento en el que había recuperado la conciencia. Sus manos debían estar todavía demasiado sensibles, pero las utilizaba sin quejarse ni una sola vez. Seguramente le dolían las costillas y las piernas, pero no dejaba que eso lo detuviera. Nunca se había quejado de sufrir dolores de cabeza, aunque el

coronel Lunning le había dicho a Jay que probablemente los soportaría durante meses.

Jay miró el reloj. Steve llevaba media hora dándose masajes en las piernas.

—Creo que ya es suficiente —le dijo con firmeza—. ¿No quieres volver a la cama?

Steve se enderezó en la silla de ruedas y le dirigió una sonrisa resplandeciente.

—Estoy tan cansado de estar en la cama que para conseguir que volviera tendrías que acostarte tú conmigo.

Tenía un aspecto tan perversamente masculino que Jay sintió que se derretía por dentro, a pesar de lo prevenida que estaba contra sus encantos. Ni siquiera podía mirarlo sin sentir que se le debilitaban las rodillas y a veces, lo que sentía hacia él cobraba la forma de una marea de placer y dolor tan intensamente fusionados que debía contenerse para no gemir.

Steve era más fuerte cada día; cada día conquistaba un nuevo territorio, volcaba toda su voluntad en otro aspecto de su vida. Era admirable y casi aterrador observarlo y ser consciente de la fuerza de voluntad con la que se enfrentaba a su situación. Se mostraba tan fieramente controlado y decidido que resultaba casi inhumano, pero, al mismo tiempo, le permitía ver a Jay lo humano que era. Dependía de ella mucho más de lo que hubiera creído nunca posible, y la vulnerabilidad que mostraba resultaba mucho más devastadora porque era consciente de lo inhabitual que era en él.

—Acércame el andador —le ordenó en aquel momento, volviéndose hacia ella expectante, como si estuviera esperando una protesta.

Jay apretó los labios, lo miró, se encogió de hombros y colocó el andador delante de él. Si sufría un retroceso la culpa sería de él por negarse a aceptar sus limitaciones.

—De acuerdo —dijo con calma—. Adelante, cáete. Rómpete las piernas otra vez, pártete la cabeza y pasa en el hospital unos cuantos meses más. Estoy segura de que a las enfermeras les hará mucha ilusión.

Steve se echó a reír ante su sarcasmo, una reacción que se hacía más frecuente a medida que iba recuperándose. Lo contemplaba como una muestra de su propia recuperación; mientras estaba enfermo e indefenso,

ella había evitado negarle nada. Y a Steve le gustaba aquel nuevo aspecto de su personalidad. Las mujeres pasivas no lo atraían. Jay, en cambio, lo atraía en todos los momentos y de todas las maneras.

—No me caeré —le aseguró mientras se erguía.

Tuvo que apoyar la mayor parte de su peso en los brazos, pero sus pies se movieron cuando les ordenó que lo hicieran. Con torpeza, era cierto, pero obedecían las órdenes de su cerebro.

—¡Y aquí llega tambaleante...! —gritó Jay, emulando una retransmisión deportiva. Su irritación era evidente.

Steve soltó una carcajada y se tambaleó, pero consiguió mantenerse en pie agarrándose al andador.

—Se supone que deberías guiarme, no reírte de mí.

—Me niego ayudarte a que te castigues de esa forma. Si te caes, la culpa será solo tuya.

A los labios de Steve asomó una sonrisa y el corazón de Jay comenzó a latir a toda velocidad.

—Ah, pequeña —intentó engatusarla—, no me estoy castigando, te lo prometo. Sé hasta dónde puedo llegar. Vamos, llévame hasta el pasillo.

—No.

Dos minutos después, Jay caminaba lentamente por el pasillo mientras Steve maniobraba con el andador. Al final del pasillo estaba uno de los vigilantes, pendiente de todo y de todos los que pasaban por allí. Ocurría lo mismo cada vez que Steve salía de su habitación, aunque hasta entonces no había sido consciente de que estaba siendo vigilado tan de cerca. Jay sintió un escalofrío cuando cruzó la mirada con la del vigilante y este asintió educadamente. Por tranquilo que pareciera todo, la presencia de aquellos guardias le recordaba que Steve estaba involucrado en algo altamente peligroso. ¿Lo estaría poniendo su amnesia en una situación de peligro mayor? Él ni siquiera sabía que estaba amenazado. ¡No le extrañaba que fueran necesarios los guardias! Eso la aterrorizaba. Formaba parte de la gran zona gris que Frank no le había explicado.

—Ya es suficiente —dijo Steve, y se volvió lentamente.

Giró exactamente ciento ochenta grados y dio dos pasos antes de detenerse y volver la cabeza hacia ella.

—Lo siento —se acercó rápidamente a su lado.

¿Cómo habría sabido hasta donde debía girar? ¿Por qué no mostraba más inseguridad en sus movimientos? Caminaba lentamente, apoyando la mayor parte de su peso en brazos y manos, pero parecía completamente seguro. Las heridas, no la frustración, aminoraban el ritmo de sus pasos. No se permitiría renunciar; no parecía considerar sus heridas como algo de lo que tuviera que recuperarse, sino como algo que debía ser conquistado. Estaba dispuesto a manejar las cosas a su manera y a ganar, no iba a conformarse con menos.

Jay continuó siendo testigo de su determinación durante los días que siguieron. Los fisioterapeutas intentaban contenerlo, pero Steve insistía en seguir su propio ritmo. Caminaba durante horas y horas, guiado por la voz de Jay. Para el tercer día de la rehabilitación, ya había prescindido del andador y lo había sustituido por Jay. Sonriendo mientras le rodeaba los hombros con el brazo, le explicó que por lo menos ella sería una superficie blanda si se caía.

Había ganado peso desde que le habían quitado el tubo de la garganta y estaba recuperando fuerzas a la misma velocidad. Jay tenía la sensación de verlo mejorar de un día para otro. Excepto por las vendas que cubrían sus ojos, parecía casi normal, pero Jay no olvidaba las cicatrices que escondían los chándals que Frank le había llevado. Todavía tenía enrojecida la piel de las manos a causa de las quemaduras y su voz no parecía mejorar. Tampoco su memoria mostraba ningún síntoma de recuperación. No había fogonazos de memoria ni atisbos de reconocimiento alguno. Era como si hubiera nacido el día que se había abierto camino a través de la niebla de su inconsciencia para responder a su voz y no existiera un pasado antes de aquello.

A veces, mientras lo veía hacer ejercicio incansablemente, se descubría a sí misma deseando que no recuperara la memoria, y entonces el sentimiento de culpa la devoraba. Pero Steve dependía tanto de ella en aquel momento... Y si comenzaba a recordar, la intimidad que había entre ellos se desvanecería. A pesar de que intentaba protegerse a sí misma de aquella cercanía, Jay atesoraba cada uno de aquellos momentos y deseaba más. Estaba atrapada en su propio dilema y no era capaz de decidir cómo

debía liberarse. Podía protegerse a sí misma y alejarse de allí, o podía aferrarse a todo aquello que pudiera conseguir. Pero no sabía cuál de las dos opciones tomar. Lo único que podía hacer era esperar.

El día que se suponía que tenían que quitarle las vendas de los ojos, Steve se despertó al amanecer y estuvo recorriendo incansable la habitación. Jay se había presentado en el hospital a primera hora de la mañana y, aunque estaba tan nerviosa como él, se obligaba a sí misma a permanecer quieta. Al final, Steve encendió la televisión y escuchó las noticias de la mañana con el ceño fruncido.

—¿Por qué demonios no se da prisa ese maldito médico? —musitó.

Jay miró el reloj.

—Todavía es temprano, ni siquiera has desayunado.

Steve soltó una maldición y se pasó la mano por el pelo. Todavía lo llevaba muy corto, pero al menos cubría la cicatriz que recorría su cráneo. Continuó caminando, se detuvo frente a la ventana y tamborileó con los dedos el alféizar.

—Hace un día soleado, ¿verdad?

Jay miró hacia el cielo azul.

—Sí, y no hace demasiado frío. Pero el pronóstico del tiempo dice que se esperan nevadas para el fin de semana.

—¿Qué día es hoy?

—Veintinueve de enero.

Steve continuó tamborileando con los dedos.

—¿Adónde vamos a ir?

—¿Qué adónde vamos a ir? —repitió Jay sin comprender.

—Cuando me suelten. ¿Adónde vamos a ir?

Jay se sintió como si le hubieran dado una bofetada en pleno rostro al comprender que, si no tenía ningún problema de visión, Steve saldría del hospital al cabo de solo unas horas. El apartamento que Frank había alquilado era pequeño, solo tenía un dormitorio, pero no era eso lo que la asustaba. ¿Qué sucedería si a Frank se le ocurriera separarlo de ella? En una ocasión Frank había comentado que debería quedarse con Steve hasta que este hubiera recuperado la memoria, pero no había vuelto a mencionarlo

desde entonces. ¿Continuaría siendo ese su plan? Y si así era, ¿dónde pretendía que viviera Steve?

—No sé dónde iremos —respondió débilmente—. A lo mejor quieren enviarte a alguna parte...

—No creo que les convenga.

Steve se apartó de la ventana. Sus movimientos poseían la elegancia y el poderío de un depredador. Jay observó su silueta recortada contra la luz de la ventana y sintió que se le secaba la garganta. Era mucho más duro que años atrás, tanto que casi la asustaba. Pero, al mismo tiempo, lo encontraba excitante. Lo amaba tanto que le dolía, y la situación empeoraba día a día.

Entró una enfermera con la bandeja del desayuno y le guiñó un ojo a Jay.

—He visto que había llegado temprano, así que he traído una bandeja de más —entró con otra bandeja y sonrió a Jay mientras esta le daba las gracias—. Hoy es el gran día —añadió alegremente—, así que esto puede ser una especie de banquete de celebración.

Steve sonrió.

—¿Están deseando deshacerse de mí?

—Digamos que se ha comportado como un auténtico ángel. Vamos a echar de menos su trasero, pero en fin, las cosas vienen y se van.

Un suave rubor cubrió las mejillas de Steve y la enfermera soltó una carcajada mientras salía de la habitación. Jay rio mientras sacaba sus cubiertos y colocaba las bandejas.

—Trae hasta aquí tu maravilloso trasero y siéntate a desayunar —le ordenó, sin dejar de reír.

—Si te gusta, puedes mirarlo a placer —la invitó. Se volvió y levantó los brazos, ofreciéndole una excelente vista de su espalda—. Incluso puede que te deje tocarlo.

—Gracias, pero prefiero comer. ¿Tú no tienes hambre?

—Estoy que devoro.

Invirtieron poco tiempo en el desayuno y, muy pronto, Steve estaba de nuevo caminando por una habitación que su propio nerviosismo hacía parecer más pequeña. Su impaciencia era palpable. Había pasado demasiadas semanas tumbado, ciego y completamente inmóvil. Ya había

recuperado la movilidad y solo faltaban unos minutos para que recuperara también la vista. Los médicos estaban seguros del éxito de la operación, pero hasta que no le quitaran las vendas y pudiera ver realmente, él no se lo creería. Eran la espera y la inseguridad las que lo devoraban. Quería ver. Quería saber qué aspecto tenía Jay; quería ser capaz de ponerle un rostro a su voz. Aunque nunca pudiera volver a ver, necesitaba al menos ver su rostro. Cada una de las células de su cuerpo la conocía, podía sentir su presencia. Y aunque Jay se había descrito a sí misma, necesitaba tener su rostro grabado en la mente.

Alzó la cabeza como un animal receloso cuando oyó que la puerta se abría. El propio cirujano le comentó riendo:

—Casi esperaba que te hubieras quitado tú mismo las vendas.

—No quería robarle ese placer —contestó Steve.

Jay estaba completamente quieta. La tensión creció en su interior cuando vio que el coronel Lunning, Frank y una de las enfermeras entraban en la habitación. Frank llevaba una bolsa de plástico en la que figuraba el nombre de unos grandes almacenes. La dejó encima de la cama. Sin necesidad de preguntar, Jay supo que contenía ropa para Steve y le agradeció que hubiera pensado en ello.

—Siéntese aquí, de espaldas a la ventana —dijo el cirujano, conduciendo a Steve hacia una silla.

Cuando este estuvo sentado, el cirujano tomó un par de tijeras y cortó la gasa.

—Incline un poco la cabeza —le pidió.

Jay apretaba las manos con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas. Sentía un fuerte dolor en el pecho. Estaba viendo por primera vez el rostro de Steve sin las gasas que cubrían sus sienes, sus cejas, parte de sus pómulos y el puente de su nariz. Antes era un hombre atractivo, pero quizá ya no lo fuera. Su nariz no era del todo recta y le habían dejado el puente ligeramente más pronunciado que antes de la explosión. Sus pómulos parecían más prominentes. De hecho, todo su rostro parecía más anguloso que antes.

El cirujano fue quitando las gasas lentamente y a continuación limpió los ojos de Steve.

—Cierren las cortinas —pidió quedamente.

La enfermera se acercó a la ventana y corrió las cortinas para dejar la habitación a oscuras. Después encendió la luz del cabecero de la cama.

—Muy bien, ahora ya puede abrir los ojos. Lentamente, deje que vayan acostumbrándose a la luz. Después, pestañee hasta que sea capaz de fijar la mirada.

Steve abrió los ojos y los cerró con fuerza. Volvió a intentarlo.

—Maldita sea, qué luz tan fuerte —dijo.

Y entonces, abrió los ojos por completo, pestañeó hasta aclarar la visión y se volvió hacia Jay.

Esta se quedó completamente helada. Era como estar viendo los ojos de un águila, encontrándose con la fiera mirada de un depredador. Aquellos eran los ojos del hombre al que amaba con una intensidad casi dolorosa. El terror le helaba la sangre. Ella recordaba unos ojos castaños, con un brillo aterciopelado, pero aquellos eran unos ojos claros que relucían como el ámbar. Eran los ojos de un águila.

Aquel era el hombre al que amaba, pero era un hombre al que no conocía.

Aquel hombre no era Steve Crossfield.

OceanofPDF.com

Capítulo Siete

Su corazón dejó de latir. Jay. El rostro se adecuaba perfectamente a aquel nombre, a su voz, a la delicadeza de sus caricias y a su fragancia esquiva. La descripción que había hecho Jay de sí misma era precisa, pero aun así, estaba lejos de la realidad. La realidad era que tenía una espesa melena del color de la miel oscura, los ojos de un azul profundo como el del mar y una boca grande, suave y vulnerable. Dios, qué boca, era una boca de labios rojos y llenos, inmensamente seductora. Era la boca más apasionada que había visto en su vida y le bastaba pensar en besarla o en que aquellos labios acariciaran su cuerpo para que le dolieran las entrañas. Jay permanecía inmóvil, con el rostro completamente blanco excepto por los pozos profundos de sus ojos y su exótica y maravillosa boca. Lo miraba como si estuviera fascinada, como si no pudiera apartar la mirada de su rostro.

—¿Qué tal ve? —le preguntó el cirujano—. ¿Ve halos de luz, se le difumina la silueta de los objetos?

Sin responder, Steve se levantó con la mirada fija en Jay. Jamás se cansaría de mirarla. Dio cuatro pasos hacia ella y Jay abrió los ojos como platos en medio de aquel semblante cada vez más pálido. Steve intentó ser delicado mientras la tomaba por los brazos, invitándola a levantarse, pero la excitación era cada vez más fuerte y sabía que le estaba clavando los dedos en su delicada piel. Jay musitó algo incoherente. Él cubrió su boca. La erótica sensación de acariciar sus labios llenos le hizo gemir de placer. Quería quedarse a solas con ella. Jay temblaba entre sus brazos y se aferraba a él como si tuviera miedo de caerse.

—Bueno, parece que tu sentido de la orientación no sufre ningún problema —comentó Frank con ironía.

Steve alzó la cabeza sin dejar de estrechar a Jay contra él. Ella continuaba temblando violentamente.

—Y que están bastante claras sus prioridades —intervino el coronel Lunning.

Sonreía y miraba a su paciente con profunda satisfacción. Semanas atrás, tenía serias dudas sobre la posible recuperación de Steve. Y verlo allí en aquel momento era casi milagroso. Todavía no estaba completamente recuperado, todavía tenía que recobrar todas sus fuerzas y no había ningún síntoma que indicara que fuera a recuperar la memoria. Pero estaba vivo y en camino de conseguir una salud de hierro.

—Lo veo todo estupendamente —contestó Steve con una voz más ronca de lo habitual mientras recorría con la mirada la habitación que se había convertido en su hogar durante más días de los que le gustaba recordar.

Pero incluso el aspecto de la habitación le gustaba. Durante su convalecencia, había ejercitado la disciplina de recrear todo en su mente para hacerse una idea de las relaciones espaciales y poder saber en todo momento el lugar de la habitación en el que se encontraba. Y su imagen mental había sido increíblemente correcta. Aunque los colores lo sorprendían un poco; en realidad no había imaginado colores, solo presencias físicas.

El cirujano se aclaró la garganta.

—Eh, ¿podría sentarse un momento, señor Crossfield?

Steve soltó a Jay. Esta se sentó, temblorosa, aferrándose a los brazos de la silla con tanta fuerza que palidecieron sus nudillos. ¡Se habían equivocado! ¡Aquel hombre no era Steve Crossfield! Se había quedado muda de la impresión, pero mientras observaba al cirujano examinando a Steve, o comoquiera que se llamara, recuperó el control y abrió la boca para explicar el terrible error que habían cometido.

Pero entonces Frank se movió, e inclinó la cabeza para observar al cirujano y aquel movimiento atrapó la atención de Jay. La sangre se le heló en las venas mientras surgía en su mente un solo pensamiento: si les decía que habían cometido un error, que aquel hombre no era su exmarido, dejarían de utilizarla. Apartarían al que ella creía Steve de su lado y no volvería a verlo.

Comenzó a temblar convulsivamente. Ella amaba a aquel hombre. No sabía quién era, pero lo amaba. Y no podía renunciar a él. Necesitaba pensar en ello, pero no podía hacerlo en aquel momento. Necesitaba estar sola, lejos de aquellos ojos vigilantes, para poder enfrentarse al impacto de saber que Steve... O, Dios, ¡Steve estaba muerto! Y aquel hombre era un desconocido.

Se levantó tan bruscamente que la silla se tambaleó. Cinco rostros sorprendidos se volvieron hacia ella mientras Jay se dirigía hacia la puerta como si fuera una prisionera intentando escapar.

—Yo... necesito un café —consiguió farfullar con voz tensa.

Abrió la puerta y salió, sin hacer caso de la llamada de Steve.

No, no era Steve. No era Steve. Aquel simple hecho era devastador.

Corrió hacia la sala de espera y se acurrucó en uno de sus incómodos asientos. Se sentía fría, con el cerebro entumecido y ligeramente mareada, como si estuviera a punto de vomitar.

¿Quién era aquel hombre? Tomó aire varias veces e intentó pensar con coherencia. No era Steve, de modo que tenía que ser el agente por el que Frank estaba tan preocupado. Eso significaba que estaba directamente involucrado en la operación, que era el único hombre que sabía exactamente lo que había pasado... o lo sería si recuperaba la memoria. ¿Correría peligro si alguien, quizá la persona o las personas que habían provocado aquella explosión que había estado a punto de matarlo, se enteraba de que estaba vivo? Hasta que no recuperara la memoria, no podría reconocer a sus enemigos. Su mejor protección en aquel momento era esconderse bajo la falsa identidad que le habían asignado. Jay no podía ponerlo en un peligro mayor. Y tampoco podía renunciar a él.

No era correcto fingir que aquel hombre era alguien que no era. Además, guardando su secreto estaría traicionando a Frank, un hombre al que apreciaba. Pero, sobre todo, estaría traicionando a Steve... ¡Maldita fuera! Odiaba llamarlo de ese modo, pero ¿de qué otra forma podía llamarlo? Tenía que continuar pensando en él como Steve. Estaba traicionándolo al asignarle una vida que no era la suya, quizá incluso estuviera impidiendo su completa recuperación. Y, si alguna vez recuperaba la memoria, jamás se lo perdonaría. Sabría que le había mentado, que lo

había obligado a vivir una mentira colocándolo en el lugar de su exmarido. Pero no podía ponerlo en una situación de riesgo. Sencillamente, no podía. Lo quería demasiado. Por mucho que le costara, tenía que mentir para protegerlo.

—Jay.

Era su voz. Aquella voz grave y descarnada que la perseguía por las noches en sus sueños más dulces. Volvió la cabeza hacia él y lo miró. Todavía estaba tan impactada que no era capaz de disimular su impresión. Lo amaba. Y si amar a Steve sabiendo que no podía entregarse a él ya había sido suficientemente malo, ¿cómo podría amar a un hombre cuya vida consistía en enfrentarse al peligro? Había estado caminando al borde de un precipicio emocional y en aquel momento estaba cayendo al vacío sin poder hacer nada para impedirlo.

El supuesto Steve llenaba la puerta de la sala de espera. Tras saber que no era su exmarido, Jay percibía claramente sus diferencias. Era un poco más alto que Steve, tenía los hombros más anchos y el pecho más musculoso. Su barbilla era más cuadrada, sus labios más llenos. Debería haberse fijado antes en su boca, que no había estado sometida a los cambios de la cirugía plástica. Un extraño dolor la inundó al comprender que nunca sabría el aspecto que tenía antes aquel hombre.

—¿Qué te pasa, encanto? —preguntó él en voz baja; caminó hasta ella y buscó sus manos.

Jay tragó saliva. Los temblores continuaban sacudiendo su cuerpo. Incluso agachado, era más alto que ella. La sensación de poder, de peligro, era sobrecogedora. Cuando tenía los ojos vendados, quedaba amortiguada de alguna manera, pero en aquel momento, con la determinación resplandeciendo en aquellos ojos de color ámbar, Jay sentía toda la fuerza de su personalidad.

—Estoy bien —consiguió decir—. Es solo que... ha sido todo muy repentino. Estaba tan preocupada...

Steve le soltó las manos y comenzó a acariciarle los brazos.

—Yo deseaba tanto poder verte que no he tenido tiempo de preocuparme —musitó Steve—. Me dijiste que tenías los ojos azules, pero no me habías dicho nada de tu boca.

Tenía la mirada fija en su boca. A Jay comenzaron a temblarle los labios.

—¿Qué tenía que decirte de mi boca?

—Lo erótica que es —susurró, y se inclinó sobre ella.

Aquella vez fue un beso duro, exigente, que la obligó a ceder ante la arremetida, a abrir los labios para permitir el acceso de la lengua al interior de su boca. A pesar de que comenzaron a sonar los timbres de alarma, Jay se estremeció de placer.

Mientras se estaba recuperando y necesitaba su apoyo, Steve se había mostrado suplicante, era él el que pedía sus besos y la intimidad de su contacto. Pero ya no le estaba pidiendo nada y Jay fue consciente de que se había estado conteniendo durante mucho tiempo. La deseaba y había ido a buscarla con intención de conseguir lo que quería.

Steve se levantó y tiró de ella para que lo imitara sin perder en ningún momento el contacto de sus labios. La besaba con la intimidad de un hombre que pretendía hacer el amor, aflojando las riendas del control, exigiendo más. Jay se aferraba a sus hombros; sus sentidos enloquecían ante la dura presión de aquel cuerpo. Steve movía las caderas buscando las de Jay y gimió cuando su sexo henchido encontró el cálido vértice que escondía el de ella. Jay podría haber gemido también si hubiera sido capaz de respirar. Un calor salvaje corría por sus venas, tentándola a olvidarse de todo, salvo de la urgencia de satisfacer la anhelante excitación de Steve.

Entraron un hombre y una mujer en la sala de espera. El hombre pasó por delante de ellos limitándose a mirarlos de reojo, pero la mujer se detuvo y se sonrojó violentamente antes de desviar la mirada y acelerar el paso. Steve alzó la cabeza y aflojó la presión de sus manos mientras una sonrisa asomaba a su boca.

—Creo que deberíamos ir a casa —dijo.

El pánico volvió a asaltarla. ¿A casa? ¿De verdad esperaban que se lo llevara a ese diminuto apartamento que había estado utilizando durante los últimos dos meses? ¿O lo separarían definitivamente de ella para que terminara el proceso de recuperación en cualquier otra parte?

Abandonaron la sala de espera y encontraron a Frank apoyado contra la pared de la habitación, esperándolos pacientemente. Se enderezó y sonrió,

pero miraba a Jay con expresión compasiva.

—¿Te encuentras mejor?

Jay tomó aire.

—No lo sé. Dime lo que va a pasar ahora y seguramente podré decirte cómo me siento.

Steve le rodeó la cintura con el brazo.

—No te preocupes, cariño. No me van a enviar a ninguna parte sin ti, ¿verdad, Frank? —formuló la pregunta amablemente, pero sus palabras escondían una determinación de acero y miraba a Frank con los ojos entrecerrados.

Frank lo miró con ironía.

—Jamás se me habría ocurrido hacer algo así. Volvamos a la habitación y hablemos.

Una vez en la habitación, Frank se acercó a la ventana, abrió las cortinas y pestañeó ligeramente ante la luz del sol.

—En primer lugar, tendrás que dejar que el cirujano termine de examinarte la vista —le dijo, y miró a Steve—. La semana que viene tendrán que hacerte una revisión, pero eso ya lo arreglaremos.

Steve hizo un gesto de impaciencia que Frank interpretó perfectamente; alzó las dos manos.

—Ya me estoy ocupando de eso. Nos gustaría mantenerte a salvo, pero que, al mismo tiempo, pudiéramos acceder fácilmente a ti. Si estás de acuerdo, hemos pensado trasladarte a una casa situada en Colorado.

A Jay le daba vueltas la cabeza. Se sentó bruscamente. ¿Colorado? Durante los dos últimos meses, su vida parecía haberse vuelto del revés, de modo que creía que un cambio tan drástico no la afectaría. Pero la afectaba. ¿Cómo iba a irse a vivir a Colorado? Entonces miró a Steve y supo que iría a cualquier parte con tal de poder estar a su lado. Era una ironía. Cuando se había casado, lo más importante para ella era contar con algún tipo de estabilidad para poder construir su relación con Steve, pero su matrimonio no había sobrevivido. Y en aquel momento, cuando tenía que fingir que aquel hombre era Steve, estaba dispuesta a alejarse de todos y todo lo que conocía con tal de estar con él. Una dolorosa tristeza inundó su corazón porque aquello indicaba claramente que, aunque hubiera querido hacerlo,

no había amado de verdad al auténtico Steve Crossfield. Steve se había alejado de ella, había continuado en solitario su camino y había muerto sin que nadie estuviera realmente cerca de él.

—¿A Denver? —aventuró Steve.

—No. La población más cercana está a cuarenta kilómetros por carretera. Es un lugar tranquilo, solitario, donde nadie podrá presionarte.

—Sois muy amables al tomaros tantas molestias solo para que pueda contaros lo que sé cuando recupere la memoria —contestó Steve, observando a Frank con un brillo duro en la mirada.

Este soltó una carcajada, pensando que algunas cosas nunca cambiarían. Incluso sin haber recuperado la memoria, aquel agente era suficientemente astuto como para haber encajado las piezas del difícil rompecabezas.

—¿Por qué no vas al apartamento y empiezas a hacer las maletas? —le sugirió a Jay—. Si es que quieres irte, claro.

—Vendrá conmigo —respondió Steve con rotundidad, y se cruzó de brazos—. Si no viene ella, no pienso ir yo.

Jay asintió, desesperada como estaba por tener una oportunidad de quedarse a solas para pensar. Salió de la habitación sin mirar a ninguno de los dos hombres, temiendo que pudieran ver el terror que reflejaban sus ojos.

Steve miró a Frank en silencio durante algunos segundos antes de musitar malhumorado:

—Me habías dicho que no estaba en peligro. ¿Por qué necesito irme a un lugar seguro?

—Por lo que sabemos hasta ahora, no estás en una situación de peligro...

—Déjate de estupideces —lo interrumpió Steve—. Era un agente. Sé que todo esto... —señaló el hospital con la mano— no lo habéis hecho porque el gobierno tenga un gran corazón. Los guardias de la puerta no forman parte de la decoración, y no os gastaríais tanto dinero escondiéndome a no ser que alguien estuviera amenazándome y además necesitarais desesperadamente la información que poseo.

Frank lo miró con sincero interés.

—¿Cómo sabías que había alguien vigilando tu habitación?

—Los oía —contestó Steve secamente.

¿Qué hacer a continuación? Frank miró al hombre que había sido su amigo durante una década preguntándose qué podía contarle. No mucho, de eso estaba condenadamente seguro. Hasta que el Hombre no derrotara a Piggot, aquella farsa tendría que continuar porque era la mejor protección frente a cualquier ataque contra su vida. Steve sabía demasiado sobre ellos como para correr riesgos en cuanto a su seguridad y, para que la farsa fuera completa, había que incluir en ella a Jay. El Hombre no corría ningún riesgo ni con sus agentes ni con sus amigos, y Steve era ambas cosas.

—Tienes razón —dijo Frank—. Eres un agente. Un agente altamente preparado y pensamos que la información que conseguiste en tu última misión es crítica.

—¿Por qué una casa de seguridad? —volvió a preguntar Steve sin renunciar a una respuesta.

—Porque el tipo que intentó hacerte saltar en pedacitos ha desaparecido. Y hasta que no lo encontremos, queremos estar seguros de que estás a salvo.

La furia encendió los ojos de Steve como un relámpago de luz.

—¿Y habéis metido a Jay en esto?

Frank lo miró con recelo, consciente de lo rápido que podía llegar a extraer una conclusión.

—Piggot no sabe que hubo alguien que sobrevivió a la explosión. Y no queremos correr ningún riesgo contigo.

Los ojos de Steve volvieron a relampaguear cuando oyó mencionar a Piggot.

—Ese Piggot, ¿cómo se llama?

—Geoffrey.

Volvió a aparecer aquel brillo en su mirada y Frank lo observó atentamente, preguntándose si la mención de aquel nombre podría desencadenar algún recuerdo. Pero si así era, Steve lo guardó para sí.

—Quiero ver el informe que tenéis sobre él.

—Veré si puedo conseguir una autorización.

—Y ahora dime, Frank, ¿por qué tenéis que meter a Jay en esto? Ella no sabe que soy un agente, ¿verdad?

—No. La trajimos aquí para que te identificara. Así de sencillo. Y una vez estuvo aquí, respondiste a su voz de una forma tan positiva que los médicos decidieron que podría ayudarte tenerla cerca. Así que se quedó.

Eso era cierto, por lo menos en gran parte. Frank esperaba que Steve no hiciera muchas más preguntas. Le había dicho todo lo que podía sin contar con la autorización de su superior.

Steve se frotó la barbilla mientras analizaba lo que Frank acababa de contarle. Si hubiera sentido que su presencia estaba poniendo a Jay en peligro, se habría alejado de ella inmediatamente, pero tenía la sensación de que Frank era sincero. Pensaba que estarían seguros en aquella casa de seguridad. El factor decisivo fue la idea de vivir en un lugar aislado con Jay, ellos dos solos. De esa forma tendría otra oportunidad. Podría volver a aprender lo que a Jay le gustaba y lo que la hacía enfadar. Sería como empezar de nuevo. Y cuando recuperara todas sus fuerzas, permanecerían durante las frías mañanas de Colorado tumbados en la cama, haciendo el amor hasta que sus cuerpos estuvieran empapados en sudor y Jay le hubiera entregado toda la fiera pasión que podía sentir dentro de ella. Jay presentaba al mundo una fachada serena y controlada, pero, quizá porque no había podido verla y había tenido que confiar en otros sentidos, Steve había llegado a percibir la profundidad de los sentimientos que se escondían tras aquel autodomínio. Quizá hubiera sido suficientemente estúpido como para permitir que escapara de su lado en una ocasión, pero no pensaba permitir que volviera a alejarse.

—De acuerdo —dijo, exhalando lentamente—. Entonces nos iremos a esa casa. ¿Con qué medidas de seguridad contamos?

—Cristales a prueba de balas y puertas blindadas. La cabaña está bastante aislada, en lo alto de una pradera. No hay carreteras que lleguen hasta allí, solo se puede acceder en un vehículo cuatro por cuatro. La cabaña cuenta con un generador de electricidad y una antena parabólica para la comunicación por radio y ordenador.

Steve adoptó una expresión distante y concentrada mientras consideraba aquella información.

—¿Hay algún sistema de seguridad activo, o todos son de carácter preventivo?

—Solo cuenta con medidas de carácter preventivo.

—¿Por qué no hay sensores que detecten el movimiento o los cambios de temperatura?

—Para empezar, esa cabaña es tan segura que ni siquiera es necesario. Y hay tanta vida silvestre en aquella zona que estarían saltando constantemente las alarmas.

—¿Hasta qué punto es inaccesible ese lugar?

—Solo hay un sendero que lleva hasta la casa, y creo que incluso exagero al llamarlo sendero. Sale de la cabaña, cruza la pradera y desciende por la montaña antes de dar a una pista. Después hay que recorrer unos diez kilómetros por esa pista hasta llegar a la primera carretera asfaltada.

—En ese caso, la instalación de un láser en el camino podría alertarnos de la llegada de visitas. Y cubriendo solo una parte del camino, eliminaríamos la posibilidad de que los animales de la zona estuvieran activando constantemente las alarmas.

Frank sonrió.

—Supongo que eres consciente de que hay muchas posibilidades de que cualquier conejo atravesase el rayo y active la alarma, ¿no? Pero de acuerdo, instalaremos un sistema de alarma por láser. ¿Prefieres una alarma visual o sonora?

—Sonora, pero que no sea muy escandalosa. Y también quiero un busca para cuando tenga que abandonar la casa.

—Para ser alguien que tiene amnesia, te acuerdas de un montón de cosas —murmuró Frank mientras sacaba una libreta del bolsillo interior de su chaqueta y comenzaba a tomar notas.

—Recuerdo los nombres de todos los jefes de estado y de casi todos los países del mundo también —contestó Steve—. He tenido mucho tiempo para pensar, para ir encajando las diferentes piezas del rompecabezas e ir clasificando todo lo que sé. He perdido casi toda la información personal, pero continúo sabiendo muchas cosas relacionadas con mi trabajo.

—Tu trabajo significaba mucho para ti. Cuando se tiene una relación así con el trabajo, este ocupa tanto espacio que la vida personal prácticamente desaparece.

—¿Es lo que te ocurre a ti?

—Me ocurría antes. Ahora no.

—¿Cómo te has visto involucrado en todo esto? Tú eres agente del FBI y estoy condenadamente seguro de que esta operación no tiene nada que ver con tu departamento.

—En eso tienes razón. Hay que mover muchos hilos, pero son muy pocas las personas que tienen el poder para manejarlos.

—Muy pocas. ¿Entonces soy un agente de la CÍA?

Frank sonrió.

—No —contestó con calma—. No exactamente.

—¿Qué demonios significa eso? O soy de la CÍA o no soy de la CÍA, no creo que haya muchas más alternativas.

—Eres miembro de la CÍA. No puedo decirte nada más, salvo que todo lo que haces es completamente legal. Cuando recuperes la memoria comprenderás por qué no puedo darte más información.

—De acuerdo.

Steve se encogió de hombros, mostrando su conformidad. En realidad no importaba, hasta que no recuperara la memoria, aquella información no le serviría de nada.

Frank señaló la bolsa que había llevado con él.

—Te he comprado algo de ropa para que puedas cambiarte, pero antes déjame que le pida al cirujano que vuelva para terminar de examinarte; después, creo que te darán el alta.

—Necesitaré comprar más ropa antes de ir a Colorado. Por cierto, ¿dónde vivía antes?

—Tenías un apartamento en Maryland. He encargado que empaquetaran tu ropa y la lleven al avión, pero no te servirá hasta que no hayas ganado algo de peso. Hasta entonces, tendrás que comprarte ropa nueva.

Steve sonrió de oreja a oreja, sintiéndose repentinamente animado.

Jay permanecía sentada en la cama del apartamento que había estado utilizando durante los últimos dos meses. El corazón le latía con fuerza y sentía escalofríos recorriéndole continuamente la espalda. Las implicaciones, las complicaciones de su situación la aterrorizaban.

De pronto, había comprendido lo que llevaba inquietándola dos meses, lo que no había sido capaz de precisar hasta entonces. Cuando la habían llevado hasta allí y le habían pedido que identificara al hombre que yacía en la cama, no había sido capaz de afirmar rotundamente que se trataba de Steve Crossfield. Entonces, Frank le había dicho que el herido tenía los ojos castaños y ella había basado en aquel dato todo el proceso de identificación, porque Steve tenía los ojos castaños con un brillo aterciopelado.

Los ojos de Chrissy. Probablemente, para un hombre, unos ojos castaños eran simplemente unos ojos castaños. A Frank nunca se le habría ocurrido hablar de unos ojos oscuros como el chocolate, o unos ojos castaño claro, o unos ojos de color ámbar.

Jay se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos con fuerza. Probablemente, Frank debía de saber el color de ojos de su propio agente y seguramente también sabía que Steve tenía los ojos castaños, de manera que tenía que haber sido consciente de que Jay no podía basar su identificación en un simple color de ojos. Y, sin embargo, aquel había sido el dato que le había proporcionado. En aquel momento, se dio cuenta de la delicadeza con la que Frank la había manipulado para que terminara declarando que aquel hombre debía ser Steve Crossfield. Y él tenía que saber perfectamente que había por lo menos un cincuenta por ciento de probabilidades de que no fuera Steve. Pero ¿por qué habría hecho algo así?

La única respuesta que se le ocurría, y que además la aterraba, era que Frank había sabido durante todo aquel tiempo que el hombre que estaba hospitalizado era un agente del gobierno, y no Steve. Le habían asignado la identidad de Steve y, para darle más consistencia a aquella usurpación de identidad, habían hecho que su exesposa la confirmara y después la habían colocado en una situación que habría confundido a cualquiera.

De modo que Steve, el verdadero Steve, estaba muerto, y aquel agente había asumido su identidad... ¿por una cuestión de seguridad?

Todo encajaba. La cirugía plástica para cambiar su rostro, las vendas en las manos para evitar que le tomaran las huellas dactilares. ¿Le habrían operado también las huellas dactilares? Era una idea terrible; ¿habrían dañado deliberadamente su laringe para que le cambiara la voz? No, seguramente no. No podía creer una cosa así. Todos los médicos habían

luchado duramente para salvarle la vida y Frank estaba muy preocupado por él. Cosa que no le extrañaba. ¡Seguramente Frank era amigo de aquel hombre!

Pero ¿la amnesia era real? ¿O la fingía para no tener que recordar ningún detalle de su supuesta vida en común? Sí, la amnesia podía ser una excusa muy conveniente.

Pero ella tenía que creer que aquella amnesia era real si no quería terminar volviéndose loca. Tenía que creer que Steve estaba tan al margen de todo lo que estaba ocurriendo como ella, quizá incluso más. Y Frank le había parecido sinceramente disgustado cuando el coronel Lunning les había hablado por primera vez de la amnesia.

De manera que estaba como al principio. Si le decía a Frank que sabía que Steve no era el verdadero Steve, el juego terminaría y no podrían seguir utilizándola. Ella era una pantalla, la prueba irrefutable de que el hombre que había sobrevivido a la explosión era Steve Crossfield.

Tenía que seguir adelante con aquel engaño y continuar fingiendo que aquel era Steve porque lo amaba. Se había enamorado de él incluso antes de conocer su aspecto; se había enamorado de su voluntad irreductible, de su determinación de no entregarse al dolor, de su continua lucha. Se había enamorado de su capacidad de superar aquel proceso de recuperación sin una sola queja. Excepto por la frustración que le provocaba la falta de memoria, jamás se había derrumbado. Jay se había enamorado de aquel hombre en un momento en el que estaba mostrando los rasgos más irreductibles de su carácter, sin ninguna de las capas que añadían los procesos de socialización.

No podía renunciar a él; pero tampoco podía considerarlo algo suyo. Estaba atrapada en la telaraña conformada por aquellas extrañas circunstancias, igual que él. Steve confiaba en ella, pero ella se veía obligada a mentirle sobre algo tan básico como su propia identidad. Conocía a aquel hombre, sí, pero no sabía nada de su vida. Dios santo, ¿y si estuviera casado?

No, no podía estar casado. Fuera cual fuera el juego que estaban jugando, estaba segura de que no serían capaces de decirle a una mujer que había enviudado para poder asignarle a su marido una nueva identidad.

Sencillamente, Jay no podía creer que Frank fuera capaz de algo así. Pero podía haber una mujer en la vida de Steve, una mujer a la que él quisiera y que a su vez lo quisiera aunque no estuvieran casados. ¿Habría alguna mujer esperándolo y sufriendo por el tiempo que estaba durando su desaparición? ¿Temiendo quizá que no volviera?

Jay se sentía enferma: sus únicas opciones eran igual de malas, todas significarían un puro tormento.

Podía decirle la verdad y perderlo, además de, muy posiblemente, exponerlo a un gran peligro, o podía mentirle para protegerlo. Por primera vez en su vida, amaba a alguien con toda la fuerza de su corazón, sin contención alguna, y sus sentimientos la impulsaban hacia la única opción que podía tomar. Precisamente porque lo amaba, lo único que podía hacer era protegerlo, por mucho que le costara.

Al final, se levantó y metió su ropa desordenadamente en la maleta, sin preocuparse de que pudiera arrugarse. Dos meses atrás, se encontraba en un laberinto de espejos, sin saber si los reflejos que veía eran una versión precisa de sí misma o una ilusión cuidadosamente construida. Pensó en su moderno apartamento de Nueva York y en lo mucho que había sufrido ante la perspectiva de perderlo cuando se había quedado sin trabajo; de pronto, era incapaz de recordar por qué era tan importante para ella. Su vida entera estaba desbaratada, había comenzado a girar alrededor de un nuevo eje. Steve era el centro de su vida y habían dejado de serlo su apartamento, el trabajo o la certeza de que había que luchar para ganar. Después de años de duro trabajo, lo estaba tirando todo por la borda por la sencilla razón de que quería estar con él, y no había arrepentimiento ni momentos de nostalgia de aquella vida. Lo amaba. Amaba a Steve, que en realidad no era Steve. Pero a quienquiera que fuera, lo amaba.

Buscó una caja y guardó en ella algunos objetos personales, como los libros y las fotografías que se había llevado de Nueva York. Le llevó menos de una hora prepararse para marcharse para siempre.

Mientras guardaba las cosas en el coche, miró cuidadosamente a su alrededor, preguntándose si alguna de aquellas personas que en realidad parecían estar pendientes solo de sus cosas estarían en realidad vigilándola. Quizá estuviera volviéndose paranoica, pero habían pasado demasiadas

cosas para dar nada por sentado, ni siquiera la apariencia de normalidad. Esa misma mañana, había cruzado la mirada con unos ojos fieros y dorados y se había dado cuenta de que todo lo que había pasado durante los dos meses anteriores era una burda mentira. Le habían arrancado las vendas de los ojos y se había convertido en una mujer recelosa.

De pronto, sintió la urgente necesidad de volver a estar con él. La inseguridad le hacía desear desesperadamente su compañía. Steve ya no era un paciente que necesitaba sus cuidados y atenciones, sino un hombre que, a pesar de haber perdido la memoria, conocía mucho mejor que ella aquella realidad. La intuición y las reacciones de Steve, que tanto la habían intrigado, se explicaban de pronto por sí mismas, al igual que la amplitud de sus conocimientos sobre el mundo de la política. Había perdido la memoria, pero continuaba teniendo la misma preparación de siempre.

Frank y Steve la estaban esperando pacientemente en la habitación del hospital. Jay apenas consiguió saludarlos con una sonrisa; sus ojos volaron inmediatamente hacia Steve. Este se había puesto unos pantalones caqui y una camisa blanca remangada hasta los codos. A pesar de lo delgado que estaba, continuaba transmitiendo una impresión de poderío. Y, una vez desaparecidas las vendas de sus ojos, lo último que parecía era una persona necesitada de cuidados.

Steve la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies, entrecerrando los ojos con una carga de sexualidad tan antigua como el mundo. Jay se sintió como si estuviera acariciando todo su cuerpo, una sensación que consiguió asustarla y excitarla al mismo tiempo.

Steve se levantó lentamente, se acercó a su lado y deslizó el brazo por su cintura en un gesto indiscutiblemente posesivo.

—Has llegado muy rápido. No debes de haber guardado muchas cosas en la maleta.

—La verdad es que no puede decirse que me haya esforzado mucho haciendo las maletas, lo he guardado todo de cualquier manera.

—No tenías por qué darte prisa. No pensaba ir a ninguna parte sin ti — contestó Steve, arrastrando las palabras.

—En cualquier caso, los dos tendréis que ir de compras —añadió Frank—. Yo no había pensado en ello, pero Steve ha comentado que ninguno de

los dos tenéis ropa apropiada para el invierno de Colorado.

Jay miró a Frank, fijó la mirada en sus ojos claros y serenos, en su amistoso rostro. Durante aquellos dos meses, había sido una roca en la que apoyarse. Frank hacía todo lo que estaba en su mano para que las cosas le resultaran más fáciles, para que se sintiera cómoda. Y durante todo aquel tiempo, había estado mintiéndole. Incluso sabiéndolo, no podía creer que tuviera otra razón para ello que intentar proteger a Steve. Y por eso lo perdonaba por completo. Ella estaba dispuesta a hacer lo mismo, de modo que ¿qué podía argumentar contra él?

—No es necesario que vayamos de compras aquí —dijo Steve—. Ni siquiera en Denver. Si vamos a la ciudad, terminaremos comprando lo que cualquier dependiente de unos grandes almacenes considere que es la moda para este invierno. Será mejor que paremos en cualquier tienda de alguna ciudad mediana, aunque procurando que no esté demasiado cerca de la cabaña. Quizá en algún pueblo situado a unos cincuenta kilómetros de allí.

Frank asintió ante su implacable lógica, y también ante el tono autoritario que comenzaba a adquirir la voz de Steve. Estaba tomando las riendas de la situación a pesar de que nadie esperaba que lo hiciera. La amnesia no había alterado los principales rasgos de su carácter y Steve era un experto en logística. Sabía perfectamente lo que había que conseguir y cómo había que hacerlo.

Jay no mostró sorpresa alguna ante aquel tipo de precauciones. Su mirada permanecía serena. Tras haber tomado una decisión, estaba perfectamente preparada para cualquier cosa que ocurriera.

—¿Necesitaremos armas? —preguntó—. Al fin y al cabo, vamos a estar en un lugar muy solitario.

Jay odiaba las armas y la violencia, pero al imaginarse viviendo en un lugar tan aislado del mundo veía las cosas de manera diferente.

Steve bajó la mirada hacia ella y tensó el brazo alrededor de su cintura. Él ya hablaría de las armas con Frank.

—No sería una mala idea contar con un rifle.

—Tendrás que enseñarme a disparar. Jamás he agarrado una pistola —comentó Jay.

Frank miró la hora.

—Haré una llamada y nos iremos. Para cuando lleguemos al aeropuerto, el avión ya estará listo.

—¿De qué aeropuerto saldremos?

—Del nacional. Volaremos hasta Colorado Springs y haremos el resto del trayecto en coche.

Satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos, Frank fue a hacer aquella llamada. En realidad hizo dos llamadas. Una al aeropuerto, y otra al Hombre para ponerlo al corriente de todo lo ocurrido.

OceanofPDF.com

Capítulo Ocho

Después de una serie de pequeños retrasos, era ya media tarde cuando el avión despegó del aeropuerto de Washington; el sol comenzaba a ocultarse en el pálido cielo invernal. Era imposible que llegaran a la cabaña aquella noche, de modo que Frank había hecho los arreglos necesarios para que pernoctaran en Colorado Springs. Jay iba sentada al lado de la ventanilla, con los músculos tensos y la mirada fija en aquel monocromático escenario que en realidad no veía. Tenía la sensación de estar saliendo de una vida para meterse en otra sin dejar ningún puente que le permitiera volver a la anterior. Ni siquiera le había dicho a su familia a dónde iba; aunque no eran una familia particularmente unida, siempre estaban al tanto de dónde se encontraba cada uno de sus miembros. Jay no había visto a ninguno de sus parientes en Navidad porque se había quedado en el hospital con Steve y en aquel momento se sentía como si sus vínculos con él se hubieran hecho mucho más fuertes.

Steve permanecía a su lado, con las piernas estiradas, repantingado en su asiento y enfrascado en una revista. Iba completamente concentrado, como si estuviera hambriento de palabras escritas. De pronto, bufó y dejó la revista que estaba leyendo a un lado.

—Había olvidado lo tendenciosa que puede llegar a ser la información —musitó y soltó una carcajada—. Al igual que todo lo demás.

La ironía de su tono sacó a Jay de su ensimismamiento y la hizo reír. Sonriente, Steve volvió la cabeza para observarla y se frotó los ojos para poder fijar la vista en ella.

—A no ser que se me estabilice la vista, voy a tener que usar gafas para leer.

—¿Te duelen los ojos? —le preguntó Jay, preocupada.

Steve se había puesto las gafas de sol al salir del hospital, pero se las había quitado cuando habían subido al avión.

—Los tengo cansados y todavía hay demasiada luz. Me cuesta fijar la mirada, pero el cirujano me dijo que eso podría mejorar con el tiempo.

—¿Podría?

—Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que necesite gafas —le tomó la mano y le frotó la palma con el pulgar—. ¿Seguirás queriéndome aunque tenga que llevar gafas?

Jay contuvo la respiración y desvió la mirada. El silencio se hacía cada vez más espeso. Entonces Steve le estrechó la mano y susurró con voz ronca:

—De acuerdo, no te presionaré. Todavía no. Ya tendremos tiempo más adelante.

De modo que pensaba presionarla en cuanto estuvieran solos en la cabaña. Jay se preguntaba qué querría exactamente de ella: ¿un compromiso sentimental o solo el disfrute de su cuerpo? Al fin y al cabo, llevaba dos meses sin tener relaciones sexuales. En ese momento, se preguntó con qué mujer se habría acostado por última vez y los celos la abasaron, fundiéndose con el dolor. ¿Habría significado algo aquella mujer para él? ¿Estaría esperándolo, llorando por las noches porque no la llamaba?

Pasaron la noche en un hotel de Colorado Springs. Al llegar a Colorado, a Jay le había sorprendido descubrir que había solo una ligera capa de nieve en el suelo, en vez del espeso manto que esperaba, pero continuaba cayendo algún que otro copo, que prometía más nieve para la mañana siguiente. El frío penetraba a través de su abrigo y tuvo que levantarse las solapas para protegerse las orejas. Estaba deseando poder comprarse ropa que la protegiera realmente del frío.

Steve estaba cansado, aquel era el primer día que pasaba fuera del hospital, pero ella también estaba agotada. Había sido un día muy duro para ambos. Jay se quedó descansando en su habitación mientras Frank iba a comprar unas hamburguesas para la cena. Las comieron en la habitación de Frank y, en cuanto terminaron, Jay se excusó y se retiró a su dormitorio. Lo único que quería era relajarse y ordenar sus pensamientos. Con esa finalidad, se dio una larga ducha, y dejó que el agua aliviara la tensión de

sus músculos, pero le resultaba difícil pensar coherentemente. El riesgo que estaba asumiendo la asustaba, aun así sabía que no podía retroceder. No podía y no lo haría.

Se ciñó con fuerza el cinturón de la bata, abrió la puerta del baño y se quedó completamente helada. Steve estaba tumbado en su cama, con los brazos detrás de la cabeza y la mirada fija en la televisión, a la que había quitado el sonido. Jay lo miró y desvió después la mirada hacia la puerta de la habitación, arqueando las cejas con expresión confundida.

—Creía que había cerrado con cerrojo.

—Y lo has hecho. Pero yo lo he forzado.

Jay no se movió.

—¿Has recordado la técnica?

Steve la miró, giró las piernas en la cama y se sentó.

—No, no la he recordado; sencillamente, sabía cómo se hacía.

Dios santo, ¿qué otros talentos tendría? En aquel momento, Steve le parecía un hombre peligroso, con aquel rostro duro y los ojos resplandecientes. Probablemente era capaz de hacer cosas que a ella le provocarían pesadillas, pero no le tenía miedo. Lo amaba demasiado. Lo había amado desde el momento en el que había posado la mano en su brazo y había sentido su voluntad de vivir vibrando en su interior. Los nervios se le pusieron de punta cuando Steve se levantó y salvó con unos pocos pasos la distancia que los separaba. Estaba tan cerca de ella que tenía que alzar la mirada para poder verle la cara. Podía sentir el calor que emanaba su cuerpo y percibir el olor masculino, a almizcle, de su piel.

Steve le enmarcó el rostro con las manos y acarició con el pulgar las sombras que el cansancio había dejado bajo sus ojos, y que los hacía parecer de un azul mucho más profundo. Jay estaba pálida y nerviosa, su cuerpo temblaba. Había estado cuidando de él durante meses, pasando todo el día al lado de su cama, deseando que reviviera, que saliera de la oscuridad. Aquella mujer había llenado su vida de tal manera que incluso el impacto de sufrir amnesia palidecía frente al hecho de tenerla cerca de él. Jay lo había sacado del infierno, y en aquel momento era ella la que estaba sometida a una fuerte presión y él era el elemento fuerte de la relación. Podía sentir su tensión vibrando como una cuerda a punto de romperse.

Deslizó la mano por su cintura y la estrechó contra él. La otra mano la hundió en su pelo y presionó suavemente, solo lo suficiente para que apoyara la cabeza en su hombro.

—No creo que esto sea una buena idea —susurró Jay. La camisa de Steve amortiguaba el sonido de sus palabras.

—A mí me parece que es una idea estupenda —murmuró él en respuesta.

Todos sus músculos estaban en tensión y en sus entrañas crecía un ardiente deseo. Dios, la deseaba. Deslizó las manos a lo largo de su cuerpo.

—Jay —susurró con aspereza, y se inclinó hacia ella.

La tórrida y ansiosa presión de su boca la hizo enloquecer. La caricia de su lengua contra la de ella provocó en su interior un placer tan penetrante que era casi insoportable. Jay alzó las manos a lo largo de la espalda de Steve y se aferró a él con todas sus fuerzas. Apenas fue consciente del momento en el que él dio media vuelta, con ella todavía en brazos, y la hizo echarse hacia atrás mientras deslizaba el brazo por debajo de sus rodillas.

Perdió la sensación de equilibrio, pero los brazos de Steve la sujetaron mientras caía hacia atrás y sentía a continuación todo su peso descendiendo sobre ella.

Había olvidado ya lo que era sentir la presión de un hombre sobre su cuerpo e inhaló profundamente al notar la rápida respuesta que fluía por sus venas. Sentía la presión del pecho de Steve sobre sus senos y la protuberancia de su sexo contra el montículo de su feminidad. Steve la besaba una y otra vez, deteniéndose apenas par dejarla respirar antes de que su boca volviera a apoderarse de ella una vez más. Se estrechaban el uno contra otro enfebrecidos, deseando mucho más. Steve tiró del cinturón de la bata hasta aflojar el nudo y dejar que apareciera la delicada tela del camisón. Emitió un gemido de frustración al encontrarse con aquella barrera adicional, pero en ese momento, estaba demasiado impaciente para enfrentarse a ella. Cerró la mano sobre su seno mientras le acariciaba el pezón con el pulgar.

Jay gimió suavemente en su boca.

—No podemos —gritó. La desesperación y el deseo la desgarraban.

—Y un infierno —replicó Steve, tomándole la mano y acercándola a la parte de su cuerpo que se tensaba contra la tela del pantalón.

Jay retrocedió ante aquel contacto. Una mueca de dolor cruzó su pálido rostro y extendió la mano involuntariamente, explorando las dimensiones de su excitación. Steve contuvo la respiración.

—Jay, cariño, no te detengas ahora.

Jay estaba asombrada de la rapidez con la que la pasión había explotado entre ellos; un solo beso y ya estaban tumbados en la cama. Los labios le temblaban mientras lo miraba a los ojos. ¡Ni siquiera sabía cómo se llamaba! Los ojos se le llenaron de lágrimas y pestañeó para apartarlas.

Steve gimió al ver las lágrimas que empañaban su mirada y volvió a besarla con tormentosa pasión.

—No llores. Sé que estamos yendo muy rápido, pero todo va a salir bien. Nos casaremos en cuanto podamos y haremos que nuestro matrimonio funcione.

Jay tragó saliva compulsivamente y apenas consiguió decir:

—¿Casarnos? ¿Estás hablando en serio?

—Esto es tan serio como un ataque al corazón, encanto —contestó y esbozó una sonrisa.

Las lágrimas volvieron a los ojos de Jay y de nuevo se obligó a reprimirlas. La inundaba la tristeza. No había nada que deseara más que casarse con él, pero no podía. Tendría que casarse con él bajo una falsa identidad, fingiendo que era alguien que no era. Probablemente, un matrimonio así ni siquiera sería legal.

—No podemos —susurró, y una lágrima se deslizó por su mejilla antes de que pudiera detenerla.

Steve le secó la lágrima con el pulgar.

—¿Por qué no podemos? —le preguntó con ternura—. Ya lo hicimos en otra ocasión. Y esta vez, después de la experiencia anterior, seguro que sabremos resolverlo todo mucho mejor.

—¿Y si has vuelto a casarte? —Jay se tragó un sollozo mientras buscaba frenéticamente alguna excusa—. Ni siquiera sabes si hay otra persona en tu vida. Y hasta que no recuperes la memoria, no podremos estar seguros.

Steve se quedó completamente paralizado y con un suspiro, dio media vuelta y se tumbó de espaldas, con la mirada fija en el techo. Soltó una maldición.

—De acuerdo —dijo por fin—. Le pediremos a Frank que lo averigüe. Diablos, Jay, ¡seguro que eso ya lo han investigado! De hecho, ¿no es esa la razón por la que te pidieron que fueras tú a identificarme?

Jay vio la trampa que ella misma se había tendido cuando ya era demasiado tarde y comprendió también que Steve no iba a renunciar. Con su habitual y avasalladora determinación, estaba derribando todos los obstáculos que se encontraba en su camino.

—Podría haber alguien... que te amara. Alguien que te estuviera esperando.

—No puedo prometerle lo contrario —respondió Steve, volviendo la cabeza para mirarla con aquellos ojos de depredador—. Pero no hay ningún obstáculo legal. No dejaré que te apartes de mí por culpa de una mujer desconocida que puede seguir amándome en alguna parte.

—Pero hasta que no recuperes la memoria tú tampoco puedes saber si estás enamorado de otra mujer.

—Lo sé —respondió Steve apoyándose sobre un codo e inclinándose hacia ella—. Puedes utilizar cualquier excusa, pero la verdadera razón es que te doy miedo, ¿verdad? ¿Por qué? Maldita sea, sé que estás enamorada de mí, entonces ¿cuál es el problema?

Steve estaba tan arrogantemente seguro de su devoción que Jay sintió rabia. Aunque solo por un instante. Era cierto. Se lo había revelado de mil maneras diferentes. Admitió con voz temblorosa:

—Sí, te amo —no le servía de nada negarlo y diciéndolo en voz alta atenuaba su propio dolor.

El semblante de Steve se suavizó. Posó la mano en su seno y lo sostuvo bajo la palma con delicadeza.

—¿Entonces por qué no podemos casarnos?

A Jay le resultaba difícil concentrarse con la mano de Steve haciendo arder su seno bajo la tela de algodón. Su cuerpo volvió a despertar a esa caricia. Deseaba a Steve tanto como él a ella y negarse a hacer el amor con él era lo más difícil que había hecho en su vida, pero no tenía otra opción.

Hasta que no recuperara la memoria, ella estaría en una especie de limbo. No podía aprovecharse de él y dejar que se casara con ella pensando que era su exmujer.

—¿Y bien? —le exigió Steve con impaciencia.

—Te amo —repitió Jay con labios temblorosos—. Vuelve a pedirme que me case contigo cuando hayas recuperado la memoria y te diré que sí. Hasta entonces, hasta que ambos tengamos la seguridad de que eso es lo que quieres... yo, sencillamente, no puedo.

Steve endureció su semblante.

—Maldita sea, Jay. Sé perfectamente lo que quieres.

—¡Han sido las circunstancias las que nos han obligado a estar juntos! No nos conocemos en condiciones normales. Tú no eres el mismo hombre con el que me casé —¡y no podía saber hasta qué punto era cierto!—, y yo no soy la misma mujer. ¡Necesitamos tiempo! Cuando recuperes la memoria...

—No me han garantizado que vaya a recuperarla —la interrumpió, frustrado—. ¿Qué ocurrirá si no la recupero nunca? ¿Si el daño cerebral es permanente? Entonces ¿qué? ¿Continuarás diciéndome que no el año que viene? ¿O dentro de cinco años?

—No creo que tengas una lesión permanente —respondió Jay con voz temblorosa—. Has recuperado el habla y las funciones motoras muy rápidamente.

—¡Eso no tiene nada que ver con la amnesia!

Estaba furioso. Antes de que Jay pudiera moverse, Steve se colocó sobre ella y le sujetó las manos. Estaban tan cerca que Jay podía ver las motas doradas de su iris, sus pestañas rizadas y una cicatriz en la ceja izquierda en la que hasta entonces no se había fijado. Steve tomó aire y lo soltó lentamente, dejando que el enfado se disolviera mientras se movía contra el cuerpo suave de ella, permitiéndole sentir la dureza de su excitación.

—No pienso pasarme toda la vida esperando —le dijo suavemente—. Voy a hacer el amor contigo; si no es ahora, será más adelante.

Dio media vuelta y se levantó, moviéndose con aquella agilidad tan particular que se había hecho más evidente desde que le habían quitado las

vendas de los ojos. Había indicios de ella cuando todavía no veía, se manifestaba en el absoluto control que tenía sobre sus movimientos, pero en aquel momento era apabullante. Steve no solo se movía, era como si fluyera, como si sus músculos tuvieran una suerte de calidad líquida. Jay permanecía tumbada en la cama, con el cuerpo ardiendo de frustración y el recuerdo del contacto de sus cuerpos, con la mirada fija en la puerta que Steve acababa de cerrar tras él.

¿Quién era realmente Steve? El miedo volvió a apoderarse de ella, pero era miedo por él. Steve era una agente, eso era obvio, pero no cualquier agente. Era evidente que había recibido un entrenamiento de alto nivel. Y valía lo suficiente como para que el gobierno estuviera dispuesto a gastarse una fortuna en protegerlo y organizar aquella elaborada farsa. Si no hubiera sido por sus ojos, Jay nunca habría sospechado nada. Pero si para el gobierno era tan valioso, por lógica, debía de serlo también para sus enemigos. Cuantas más medidas tomaran sus amigos para protegerlo, más medidas intentarían tomar sus enemigos para encontrarlo y acabar con él.

Y a medida que iban revelándose nuevos rasgos de su personalidad, iba comprendiendo lo mucho que estaba en juego.

Su forma de moverse, por ejemplo, era tan grácil y controlada como la de un bailarín. Pero los movimientos de un bailarín eran poéticos, mientras que los de Steve eran cautelosos.

Y su mente. No se le escapaba ningún detalle. Estaba entrenado para fijarse en todo. Y era evidente el respeto que Frank le profesaba, otro signo de su importancia.

Y estaba en peligro. Quizá no fuera un peligro inminente, pero sabía que estaba allí, esperándolo.

A las dos de la madrugada, sonó el teléfono de la habitación de Frank. Este soltó un improperio somnoliento mientras alargaba la mano con torpeza hacia el auricular. No encendió la luz, algo que podría alertar a cualquiera que estuviera vigilándolo. Y tampoco tuvo que preguntar quién era, porque solo una persona sabía dónde estaban.

—¿Sí? —contestó en medio de un bostezo.

—Piggot ha vuelto a aparecer —contestó el Hombre—. En Berlín Este. No hemos podido atraparlo a tiempo, pero hemos averiguado que está al

corriente de que hay un hombre que sobrevivió a la explosión y ha estado haciendo averiguaciones.

—¿Ha funcionado nuestra tapadera?

—Si Piggot ha estado haciendo preguntas, es porque debe de tener alguna duda. Procura asegurarte de que nadie os sigue el rastro. No quiero que nadie sepa dónde estáis. ¿Cómo van las cosas?

—Mucho mejor de lo que me habrían ido a mí si fuera mi primer día fuera de un hospital en el que hubiera estado ingresado durante dos meses. Es mucho más fuerte de lo que me imaginaba. Y otra cosa; jamás lo habría creído, pero creo que se ha enamorado de ella. No es solo que dependa de ella, creo que es algo verdaderamente serio.

—Vaya, vaya —contestó sorprendido su interlocutor. Soltó una carcajada—. En fin, eso nos pasa a todos. Tengo el informe médico definitivo. Si tiene alguna lesión cerebral, es mínima. El hecho de que haya vuelto a caminar tan rápidamente es casi un milagro. Con el tiempo recuperará la memoria, pero hará falta algo que la desencadene. Podríamos llevarlo a ver a su familia, o hacerlo volver a casa, pero no podemos arriesgarnos hasta que hayamos encontrado a Piggot. Hasta entonces, tiene que continuar escondido.

—El día que agarremos a Piggot se lo diremos. Pero Jay... ¿Qué va a pasar con ella?

Su interlocutor suspiró. Parecía cansado.

—Esperemos que haya recuperado la memoria para entonces. Maldita sea, necesitamos saber lo que ocurrió y todo lo que averiguó. Pero, con memoria o sin ella, tiene que quedarse donde está hasta que atrapemos a Piggot. De momento, tendrá que seguir siendo Steve Crossfield.

Steve se despertó temprano y continuó tumbado en la cama, sintiendo la fatiga que continuaba castigando su cuerpo, al igual que la frustración sexual que lo asolaba desde hacía varias semanas. Lo había intentado, pero ni siquiera el régimen de riguroso ejercicio al que había estado sometido había conseguido devolverle las fuerzas hasta el punto que le habría gustado. El día anterior lo había dejado agotado. Esbozó una amarga

sonrisa, pensando que probablemente había sido mejor que Jay lo rechazara, porque había muchas posibilidades de que hubiera terminado derrumbándose encima de ella mientras hacían el amor. Maldita fuera.

No pretendía ceder tan rápidamente ante sus negativas, pero la falta de fuerza era otra cosa. Tenía que volver a estar en forma. Y no era solo porque lo disgustaran su falta de fuerza y sus limitaciones físicas; que tenía la sensación de que debía estar en plena forma por si acaso... Por si acaso ¿qué? No sabía qué podía esperar que sucediera, pero tenía una sensación incómoda. Sabía que si surgía algo, tenía que estar en forma para proteger a Jay y poder manejar cualquier situación.

Después de levantarse de la cama, tomó la pistola que le habían dejado en la mesilla de noche y la colocó en el suelo, para tenerla a mano. A continuación, se tumbó él en el suelo y comenzó a hacer flexiones de brazos, contando en silencio. Treinta era el límite. Jadeando, dio media vuelta y apoyó los pies en la cama, colocó las manos detrás de la cabeza e inició una serie de abdominales. Las nuevas cicatrices de su abdomen le latían cada vez que se estiraba y el sudor empapaba su frente. Cuando llegó a la número diecisiete, tuvo que levantarse. Maldiciendo, bajó la mirada hacia su cuerpo. Estaba en una forma física penosa. Antes era capaz de hacer más de cien flexiones y abdominales sin que se le alterara siquiera la respiración.

Se quedó muy quieto, a la espera de que aquel brumoso recuerdo se hiciera nítido, de que se abriera la puerta de la memoria, pero no ocurrió nada. Por un instante, había podido vislumbrar apenas lo que había sido su vida anterior, pero la puerta del pasado había vuelto a cerrarse. Los médicos le habían dicho que no intentara forzar la memoria, pero aquella puerta cerrada era como una provocación. Había algo que necesitaba saber y la cólera crecía en su interior porque no podía forzar su camino hacia el pasado.

De pronto, oyó pasos en el exterior de la habitación y rodó en el suelo, tomando la pistola mientras lo hacía. Estirado en la alfombra, apuntó hacia la puerta. Los pasos se detuvieron y una voz dijo:

—June, vamos. Necesitamos empezar temprano y ya has perdido demasiado tiempo.

Steve dejó escapar una bocanada de aire y se levantó. La pistola encajaba en su mano como si siempre hubiera estado allí. Era una Browning automática de alto calibre. Frank se la había entregado en el hospital, mientras esperaban a que Jay volviera, y le había dicho que se la quedara solo por precaución. Cuando Steve la había tomado, se había sentido como si, de alguna manera, hubiera vuelto a ser el que era antes. No había sido consciente de lo poco habitual que era para él no ir armado hasta que se había visto con aquella pistola entre las manos.

Aquellas reacciones explicaban mucho del tipo de vida que hacía hasta entonces; para él, debía de ser algo habitual tener una pistola a mano incluso cuando hacía ejercicio, al igual que el considerar unos pasos que se acercaban como un posible peligro. Quizá Jay había actuado de manera inteligente al divorciarse de él la primera vez. Y quizá no le estuviera haciendo ningún favor al obligarla a volver a su vida, teniendo en cuenta los muchos peligros que implicaba.

La pistola que tenía en la mano era una pieza lograda, pero aquella sensación no era comparable a la de sentir el cuerpo de Jay entre sus brazos. Si tuviera que elegir entre Jay y su trabajo, perdería su trabajo. La primera vez había sido un maldito estúpido, pero no iba a dejar escapar una segunda oportunidad. Su jefe, quienquiera que fuera, tendría que cambiarle de misión, a no ser que quisiera que abandonara para siempre. Ya no quería más reuniones clandestinas, ni más asesinos tras él. Diablos, ya era hora de que descansara y dejara que otros más jóvenes tuvieran una oportunidad. Tenía treinta y siete años, había rebasado con creces la edad en la que la mayoría de los hombres se casaban con sus mujeres y fundaban una familia.

Compraron botas, medias de lana y ropa interior aislante en Colorado Springs; vaqueros y camisas de franela en otra ciudad, y los gorros y las cazadoras en una tercera. Jay se compró también un chaquetón con capucha y dos camisones largos de franela. Los dos vehículos que Frank había conseguido eran dos *jeeps* con tracción en las cuatro ruedas y neumáticos especiales para la nieve, de modo que, a pesar de que las nevadas iban

haciéndose más intensas a medida que avanzaban, hicieron el recorrido en un tiempo aceptable.

Frank conducía uno de los coches, seguido por Steve y por Jay. Esta última nunca había conducido un coche con marchas, así que le había dejado el volante a Steve. Al principio estaba un poco preocupada por sus piernas, pero él no parecía tener ninguna dificultad con los pedales, de manera que, al cabo de unos minutos, había dejado de preocuparse y había prestado atención al magnífico paisaje que atravesaban. El cielo, que al principio del día estaba despejado, iba adquiriendo gradualmente un color plomizo y de vez en cuando dejaba caer algún que otro copo de nieve. El tiempo no empeoró mucho más y continuaron haciendo un buen viaje hasta que salieron de la autopista y tomaron una carretera secundaria con mucho menos tráfico y mucha más nieve que los obligó a disminuir la velocidad. A continuación, Frank tomó una pésima carretera por la que atravesaron las montañas durante lo que a Jay le parecieron horas y, al final, volvió a girar. Ella no era capaz de discernir carretera alguna, ni siquiera un sendero. Simplemente, estaban conduciendo a través de las montañas por la ruta que parecía menos difícil.

—Me pregunto si sabrá adonde vamos —comentó, aferrándose a su asiento mientras el *jeep* daba un bote.

—Lo sabe. Frank es un buen agente —contestó Steve con aire ausente mientras cambiaba de marcha para subir una loma.

Cuando llegaron al final, se detuvieron ante una enorme pradera que se extendía varios kilómetros ante ellos. Condujeron junto a una línea de árboles hasta que la pradera se interrumpió bruscamente y desde allí descendieron al otro lado de las montañas. Después subieron una nueva montaña en la que el camino era un sendero apenas suficientemente ancho para que cupiera el *jeep*. A un lado tenían la fachada rocosa de la montaña y al otro, nada, salvo una distancia cada vez mayor hasta el fondo del precipicio. Recorrieron después la cumbre de una montaña y llegaron hasta otra pradera. Mientras el sol se ponía tras las cumbres del oeste, Steve miró con los ojos entrecerrados la línea de árboles que tenían a la izquierda.

—Allí debe de estar la cabaña.

—¿Dónde? —preguntó Jay, irguiéndose en su asiento, y deseando poder salir del coche para estirar las piernas.

—En ese grupo de pinos, justo a la izquierda.

Jay vio entonces la cabaña y suspiró aliviada. Era una cabaña como otra cualquiera, pero su visión le resultó tan grata como la del más lujoso de los hoteles. Estaba escondida bajo los árboles y como había sido construida en cuesta, la fachada principal era más alta que la trasera; seis escalones de madera conducían a un porche que rodeaba la casa. Adosado a ella, había un techado para dejar los coches y una pradera que conducía hasta un cobertizo.

Aparcaron los coches y salieron rápidamente, estirando la espalda y los músculos doloridos. El aire era tan frío que casi hacía daño respirar, pero la puesta de sol teñía los picos nevados de las montañas de una gama de tonos rojos, dorados y violetas que dejó a Jay absorta en la entrada, hasta que Steve le dio un codazo para que se pusiera en movimiento.

Tuvieron que hacer tres viajes para llevarlo todo al interior. Después, Frank condujo a Steve al cobertizo para enseñarle cómo funcionaba el generador. Evidentemente, alguien lo había encendido, porque había luz en la casa y se oía su zumbido ininterrumpido. Jay revisó el contenido de la despensa y la nevera, que encontró llenas de latas y comida congelada.

Decidió dar una vuelta por la casa. Al lado de la cocina, había un pequeño lavadero con una lavadora y una secadora. No había comedor, sino una mesa de madera redonda con cuatro sillas colocada en una esquina de la cocina. El salón estaba acogedoramente amueblado en estilo rústico, con los sofás tapizados en pana. Una enorme alfombra de tonos azules y marrones cubría el suelo de madera y una de las paredes estaba completamente ocupada por una chimenea de piedra. Había dos dormitorios de igual tamaño, conectados a través del único cuarto de baño de la cabaña. Jay se quedó mirando de hito en hito uno de los dormitorios. El corazón se le aceleró al pensar que tendría que compartir el cuarto de baño con Steve. Conocía la intimidad de las toallas húmedas colgando lado a lado, de los artículos de tocador que terminaban mezclándose, y sabía lo que significaba compartir la pasta de dientes. Aquellos pequeños detalles de la convivencia

podían ser tan seductores como la intimidad física y terminarían fusionando sus vidas en cada momento del día.

Oyó que se cerraba la puerta trasera. Steve la llamó inmediatamente.

—¿Dónde estás? —a causa del frío, su voz sonaba más ronca de lo habitual.

—Explorando la casa —contestó, saliendo del baño y cruzando la puerta del dormitorio—. ¿Te importa que me quede con el dormitorio que da a la fachada principal? Tiene las mejores vistas.

La leña ya estaba colocada en la chimenea. Steve se inclinó, encendió una cerilla con la que prendió un papel que colocó debajo de los troncos y no contestó hasta que se enderezó.

—Déjame verlas primero.

Vagamente sorprendida, Jay se apartó para dejarle entrar. Steve estudió la localización de las ventanas y las cerraduras. Abrió el armario, lo miró y a continuación se dirigió al cuarto de baño.

—El cuarto de baño conecta los dormitorios —señaló Jay.

Steve gruñó algo y abrió la puerta del segundo dormitorio. Las ventanas estaban situadas en una de las paredes laterales, pero debido a la inclinación de la pradera, era más fácil acceder a las ventanas del dormitorio trasero desde fuera.

—Muy bien —contestó tras revisar las cerraduras—. Pero quiero que te quede muy claro que si oyes algo durante la noche tienes que despertarme, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó Jay con un nudo a la garganta.

Aquella cautela era como una segunda naturaleza en él. Steve debía opinar que, a pesar de todas las precauciones que Frank había tomado, continuaban corriendo algún peligro. Jay quería pensar que en aquel lugar estaban a salvo, pero quizá no lo estuvieran. Lo mejor que podía hacer era no discutir con él.

Steve la miró y suavizó ligeramente su expresión dura.

—Lo siento, supongo que estoy exagerando ante una situación extraña. No quería asustarte.

Como la tensión continuaba sin desaparecer de los ojos de Jay, se acercó hasta ella, enmarcó su rostro con las manos y la besó. Jay abrió sus

suntuosos labios y Steve deslizó la lengua en el interior de su boca. Ella posó las manos en sus hombros y disfrutó al sentir el cuerpo de Steve. En la cabaña no hacía frío, pero desde luego tampoco calor.

Steve la sostuvo contra él durante unos segundos y la soltó con desgana.

—Veamos si hay algo comestible en este lugar. Si no como algo pronto, voy a desmayarme.

No estaba exagerando, comprendió Jay. Podía sentir el débil temblor de sus músculos, una señal de la tensión a la que había sometido su cuerpo durante todo el día.

Jay le rodeó la cintura con el brazo mientras se dirigían al salón.

—Ya he revisado la despensa. Tenemos todo lo que podamos desear, siempre y cuando nos conformemos con una comida sencilla. Si quieres langosta o trufas, mala suerte.

—Me conformaré con una lata de sopa —dijo cansado, y gimió mientras se sentaba en una de las cómodas sillas del salón. Estiró las piernas y se frotó los muslos.

—Podemos comer algo mejor —dijo Frank al oír aquel comentario—. Creo. Reconozco que no soy muy buen cocinero —miró a Jay con expresión esperanzada y esta soltó una carcajada.

—Veré lo que puedo hacer. La verdad es que soy un as con el microondas, pero no he visto que aquí tengamos, así que ando un poco perdida.

Estaba demasiado cansada para tomarse muchas molestias, pero no le costó ningún esfuerzo abrir dos latas de carne guisada y calentarlas, ni tampoco descongelar unos panecillos en el horno.

Comieron casi en completo silencio. Cuando terminaron, Frank recogió la mesa y fregó los platos y se ducharon por turnos. Para las ocho, Jay y Steve estaban en sus respectivos dormitorios y Frank se envolvió en una manta en el sofá.

Se levantaron temprano a la mañana siguiente y después de un apetitoso desayuno, Frank y Steve fueron a dar un paseo por la nieve. La cocina y el calentador funcionaban con butano y el depósito estaba lleno. No tendrían que volver a rellenarlo hasta la primavera. El tanque de gasolina del generador habría que rellenarlo, pero lo único que podía hacer Steve era

llamar a Frank y les llevarían el combustible en helicóptero. No querían que se acercara nadie a la cabaña y, en cualquier caso, el camino era demasiado abrupto para que pudiera acceder hasta allí una camioneta normal. Era una ubicación complicada, pero eso significaba también que era un lugar extraordinariamente seguro. Aun así, y aunque contaban con todo lo necesario para una estancia prolongada, Frank no podía evitar desear que Steve recuperara pronto la memoria para poder poner fin a todo aquello, o que Piggot fuera detenido cuanto antes.

—La población más cercana es Black Bull, que está a unos cincuenta kilómetros —dijo Frank—. Tienes que ir por la pista y girar a la derecha. Allí hay una tienda donde podréis encontrar comida y algunas cosas básicas. Si quieres algo especial, tendréis que ir algo más lejos, pero procura no dejarte ver mucho. Os he dejado dinero suficiente para dos meses, pero si necesitas algo, házmelo saber.

Steve miró hacia la pradera nevada. El aire era claro y el sol de la mañana brillaba con tanta fuerza en un cielo sin nubes que le dolían los ojos. El aire helado abrasaba sus pulmones. Aquel lugar era tan grande y estaba tan vacío que le transmitía una sensación inquietante, pero, al mismo tiempo, se sentía casi satisfecho. Estaba impaciente porque Frank se fuera para poder quedarse por fin solo, completamente solo, con Jay.

—Aquí estás a salvo —añadió Frank—. El Hombre lo utiliza de vez en cuando —miró hacia la cabaña—. No habría traído a Jay hasta aquí si no fuera un lugar seguro. Ella es una civil, así que cuídala.

Steve experimentó una especie de nueva conciencia cuando Frank mencionó al Hombre. No era una sensación de peligro, sino más bien de emoción. El recuerdo estaba allí, pero los efectos de la explosión continuaban impidiendo que fuera consciente de él. Y el Hombre era otra pieza de aquel rompecabezas.

Estrechó la mano a Frank y se miraron a los ojos con la camaradería de dos hombres que habían corrido muchos peligros juntos.

—Probablemente no volverás a verme hasta que todo esto haya terminado, pero estaremos en contacto —le dijo Frank—. Será mejor que me vaya. Se supone que esta tarde va a volver a nevar.

Regresaron al interior de la cabaña, Frank reunió sus cosas y se despidió de Jay. Esta lo abrazó con los ojos sospechosamente brillantes. Frank había sido un sólido apoyo durante esos dos meses y lo echaría de menos. Y también había sido una especie de barrera entre ella y Steve; cuando se fuera, se quedarían completamente solos.

Miró a Steve y lo descubrió observándola intensamente. Sus ojos resplandecían como los de un depredador que acabara de distinguir a su presa.

OceanofPDF.com

Capítulo Nueve

Jay prácticamente esperaba que Steve se abalanzara sobre ella, pero, para inmenso alivio suyo, parecía tener otras cosas en mente. Durante la semana siguiente, se pasó el día recorriendo la cabaña y el cobertizo y explorando la pradera con la misma tensión de un gato en un lugar desconocido. Las horas que pasaba caminando por la nieve lo agotaban y era frecuente que se fuera a dormir poco después de cenar. Jay estaba preocupada, hasta que comprendió que aquello formaba parte del proceso de recuperación. La rehabilitación a la que había estado sometido en el hospital había sido un comienzo, pero todavía quedaba un largo camino hasta que recuperara sus fuerzas y aquellas caminatas servían a dos propósitos: lo ayudaban a familiarizarse con un territorio nuevo y a restablecer su capacidad de resistencia. Al final de la semana, Steve comenzó a relajarse, pero aun así, salía cada día a recorrer los alrededores de la cabaña y a comprobar si había llegado algún intruso.

Estaban tan aislados que Jay no podía entender tantas precauciones, pero suponía que era algo muy arraigado en él. Y observarlo la ayudaba a conocer mejor al hombre que era. ¡Parecía saber muy bien lo que hacía! Era increíble, lo hacía todo por instinto, sin necesidad de recurrir a la memoria.

Cuando estuvo más fuerte, comenzó a cortar madera con el fin de tener un buen suministro de leña para la chimenea. La utilizaban como principal fuente de calor, para ahorrar combustible. La cabaña estaba construida con buenos aislantes y bastaba con encender la chimenea para mantenerla a una temperatura agradable. Al principio, Steve terminaba con ampollas en las manos, a pesar de los guantes, pero poco a poco se le fue endureciendo la piel. Al cabo de un tiempo, sumó el deporte a sus actividades. Salía a correr todos los días, pero no lo hacía por la pradera, sino por la zona boscosa.

Subía y bajaba colinas eligiendo deliberadamente la parte más abrupta del camino y cada día notaba las piernas más fuertes y la respiración menos alterada, de modo que continuaba forzándose.

A Jay le encantaron aquellos primeros días en la cabaña, en medio de aquella vasta y silenciosa pradera. A veces, lo único que se oía era el silbido del viento entre los árboles. Habiendo pasado la vida entera inmersa en el bullicio de la ciudad, aquel espacio y aquel silencio la hacían sentirse como si acabara de renacer a un nuevo mundo. Los últimos vestigios de tensión de su antigua vida fueron desvaneciéndose. Estaba sola en medio de las montañas con el hombre al que amaba. Y estaban a salvo.

Steve comenzó a enseñarle a conducir un coche con marchas. Para Jay era divertido ir rebotando con el *jeep* por la pradera. Para Steve, era una medida precaución, por si le ocurría algo y Jay tenía que verse obligada a conducir. Llegado el momento, aquello podría salvarle la vida.

Cuando llevaban tres semanas allí, cayó una fuerte nevada. Jay se despertó temprano en un mundo del que parecía haber desaparecido cualquier sonido. Se levantó y se asomó a la ventana para contemplar el manto por la nieve y volvió a la cama, donde se quedó inmediatamente dormida. Cuando se despertó por segunda vez, eran casi las diez y se sintió maravillosamente descansada, además de hambrienta.

Se vistió rápidamente y se cepilló el pelo, preguntándose por qué estaría tan silenciosa la cabaña. ¿Dónde estaría Steve? Fue a buscarlo a su dormitorio, pero lo encontró vacío. Había una cafetera preparada en la cocina. Jay se tomó una taza de café asomada a la ventana, buscando entre los árboles alguna señal de Steve. Pero no vio nada.

Cada vez más intrigada, se terminó el café y volvió al dormitorio a calzarse las botas; después se puso la cazadora y un gorro de lana. No era normal que Steve saliera sin decirle a dónde iba ni cuánto tiempo pensaba estar fuera. Se preguntó qué estaría haciendo y por qué no la había despertado. ¿Habría sufrido algún percance?

Angustiada, salió a la puerta trasera.

—¿Steve? —lo llamó quedamente, temiendo alzar la voz.

La pradera continuaba en silencio y, por primera vez desde que había llegado, la soledad le resultó amenazadora. ¿Habría alguien fuera?

Las huellas de Steve eran visibles en la nieve. Era evidente que había hecho algunos viajes hasta el montón de leña para reponer la que faltaba en la casa, porque tras las marcas de sus pasos se distinguía el rastro dejado por los troncos; después había subido la loma para adentrarse en el bosque. Jay sacó los guantes del bolsillo del abrigo y se los puso, y pronto deseó haberse puesto también una bufanda para protegerse la nariz y la boca. Hacía tanto frío que el aire parecía quebrarse. Se subió el cuello de la cazadora y comenzó a seguir el rastro de Steve, procurando posar el pie en sus huellas, porque de esa forma era más fácil abrirse camino entre la nieve.

La nieve no era tan profunda entre los árboles, de modo que lo más sencillo habría sido caminar por allí, pero no quería perder las huellas de Steve. Las ramas de los árboles se doblaban bajo el peso de la nieve. Jay apenas podía oír su propia respiración, su sonido sucumbía ahogado en el crujir de sus botas sobre la nieve. Quería volver a llamar a Steve, pero no se atrevía. Le parecía un sacrilegio quebrar aquel silencio.

Si acaso, procuraba incluso ser más silenciosa, caminaba camuflada entre los árboles, intentando convertirse en parte del bosque. De pronto, perdió el rastro de Steve. Se quedó quieta bajo las ramas de un abeto y miró a su alrededor, pero no había más huellas que seguir. ¡Era imposible caminar por la nieve sin dejar huella! Pero no había una sola huella bajo los árboles. Miró hacia arriba, preguntándose si Steve se habría subido a un árbol y estaría burlándose de ella. Pero nada.

El sentido común le decía que aquello era una especie de truco, pero las huellas de Steve deberían haber aparecido por alguna parte. Pensó un momento y comenzó a caminar lentamente, ampliando el círculo de sus pasos. En algún momento tendría que cruzarse con su camino.

Quince minutos después estaba furiosa. ¡Maldito fuera! Estaba jugando con ella, y aquel era un juego injusto, teniendo en cuenta su preparación. Se estaba quedando helada, y además tenía hambre. Dejaría que jugara él solito a Daniel Boone; ella pensaba regresar inmediatamente a la cabaña y prepararse el desayuno... ¡para ella sola!

Ya solo por malicia, retrocedió con el mismo sigilo con el que había llegado hasta allí; quizá consiguiera dejarlo en el bosque, escondiéndose en medio de la nieve mientras ella estaba ya de vuelta en la cabaña, cómoda y

calentita y disfrutando de un buen desayuno. Estaba convencida de que Steve volvería minutos después, todo inocencia, ¡y podría prepararse condenadamente bien su propio desayuno!

Emprendió el camino de vuelta a la cabaña, escondida entre los troncos de los árboles y deteniéndose de vez en cuando para escuchar algún sonido que traicionara a Steve antes de correr hasta el siguiente árbol y desde allí mirar en todas direcciones. Su indignación crecía y comenzó a pensar en posibles venganzas, pero casi todo lo que se le ocurría le parecía nimio y estúpido. Lo que de verdad le apetecía hacer era pegarle. Fuerte. Y más de una vez.

Acababa de comenzar a rodear un árbol cuando se le pusieron los pelos de punta y se quedó completamente paralizada. El corazón le dio un vuelco en el pecho, como si quisiera advertirle del peligro. No podía oír ni ver nada, pero podía sentir algo o alguien cerca de ella. ¿Habría lobos en aquellas montañas? ¿Osos? Sin mover nada, excepto los ojos, miró a su alrededor buscando cualquier cosa que pudiera utilizar como arma y al final distinguió el perfil de un tronco enterrado en la nieve. Agachándose centímetro a centímetro, alcanzó el palo. Tenía todos los sentidos alerta.

Y de pronto, algo duro y pesado la golpeó en medio de la espalda y sintió un golpe en el brazo. En menos de un segundo, se encontró tumbada en la nieve, con los pulmones luchando para tomar aire y el brazo completamente inutilizado. Ni siquiera podía gritar. Estaba tumbada de espaldas y vio un fogonazo de reluciente metal contra su cuello.

Atónita, asustada e incapaz de respirar, alzó la mirada hacia unos ojos entrecerrados y del mismo color que los de un águila.

Los ojos se abrieron como platos al reconocerla y volvieron a cerrarse otra vez. Steve guardó la navaja en su funda y levantó la rodilla del pecho de Jay.

—Maldita sea, ¡podría haberte matado! —rugió con una voz metálica—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Jay jadeaba y se contorsionaba en el suelo mientras se preguntaba si podría morir por la falta de aire. El pecho le ardía y no conseguía fijar la vista.

Steve la sentó bruscamente y le golpeó con fuerza en la espalda. Le dolía, pero por lo menos consiguió que el aire regresara a sus pulmones. Estuvo a punto de ahogarse cuando sus pulmones volvieron a expandirse y los ojos se le llenaron de lágrimas. Jadeó, tosió y Steve continuó palmeándole la espalda mientras le decía con dureza:

—Te pondrás bien. En cualquier caso, es menos de lo que mereces. E infinitamente menos de lo que podría haber sucedido.

Jay no lo había planeado. Vio el palo por el rabillo del ojo, el que pretendía agarrar cuando Steve la había golpeado, y lo siguiente que supo fue que lo tenía en la mano. La sangre le nublaba la visión mientras se giraba hacia Steve con toda la fuerza que le daba su rabia. Este esquivó el primer golpe con una maldición y retrocedió para escapar del segundo. Jay se movió hacia la izquierda, intentando acorralarlo contra un árbol para que no pudiera escapar tan fácilmente y volvió a girar. Steve intentó quitarle el palo, pero ella lo agarró por la muñeca e intentó darle un nuevo golpe. Maldiciendo otra vez, Steve escapó y ella lo golpeó en la espalda con el palo justo en el momento en el que la embestía con suficiente fuerza como para tumbarla otra vez.

—¡Maldita sea! —gritó, arrodillándose a su lado y sujetándola por las muñecas—. Tranquilízate. Maldita sea, Jay. ¿Qué demonios te pasa?

Jay se retorció bajo sus manos, intentando liberarse. Steve tensó las rodillas a ambos lados de su cuerpo mientras continuaba agarrándola por las muñecas. Al final, ella dejó de resistirse y, en medio de su impotencia, lo fulminó con la mirada. Sus ojos parecían de fuego azul.

—¡Suéltame!

—¿Para que puedas pegarme con ese palo? Ni lo sueñes.

Jay tomó aire e intentó decir con voz relativamente serena:

—No te pegaré.

—Por supuesto que no —gruñó Steve.

La soltó, agarró el palo y lo lanzó a varios metros.

Con la mano libre, Jay se limpió la nieve de la cara y lentamente, Steve fue disminuyendo la presión sobre su pecho. Ella se sentó y se quitó el gorro para sacudirle la nieve.

Arrodillado a su lado, Steve le frotaba la espalda.

—Ahora me explicarás qué se supone que estabas haciendo —le espetó.

Con la furia bullendo todavía en su interior, Jay se volvió hacia él. Steve apartó la cabeza justo a tiempo para escapar de su puño, pero el gorro empapado que Jay tenía entre las manos golpeó su rostro con fuerza suficiente como para que le escociera. Y Jay terminó de nuevo de espaldas en el suelo.

—Una vez más —le advirtió Steve entre dientes—, y no podrás sentarte en todo un mes.

Jay lo fulminó con la mirada.

—¡Inténtalo! Cuando me he despertado y no te he visto, he pensado que podía haberte ocurrido algo y he venido a buscarte. Después has empezado a esconderte en la nieve con tus trucos de Super Espía, para que no te encontrara hasta que me he cansado y he decidido regresar a la cabaña. ¡Y después me tiras al suelo, me pones un cuchillo en el cuello y me gritas! Te merecías que intentara pegarte con un palo.

Steve la miró reparando entonces en su pelo revuelto, en la furia de sus ojos azules y en la determinación que reflejaban aquellos succulentos labios. Soltó una maldición, hundió los dedos en la espesa melena y buscó su boca. Fue un beso entre furioso y hambriento. Se había apoderado de él la necesidad salvaje de sentir sus labios, de deslizar la lengua en el interior de su boca, de saborearla. Jay le dio una patada y él se movió rápidamente. Colocó la rodilla entre sus piernas y se instaló entre ellas, apresándola contra la nieve.

Jay gimió y Steve deslizó la lengua en su boca.

De pronto, Jay se sintió arder. Su furia se transformó en algo distinto, en una pasión candente. Hundió las manos en su pelo y le sujetó por la nuca mientras le devolvía el beso con un ardor idéntico al de él. Steve movía las caderas contra ella con un ritmo primario, embistiendo como si de esa forma quisiera negar las capas de tela que los separaban, y Jay sentía que su sangre se encendía como la lava de un volcán.

Con gestos bruscos, Steve le desabrochó la cazadora y buscó sus senos, pero la camisa y el sujetador continuaban separándolo de su piel. Aquel contacto no era suficiente. Le desabrochó la camisa con precipitación, haciendo saltar tres botones, y también la abrió. El aire gélido acarició su

piel y Jay gritó, pero Steve amortiguó su grito con un beso. El sujetador era de cierre delantero; Steve lo desabrochó con facilidad y apartó las copas de sus senos henchidos. Los pezones de Jay se endurecieron al contacto con el frío y Steve los sintió clavarse contra las palmas de sus manos cuando quiso acariciarla.

Alzó la cabeza.

—Déjame entrar dentro de ti —le pidió—. Ahora.

Posó la boca sobre uno de los pezones y succionó con fuerza al tiempo que lo rodeaba con la lengua y escuchaba los sonidos de placer que escapaban de la garganta de Jay.

Esta creyó que iba a morir de deseo, a pesar de lo mucho que Steve la había asustado; a pesar de que la había hecho enfadar como no recordaba que lo hubiera hecho ningún otro ser humano. Pero Steve había desatado también una pasión que había formado siempre parte de su naturaleza y que en aquel momento estaba escapando a su control. Las manos le temblaban, el cuerpo entero le temblaba. Y quería más.

Steve apartó la boca de su seno y Jay gimió al recibir el impacto del aire gélido sobre su piel desnuda. Sus ojos se encontraron; los de Jay aturridos y rebosantes de aquella repentina pasión. Los de Steve entrecerrados y ardientes. Y Jay supo lo que él deseaba; sabía que estaba pidiéndole en silencio permiso. Y sabía que al menor gesto de aquiescencia, Steve haría el amor con ella sobre la nieve. Y todo su cuerpo vibraba pidiéndole que le diera permiso. Jay comenzó a susurrar su nombre; y el terror la bañó como un jarro de agua helada mientras alzaba la mirada hacia su duro rostro mientras él esperaba una respuesta.

¡No sabía cómo se llamaba! Podía llamarlo Steve, pero sabía que no era Steve. Su rostro no era el de Steve. Sabía que lo amaba, pero era un desconocido.

Steve encontró la respuesta en la repentina rigidez del cuerpo de Jay. Soltó un juramento mientras se levantaba y se frotaba el cuello con la mano, como si así pudiera aliviar la tensión. Jay intentaba abrocharse la camisa, pero le faltaban tres botones y las manos le temblaban haciendo que resultara imposible la tarea, así que al final se limitó a abrocharse la cazadora y se levantó. Minutos antes estaba ardiendo, pero en aquel

momento, se sentía completamente helada. Estaba cubierta de nieve. Se sacudió la nieve del pelo, de los pantalones y de la cazadora lo mejor que pudo y volvió a ponerse el gorro de lana, pero estaba empapado, así que era preferible no llevar nada en la cabeza. Sin decir una sola palabra y sintiéndose incapaz de mirarlo, comenzó a caminar hacia la cabaña.

Steve la agarró con fuerza por el hombro y la hizo dar media vuelta.

—¡Dime por qué, maldita sea!

Jay tragó saliva. No pretendía detenerlo y en realidad no tenía forma de explicar el miedo con el que vivía cada momento del día.

—Ya te lo dije en otra ocasión —consiguió decir por fin—. Tengo buenas razones —una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla. Hacía tanto frío que terminó convertida en cristales de sal antes de llegar a su barbilla.

El rostro de Steve cambió. Parte del enfado y la frustración desapareció mientras secaba la lágrima de Jay con su mano enguantada.

—¿De verdad? Esas buenas razones no tienen ningún sentido para mí. Es normal que nos deseemos el uno al otro. ¿Durante cuánto tiempo crees que podré vivir como un monje? ¿Y durante cuánto tiempo podrás vivir como una monja? Esa no es mi vocación, encanto, y maldita sea, al fin y al cabo, esta no va a ser la primera vez que hagamos el amor.

Jay pensó que iba a ponerse a gritar de un momento a otro. Quería llorar y quería reír, pero ninguna de las dos cosas tenía sentido. Quería decirle la verdad, pero su mayor miedo era perderlo. Así que al final le dijo la verdad, o por lo menos parte de ella.

—Será la primera vez —gimió con la voz estrangulada—. Y tengo miedo.

Volvió a dar media vuelta y Steve la dejó marchar. Para cuando llegó a la cabaña, Jay estaba temblando de frío. Se dio una larga ducha de agua caliente y se puso ropa seca. Desde la cocina, llegaba hasta ella el olor a café recién hecho. Dejándose guiar por el olfato, fue hasta allí y encontró a Steve friendo beicon y batiendo huevos en un cuenco. Él también se había cambiado de ropa y Jay se sintió vacilar por el impacto que le produjo el encuentro y por algo de lo que de pronto fue consciente. Steve era un hombre alto y musculoso, ágil como un puma; los hombros y la pechera de

la camisa se tensaban bajo sus fuertes músculos. Durante las semanas que habían pasado allí, había ganado peso y musculatura. El pelo le había crecido. Tenía un aspecto tan salvaje, peligroso y acusadamente viril que Jay tembló. Steve ya no era un paciente. Había recuperado su salud y su fuerza. Jay lo había seguido hasta allí porque estaba preocupada por él, porque, en el fondo, para ella continuaba siendo un guerrero herido. Pero ya no lo era. Su subconsciente lo había reconocido minutos antes, cuando había peleado con él. Algo que no se le habría ocurrido hacer unos días antes.

Steve la miró con expresión calculadora.

—Acabo de hacer café. Tómate una taza. Todavía estás un poco temblorosa. ¿Tanto te asusta la idea de hacer el amor conmigo?

—Eres tú el que me asusta —no fue capaz de contenerse—. Quién eres, lo que eres.

Steve se quedó paralizado al darse cuenta de lo que acababa de sugerir Jay.

—Antes has dicho que estaba empleando trucos de Super Espía.

—Sí —susurró Jay, y decidió que necesitaba una taza de café.

Se la sirvió y fijó la mirada en el vapor que se elevaba del café antes de dar el primer sorbo. ¿Por qué habría dicho eso? No pretendía hacerlo. Vivía angustiada, temiendo decir algo que pudiera activar su memoria y que Steve la dejara, y temiendo al mismo tiempo que jamás recuperara la memoria. Estaba atrapada porque no podría querer a Steve hasta que este recuperara la memoria y realmente la eligiera. Si es que lo hacía. Por que quizá decidiera marcharse para volver a su vida real.

—Yo creía que no lo sabías —respondió Steve rotundamente.

Jay alzó la cabeza bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

—Tenía que haber algo más que la posibilidad de que hubiera visto algo antes de la explosión. El gobierno no funciona de esa manera. Me lo imaginaba y Frank me lo ha confirmado.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Jay con un hilo de voz.

Steve contestó con una sonrisa despiadada.

—Ese es el problema. No puede decirme nada más debido a las circunstancias. ¿Tú cómo te lo has imaginado?

—De la misma manera. Sabía que tenía que haber algo más en todo esto.

—¿Esa es la verdadera razón por la que me rechazas?

—No —susurró ella.

El deseo y el dolor se reflejaban en su mirada mientras lo miraba. ¿Cómo podía doler tanto amar a un hombre? Pero dolía, sobre todo cuando el hombre era ese.

Todo el cuerpo de Steve estaba tenso. Su boca se había convertido en una dura línea.

—Deja de mirarme así —le dijo con voz dura—. Apenas puedo dominar las ganas de quitarte los pantalones y terminar haciendo el amor contigo en la mesa, y no quiero que las cosas sean así entre nosotros. Esta vez no. Así que deja de mirarme como si fueras a derretirte en el caso de que te tocara.

Jay desvió la mirada. Le había provocado escalofríos pensar en el acto que Steve acababa de describir. Sería un acto desnudo, apasionado, puramente sexual. Sabía que bastaría con que él la tocara para que los dos ardieran de deseo.

Steve pasó fuera la mayor parte del día, pero la tensión que había entre ellos no cedió. Permanecía allí, tan espesa como la niebla. Cuando la oscuridad lo obligó a regresar al interior de la cabaña, los ojos parecían arderle cada vez que la miraba. Instintos que Jay ni siquiera sabía que poseía, la impulsaban hacia él, a pesar de que la razón se inclinaba por no dejar que su relación progresara. Aquella noche estaba sola, en la cama, con tantas ganas de ir a buscarlo y pasar aquella larga y oscura velada entre sus brazos que le dolía. Steve tenía razón, ¿qué importaban sus razones? Ya era demasiado tarde. Para bien o para mal, se había enamorado de él. Ese era el verdadero peligro, y hacía demasiado tiempo que lo estaba corriendo. Mantenerse alejada de él no haría que fuera menos doloroso el momento de perderlo.

Pero no podía ir a su lado. Habitualmente, a la luz del día las cosas se veían de forma muy distinta a cuando se estaba sola por la noche en la

cama. Sin embargo, la prudencia no era la única razón que la retenía. Las circunstancias en las que se encontraban ya eran suficientemente difíciles. Tenía que llamar a aquel hombre por un nombre que no era el suyo y fingir que era otra persona, pero ella quería poder mirarlo a los ojos cuando hicieran el amor. Y deseaba, más que ninguna otra cosa, saber su verdadero nombre, ser capaz de pronunciarlo de corazón.

Durante aquella noche, sopló un viento cálido que alejó el frente de nubes que los había cubierto de nieve. La Madre Naturaleza debía de estar riéndose de sí misma porque con aquella repentina subida de las temperaturas comenzó a derretirse la nieve, ofreciendo un avance de la primavera para la que todavía faltaba más de un mes. La nieve fundida goteaba desde los árboles y hacía un ruido similar al de la lluvia. Se oían crujidos en medio de la oscuridad de la noche y las ramas dejaban caer su carga blanca al suelo.

Aquella repentina subida de las temperaturas aumentó la inquietud de Jay, que aquel día se levantó al amanecer. Apenas podía creer lo que veía cuando se asomó a la ventana. El viento cálido había transformado el paisaje invernal en una húmeda pradera salpicada por parches de nieve. La nieve derretida continuaba goteando desde el tejado y el calor le producía la sensación de que la piel le iba a explotar. ¿Cómo podía haber ocurrido tan rápido?

—Esto es un *chinook*, una repentina oleada de vientos cálidos —explicó Steve tras ella.

Jay se volvió con el corazón palpitante. No le había oído acercarse; aquel hombre se movía con el sigilo de un gato. Parecía tan malhumorado que Jay casi retrocedió. Sus ojos eran duros, gélidos, y una sombra de barba cubría su mandíbula. Steve desvió la mirada hacia la ventana.

—Disfrútalo mientras puedas. Será como una primavera mientras duren los vientos, pero en cuanto se vayan, regresará la nieve.

Desayunaron en silencio y Steve abandonó la cabaña inmediatamente después. Más tarde, Jay oyó el golpe sólido del hacha sobre la leña y se asomó a la ventana de la cocina. Steve se había quitado la cazadora y estaba trabajando en mangas de camisa, dejando los antebrazos al descubierto. Por

increíble que pareciera, el sudor había dejado marcas oscuras bajo sus brazos y en la espalda. ¿De verdad hacía tanto calor?

Jay salió al porche y elevó el rostro hacia el cielo para disfrutar de aquel cálido y dulce viento. ¡Era increíble! La temperatura parecía haber subido más de diez grados y el sol brillaba con fuerza en un cielo sin nubes. De pronto, los vaqueros y la camisa de franela le parecieron demasiado calurosos y en su piel comenzó a brillar una pátina de humedad.

Como una niña atolondrada por la llegada de la primavera, corrió al interior de su dormitorio y comenzó a deshacerse de aquellas prendas tan abrigadas. No podía aguantarlas ni un minuto más. Quería sentir el aire en los brazos desnudos; quería sentirse fresca y libre como el viento. ¿Qué importancia tenía que el invierno fuera a regresar en muy poco tiempo? ¡En ese momento estaban en primavera!

Sacó del armario su vestido favorito y se lo metió por la cabeza. Era de algodón blanco, sin mangas, con el cuello redondo y demasiado ligero para aquella temperatura que probablemente no llegaba ni a quince grados, pero era el vestido que mejor se adecuaba a su humor. Algunas cosas se hacían con el único propósito de celebrar y esa era una de ellas.

Jay estaba tarareando mientras comenzaba a preparar el almuerzo; fue entonces cuando reparó en que Steve ya no estaba cortando leña. Si había decidido marcharse justo a la hora de comer, comería sola. Todavía no le había perdonado lo ocurrido el día anterior.

Al oír ruido en la parte delantera de la casa apartó la sopa del fuego y salió. Steve había acercado el *jeep* hasta allí y lo estaba lavando. Era una escena tan doméstica que Jay se sintió impulsada a salir al porche y sentarse en el último escalón para verlo trabajar.

Steve alzó la mirada hacia ella. Sus ojos resplandecieron al ver el vestido.

—Un poco forzado, ¿no crees?

—Estoy cómoda —contestó Jay, y era cierto.

El aire era al mismo tiempo frío y cálido y el sol brillaba con fuerza, provocándole una sensación deliciosa. Steve también se había entregado a aquella agradable subida de la temperatura desabrochándose la camisa y sacándola de la cintura del pantalón.

Jay lo observaba mientras enjabonaba y enjuagaba el coche alternativamente, agachándose en cada ocasión para tomar la manguera. Al final, abandonó el escalón y se acercó hasta él.

—Tú enjabona, yo me encargo del agua.

Steve gruñó:

—¿Esperas acaso que lleguemos a un pacto similar para lavar los platos?

—Sería lo más justo. Al fin y al cabo, yo me estoy encargando de cocinar.

—Sí, claro. Y yo tengo que comer lo que preparas.

Jay lo miró con fingido horror.

—Pobrecito. Intentaré hacer algo para quitarte esa horrible carga de los hombros.

—Todas las mujeres sois iguales. En cuanto uno se ríe un poco de vosotras, os volvéis desagradables. Hay gente que no sabe aguantar una broma.

Jay apuntó con la manguera hacia la parte del *jeep* que Steve acababa de enjabonar. Él no tuvo tiempo de retroceder y el agua empapó su rostro y su ropa. Retrocedió entre maldiciones.

—¡Maldita sea, Jay, mira lo que haces!

—Hay gente que no sabe aguantar una broma —dijo Jay con dulzura, y giró la manguera hacia él.

Steve soltó un grito al sentir el impacto del agua helada y corrió hacia ella cubriéndose la cara con las manos para esquivar el chorro de agua. Jay reía y corría alrededor del *jeep* y volvió a atrapar a Steve.

Este se echó el pelo empapado hacia atrás; sus ojos habían adquirido un brillo peligroso.

—Ahora verás —dijo, comenzando a sonreír.

De un solo salto, subió al capó del *jeep*. Jay soltó un grito y comenzó a correr hacia la parte de atrás, pero la manguera quedó atrapada entre las ruedas del coche. Y estaba tirando frenéticamente de ella cuando Steve saltó al suelo y soltó una carcajada que hizo que Jay gritara, soltara la manguera y saliera corriendo en busca de refugio.

Steve se apoderó de la manguera y rodeó el *jeep* para sacarla de las ruedas. Y prácticamente se chocó con Jay.

—Espera —dijo ella, riendo y suplicando al mismo tiempo mientras alzaba la mano—. Es la hora de comer. He venido a decirte que la sopa ya está lista... —un chorro de agua empapó su rostro.

El agua estaba insoportablemente fría. Jay soltó un grito e intentó huir en busca de un escondite, pero cada vez que se volvía, Steve estaba tras ella. Terminó empapada de la cabeza a los pies.

Al final, comprendió que la mejor defensa era el ataque y salió corriendo tras él. Steve reía como un loco, un sonido que cesó bruscamente cuando Jay consiguió elevar la manguera de manera que el agua cayera directamente sobre su boca. Los dos se retorcían intentando recuperar el control de la manguera, y los dos reían y gritaban mientras el agua helada caía sobre ellos.

—¡Tregua, tregua! —gritó Jay, retrocediendo.

Ella no podía estar más mojada, pero tampoco Steve.

—¿Te rindes? —preguntó Steve.

—¿Qué es eso de rendirse? —gritó Jay—. Los dos estamos empapados.

Steve consideró su respuesta y asintió. A continuación, se acercó a la llave del agua para cerrarla y comenzó a recoger la manguera.

—Sabes pelear sucio. Es una cualidad que aprecio en las mujeres.

—Sí, claro, ahora intenta adularme para asegurarte de que no deje de cocinar para ti.

—La situación es la que es: aceptaré de ti todo lo que pueda conseguir.

De pronto, desapareció toda diversión de su rostro. Steve dejó caer la manguera y se enderezó, mirándola con expresión dura.

Jay sintió que se quedaba sin respiración. Jamás le había parecido tan atractivo como en aquel momento, completamente empapado, con el pelo pegado a la cabeza, una patente necesidad de afeitado y un brillo intensamente viril en la mirada.

Lentamente, él deslizó la mirada por el rostro de Jay y fue descendiendo a lo largo de su cuerpo, tomándose todo el tiempo del mundo en dibujar su silueta con la mirada.

Entonces Jay se dio cuenta de que Steve estaba viendo mucho más que su silueta. El vestido de algodón blanco parecía casi transparente y se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Bajó la mirada. Tenía los pezones endurecidos y erguidos, plenamente visibles bajo la tela de algodón que moldeaba también su cintura y sus muslos. Con el sol brillando a través de la tela, la protección que le proporcionaba el vestido era la misma que si hubiera estado desnuda.

Jay alzó los ojos hacia él y se quedó helada al mirar a Steve a la cara. Este estaba mirándola con una expresión tan salvaje que el corazón le dio un vuelco y la sangre comenzó a correr a toda velocidad por sus venas. Las piernas le temblaban mientras se sentía cada vez más húmeda y caliente. Tomó aire.

Steve alzó bruscamente la cabeza. Permaneció inmóvil un instante. Jay entreabrió ligeramente los labios sin dejar de temblar. Los ojos parecían pesarle. Sus pezones se habían convertido en pequeños círculos plenamente visibles a través de la tela del vestido. Sus brazos caían flácidos a ambos lados de su cuerpo mientras permitía que Steve la mirara.

Steve se estremeció. Y desapareció su capacidad de control.

Jay no podía moverse. Steve avanzaba hacia ella sin apartar la mirada de su cuerpo, sin ver ni oír ninguna otra cosa, como si fuera un animal en celo.

La respiración de Steve era fuerte, profunda, las aletas de su nariz se abrían. El agua goteaba por su cuerpo mientras él se movía. Jay esperaba, temblando de miedo y de deseo, porque Steve estaba fuera de control y ella lo sabía. Era un terror excitante el que sentía, la paralizaba y al mismo tiempo la llenaba de una sensación de anticipación tan aguda que resultaba casi dolorosa.

Entonces Steve posó sus manos sobre ella y Jay gimió en voz alta, liberando repentinamente toda la tensión.

Ella esperaba que Steve la levantara en brazos y la llevara a la cama, pero él no estaba para sutilezas. En aquel momento no le importaba nada, salvo hacer el amor en ese mismo instante. De modo que la dejó sobre la fría y húmeda tierra que, a pesar de los vientos cálidos, conservaba todavía el frío del largo invierno. Jay gritó al sentir el frío glacial en la espalda. Se

arqueó involuntariamente, intentando evitarla. Pero Steve presionó, invitándola de nuevo a tumbarse mientras se colocaba sobre ella y le subía la falda hasta la cintura.

—Abre las piernas —le pidió.

La excitación se extendía a una velocidad vertiginosa por todo el cuerpo de Jay.

—Sí —susurró, clavándole las manos en los hombros.

Lo deseaba tanto que no le importaba el lugar en el que estuvieran ni lo urgente que fuera el deseo de Steve. Más adelante, ya tendrían tiempo para la seducción. Y para preocuparse por lo ocurrido. En aquel momento, lo único que importaba era aquella rápida y primitiva unión.

No hubo estimulación erótica, ni caricias, ni besos. Los cuatro meses que habían pasado negándose aquella intimidad habían sido más que suficientes. Y por fin se habían derrumbado las barreras. Steve se deshizo de las bragas de Jay por el simple procedimiento de desgarrarlas. A continuación, se desabrochó los pantalones y se los bajó solo lo necesario. Instó a Jay a separar un poco más las piernas y se hundió en ella.

Jay soltó un pequeño grito de dolor cuando Steve intentó penetrarla sin conseguirlo. Él cambió inmediatamente de postura y presionó otra vez; en aquella ocasión, se hundió plenamente en ella. El impacto reverberó en el cuerpo entero de Jay, y en aquella ocasión, gimió.

Él se apoyaba sobre los codos y Jay alzaba su mirada deslumbrada hacia él. Los ojos de Steve brillaban con ferocidad, su rostro era duro e intenso.

Jay arqueó la espalda para aceptarlo en su interior con el corazón a punto de explotarle de amor. Aquello era lo que quería, ver su rostro, ver aquellos ojos de águila, grabar aquella imagen en su mente y en su corazón mientras Steve imprimía huella en su cuerpo. Con la tierra helada en la espalda y el cielo azul sobre sus cabezas, con el sol resplandeciente iluminando su rostro, eran tan puros y primitivos como el paisaje que los rodeaba. No importaba cómo se llamara, ni tampoco lo que hiciera: aquel era su verdadero amor, su hombre.

Y ella quería entregarse a él. Alzaba las caderas para recibir la fuerza de las embestidas de Steve y sentía cómo temblaban sus entrañas.

Steve gimió algo ininteligible y deslizó los brazos bajo Jay para elevarla un poco más, como si quisiera que sus cuerpos se unieran hasta fundirse, y se vació en ella.

Jay lo abrazó con fuerza, con las piernas alrededor de su cintura y los brazos en sus hombros mientras Steve se derrumbaba tembloroso sobre ella.

—Te amo —le dijo una y otra vez.

Pero se limitaba a mover los labios y el único sonido que los rodeaba era el del viento. Jay cerró los ojos, sintiendo el viento cálido en las mejillas y el peso de Steve sobre ella, y supo que, pasara lo que pasara cuando aquel hombre recuperara la memoria, con aquel rápido y apasionado acto la había hecho suya de una forma que nada podría alterar.

OceanofPDF.com

Capítulo Diez

Permanecieron juntos, muy quietos. Lo único que se movía a su alrededor era el viento que removía el aire. El único sonido el de las hojas de los árboles. Jay todavía estaba aturdida por lo que acababa de ocurrir, con los sentidos tan afectados como si acabaran de soportar una tormenta. Era completamente incapaz de moverse.

Steve, apoyándose sobre sus manos, se incorporó y bajó la mirada hacia ella con expresión tan fiera que Jay casi se encogió sin saber muy bien por qué. Él soltó una maldición, con voz grave y profunda, mientras separaba sus cuerpos y se colocaba de rodillas a su lado. La inseguridad la paralizaba mientras se devanaba los sesos intentando encontrar las razones de su enfado.

Steve se subió los pantalones, pero no se molestó en abrochárselos; levantó a Jay en brazos y se incorporó con una agilidad que dejaba traslucir sus recuperadas fuerzas. Subió los escalones del porche y entró a grandes zancadas en la casa sin decir una sola palabra. Una vez allí, se dirigió al baño. Tras dejarla en la alfombrilla, se inclinó para abrir el grifo de agua caliente, se enderezó y se colocó tras ella.

El vestido estaba desabrochado. Con mucha delicadeza, se lo sacó por la cabeza, dejándola desnuda y temblando tanto por el frío como por lo ocurrido. Jay permanecía muy quieta, con los brazos caídos a ambos lados de su cuerpo, los ojos abiertos como platos, aturdida y un poco asustada mientras lo miraba. ¿Qué había hecho mal?

Steve la desnudó rápidamente, la metió en la bañera, se metió con ella y cerró la mampara de la ducha. Jay retrocedió desconcertada por la cantidad de espacio que Steve ocupaba, y observó los tensos músculos de su espalda mientras ajustaba la temperatura del agua. El agua caliente comenzó a caer

sobre sus cabezas, llenando aquel pequeño cubículo de vapor. Steve la colocó bajo el agua y allí la mantuvo a pesar de sus protestas.

—Tienes que entrar en calor —le dijo con voz dura mientras le frotaba los brazos y los hombros—. Date la vuelta y déjame lavarte el pelo.

Jay obedeció, comprendiendo que debía estar cubierta de barro. Steve le enjabonó y le enjuagó el pelo con delicadeza.

La combinación del agua caliente con las caricias jabonosas de Steve fue ayudando a Jay a entrar en calor. Primero Steve deslizó las manos por sus senos y su abdomen, después por sus piernas y su trasero y, al final, la deslizó entre sus piernas.

La respiración de Jay se aceleraba mientras bullía en su interior un intenso calor.

Steve disminuyó el ritmo de sus caricias y de pronto, una especie de espasmo tensó sus músculos faciales. Jay contuvo la respiración mientras él accedía tentativamente al interior de su cuerpo; apenas la rozaba con las yemas de los dedos y deslizó un solo dedo en su interior. Jay se aferró a sus hombros, clavando las uñas en la piel húmeda y sedosa de Steve. Sentía los senos henchidos y anhelantes mientras lo abrazaba con agónica expectación, esperando aquella pequeña invasión y deseando mucho más. Sintió cómo se endurecía el sexo de Steve contra su muslo y un repentino estremecimiento de placer sacudió su cuerpo.

Steve musitó algo, pero el sonido fue tan brusco que Jay no fue capaz de comprenderlo. De pronto, se descubrió entre sus brazos y sintió su boca devorando la de ella. Cediendo completamente al deseo, deslizó las manos por su espalda y su cuello.

Sus cuerpos empapados se fundían, el vello hirsuto del pecho de Steve rozaba los pezones de Jay; los músculos del estómago se ondulaban contra la suavidad de su vientre.

—Sí, sí —gimió Jay.

—Lo siento, encanto —contestó Steve con frenética urgencia. Deslizó la boca por su cuello, mordisqueando aquella sensible piel y lamió suavemente el rincón en el que se hacía visible el palpar de su pulso—. No quería ser tan brusco.

Así que esa era la razón por la que estaba enfadado. En realidad no estaba furioso con ella, sino consigo mismo. Pero ni siquiera eso había sido suficiente para evitar que deseara hacer el amor otra vez.

Jay podía sentir el deseo en aquel enorme y poderoso cuerpo. Y una vez más, aquella pérdida de control la emocionó y excitó de una manera casi primitiva. Jay había estado casada, pero Steve nunca había perdido cierta frialdad, como si quisiera mantener siempre una parte de sí mismo fuera de su alcance. Y la faceta más apasionada de Jay se resentía, porque ella necesitaba más. Sin embargo, el deseo parecía haber convertido en un salvaje al hombre que en aquel momento tenía entre sus brazos, el deseo le había hecho perder completamente el control y la ferocidad de su pasión estaba a la altura de la naturaleza apasionada de Jay. Durante toda su vida, había necesitado reacciones intensas para encontrar cierto equilibrio; pero al no poder contar con ellas, había tenido que refugiarse tras una máscara de rígido control de la que solo en aquel momento estaba comenzando a liberarse.

Se aferraba a Steve como si fuera una lapa, todo su cuerpo se ondulaba contra el de él.

—Te amo —gimió.

Era lo único que podía decir; la única verdad en aquel laberinto de mentiras y subterfugios.

Steve apartó la boca de su cuello. Su rostro estaba tan cerca del de Jay que lo único que podía ver ella era su ardiente mirada.

—Te he hecho daño —gruñó.

Jay no podía negarlo.

—Sí —contestó, y buscó sus labios para deslizar la lengua en el interior de su boca.

Steve la abrazó con tanta fuerza que apenas podía respirar. Pero ni siquiera respirar importaba en aquel momento. Lo único que importaba era besarlo. Amarlo.

Al final, Steve consiguió rescatar los últimos vestigios de control que le quedaban. Los suficientes para cerrar el agua y sacarla de la bañera.

Jay no dejó de aferrarse a su cuello ni un solo instante mientras la llevaba hasta la cama. Estaban empapados, pero no le importaba. Lo único

que le importaba era sentir la boca ardiente de Steve sobre sus senos, la caricia de los dedos sobre su piel sedosa y, por fin, la poderosa invasión de su cuerpo.

Y cuando Steve se hundió en ella, fue tal el impacto para todos sus sentidos que gritó mientras, instintivamente cerraba los muslos, hundiéndolo todavía más con aquel movimiento.

Steve apretaba los dientes, intentando obligarse a permanecer quieto cuando todos sus instintos lo impulsaban a moverse. El deseo era tan urgente que borraba todo lo demás. El mundo quedaba reducido a la mujer que sostenía entre sus brazos, a aquella mujer que ceñía su cuerpo de tal manera que lo estaba llevando al borde de la locura. Pero por el bien de Jay, intentó dominarse hasta que estuviera más cómoda con él en su interior. Apoyándose sobre los codos para no dejar caer en ella todo su peso, bajó la mirada hacia su rostro y se estremeció de placer al descubrir la intensa y arrebatada expresión de Jay mientras alzaba tentativamente las caderas.

Escapó de su pecho un ronco gemido. Sabía que la vez anterior había sido demasiado rudo y rápido como para permitir que ella disfrutara, pero aquella vez, estaba compartiendo su placer.

Entreabría los labios en una sonrisa tan femenina que Steve contuvo la respiración.

—¿A qué estás esperando? —susurró Jay, devorándolo con la mirada.

—A ti —contestó Steve.

E incluso mientras se perdía en el arrebatado éxtasis de hacer el amor con ella, aquella verdad siguió resonando en el aire. La había estado esperando desde siempre.

Steve era un hombre de sueño ligero. Hasta tal punto que, incluso cuando se quedó dormido tras hacer el amor, notaba la humedad de las sábanas, una incomodidad en la que hasta entonces ninguno de ellos había reparado. Jay permanecía entre sus brazos, exhausta y profundamente dormida; Steve no quería molestarla, pero tampoco quería que se quedaran helados por culpa de la humedad de las sábanas. De modo que se levantó de la cama, agarró a Jay en brazos y la llevó al otro dormitorio para que pudiera dormir entre sábanas secas. Ella gimió mientras la dejaba en la cama, pero volvió a relajarse en cuanto Steve comenzó a acariciarle la

espalda. Él se reunió con ella en la cama y Jay se acurrucó entre su fuerte y posesivo abrazo.

Lo que Steve sentía por ella era tan intenso que podía resultar casi doloroso. Incluso sin haber recuperado la memoria, sabía que ninguna otra mujer le había hecho perder el control de ese modo. Jamás había deseado a una mujer tan intensamente y jamás habría esperado tanto tiempo como había esperado por ella. Jay eclipsaba el resto de sus preocupaciones. Gracias a ella, no se había dejado hundir por la pérdida de memoria y los efectos de la amnesia se habían reducido a una peculiar irritación y a cierto interés y curiosidad por lo que había olvidado. Su vida pasada no le importaba porque Jay formaba parte de su presente. Y estaban unidos de una forma que iba mucho más allá de la memoria.

Frunció ligeramente el ceño mientras la abrazaba y deslizaba la mano desde la curva de su cintura hasta el montículo de su seno.

De todos los conocimientos que todavía conservaba, ¿por qué ninguno tendría nada que ver con Jay? Aquellos eran los recuerdos que más le dolía olvidar. Quería recordar todos y cada uno de los minutos que había pasado con ella, y quería recordar por qué había permitido que escapara de su lado. Quería acordarse del día de su boda, de la primera vez que había hecho el amor con ella. Y la carencia de todo recuerdo relacionado con Jay lo devoraba. Ella era el centro de su vida, ¿por qué no había nada que le resultara familiar? ¿Por qué no había sentido ninguna clase de familiaridad al acariciar la textura sedosa de su piel o las curvas redondeadas de sus senos? ¿Por qué no había experimentado ninguna sensación de familiaridad al hundirse en el interior de su cuerpo?

Se había sentido como si todo fuera completamente nuevo.

Jay se movió ligeramente contra él y Steve dejó de acariciarla para limitarse a mirarla. Se casarían en cuanto pudiera convencerla. Y después de lo que habían compartido, tenía una poderosa arma a su disposición.

De pronto estalló una imagen en su mente. Había una novia riendo y un novio que parecía emocionado, orgulloso, nervioso e impaciente al mismo tiempo. El novio sacudía la cabeza, con una sonrisa resplandeciente, y la novia lo abrazaba con fuerza.

«¡Lo has hecho!», gritaba exultante, «sabía que lo harías».

Una mujer mayor y un hombre de la misma edad lo abrazaban con fuerza.

«Me alegro de que hayas vuelto, hijo», decía el hombre y la mujer dejaba caer algunas lágrimas a pesar de su sonrisa, una sonrisa llena de amor.

Después aparecía otro grupo de gente que le estrechaba la mano y le palmeaba la espalda y la escena se disolvía en una confusión de voces.

Steve permanecía completamente quieto, apretando la mandíbula por el esfuerzo que estaba haciendo para no levantarse inmediatamente de la cama. ¿De dónde diablos había salido aquel recuerdo? El hombre le había llamado «hijo», pero aquella expresión podía ser una muestra de afecto más que la evidencia de un tipo de relación. Él no tenía familia, de modo que todos aquellos debían de ser amigos íntimos, pero Jay le había contado que siempre había sido un solitario. ¿Quiénes serían aquellas personas? ¿Estarían preocupadas por él? ¿Sabría Jay algo sobre ellas?

Diablos, ¿aquel recuerdo formaría parte de algo que realmente había pasado, o sería una escena procedente de alguna película?

Una película. Le bastó pensar en aquella palabra para que se desencadenara un nuevo recuerdo. En aquella ocasión con títulos de crédito incluidos. Era un programa especial sobre Afganistán. Después apreció otra película, protagonizada por un aclamado actor. Era una buena película. Pero de pronto, la escena comenzaba a transcurrir a cámara lenta. Steve se vio a sí mismo en un tejado, con el mismo actor, cuando este estaba manipulando una 45 automática y apuntándole con ella. Una 45 era un asunto serio. Pero el tipo estaba demasiado cerca y demasiado nervioso. Steve se vio a sí mismo abalanzándose contra sus pies y haciendo que saliera volando la pistola. El actor retrocedía tambaleándose, tropezaba y caía gritando hasta el suelo desde un edificio de cinco pisos.

Steve fijó la mirada en el techo de la habitación, sintiendo el cuerpo empapado en sudor. ¿Aquello era otra película? ¿Lo único que era capaz de recordar eran series de televisión o películas? ¿Y por qué eran tan realistas? Tenía que preguntarle al médico al respecto, pero por lo menos aquello era una señal de que estaba recuperando la memoria, justo como le habían dicho que con mucha probabilidad ocurriría. En cualquier caso, necesitaba

hacer un viaje para que le revisaran la vista. Le costaba mucho leer y esa dificultad no estaba disminuyendo con el tiempo. Necesitaba gafas. Gafas...

Un hombre mayor le sonreía bondadosamente, se quitaba unas gafas y las dejaba sobre un escritorio.

«Felicidades, señor Stone», le decía.

Steve dominó un juramento cuando aquella escena desapareció de su cerebro. Aquello sí que era un misterio. ¿Por qué iba a llamarlo aquel hombre señor Stone? A no ser que estuviera utilizando un nombre ficticio. Sí, aquello tenía sentido, a no ser que fuera la escena de otra película. Quizá fuera algo que había presenciado, y no algo que le hubiera ocurrido a él mismo.

Jay se estiró entre sus brazos y se despertó bruscamente. Alzó la mirada hacia él y preguntó alarmada:

—¿Qué te pasa?

Había percibido su tensión, como la había sentido desde el primer momento. Steve consiguió esbozar una sonrisa y acariciarle la mejilla con el dorso de la mano. Un tipo de tensión muy diferente se apoderó de sus músculos.

—Nada —le aseguró.

Jay parecía tan somnolienta y sensual... Tenía los párpados semicaidos y la seductora boca henchida por el contacto de sus labios. Miró a su alrededor.

—Estamos en mi habitación —dijo perpleja.

—Mmm. Las sábanas de mi cama estaban húmedas, así que he decidido traerte aquí.

Un intenso rubor tiñó las mejillas de Jay cuando pensó en el motivo por el que estaban mojadas las sábanas, pero esbozó una sonrisa de satisfacción. Levantó la mano para acariciar el rostro de Steve de la misma forma que él había acariciado el de ella: con anhelante ternura, examinando cada línea de su rostro y alimentando el deseo de su corazón. Ella no era consciente de su expresión, pero Steve la vio y su corazón se contrajo. Habría querido decirle que no lo quisiera de aquella manera, pero no lo hizo porque era esencial para él que Jay lo quisiera como lo quería.

Se aclaró la garganta.

—Tenemos que tomar una decisión.

—¿Ah, sí? Y sobre qué.

—Podemos levantarnos y comer lo que has preparado... —se interrumpió para alzar la cabeza y mirar el reloj— hace tres horas, o podemos intentar revolver también esta cama.

Jay consideró ambas opciones.

—Creo que será mejor que comamos; si no, no tendré energías para ayudarte a revolver esta cama.

—Buena idea.

Steve la abrazó, sin ganas de levantarse a pesar de su propia hambre, y deslizó las manos por la cintura de Jay. Después, se interrumpió un instante y posó las manos en su vientre.

—A menos que quieras que nos casemos este fin de semana, deberíamos hacer algo para evitar un embarazo.

Jay se sentía como si el corazón se le hubiera henchido de tal manera que llenara todo su pecho. Durante unas horas gloriosas, se había olvidado de hasta qué punto estaba constreñida su relación por aquel tortuoso laberinto de mentiras. Nada le habría gustado más que poder decir que sí, que quería casarse con él, pero no se atrevía. No podía hacerlo hasta que tanto él como ella supieran quién era realmente Steve. De modo que se limitó a contestar a la parte referida a los anticonceptivos.

—No tenemos que preocuparnos por eso. Estoy tomando la píldora. El médico me la recetó hace siete meses porque estaba teniendo muchos desajustes con la regla.

Steve la miró con los ojos entrecerrados y posó la mano en su vientre.

—¿Te ocurre algo malo?

—No, era uno de los efectos del estrés que me causaba el trabajo. Probablemente ahora podría prescindir de ella —sonrió y volvió el rostro hacia él—, si no fuera por el repentino rumbo que han tomado los acontecimientos.

—Repentino... ¡y un infierno! —gruñó Steve—. He tenido que esperar dos interminables meses. Aun así, ¿podríamos casarnos este fin de semana.

Jay se liberó de su abrazo y se levantó. Su rostro reflejaba preocupación mientras se ponía ropa interior limpia y sacaba un jersey del armario.

Steve la observaba desde la cama.

—Quiero una respuesta —le pidió.

Jay se metió el jersey por la cabeza y se apartó precipitadamente el pelo de la cara.

—Steve... —se interrumpió. Casi le dolía verse obligada a utilizar aquel nombre. Más que nunca quería... necesitaba saber cuál era el verdadero nombre de su amante—. No puedo casarme contigo hasta que hayas recuperado la memoria.

Steve apartó las sábanas y se incorporó en toda su magnífica desnudez. A Jay se le aceleró el pulso al verlo. Todos los kilómetros que había recorrido y toda la madera que había cortado habían servido para cubrir su cuerpo de músculos. Salvo por las cicatrices, Steve no tenía el aspecto de un hombre que acabara de sufrir un grave accidente. El corazón de Jay latía a un ritmo lento, pesado. Ella había acunado su sexo, había disfrutado de su palpitante invasión y había avivado el fuego con su propio fuego. Al igual que sentía la lasitud de diferentes partes de su cuerpo, podía sentir cómo crecía su calor cuando lo miraba.

—¿Qué importancia puede tener que haya recuperado o no la memoria? —le espetó Steve.

Jay alzó la mirada bruscamente al comprender que estaba enfadado.

—Ninguna otra mujer ha venido a buscarme y lo sabes, así que no vuelvas a utilizar esa estupidez como excusa. ¿Por qué vamos a tener que esperar?

—Quiero estar segura —contestó Jay con voz nerviosa.

—¡Maldita sea, yo estoy seguro!

—¿Y cómo puedes estarlo cuando no sabes lo que ocurrió? No quiero que te arrepientas de haberte casado conmigo cuando recuperes la memoria —intentó sonreír, pero apenas consiguió mover los labios—. Estamos juntos y tenemos mucho tiempo por delante. Y por ahora, tendremos que conformarnos con eso.

Steve se obligó a conformarse con eso. Y en muchos aspectos, «eso» era mucho más que suficiente.

Vivieron juntos en el pleno sentido de la palabra, como pareja, como amigos y como amantes. Las nieves tardaron una semana en volver a

aparecer y ellos aprovecharon aquellos días para explorar hasta el último rincón de la pradera. Steve le enseñó el sensor que habían instalado en el camino y le enseñó a utilizar la radio y el ordenador. Era un alivio no tener que ocultarle completamente hasta qué punto estaba involucrado en el mundo del espionaje, aunque Jay se enfadó un poco con él porque hasta entonces no le había hablado del ordenador que había en el cobertizo.

A Steve le gustaba hacerle perder la paciencia. Era emocionante ver cómo estrechaba aquellos ojos azules como si fuera un gato. Aquella era la señal de que estaba dispuesta a atacar. El día que Steve la había confundido con un intruso y la había tirado al suelo, la rabia que había visto en sus ojos lo había sorprendido, pero al mismo tiempo le había parecido excitante. La mayoría de las personas que conocían a Jay jamás la creerían capaz de esa clase de enfado, y mucho menos de pegar a alguien. Aquella reacción le había dicho muchas cosas sobre ella. Le había revelado un aspecto apasionado e imprevisible de su personalidad, además de la manera de sacarlo a relucir. Probablemente eran muy pocas las personas capaces de hacerla enfadar, pero él podía hacerlo porque Jay lo amaba. Y después de enfadarla, a Steve le encantaba pelear con ella y terminar haciendo el amor.

Físicamente, aquella mujer le encantaba. Continuaba estando demasiado delgada, a pesar de que comía bien, pero a Steve le encantaba ver sus esbeltas caderas y su trasero embutidos en unos tejanos estrechos, de modo que jamás se quejaba. Su piel era suave como la seda; sus pechos, erguidos; su boca, llena y mimosa. Le daba igual cómo fuera o dejara de ir vestida, porque conocía lo que escondía bajo la ropa. Y también sabía que lo único que tenía que hacer era tenderle la mano para que Jay acudiera a sus brazos cálida y dispuesta. Aquel tipo de respuesta le encantaba; había algo nuevo en ella, era como si hasta entonces no hubiera conocido nada parecido.

Una mañana, descubrieron al levantarse que había estado nevando durante la noche. Continuó nevando a lo largo del día, aunque no con fuerza, sí con la suficiente intensidad como para que los copos formaran un manto blanco que cubría toda la pradera. Excepto por algunos viajes para ir a buscar más madera, Jay y Steve pasaron el día en el interior de la cabaña, viendo películas antiguas. Esa era otra de las ventajas de contar con una antena parabólica; siempre podían encontrar algo interesante que ver en el

caso de que les apeteciera. Algo perfecto para un día como aquel en el que no tenían nada mejor que hacer que sentarse a ver la tele mientras caía la nieve.

Justo antes del anochecer, Steve salió a revisar la zona como siempre hacía. Mientras estaba fuera, Jay se puso a cocinar. Canturreaba mientras lo hacía, porque estaba contenta. Aquello era el paraíso. Sabía que no duraría; cuando Steve recobrara la memoria, incluso en el caso de que continuara queriendo casarse con ella, sus vidas cambiarían. Se marcharían de allí, tendrían que encontrar otra casa. Y ella debería buscar un trabajo. Y serían otras las cosas que ocuparían su tiempo. Aquel era un tiempo que estaba fuera del mundo real, pero Jay pretendía disfrutar cada minuto. Durante un instante, la asaltó una idea sombría. Tal vez eso fuera todo lo que tuvieran. Y si así era, aquellos días eran todavía más preciosos.

Steve entró por la puerta trasera, sacudiéndose la nieve de los hombros y del pelo antes de quitarse el abrigo.

—No he visto nada salvo huellas de conejo —la miró pensativo—. ¿Te gusta el conejo?

Jay se volvió bruscamente hacia él, olvidándose del queso que estaba gratinando para los espaguetis.

—Como se te ocurra disparar a un solo conejo... —comenzó a decir en tono amenazador.

—Solo era una pregunta —replicó Steve, la agarró para darle un beso y frotó su fría mejilla contra la de ella—. Hueles muy bien. A cebolla, ajo y salsa de tomate.

En realidad olía a ella misma, a esa fragancia dulce, cálida y femenina que Steve asociaba con Jay y con nadie más. Enterró la nariz fría en su cuello e inhaló con fuerza. Inmediatamente, sintió una tensión familiar que crecía en sus entrañas.

—No vas a ganar ningún punto diciéndome que huelo a ajo y cebolla —respondió Jay, retornando a sus tareas, aunque Steve continuaba reteniéndola por la cintura.

—¿Aunque te diga que me vuelven loco las cebollas y los ajos?

—Todos los hombres sois iguales. Cuando tenéis hambre sois capaces de decir cualquier cosa.

Riendo, Steve la soltó, se sentó a la mesa y comenzó a extender mantequilla en los panecillos.

—¿Te gustaría hacer un viaje?

—Me encantaría ir a Hawai.

—Estaba pensando en algo así como Colorado Springs. O quizá Denver.

—Yo ya he estado en Colorado Springs —contestó, y lo miró con curiosidad por encima del hombro—. ¿Por qué tenemos que ir a Colorado Springs?

—Estoy dando por sentado que Frank no quiere que regresemos a Washington a corto plazo y pronto tendré que ir a que el médico me revise la vista. Eso significa que, lógicamente, tendremos que decidir entre Colorado Springs y Denver, y yo apuesto por Colorado. Y también apuesto a que Frank no quiere que el médico sepa dónde está la cabaña, y eso significa que tendremos que desplazarnos nosotros.

Jay ya sabía que tenían que volver a revisarle la vista, pero hablar de aquel tema era como introducir el mundo real en su paraíso particular. Le resultaría extraño ver a otras personas, y todavía más hablar con ellas. Pero Steve todavía tenía que forzar mucho la vista para leer y ya había pasado tiempo suficiente como para darse cuenta de que su agudeza visual no iba a mejorar. Pensó en el aspecto que tendría Steve con gafas y un agradable calor se extendió por su vientre. Atractivo, estaría muy atractivo. Le dirigió una sonrisa.

—Sí, creo que me gustaría hacer un viaje. Llevo demasiado tiempo comiendo lo que yo misma cocino.

—Me pondré en contacto con Frank después de cenar.

Podría haberlo hecho en aquel momento, pero llenar el estómago era más importante. Jay había preparado una pasta magnífica y ponerse en contacto con Frank le llevaría tiempo. Lo primero era lo primero.

Después de cenar y haber lavado los platos, Steve se fue al cobertizo para ponerse en contacto con Frank, y Jay se tumbó en la alfombra frente a la chimenea. Por primera vez, estuvo pensando en el pequeño y moderno apartamento de cuyos gastos se estaba ocupando Frank. No tenía nada que ver con aquella rústica cabaña, pero Jay prefería con mucho la cabaña. Odiaría tener que marcharse. Aquel lugar debía de ser maravilloso en

verano, pero se preguntaba si para entonces continuarían allí. Seguramente Steve ya habría recuperado la memoria a esas alturas, y aunque no fuera así, ¿cuánto tiempo podía pasar Frank sin decirle la verdad? No podían permitir que viviera eternamente la vida de otro hombre. ¿O sí? ¿Sería ese el plan?, ¿sabrían quizá que nunca recuperaría la memoria?

Los espejos de su particular laberinto continuaban ofreciéndole todo tipo de respuestas, diferentes piezas para el rompecabezas, diferentes soluciones. Y ninguna de ellas parecía encajar.

—¿Estás dormida? —preguntó Steve suavemente.

Jay se sobresaltó. Dio media vuelta en el suelo con el corazón en un puño.

—No te he oído entrar. No has hecho ningún ruido.

Steve siempre se movía sigilosamente, como un gato, pero en otras condiciones, Jay habría oído abrirse la puerta de atrás. Estaba tan profundamente absorta en sus pensamientos que no había oído nada.

—Para poder acercarme más ti, cariño —contestó Steve con su mejor imitación de la voz de un lobo feroz.

Se reunió con ella en la alfombra, hundió las manos en su pelo y buscó sus labios. La besó lenta, profundamente, tomándose todo el tiempo del mundo y utilizando la lengua para acariciar el interior de su boca. Jay tenía problemas para respirar y los ojos se le cerraban. El deseo era como un calor intenso que iba expandiéndose en su interior hasta llenarla.

No tenían ninguna prisa. Y era maravilloso estar allí tumbados, al calor del fuego y saboreando sus besos. Pero al cabo de un tiempo, el calor comenzó a resultar excesivo. Jay gemía mientras Steve le desabrochaba los botones de la camisa de franela y la abría para presionar los labios contra las curvas de sus senos. Se colocó encima de ella, controlando con sus piernas las de Jay, mientras ella las movía inquieta. Quería más. Volvió a gemir, con la voz rebosante de deseo, y giró en el suelo hasta que su pezón rozó los labios de Steve. Este deslizó lentamente la lengua sobre el pezón, lo cubrió con la boca y succionó con fuerza, dándole lo que necesitaba.

La luz del fuego arrancaba destellos dorados del pelo de Jay y teñía su piel de un resplandor rosado mientras Steve le desabrochaba los pantalones para quitárselos. Su boca estaba roja, húmeda, brillante por la humedad de

los besos. De pronto, Steve ya no fue capaz de aguantar ni un segundo más y se desnudó rápidamente. Jay todavía tenía la camisa de franela colgando de los hombros, Steve se la quitó, se arrodilló entre sus piernas y se inclinó para entrar en ella, para fusionar sus cuerpos de la misma manera que habían fusionado sus vidas.

Permanecieron juntos mucho tiempo después, demasiado satisfechos como para moverse. Steve echó otro leño al fuego, se puso los pantalones y tapó a Jay con su propia camisa para protegerla del frío. Ella permaneció sentada en el círculo de sus brazos, apoyando la cabeza en su hombro y deseando que no ocurriera nunca nada que pudiera alterar su felicidad.

Steve fijaba la mirada en las llamas mientras frotaba la barbilla una y otra vez contra el pelo de Jay.

—¿Quieres tener hijos? —le preguntó en tono ausente.

Aquella pregunta la sobresaltó lo suficiente como para apartar la cabeza de su hombro.

—Yo... creo que sí —contestó—. La verdad es que nunca he pensado en ello porque no me parecía una posibilidad, pero ahora... —se le quebró la voz.

—Antes no pudimos disfrutar de un verdadero matrimonio. Pero quiero que esta vez sea diferente. Quiero llegar a casa cada noche, vivir una vida normal —tensó los brazos a su alrededor—. Me gustaría tener un par de hijos, pero eso tiene que ser una decisión de los dos. Y no sé qué piensas al respecto.

—Me gustan los niños —dijo Jay suavemente, pero la culpa la asaltaba. ¡Ellos no habían estado casados! Steve se estaba sintiendo culpable de la conducta de otro hombre.

—Sí, a mí también me gustan —sonrió, sin dejar de mirar el fuego—. Disfruto muchísimo viendo a Amy...

Jay se apartó bruscamente de él, con los ojos rebosantes de pánico.

—¿Quién es Amy?

El rostro de Steve se endureció. Su boca era una fría mueca.

—No lo sé —musitó—. Me siento como si acabara chocar contra un muro. Surge una palabra y después, ¡plas! Me golpeo contra el muro y no encuentro nada.

Jay se sentía morir. ¿Se habría equivocado al pensar que Frank no habría sido capaz de hacer algo así si Steve hubiera sido un hombre casado?, ¿sería Steve padre, además de marido?

Steve la observaba con atención y pareció adivinar el rumbo que estaban tomando sus pensamientos.

—No, no estoy casado y no tengo hijos —dijo bruscamente, y la hizo volverse hacia él—. Probablemente sea la hija de algún amigo —la estrechó de nuevo contra él—. ¿Conoces a alguien que tenga una hija llamada Amy?

Jay negó con la cabeza sin atreverse a mirarlo. El miedo había vuelto, lo sentía crecer dentro de ella. ¿Estaría Steve recuperando la memoria? Y cuando lo hiciera, ¿se marcharía? El paraíso no podía durar, lamenté.

Steve se quedó despierto mucho después de que se hubieran ido a la cama aquella noche. Jay dormía entre sus brazos como había hecho cada noche desde que habían llegado los vientos cálidos. Su pelo se extendía sobre el hombro izquierdo de Steve, que sentía también el calor de su aliento en el cuello. Presionaba su cuerpo sedoso y desnudo a lo largo del de Steve y deslizaba el brazo alrededor del pecho de este, quien recordó el pánico que por un instante se había reflejado en sus ojos cuando él había mencionado a Amy, fuera quien fuera aquella niña. La abrazó con fuerza, intentando mitigar sus miedos, aunque estuviera dormida.

Probablemente tendrían que pasar por muchos momentos como aquel, en los que una palabra casual activaba antiguos recuerdos. Esperaba que no la asustaran demasiado. ¿Realmente tenía tanto miedo de que no la quisiera cuando recuperara la memoria? Dios, ¿acaso no se daba cuenta de lo mucho que la amaba? Sus sentimientos iban mucho más allá de su memoria. Estaban grabados en sus huesos, enterrados en las profundidades de su existencia.

Amy. Amy.

Aquel nombre atravesó su mente como un rayo y de pronto vio a una niña pequeña, de pelo oscuro y brillante, riendo mientras se mordisqueaba la mano.

El corazón le latió con fuerza. Su memoria acababa de suministrarle un rostro a aquel nombre. No sabía quién era aquella niña, pero conocía su nombre y su rostro. La imagen mental desapareció, pero Steve se concentró

y comprendió que podía recuperarla como si fuera un recuerdo real. Tal como le había dicho a Jay, debía de ser la hija de una amiga, una niña a la que seguramente había conocido después de su divorcio.

Se relajó complacido con aquel recuerdo que había conseguido materializar. La satisfacción del sexo hacía que sintiera el cuerpo laxo y pesado y su respiración fue haciéndose más profunda y regular, adaptándose al ritmo del sueño.

«¡Tío Luke! ¡Tío Luke!»

Resonaban en su mente unas voces infantiles y la película comenzó a desarrollarse. Dos niños, cruzando por el césped, saltando y llamándolo tío Luke con toda la fuerza de sus pulmones.

Otra escena. Irlanda del Norte. Belfast. Reconoció aquel lugar mientras un escalofrío de terror recorría su espalda. Dos niños pequeños jugaban en la calle. De pronto, se levantaban vacilantes y echaban a correr.

Una imagen. El primero de los dos niños alzaba la mirada hacia él con labios temblorosos y lágrimas en los ojos y decía: «por favor, tío Duncan».

Otra imagen. Dan Rather amontonaba periódicos en la redacción mientras pasaban los títulos de crédito.

Una nueva imagen. Un enorme letrero en una estación que decía *Preferiría estar en Disney World*.

Mickey Mouse bailando... Un ratón rebuscando entre los cubos de basura de un callejón... Una granada moviéndose lentamente en el aire y cayendo sobre el cubo de basura con un ruido sordo; un ruido mayor y el cubo salía disparado... Otra imagen: un barco de vela blanco acercándose a la orilla y un joven moreno alzando la mano...

Las escenas iban abriéndose camino en su conciencia, eran como fogonazos que se sucedían uno tras otro, como si alguien estuviera hojeando a toda velocidad las páginas de un libro ante sus ojos.

Estaba sudando otra vez. Maldita fuera. Aquella libre asociación de recuerdos era un infierno. ¿Qué significaban aquellos recuerdos? ¿Habrían ocurrido de verdad? No lo inquietarían tanto si pudiera discernir cuáles eran reales y cuáles se referían a cosas que había visto en la televisión o en el cine, o que quizá había imaginado a partir de la lectura de un libro. De acuerdo, algunas eran obvias, como aquella en la que aparecía Dan Rather

con los títulos de crédito en el rostro. Pero desde que le habían quitado las vendas de los ojos había visto muchos informativos, de modo que aquel podía ser un recuerdo reciente.

Pero cuando se referían a él como «tío Luke» o «tío Dan»... Había algo en esos niños, en esos nombres, que le parecía muy real. De la misma forma que se lo parecía Amy.

Se levantó de la cama, con mucho cuidado de no despertar a Jay, y se dirigió hacia el salón, donde permaneció durante largo rato frente a la chimenea, observando los rescoldos. Estaba a punto de recuperar plenamente la memoria y lo sabía. Se sentía como si lo único que tuviera que hacer fuera doblar una esquina para que todo apareciera de nuevo ante él. Pero doblar aquella esquina mental no era tan fácil como parecía. Steve se había convertido en un hombre diferente desde la explosión. Estaba intentando conectar a dos personas separadas para fundirlas en una.

Había estado frotándose los dedos con el pulgar. Cuando lo advirtió, alzó la mano y la miró. Había recuperado los callos gracias a los constantes cortes de leña, pero las huellas dactilares continuaban borradas. ¿Cuánto de sí mismo habría dejado, o cuánto de su identidad habrían borrado de la misma manera que habían hecho desaparecer sus huellas? Cuando se miraba en el espejo, ¿hasta qué punto seguía siendo Steve Crossfield, en vez del producto de una reconstrucción facial? Su rostro había cambiado, su voz había cambiado y sus huellas dactilares habían desaparecido.

Era un hombre nuevo. Había renacido desde la oscuridad, había sido devuelto a la vida por la voz de Jay que lo llamaba hacia la luz.

Pero pudiera o no pudiera recordar, todavía tenía a Jay. Jay era una parte de él que la cirugía no podía cambiar.

La habitación fue quedándose fría a medida que fuego se apagaba y Steve sintió por fin el frío en su propio cuerpo. Volvió al dormitorio, se deslizó bajo las sábanas y sintió el cálido cuerpo de Jay acurrucándose contra él. Ella musitó algo, se estrechó contra él y buscó su postura habitual.

Inmediatamente, lo atravesó un deseo tan intenso como si no hubieran hecho el amor una hora antes.

—Jay —susurró con voz ronca, y la colocó debajo él.

Jay se despertó, alargó los brazos hacia él, le rodeó con ellos el cuello y se amaron el uno al otro en medio de la oscuridad hasta que Steve no fue capaz de conservar otros recuerdos que los que habían construido en común.

OceanofPDF.com

Capítulo Once

A la mañana siguiente, abandonaron temprano la cabaña para poder encontrarse con Frank en Colorado Springs esa misma tarde. A Jay la desgarraba tener que abandonar la cabaña; aquel había sido su mundo durante tanto tiempo que, al alejarse de él, se sentía expuesta. Solo saber que regresarían al día siguiente le daba el valor que necesitaba para abandonarla. Sabía que a la larga tendrían que dejarla para siempre, pero todavía no estaba preparada para enfrentarse a ese momento. Quería pasar más tiempo con el hombre al que amaba.

Pretendía preguntarle a Frank el nombre del agente que supuestamente había muerto el día de la explosión. Frank quizá no quisiera decírselo, pero tenía que preguntarlo. Porque aunque no pudiera pronunciarlo en voz alta, necesitaba saberlo, tenía que poner un nombre al hombre al que amaba. Lo miró mientras Steve conducía el *jeep* con manos expertas y sintió que su corazón se henchía. Era un hombre alto, de aspecto rudo, en absoluto atractivo con aquellas facciones operadas, pero le bastaba mirarlo a los ojos para embriagarse de puro placer. ¿Cómo podían haber imaginado que les sería posible hacer pasar a aquel hombre por Steve Crossfield?

Aquel subterfugio hacía aguas por todas partes, pero Jay no se había dado cuenta hasta que había estado demasiado enamorada de Steve como para que pudiera importarle. Se habían aprovechado del impacto de la noticia para evitar que Jay hiciera preguntas para las que no tenían respuesta. Preguntas tales como la razón por la que no utilizaban su tipo sanguíneo o alguna marca dental para determinar la identidad de su paciente. Desde el primer momento, Jay había sabido que Frank estaba ocultándole algo, pero estaba demasiado preocupada por Steve para pensar que era algo más que los detalles de una misión secreta. La verdad era que

se había dejado engañar tan fácilmente porque en el fondo prefería que la engañaran; después de ver a Steve tumbado en la cama en el hospital, tan malherido y, al mismo tiempo, luchando con una determinación tan férrea a pesar de su inconsciencia, no había deseado otra cosa que estar a su lado y ayudarlo a luchar.

No podían alojarse en el mismo hotel en el que se habían quedado la primera vez porque Frank no quería arriesgarse a que el recepcionista los reconociera. Incluso utilizaron nombres diferentes. Cuando llegaron, Frank ya estaba allí y había hecho las reservas con los nombres de Michael Carter y Faye Wheeler. Habitaciones separadas. Steve se mostró abiertamente disgustado, pero acompañó a Jay a la habitación de esta sin hacer ningún comentario y se dirigió después a la suya. El médico especialista examinó la vista de Steve inmediatamente. Luego lo llevaron a la óptica para que le hiciera unas gafas que estarían preparadas para la mañana siguiente. Jay permanecía en todo momento en un segundo plano, preguntándose qué resortes habría tenido que mover Frank, y cuántos brazos que retorcer, para que todo se hiciera tan rápido.

Regresaron al hotel poco después del anochecer y Steve se dirigió inmediatamente a la habitación de Jay.

—Hola, encanto —le dijo.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta tras él. Antes de que Jay pudiera contestar, estaba agarrándola con fuerza por los brazos y devorando sus labios.

Estremecida de placer, Jay se estrechó contra él y hundió los dedos en su pelo. Steve olía a viento y a nieve, su piel estaba helada, pero su lengua era cálida y atrevida. Al final, alzó la cabeza con una mirada de masculina satisfacción estampada en el rostro. Deslizó el pulgar por los labios de Jay, enrojecidos por el beso.

—Cariño, es posible que me hiele el trasero al venir a tu habitación esta noche, pero no pienso dormir solo.

—Tengo una sugerencia que hacerte —ronroneó Jay.

—Oigámosla.

—No te desnudes hasta que no hayas llegado a mi dormitorio.

Steve soltó una carcajada y volvió a besarla. La boca de Jay lo estaba volviendo loco; tenía el más erótico de los efectos sobre él. Besarla era mucho más excitante que hacer el amor con otras mujeres. Y, solo durante un instante, antes de que se desvanecieran por completo, algunas de esas mujeres aparecieron en su mente.

—El médico ya está de regreso a Washington. Frank se quedará aquí hasta mañana, de modo que estamos los tres juntos otra vez. ¿Tienes hambre? El estómago de Frank continúa ajustado a los horarios de Washington.

—La verdad es que estoy hambrienta. Y no me gustaría que nos acostáramos tarde, ya sabes.

Steve miró hacia la cama.

—Sí, ya sé.

—Jay esperaba tener alguna oportunidad para preguntarle a Frank por el nombre del agente. No quería arriesgarse a preguntar aquello en presencia de Steve porque oír su propio nombre podría activarle la memoria y ella todavía no podía enfrentarse a aquella posibilidad. Quería que Steve recordara, pero quería que lo hiciera cuando estuvieran solos en la pradera. Si no surgía ninguna oportunidad de hablar con Frank, lo llamaría cuando se hubieran retirado cada uno a sus habitaciones, siempre y cuando Steve no fuera directamente a la de ella. Pero probablemente, este se ducharía antes en su propia habitación y se cambiaría de ropa. Suspiró cansada de tener que anticiparse a todo. Ella no estaba preparada para aquel mundo.

Steve advirtió aquel suspiro y también la desesperación que reflejaban sus ojos. Jay no había dicho nada, pero esa expresión estaba allí desde que había tenido su primer recuerdo el día anterior. Aquello lo intrigaba. No se le ocurría ninguna razón por la que Jay pudiera lamentar que recuperara la memoria. Y precisamente porque no lo entendía y porque no había ninguna razón lógica, no podía olvidarlo. Cuando algo le preocupaba, pensaba en ello hasta encontrarle el sentido. Jamás renunciaba, nunca lo dejaba pasar. Su hermana muchas veces le decía que debía de tener alma de bulldog...

¿Su hermana?

Steve se quedó muy callado mientras cenaban los tres en un restaurante italiano. Parte de él estaba disfrutando de aquella sabrosa comida y otra

parte estaba activamente involucrada en la conversación, pero una tercera estaba examinando aquel recuerdo desde todos los ángulos posibles. Si tenía una hermana, ¿por qué le había dicho Jay que no tenía familia? ¿Y por qué Frank no le había hablado de ningún pariente? Aquello era de lo más disparatado. Steve podía aceptar que Jay tuviera una versión diferente de su vida porque no sabía en qué circunstancias se habían separado, pero era imposible que Frank no supiera quiénes eran sus amigos y familiares. Eso suponiendo siempre que las cosas que estaba recordando fueran reales.

Una hermana. La lógica le decía que era imposible. Y sus entrañas le decían que la lógica podía engañarlo.

Una hermana. Amy. «¡Tío Luke! ¡Tío Luke!». Las voces de los niños reverberaban en su mente mientras se reía por algo que Frank acababa de decir. «Tío Dan. Tío Luke. Tío, Luke, Luke, Luke...».

—¿Estás bien? —le preguntó Jay.

La preocupación ensombrecía la mirada de este cuando ella posó la mano en su muñeca. Podía sentir la tensión que emanaba de Steve y la sorprendía que Frank no pareciera notar que estaba pasando algo anormal.

En el momento en el que Steve se volvió hacia Jay y sonrió, dejó de palparle la cabeza. Se sabía dispuesto a dar su pasado por perdido siempre y cuando pudiera tener a Jay. El cordón umbilical que los unía era tan sensible como las cuerdas de un Stradivarius.

—Me duele un poco la cabeza —contestó—. Supongo que se me ha cansado la vista al conducir.

Ambas cosas eran ciertas, aunque la segunda no era la causa de la primera. Además, no había tenido que forzar la vista para conducir. El único problema lo tenía para leer de cerca; su visión a larga distancia continuaba siendo tan precisa como siempre. En ese aspecto, tenía la vista de un piloto de aviación.

Jay volvió a concentrarse en la conversación, pero fue tan consciente de que Steve comenzaba a relajarse como lo había sido de su creciente tensión. ¿Habría ocurrido algo aquella tarde que no le había contado? La sensación de miedo era casi sobrecogedora y deseaba con todas sus fuerzas que volvieran a la cabaña.

Cuando regresaron al hotel, advirtió aliviada que Steve se dirigía a su propia habitación en vez de quedarse hablando con Frank o de seguirla a ella directamente a la suya. En cuanto estuvo en su cuarto, Jay se abalanzó sobre el teléfono y marcó el número de la habitación de Frank.

—Soy Jay —se identificó a sí misma.

—¿Ocurre algo? —Frank se puso inmediatamente en alerta.

—No, todo va bien. Es solo que hay algo que me inquieta, pero no quería preguntártelo delante de Steve.

Frank se tensó en su habitación. ¿Habría cometido algún fallo?

—¿Es sobre Steve?

—Bueno, no, en realidad no. El agente que murió... ¿Cómo se llamaba? Últimamente pienso mucho en eso, en que se murió y ni siquiera sé su nombre.

—No tienes por qué saberlo. Nunca lo conociste.

—Lo sé —contestó suavemente—. Solo quería saber algo sobre él. Steve podría haber estado en su lugar. Además, ahora que está muerto, no hay ningún motivo para mantener oculta su identidad, ¿verdad?

Frank pensó en ello. Podía darle un nombre ficticio, pero decidió decirle por lo menos algo cierto. Con el tiempo, Jay conocería aquel nombre y podría ayudar que creyera que en realidad todo había sido un simple error.

—Se llamaba Lucas Stone.

—Lucas Stone —Jay repitió aquel nombre con voz suave—. ¿Estaba casado? ¿Tenía familia?

—No, no estaba casado —contestó Frank, eludiendo intencionadamente la segunda pregunta.

—Gracias por decírmelo. Me molestaba no saberlo.

Y Frank nunca sabría hasta qué punto, pensó mientras colgaba lentamente el auricular. Lucas Stone. Repitió el nombre una y otra vez, asociándolo al rostro de Steve y sintiendo que su corazón volvía a latir de nuevo. Lucas Stone. Sí.

Solo entonces se dio cuenta del error que acababa de cometer. Si hasta entonces le había resultado difícil referirse a él como Steve, a partir de ese momento le resultaría casi imposible. Steve era un nombre robado, pero Jay

se había acostumbrado a él porque no había alternativa. ¿Qué ocurriría si en algún momento se le escapaba el nombre de Lucas?

Permaneció sentada en la cama durante largo rato, debatiéndose en medio de aquel laberinto de espejos que la atrapaban con sus falsos reflejos. Las cosas que no sabía la paralizaban tanto como las que sabía, hasta el punto de que temía confiar en su propia intuición. No era una persona hecha para la mentira; era una mujer franca. Precisamente, esa era una de las razones por las que no había encajado en el mundo de la banca.

Al final, cansada de asomarse a tantas puertas sin salida, se metió en la ducha y se preparó para acostarse. Cuando salió del baño, Lucas... ¡Steve!, se recordó, frenética, estaba tumbado en la cama, parcialmente desnudo.

Jay miró hacia la puerta.

—¿No hemos hecho esto mismo en otra ocasión?

Lucas se levantó y la estrechó contra él.

—Con una diferencia. Una gran diferencia.

Lucas olía a jabón, a loción de afeitado y al aroma almizcleño de los hombres. Jay se aferró a él, presionó el rostro contra su cuello e inhaló aquella fragancia. ¿Qué haría si la dejaba? Sería como vivir en un mundo del que había desaparecido el color, se sentiría incompleta eternamente. Lentamente, deslizó las manos por su pecho, enredando los dedos en el vello rizado y sintiendo el calor de su piel y los músculos de hierro que escondía. Tenía unos músculos tan fuerte que apenas cedían bajo la presión de sus dedos. Desconcertada, Jay presionó experimentalmente el brazo izquierdo de Steve y observó cómo palidecía su propia uña por la presión, pero él continuaba sin notar nada.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Lucas con curiosidad.

—Ver lo duro que estás.

—Cariño, ese no es el lugar indicado.

Jay soltó una carcajada y alzó rápidamente la mirada hacia él.

—Creo que en otras partes de tu cuerpo ya sé lo duro que estás.

—¿Ah, sí? Hay partes y partes del cuerpo. Y algunas necesitan muchas más atenciones que otras.

Mientras hablaba, comenzó a desplazarla hacia la cama. Estaba excitado. Jay, sintiendo la presión de su excitación contra ella, deslizó la

mano hacia la protuberancia de sus vaqueros.

—¿Esa es una de las partes de tu cuerpo que necesita atención?

—Mucha atención —le aseguró él mientras se tumbaba junto a ella en la cama.

Sintió que Jay movía las piernas y alzaba las caderas para amoldarse a él y toda la diversión desapareció de su rostro para ceder el paso a una expresión feroz e intensa. Era una mirada que hacía estremecer a Jay de exquisita anticipación.

Alzó la mirada hacia él. El rostro de Steve también perdió toda la tensión mientras Jay deslizaba las manos delicadamente a lo largo de su cuerpo.

—Te quiero —le dijo. Y su corazón añadió: «Lucas».

La mañana siguiente era distinta. Era como si el mundo hubiera cambiado durante la noche, pero Steve no era capaz de señalar cuál era la diferencia. Era una sensación extraña, como si estuviera más a gusto consigo mismo. Tenía a Jay entre los brazos, su melena sedosa rozaba su hombro. Si hubieran estado en la cabaña, se habría levantado para encender el fuego y habría vuelto a la cama dispuesto a hacer el amor con ella. Pero no estaba en la cabaña y tenía que regresar a su dormitorio para afeitarse y vestirse. Ese maldito Frank... Había reservado habitaciones separadas sabiendo que solo necesitaban una. Pero Jay no era como las demás mujeres; Jay era especial. Y quizá aquel hubiera sido su tributo a ese ser tan especial.

Otras mujeres. La idea continuaba aguijoneándolo cuando dejó a Jay y regresó a su dormitorio. Estaba recuperando la memoria, no de una forma melodramática, como si de pronto se hiciera la luz, sino como si fueran aparecieron una serie de piezas desconectadas entre sí. Surgían nombres, rostros. Sin embargo, en vez de sentirse eufórico, iba experimentando una creciente sensación de recelo. No le había dicho a Frank que había recuperado la memoria, esperaría hasta que la hubiera recuperado plenamente y hubiera tenido tiempo de considerar su situación. La cautela era casi una segunda naturaleza en él, al igual que la rápida revisión que

hizo en su habitación para asegurarse de que nadie había entrado en su ausencia.

Se duchó y se afeitó, pero mientras se duchaba, se descubrió a sí mismo mirándose fijamente en el espejo, intentando averiguar su pasado en aquel reflejo. ¿Pero cómo podía reconocerse a sí mismo cuando su rostro había cambiado? ¿Qué aspecto tendría anteriormente? Se preguntaba si Jay tendría alguna fotografía suya; si la había conservado, sería una fotografía antigua. Las mujeres tendían a conservar los recuerdos y su divorcio no había sido muy desgarrador, de modo que quizá Jay no hubiera roto ninguna de sus fotografías. Y a lo mejor verla podía proporcionarle algún vínculo con el pasado.

Diablos, ¿realmente serviría para algo? Se miró disgustado. No había reconocido ni a Jay ni a Frank, ¿por qué entonces iba a reconocer su viejo rostro? El único rostro que conocía era el que podía ver en aquel momento y, realmente, no era gran cosa. Daba la sensación de que había jugado demasiadas veces al *rugby* sin casco.

Aun así, continuaba experimentando la sensación de estar al borde de algo... Estaba allí, pero más allá de su alcance.

Era una sensación que lo asaltaba en muchos momentos, como cuando se había puesto con extraordinaria facilidad la pistolera en el hombro, o al percibir la familiaridad con la que había agarrado la pistola. Aquella facilidad, aquella familiaridad, habían estado antes allí, pero en aquel momento eran algo diferente, como si el vínculo entre el pasado y el presente estuviera volviendo. Pronto. Sucedería pronto.

El día transcurrió sin incidentes, pero la sensación de anticipación no lo abandonaba. Se reunieron los tres durante el desayuno; Frank y él se acercaron después a la óptica para ir a buscar las gafas. Durante el trayecto de vuelta, Steve preguntó:

—¿Habéis encontrado ya a ese tal Piggot?

—No, todavía no. Se supo algo de él hace un mes, pero desapareció de nuevo antes de que pudiéramos atraparlo.

—¿Es bueno?

Frank vaciló un instante.

—Condenadamente bueno. Uno de los mejores. Su perfil psicológico dice que es un psicópata, pero muy controlado, muy profesional. Para él, sus trabajos son motivo de orgullo. Esa es la razón por la que quiere atraparte. Tú le has apretado las tuercas como nadie. Le has estropeado varios trabajos, has matado a sus hombres y has conseguido darle un golpe tan fuerte que se ha visto obligado a desaparecer del mapa durante unos meses para recuperarse.

—Es posible que le haya dado duro, pero no lo suficiente —dijo Steve con aire ausente—. ¿Tienes alguna fotografía suya?

—Aquí no. Solo hay una. La tomamos con un objetivo telescópico y está bastante borrosa. Es un hombre rubio, de cuarenta y dos años, le falta el lóbulo de la oreja izquierda, también por culpa tuya. Ese fue un duro golpe para su reputación.

—Sí, bueno, hay días en los que no estoy de muy buen humor.

Una respuesta propia de Lucas Stone. Frank sintió el impacto como si fuera una bofetada, pero mantuvo las manos firmemente aferradas al volante.

—¿Estás recuperando la memoria?

—Todavía no —mintió Steve.

Estaba viendo ya a Geoffrey Piggot, un rostro delgado, maligno y frío. Un nuevo rostro asociado a un nombre.

Steve estuvo muy callado durante el camino de vuelta a la cabaña. Jay lo miraba de reojo, pero las gafas de sol le ocultaban los ojos y no podía ver su expresión. Todavía sentía la tensión que lo embargaba, de la misma manera que la había sentido la noche anterior durante la cena.

—¿Vuelves a tener dolor de cabeza? —le preguntó por fin.

—No —contestó Steve, y suavizó la brusquedad de su respuesta alargando la mano para acariciarle la barbilla—. Me encuentro bien.

—¿Frank te ha dicho algo que te haya molestado?

Steve consideró las desventajas de dejar que alguien llegara a estar tan unido a él que pudiera interpretar perfectamente sus cambios de humor, pero después comprendió que en el caso de Jay, aquella batalla estaba

perdida, porque siempre quería que estuviera más cerca de él. Y además, no había permitido que se acercara a él, sencillamente, había ocurrido.

—No. Solo me ha contado algunas cosas sobre el tipo que intentó convertirme en un pedazo de carne asada.

—¡Uf, qué bruto eres! —contestó Jay, palmeándole la mano.

Steve soltó una carcajada.

Al cabo de unos minutos, Jay se acurrucó en el asiento, con la cabeza apoyada en el respaldo.

—Tengo ganas de volver a casa.

Steve estaba completamente de acuerdo con ella.

Llevaban tanto tiempo solos que aquel viaje había significado prácticamente un choque cultural. Las luces de neón y el tráfico habían supuesto un auténtico sobresalto para sus sentidos, acostumbrados a los abetos plateados, la nieve y un profundo silencio. Aunque no le importaría nada regresar a la civilización si fuera para que Jay y él se hicieran análisis de sangre y consiguieran la licencia de matrimonio.

Análisis de sangre.

De pronto, se sintió alerta, como se había sentido miles de veces cuando su vida estaba pendiente de un hilo. La adrenalina chisporroteaba por sus venas y el corazón le latía a toda velocidad, aunque no iba tan rápido como su cerebro. Un análisis de sangre. Maldita fuera, aquello no encajaba. ¿Por qué había tenido Jay que identificarlo cuando ellos tenían todos los medios para hacerlo? Era su agente. Por supuesto, sus huellas dactilares habían desaparecido, estaba inconsciente y sin voz, pero aun así, tendrían su tipo sanguíneo, conocerían sus piezas dentales. Para ellos debía ser relativamente sencillo establecer su identidad. Por lo tanto, no necesitaban a Jay en absoluto, pero era evidente que habían querido contar con ella por alguna razón.

Steve repasó mentalmente lo que Jay le había dicho. Querían que lo identificara porque no tenían ningún documento y necesitaban saber si era su exmarido el que había sobrevivido porque él y uno de sus agentes se habían visto atrapados en una explosión y uno de ellos estaba muerto. Eso significaba que debía haber dos agentes en el lugar, pero eso no cambiaba el hecho de que Frank tuviera todos los métodos para identificarlos a ambos.

Supuestamente, él y el otro agente se parecían físicamente, debían pesar y medir lo mismo, además de tener el mismo color de pelo y de ojos. Pero aun así, eso no tendría que haber supuesto ningún problema para identificarlos, incluso en el caso de que hubieran coincidido sus tipos sanguíneos. Porque todavía podían acudir a la información que proporcionaba la dentadura.

Maldita fuera, se sentía como un estúpido. ¿Por qué no se habría dado cuenta con anterioridad? Habían metido a Jay en aquel asunto por alguna razón, pero desde luego, no era porque tuviera que identificarlo. ¿Qué demonios estaba tramando Frank?

Pensar. Tenía que pensar. Se sentía como si estuviera intentando recomponer un rompecabezas al que le faltaban todas las piezas, de modo que, por mucho que las moviera, no terminaban de encajar. Si al menos pudiera recordar, ¡maldita fuera!

¿Por qué Frank le habría mentado a Jay? ¿Por qué inventarse esa historia de que él y el otro agente se parecían extraordinariamente el uno al otro? ¿Por qué habían insistido en que necesitaban a Jay?

¿Y por qué podían necesitar a Jay?

Las voces retumbaban en su interior.

«Felicidades señor Stone... Me alegro de que hayas vuelto, hijo... ¡Tío Luke!... Stone... hijo... Tío Luke... Hijo... Luke... Stone».

Luke Stone.

Se aferró con fuerza al volante. Se sentía como si acabaran de darle un golpe en el pecho. Luke Stone. Lucas Stone. ¡Que se fuera al infierno el maldito Frank Payne! ¡Se llamaba Lucas Stone!

En cuanto hubo atravesado mentalmente ese umbral, todos los recuerdos fluyeron de forma confusa, creándole tanto ruido mental que apenas podía conducir. No se atrevía a parar. No se atrevía a dejar que Jay supiera lo que estaba sintiendo. Sentía... Dios, no sabía cómo se sentía. Le dolía la cabeza, pero al mismo tiempo experimentaba una enorme sensación de alivio. Había recuperado su identidad, la sensación de ser él mismo. Por fin se conocía.

Era Lucas Stone. Tenía familia y amigos, un pasado.

Pero no era el exmarido de Jay. No era Steve Crossfield. No era el hombre del que Jay se había enamorado.

Así que ese era el motivo por el que la habían involucrado en aquel enredo. Había un solo agente en la explosión, y era él. Steve Crossfield debía estar allí por cualquier otra razón y había muerto. Lucas intentó recordar los momentos anteriores a la explosión, pero aparecían borrosos, fragmentados. Probablemente nunca los recordaría. Pero sí recordaba haber visto a un hombre alto y delgado caminando por la calle; la luz de las farolas dibujaba su silueta en el pavimento empapado. Ese podía ser Steve Crossfield. No recordaba nada de lo que había ocurrido después, aunque en aquel momento se acordaba de haber hecho un contacto para concertar un encuentro con Minyard. Y también se recordaba a sí mismo yendo al lugar de la reunión. Había alzado la mirada, había visto a ese hombre... y después nada. Todo lo demás era el vacío, hasta que la voz de Jay lo había sacado de la oscuridad.

Evidentemente, su tapadera había fallado. Piggot andaba tras él; esa era la razón de toda aquella farsa. Forzar a Jay para que creyera que él era su exmarido y hacer que él asumiera la identidad de Steve Crossfield era la mejor forma que había encontrado el Hombre de ocultarlo hasta que pudieran neutralizar a Piggot. El Hombre jamás subestimaba a sus enemigos y Piggot era, como el propio Frank había dicho, muy bueno. Y la extensión de aquel engaño también le indicaba a Lucas que el Hombre sospechaba que había algún infiltrado entre sus hombres y no confiaba en los canales tradicionales.

Así que había decidido enterrarlo y Lucas había despertado convertido en otro hombre, con otro rostro, con otra vida, incluso con otra mujer.

¡No, maldita fuera! La furia lo inundaba y sus nudillos palidecían mientras esquivaba como un autómatas la nieve helada de la carretera. Quizá él no fuera Steve Crossfield, pero Jay era suya. Suya. Era la mujer de Lucas Stone.

En silencio, vapuleó al Hombre y a Frank con los peores insultos que acudieron a su mente, que aplicó a varias generaciones de sus antepasados. Frank fue el mejor parado, pero Lucas podía ver la fina mano del Hombre en todo aquello. Nadie tenía una mente tan intrincada como Kell Sabin; ese

era el motivo que le había valido el sobrenombre de el Hombre. Probablemente, no, con toda seguridad, le habían salvado la vida si había un infiltrado que le estaba pasando información a Piggot, pero no eran ellos los que tendrían que decirle a Jay que no era su exmarido. No eran ellos los que tendrían que decirle que el hombre al que amaba estaba muerto y ella había estado acostándose con un desconocido.

¿Qué diría Jay? Y más importante todavía, ¿qué haría?

No podía perderla. No podría soportarlo. Esperaba, y probablemente sabría cómo manejarlo, sorpresa, enfado, miedo incluso, pero no podría soportar que aquellos ojos azules lo miraran con odio. Y no podía permitir que Jay se alejara de él.

Inmediatamente, comenzó a analizar la situación desde todos los ángulos posibles, buscando una solución. Pero incluso mientras pensaba, sabía que no había ninguna. No podía casarse con Jay utilizando el nombre de Steve Crossfield porque en ese caso el matrimonio no sería legal. Además, no estaba dispuesto a permitir que su mujer llevara el apellido de otro hombre.

Tendría que decírselo.

Probablemente, su familia lo creía muerto, y no había manera de desmentirlo sin ponerlos en peligro. Pondría a su familia en situación de riesgo si alguna vez Piggot llegaba a enterarse de que en realidad estaba vivo. En cualquier caso, tal y como iban las cosas, iba a tener que emplear mucho tiempo en convencer a su familia de cuál era su identidad; ya no tenía ni el aspecto ni la voz que ellos habían conocido. Tenía las manos atadas hasta que Piggot cayera. Después, suponía que Sabin haría los arreglos necesarios para notificar a su familia que habían cometido un error en la identificación y que debido a una serie de circunstancias poco habituales, etcétera, etcétera, solo entonces habían podido corregir el error. Probablemente, el Hombre ya tendría hasta pensado el telegrama.

Su familia asumiría todo lo ocurrido; se alegrarían de volver a verlo, aunque hubiera cambiado su aspecto o el hecho de que tuviera la voz arruinada.

Jay era la víctima. La habían utilizado como última tapadera. ¿Cómo demonios iba a poder perdonarlo?

Jay se quedó dormida y no se despertó hasta que Lucas giró para tomar el camino que llevaba a la pradera.

—Ya estamos en casa —musitó, echándose el pelo hacia atrás. Se volvió y le dirigió a Lucas una sonrisa. Lucas volvía a estar tenso otra vez, supervisaba cada detalle del camino. Había vuelto a caer la nieve, las huellas que habían dejado los neumáticos el día anterior, así como cualquier otro rastro que hubiera podido dejar alguien después de que ellos se fueran, se habían borrado. Estaba poniendo en juego todos sus años de preparación y Lucas Stone no era un hombre al que le gustara correr riesgos. Riesgos innecesarios, por supuesto. En más de una ocasión, se había encontrado en situaciones en las que su vida pendía de un hilo, pero solo porque no tenía otra opción. Sin embargo, correr riesgos con la vida de Jay era otra cosa.

Como siempre, ella advirtió la tensión de su rostro y se quedó en silencio, con un ceño de preocupación ensombreciendo su frente.

La nieve que rodeaba la cabaña estaba inmaculada, pero después de aparcar el coche, Lucas posó la mano en el brazo de Jay para impedir que saliera.

—Quédate aquí hasta que haya revisado la cabaña —le dijo con voz dura.

Sacó la pistola de debajo de la chaqueta y se alejó sin mirarla siquiera. Sus ojos no se detenían ni un solo segundo. Se deslizaban de ventana en ventana, examinaban cada milímetro de tierra, buscaban tras el traicionero movimiento de una cortina.

Jay se quedó paralizada. Aquel hombre que avanzaba como un gato sigiloso hacia la puerta trasera de su casa era el hombre al que amaba, un depredador, un cazador. Un hombre innatamente cauteloso, tan ágil como el viento mientras, pegado a la pared de la casa, alargaba la mano izquierda hacia el picaporte de la puerta trasera con la pistola preparada en la mano derecha. Sin hacer un solo ruido, abrió la puerta y desapareció en el interior de la cabaña. Dos minutos después, aparecía de nuevo en la puerta, mucho más relajado.

—Pasa —le dijo, y se acercó hasta el *jeep* para buscar las maletas.

A Jay la irritó que la hubiera asustado de aquella manera por nada; le hizo acordarse de la mañana en la que había estado siguiéndole el rastro en la nieve.

—No me hagas eso —le espetó.

Abrió la puerta del coche y salió. La nieve crujió bajo sus botas.

—¿Hacerte qué?

—Asustarme de esa manera.

—Asustarte es infinitamente mejor que meterte en una emboscada —respondió Lucas con vehemencia.

—¿Cómo podría saber nadie que estamos aquí? ¿Y por qué debería importarle a nadie?

—Si Frank no pensara que hay alguien a quien le importa, y mucho, no se habría tomado tantas molestias en escondernos.

Jay subió los escalones de la entrada y se sacudió la nieve de las botas antes de entrar en la cabaña. Hacía frío, pero no mucho, porque habían dejado encendida la calefacción. Le quitó a Lucas una de las bolsas, la llevó al dormitorio y comenzó a deshacerla mientras él encendía el fuego.

Lucas observaba las llamas que lamían los troncos que había colocado en la chimenea e iban devorando poco a poco la madera. No podía decírselo, todavía no. Aquella podría ser la última oportunidad que tendría para estar con ella, un período de gracia indefinido que terminaría el día en el que los hombres de Sabin atraparan a Piggot. Él utilizaría ese período para unir a Jay tan intensamente a él que, cuando descubriera su verdadero nombre, cuando supiera que Steve Crossfield estaba muerto, continuaría queriéndolo. Jay le había dicho que lo amaba, pero era a Steve Crossfield a quien iban dirigidas aquellas palabras. Y, curiosamente, era Steve Crossfield el que las estaba oyendo. Él era Lucas Stone, y quería a Jay para él.

Su deseo era intenso, urgente, como si de pronto se hubiera encendido una hoguera en su vientre. Caminó hasta el dormitorio y observó a Jay un instante mientras esta se inclinaba para quitarse las botas y los calcetines. Jay era una mujer delgada, esbelta como un junco, con la piel suave como la seda.

Lucas se acercó hasta ella, le rodeó la cintura con el brazo y la tumbó en la cama.

Jay se echó a reír. Había desaparecido la irritación de sus ojos.

—Este año deben de estar de moda estos acercamientos más propios del hombre de las cavernas —bromeó.

Lucas no pudo devolverle la sonrisa. La deseaba terriblemente y necesitaba que le dijera esas palabras a él, no a un fantasma. Sus ojos resplandecían mientras la desnudaba y recorría con la mirada su desnudez. Los pezones de Jay se irguieron al contacto con el frío de la noche, sus senos se mantenían firmes, henchidos. Lucas los rodeó con las dos manos y alzó los pezones hacia su boca para succionarlos alternativamente.

Jay jadeó y arqueó la espalda. Aquella receptividad hacía añicos toda la capacidad de control de Lucas, le hacía desearla con la misma impaciencia que un adolescente. Apenas soportaba apartar las manos de ella durante los segundos que necesitaba para desprenderse de su propia ropa.

—Dime que me quieres —le pidió mientras le colocaba las piernas alrededor de sus caderas y comenzaba a hundirse en ella.

Jay se retorció voluptuosamente, frotando sus senos contra el vello hirsuto de su pecho.

—Te amo —hundió las manos en su espalda y sintió la tensión de sus músculos—. Te amo.

Lucas empujó suavemente y ella lo aceptó sintiendo cómo crecía el placer en su interior hasta convertirse en un deseo extremo. Su cuerpo estaba tan en sintonía con el de él que cuando Lucas comenzó los rítmicos movimientos del amor, la tensión sensual de Jay alcanzó rápidamente su punto máximo. Lucas la abrazó con fuerza hasta que dejó de temblar y comenzó de nuevo a moverse.

—Otra vez —susurró Jay.

Quería gritar su nombre, pero no podía. No podía llamarlo Steve y no se atrevía a llamarlo Lucas. Tenía que morderse los labios para no decir su nombre. Un gemido se elevaba en su garganta. Lucas la controlaba, sus movimientos lentos y estudiados la elevaban solamente hasta determinada altura, negándose a permitir que llegara más alto. Jay estaba encendida, todas sus terminaciones nerviosas parecían a punto de explotar de placer.

—Dime que me quieres —dijo Lucas con voz grave.

La tensión se evidenciaba en su rostro mientras continuaba moviéndose con exasperante lentitud.

—Te quiero.

—Otra vez.

—Te quiero.

Lucas quería oír su nombre, pero aquella posibilidad le estaba negada. Y se prometió que, alguna vez, en el futuro, cuando todo aquello hubiera terminado, volvería a estar con Jay en la misma situación, y ella gritaría su nombre. De momento, tenía que conformarse con saberlo él y con la forma en la que Jay clavaba la mirada en sus ojos mientras susurraba esas palabras una y otra vez, hasta que él perdió el control y una dulce locura los arrastró a los dos.

Nunca tendría bastante de Jay, y saber que podía perderla le resultaba insoportable. Los vínculos físicos eran los más básicos e, instintivamente, los estaba utilizando para fortalecer los lazos que los unían. Estaba decidido a convertirse en parte de Jay de tal manera que llegaría un momento en el que los nombres dejarían de importar.

Dos noches después, Frank acababa de meterse en la cama cuando sonó el teléfono. Con un suspiro, alargó la mano hasta el auricular.

—Payne —contestó.

—Piggot está en México D.F. —dijo el Hombre.

Olvidándose inmediatamente de la tranquila noche de sueño que había estado prometiéndose, Frank se sentó en la cama completamente a alerta.

—¿Tienes a alguien detrás de él?

—No, todavía no. Pero a estas alturas ya parece claro quién está tirando del hilo. Yo me ocuparé de ese pequeño detalle, pero tú encárgate de sacar a Luke de allí. Ya han averiguado la localización de la cabaña.

—¿Qué quieres que le cuente exactamente a Luke?

—Todo. Ahora ya no importa. Me pondré en contacto contigo a lo largo de las próximas veinticuatro horas. Tú encárgate de poner a Luke y a Jay a salvo.

Inmediatamente después, Kell Sabin colgó el teléfono preguntándose si no habría puesto en peligro a un amigo, además de a una mujer inocente.

OceanofPDF.com

Capítulo Doce

En cuanto oyó el primer pitido del busca que cada noche dejaba en la mesilla, Lucas se levantó y fue a buscar los pantalones. El tono le indicaba que era el busca y no la alarma que activaba el láser, pero el mero hecho de que Frank estuviera poniéndose en contacto con él en medio de la noche ya era suficientemente alarmante. Jay se incorporó en la cama y alargó la mano hacia la lámpara, pero Lucas la detuvo.

—Nada de luces.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jay, quedándose muy quieta.

—Voy a ir al cobertizo. Está sonando el busca. Frank está intentando ponerse en contacto con nosotros.

—Entonces ¿por qué no quieres que encienda la luz?

—Frank no se pondría en contacto con nosotros en mitad de la noche a menos que hubiera surgido una emergencia. Podría ser demasiado tarde. Y si Piggot anda cerca de aquí, una luz podría alertarlo.

—¿Piggot?

—El tipo que intentó matarme, ¿recuerdas?

—Voy contigo.

Jay se levantó de la cama a la velocidad del rayo y comenzó a buscar su ropa en medio de la oscuridad. Lucas fue a detenerla, no quería que Jay abandonara la seguridad de la cabaña, pero si Piggot los había encontrado, la cabaña tampoco sería un lugar seguro. Bastarían una granada y un lanzacohetes en manos de un experto, como lo era Piggot, para que, en cuestión de segundos, la cabaña se convirtiera en un infierno.

Lucas se puso las botas y sacó la pistola de la pistolera que siempre tenía a mano. Mientras salía de la habitación, descolgó la cazadora del perchero de la puerta y se la puso mientras corría a través de la cabaña a

oscuras hasta llegar a la puerta de atrás. Jay iba tras él después de haber conseguido ponerse los vaqueros, una camisa de franela de Lucas y las botas, sin preocuparse de los calcetines.

Caminaron por encima de la nieve hasta el cobertizo, procurando mantenerse entre las sombras todo posible. Aquel maltrecho cobertizo era toda una revelación. Jay se había quedado atónita la primera vez que Lucas le había enseñado lo que se escondía bajo su techo. Este apartó una bala de heno para enseñarle una trampilla con la anchura suficiente como para permitirle meter los hombros. Desde allí presionó el botón que abría la cerradura electrónica. La trampilla se abrió lentamente y reveló en su interior una escalera que descendía hacia un sótano, iluminado únicamente por las luces rojas colocadas al lado de cada escalón. Lucas la urgió a bajar, la siguió, cerró la trampilla tras él y no encendió las luces hasta que llegaron a la sala de comunicaciones.

La sala era pequeña y estaba repleta de aparatos. Había un ordenador con su correspondiente pantalla, una antena para las conexiones por vía satélite y una impresora apoyada en una de las paredes; frente a ella, se veía un complejo sistema de radio. Apenas quedaba espacio en la habitación para moverse, y parte de él estaba ocupado por una silla. Lucas tomó la silla y encendió la radio.

—Estoy en el aire.

—Haced las maletas. Han visto a Piggot en México capital y nos han comunicado que la localización de la cabaña ya no es segura.

La voz de Frank resonaba misteriosamente en la habitación, sin aquellos pequeños crujidos que normalmente acompañaban las transmisiones radiofónica, lo que daba fe de la calidad del equipo.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—El Hombre ha estimado que unas cuatro horas; menos si Piggot tiene cómplices por la zona.

—Lo que hace normalmente es colocar a sus hombres en la zona, pero mantenerlos a distancia hasta que él llega. Le gusta orquestar las cosas por sí mismo —la voz de Lucas sonaba distante y su mente corría a toda velocidad.

Se hizo un silencio absoluto en la sala, hasta que Frank preguntó quedamente:

—¿Luke?

—Sí —contestó Lucas.

Fue consciente del repentino movimiento de Jay, al que siguió una inmovilidad casi total. Él no pretendía decírselo de aquella manera, pero las cosas estaban sucediendo condenadamente deprisa. Cuatro horas no eran mucho tiempo y, ocurriera lo que ocurriera, quería que Jay supiera su nombre. Durante cuatro horas al menos, sabría de quién era la mujer.

—¿Cuándo lo has sabido? —preguntó Frank.

—Hace un par de días. ¿Hay alguna posibilidad de interceptar a Piggot antes de que llegue hasta aquí? Eso sería lo mejor.

—Pocas. Lo más probable es que lo agarremos allí. No sabemos dónde está, pero sí hacia dónde se dirige.

—No le gusta trabajar por encargo, y eso significa que probablemente a estas alturas estará viniendo hacia aquí en una avioneta y pretende aterrizar en cualquier pista privada de esta zona. ¿Tienes un lisio de las pistas de la zona?

—Ahora mismo lo estamos sacando en el ordenador. Pondremos agentes en todas ellas.

—¿Hay algún lugar seguro en el que pueda dejar a Jay?

Frank contestó en tono urgente.

—Luke, tú no estás de servicio. No te quedes como cebo. Móntate en el *jeep*, sal de allí con Jay y llámame dentro de cinco horas.

—El desastre de Piggot ha sido cosa mía. Yo lo arreglaré —contestó Lucas en tono frío y distante—. Si hubiera conseguido atraparlo el año pasado, ahora no estaríamos soportando todo esto.

—¿Y qué me dices de Jay?

—La sacaré de aquí. Pero después volveré por Piggot.

Consciente de la inutilidad de discutir con él a kilómetros de distancia, Frank contestó:

—De acuerdo. Ponte en contacto con Veasey en esta frecuencia, y ponte en marcha —recitó los números de la frecuencia solo una vez.

—Roger —dijo Lucas, y apagó el interruptor para cortar la comunicación entre ellos.

A continuación, dio media vuelta en la silla, se levantó y se volvió hacia Jay.

Esta sentía todo su cuerpo entumecido mientras lo miraba. Lucas lo sabía. Había recuperado la memoria. Su tiempo de gracia se había agotado, los espejos habían estallado en añicos: la farsa había terminado. La violencia que había llevado a Lucas a su vida estaba a punto de arrebatárselo otra vez.

Tras haber recuperado la memoria, volvía a ser Lucas Stone. Estaba en sus ojos, en el agresivo resplandor que brillaba en su mirada. Su rostro se había endurecido.

—No soy Steve Crossfield —dijo bruscamente—. Me llamo Lucas Stone. Tu exmarido está muerto.

Jay se había quedado blanca y estaba completamente helada.

—Lo sé —susurró.

Lucas esperaba oír todo tipo de cosas, pero jamás se había imaginado que aquella sería la respuesta de Jay. Lo dejó atónito, confuso, e irracionalmente furioso. Había pasado una auténtica agonía durante esos días, pensando en el momento de decírselo. Y ella ya lo sabía...

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó secamente.

Jay sentía entumecidos hasta los labios.

—Desde hace tiempo —contestó.

Lucas la agarró con fuerza del brazo.

—¿Cuánto tiempo es «desde hace tiempo»?

Jay intentó pensar. Llevaba tanto tiempo atrapada en aquella telaraña de mentiras que le resultaba difícil recordarlo.

—Tú... todavía estabas en el hospital.

Por la mente de Lucas pasaban toda clase de posibilidades. Lo habían entrenado para pensar siempre lo peor, para no dejar de machacarse hasta que las cosas tuvieran sentido. Y no le gustaban nada las posibilidades que aparecían en su mente. Desde el primer momento, él había asumido que Jay era completamente inocente, que lo ignoraba todo, y había sido utilizada por Sabin y por Frank Payne para protegerlo, pero era más probable que la

hubieran contratado para hacer aquel trabajo. Una furia incontrolable comenzó a crecer en su interior y tuvo que dominar su genio.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Dios, por un momento, había estado a punto de volverse loco con todos aquellos recuerdos que acudían a su mente sin que ninguno concordara con las cosas que Jay le había contado sobre él. Habría recuperado la memoria mucho antes si hubiera tenido algún dato sólido en el que apoyarse, en vez del cuento de hadas que Jay había inventado para él.

Le estaba haciendo daño, seguramente sus dedos terminarían dejándole marcas en los brazos. Jay intentó liberarse inútilmente y jadeó cuando Lucas incrementó la presión de su mano.

—¡Tenía miedo!

—¿Miedo de qué?

—Pensaba que Frank me diría que me fuera si se enteraba de que había descubierto que no eras Steve. Lucas, por favor, ¿me estás haciendo daño!

Por lo menos podía pronunciar su nombre. Incluso en medio del dolor, le gustaba saborear aquel sonido.

Lucas rebajó la presión, pero la agarró también del otro brazo y la sostuvo con firmeza.

—¿Así que Frank te contrató para que dijeras que yo era Steve Crossfield?

—No, no —tartamudeó—. Al principio yo también pensaba que eras Steve.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Tus ojos. Cuando vi tus ojos lo supe.

El recuerdo de aquel momento era claro como el cristal. Cuando los médicos le habían quitado las vendas de los ojos y había mirado a Jay por primera vez, la había visto tan pálida como lo estaba en aquel momento. Era extraño, porque sabía que Sabin jamás habría descuidado un detalle tan básico como el color de sus ojos.

—¿Tu marido no tenía los ojos castaños?

—Mi exmarido —susurró Jay—. Sí, pero los tenía oscuros. Los tuyos son prácticamente amarillos.

De modo que sus ojos eran diferentes de los de su exmarido. Casi llamaba a la risa el que Sabin, que tan cuidadosamente había preparado todo aquel chanchullo, hubiera fallado en algo como eso. Pero aun así, Jay no le había dicho a nadie que se había equivocado de hombre, lo cual habría sido lo más razonable. Ni siquiera se lo había dicho a él, ni entonces ni durante las semanas que habían compartido en la cabaña. El enfado y la frustración endurecían su voz.

—¿Por qué no me lo has dicho? ¿No se te ha ocurrido pensar que podía estar interesado en saber quién era?

—No podía arriesgarme. Tenía miedo... —comenzó a decir, suplicando comprensión.

—Sí, es cierto, tenías miedo de que se terminara el chollo. Frank te estaba pagando para que te quedaras conmigo, así que no podías renunciar a este trabajo.

—¡No! No es eso...

—Entonces ¿cómo es? ¿Tienes tanto dinero que no necesitas trabajar?

—Lucas, por favor. No soy una mujer rica.

—¿Y cómo has podido sobrevivir durante los meses que he estado en el hospital?

—Frank se ha hecho cargo de todos mis gastos —contestó frustrada—. Pero por favor, ¿quieres escucharme?

—Te estoy escuchando, cariño. Y acabas de decirme que Frank te pagó para que te quedaras conmigo.

—¡Hizo posible que me quedara contigo! Acababa de perder mi trabajo... —cuando ya era demasiado tarde, oyó sus propias palabras y supo cómo se las tomaría Lucas.

La rabia transformó los ojos y la boca de Lucas en una dura línea.

—Así que no desperdiciaste la posibilidad de conseguir un trabajo especialmente cómodo. Lo único que tenías que hacer era sentarte cada día al lado de mi cama para obtener todo lo que te apeteciera, porque Frank estaba dispuesto a pagar todas tus cuentas. Eso explica los motivos por los que no querías casarte conmigo, ¿verdad? Estabas encantada de aceptar tu salario, pero casarte con un desconocido era algo un poco más serio. Por no

mencionar el hecho de que nuestro matrimonio no habría sido legal. Sí, te has ahorrado muchos problemas sacando a relucir todas esas excusas.

—No eran excusas. Teníamos muy poca información sobre ti, podía haber alguien a quien le importaras.

—¡Y lo había! —gritó Lucas—. ¡Mi familia! Ahora creen que estoy muerto.

Jay intentaba no perder el control y mantener la voz firme.

—No podía casarme contigo hasta que no hubieras recuperado la memoria y tuviera la certeza de que de verdad querías casarte conmigo. No podía aprovecharme de ti en una situación como esta.

—Un escrúpulo muy conveniente. Realmente te ennoblece, ¿verdad? Es una pena. Pero si querías conservar este chollo de trabajo, deberías haberte casado conmigo cuando todavía tenías oportunidad de fingir que yo era Crossfield. Después, cuando recuperara la memoria, podrías haberte hecho pasar por una pobre víctima y quizá hubieras conseguido que me quedara contigo sin sentirme culpable.

Jay se apartó bruscamente de él. De alguna manera, durante los largos meses que había pasado a su lado, había llegado a creer que Lucas la amaba, aunque nunca se lo hubiera dicho con aquellas palabras. Se mostraba tan posesivo, tan tierno y apasionado... Pero Lucas había recuperado la memoria y no podía haber dejado más claro que su enamoramiento había terminado. Ya no la necesitaba y era obvio que no iba a volver a pedirle matrimonio. Todo había terminado y no iban a separarse como amigos. Había pasado lo peor: Jay le había mentido, le había ocultado su verdadera identidad y él nunca se lo perdonaría. Lucas pensaba que lo había hecho porque el gobierno estaba dispuesto a pagarle hasta que hubiera terminado aquella farsa.

Lucas la soltó bruscamente, como si no pudiera soportar que continuara tocándolo y Jay se tambaleó. Cuando recuperó el equilibrio, se volvió hacia la escalera.

—Abre la puerta —le pidió.

Lucas apretó los puños. Todavía no estaba preparado para poner fin a la discusión. No tenía todas las respuestas que quería. Pero el gesto de Jay le recordó la necesidad de salir rápidamente de allí. Tenían que salir de la

cabaña antes de que Piggot los encontrara. Lo último que quería era que Jay se viera atrapada en medio de un tiroteo.

—Yo iré primero —le dijo, y pasó por delante de ella.

Señaló la puerta abierta y subió la escalera pistola en mano. En cuanto sacó la cabeza de la trampilla, miró con recelo en todas direcciones, salió al piso de arriba y se arrodilló para ayudar a Jay a subir.

—Está todo en regla. Vamos.

Jay no lo miró mientras subía. Y tampoco lo hizo mientras aceptaba la mano que él le tendía. Lucas cerró la trampilla y volvió a colocar la bala de heno sobre ella. Jay comenzó a caminar hacia la puerta del cobertizo, pero él la agarró y le hizo retroceder.

—¡Cuidado! —le dijo con un susurro furioso—. Volveremos por el mismo camino por el que hemos llegado hasta aquí. Procura mantenerte entre las sombras.

Lucas fue abriendo camino y Jay lo seguía sin decir una sola palabra.

Continuaba negándose a encender la luz de la cabaña, de modo que Jay tuvo que ir a tientas por su dormitorio mientras buscaba algo de ropa en medio de la oscuridad. Cuando estaba quitándose la camisa de Lucas para ponerse su propia ropa, él entró en el dormitorio. Tras un momento de cierto embarazo, Jay se volvió con torpeza para ponerse el sujetador. Sentía las manos torpes y en la oscuridad no conseguía encontrar los tirantes. Desesperada, terminó dejando el sujetador sobre la cama y poniéndose directamente el jersey.

Lucas la observaba con atención. La piel pálida de sus senos resplandecía bajo la tenue luz que entraba por la ventana y, a pesar de su enfado, de la sensación de traición y la necesidad de odiarla, deseó acercarse a ella y estrecharla contra él. Solo unas horas antes había tenido aquellos senos entre sus manos, los había acariciado ávidamente con su boca. Había hecho el amor con Jay hasta la agonía. Jay le había dicho que lo amaba. Y, sin embargo, en aquel momento se volvía como si quisiera esconder el cuerpo de su mirada.

Aquello le dolió, lo sacudió por dentro. Le dolió mucho más que lo que Jay acababa de decirle, mucho más que los motivos mercenarios que le había echado en cara. Necesitaba saber por qué, pero no tenía tiempo.

Maldita fuera. Si al menos Jay no se mostrara tan dolida y distante. Lucas tenía que luchar contra la urgencia de estrecharla en sus brazos y besarla para que cambiara de expresión. Diablos, ¿qué podía importarle por qué lo había hecho? Quizá al principio hubiera actuado motivada por el dinero, pero, maldita fuera, tenía la condenada certeza de que en aquel momento no era esa la razón, o por lo menos no lo era del todo. Pero aunque así hubiera sido, pensó despiadadamente, no permitiría que se marchara. Intentaría arreglar las cosas entre ellos en cuanto hubieran atrapado a Piggot, pero hasta entonces, lo más importante era asegurarse de que Jay estuviera a salvo.

—Date prisa —le dijo bruscamente.

Jay se sentó en el borde de la cama, se quitó las botas, se puso rápidamente unos calcetines y volvió a calzarse. A toda velocidad, agarró el bolso y la chaqueta y dijo:

—Ya estoy lista.

Lucas no veía la necesidad de que se llevara nada más. Tendrían oportunidad de regresar a la cabaña cuando se hubiera hecho cargo de Piggot y le gustó que Jay no perdiera ni un segundo más. Jay era una buena compañera incluso cuando no estaba en su mejor momento.

Lucas tenía que encontrar un lugar seguro en el que dejarla. Dudaba de que en Black Bull, la población más cercana, hubiera un hotel, pero no podían ir más lejos. Condujo el *jeep* a una velocidad de vértigo a través de la pradera. Era un trayecto peligroso, especialmente si se tenía en cuenta que no quería arriesgarse a encender las luces del coche. Pero temiendo encontrarse en algún momento en aquella tesitura, durante su estancia en la cabaña, Lucas había recorrido la pradera una y otra vez, dibujando mentalmente la ruta que tomaría, estimando la máxima velocidad que podía resultar segura y tomando nota de todas las piedras y baches del camino. Conducía tan cerca de la línea de los árboles que las ramas rozaban el lateral del *jeep*.

—No veo nada —dijo Jay con voz tensa.

—Yo sí.

No veía demasiado, pero sí lo suficiente como para conducir. Tenía buena visión nocturna.

Jay se aferró a la puerta cuando el vehículo saltó al atravesar un montículo de piedras. Lucas tendría que encender las luces para bajar la montaña, pensó; el camino solo tenía anchura suficiente para un vehículo y a uno de los lados había una caída completamente vertical. Incluso a la luz del día, Jay apenas se atrevía a respirar hasta que habían superado aquel tramo. Pero cuando llegaron hasta allí, Lucas continuó conduciendo sin luces. La oscuridad que tenían ante ellos era absoluta.

Jay cerró los ojos. El corazón le latía con tanta fuerza que no podía oír otra cosa. No podía hacer nada. Lucas había decidido no encender las luces, arriesgarse a conducir en la oscuridad, y ella no podía hacer nada para hacerlo cambiar de opinión. Su arrogante confianza en su habilidad era tan admirable como aterradora. Jay preferiría haber bajado la montaña con diez metros de nieve en el camino que hacerlo a aquella velocidad espeluznante, pero Lucas había decidido que era así como había que hacerlo y no había más que hablar.

Era incapaz de calcular el tiempo que tardaron en recorrer aquel camino. A ella le parecieron horas. Al final, los nervios no fueron capaces de soportar tanta tensión y terminaron adormecidos. Jay incluso abrió los ojos. Ya nada importaba. Si terminaban cayendo por el precipicio, morirían juntos, tanto si tenía los ojos cerrados como abiertos.

Pero entonces llegaron a la segunda pradera. De pronto, Steve pisó los frenos y soltó un improperio. Jay vio lo mismo que acababa de ver él: un haz de luces frente a ellos, en el otro extremo de la pradera. Afortunadamente, todavía estaban fuera del alcance de las luces, pero Jay sabía tan bien como Lucas lo que significaban. Los hombres de Piggot se estaban acercando, preparando el terreno para la llegada de su jefe.

Lucas dio media vuelta para regresar por donde habían llegado, manteniendo el coche siempre cerca de la línea de árboles. Cuando llegaron al final de la pradera, giró hacia el norte y se salió del camino. Las ruedas del *jeep* se hundían casi por completo en la nieve.

—¿Ahora vamos a ir campo a traviesa?

—No, es imposible. La nieve es demasiado espesa —dejó el *jeep* escondido entre los árboles y salió—. Quédate aquí —le ordenó, y desapareció.

Jay giró nerviosa en su asiento y forzó la vista intentando ver lo que Lucas estaba haciendo. Apenas distinguía su silueta en la nieve. Un instante después, Lucas había desaparecido.

A los dos minutos regresó. Se montó de nuevo en el *jeep*, cerró la puerta y bajó la ventanilla.

—Escucha —siseó.

—¿Qué has hecho?

—He borrado el rastro de nuestro coche. Solo había un coche. Si pasa de largo, todavía estamos a tiempo de volver al camino y alcanzar la autopista.

Escucharon con atención. El sonido del motor de un coche llegaba nítidamente hasta ellos a través del aire de la noche. El coche se movía lentamente mientras se abría camino en aquel trayecto para él desconocido. Las luces penetraban en la oscuridad de la noche y parecían a punto de alcanzarlos.

—No te preocupes —susurró Lucas—. No pueden vernos desde allí. Si no notan nada en el lugar en el que hemos girado y continúan avanzando, todo saldrá bien.

Dos condiciones. Dos grandes condiciones. Jay apretaba los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas. Las luces estaban tan cerca de ellos que iluminaban el interior del *jeep*. Jay advirtió entonces que Lucas se había puesto la cazadora, pero no la camisa. Aquel extraño detalle la afectó de tal manera que se preguntó si no estaría al borde de la histeria.

—Adelante —susurraba Lucas para sí—, adelante.

Por un momento, pareció que el otro coche estaba a punto de detenerse. El haz de luz se elevó ligeramente hacia ellos. Pero el coche de pronto giró y oyeron cómo se iba alejando el ruido del motor.

Jay soltó el aire que estaba conteniendo. Lucas puso el motor en marcha, sabiendo que no se oiría por encima del otro motor y giró, rezando para que estuvieran suficientemente escondidos y las luces de freno no revelaran su situación. Por lo menos llevaban al otro coche tras ellos. En el caso de que tuvieran que hacerlo, podrían huir por la carretera. Y teniendo en cuenta lo abrupto del camino, las posibilidades de que acertaran a dispararlos en una persecución eran pocas.

El *jeep* se tambaleó entre la nieve y volvieron de nuevo al camino. Ninguna otra luz quebraba la oscuridad y, de vez en cuando, a través de los árboles, veían las luces del otro coche, que continuaba avanzando lentamente por aquellas traicioneras montañas.

Jay permanecía en silencio, y continuó callada cuando llegaron a la carretera y Lucas encendió las luces. Se sentía como si la hubieran anestesiado.

Llegaron a Black Bull a las dos de la madrugada. Todos los habitantes de aquel pueblo de ciento treinta y tres almas estaba en la cama. Ni siquiera había una tienda que abriera por las noches y, según el letrero que colgaba de la gasolinera, esta cerraba a las diez de la noche. El coche del *sheriff* estaba aparcado a un lado de la gasolinera.

Lucas detuvo el *jeep*.

—¿Crees que puedes conducir suficientemente bien como para salir de aquí? —le preguntó bruscamente.

Jay bajó la mirada hacia la palanca de marchas, pero no miró a Lucas.

—Sí.

—Entonces conduce hasta la próxima población en la que puedas encontrar un hotel. Desde allí llama Frank. Él lo arreglará todo para que vayan a buscarte. ¿Tienes su número de teléfono?

Así que había llegado el momento. Todo había terminado.

—Dame un bolígrafo. Te lo escribiré.

Jay buscó con torpeza en el bolso y sacó un bolígrafo, pero no tenía ningún pedazo de papel en el que apuntar el número. Al final, Lucas le agarró la mano, le dio media vuelta y le escribió el número en la palma.

—¿Adónde vas? —le preguntó Jay con voz tensa.

—Voy a abrir ese coche del *sheriff* para llamar a Veasey. Después iré a buscar a Piggot y terminaré con esto de una vez por todas.

Jay fijó la mirada en el parabrisas. Apretaba la mano con fuerza, como si quisiera evitar que el número que Lucas le había apuntado en la mano se borrara.

—Ten cuidado —consiguió decir.

Era una frase trillada, pero la estaba diciendo de todo corazón. Se preguntaba si Frank alguna vez le contaría lo ocurrido. Si llegaría a

enterarse de lo que le había sucedido a Lucas.

—Ya consiguió tenderme una emboscada en una ocasión. No volverá a ocurrir.

Lucas salió del *jeep* y se dirigió a grandes zancadas hasta el coche del *sheriff*. Estaba cerrado, pero eso no fue ningún impedimento. Abrió la puerta en menos de diez segundos. Miró hacia el *jeep* y se quedó observando a Jay a través de la ventanilla. Tenía el rostro blanco como el de un fantasma. En aquel momento, no había nada que Lucas deseara más que estrecharla entre sus brazos y besarla con tanta fuerza que ambos pudieran olvidar aquel desastre, pero si la besaba, no sería capaz de detenerse y lo más importante era ocuparse de Piggot. Sin embargo, la quería tan profundamente que habría estado dispuesto a utilizar el vínculo del sexo para asegurarse de que Jay supiera que era suya. Una sensación de vacío le iba devorando las entrañas. No habían sido capaces de resolver la difícil situación con la que se habían encontrado, pero eso tendría que esperar. Quizá fuera mejor de esa manera. Al cabo de unas pocas horas, ya no tendría que volver a preocuparse por Piggot y habría podido controlar su impaciencia. Sería capaz de pensar con claridad, de dejar de comportarse como si Jay lo hubiera traicionado. Todavía no comprendía las razones por las que ella lo había engañado, pero, a pesar de todo, sabía que lo amaba.

En vez de pasar a ocupar el asiento del conductor, Jay abrió la puerta, salió y miró a su alrededor. Se detuvo delante del *jeep*. Su esbelta silueta se recortaba contra las luces.

—Era la única forma que se me ocurría de protegerte —le dijo, después, se volvió a montarse en el *jeep* y puso el motor en marcha.

Lucas observó las luces que se alejaban rumbo a la autopista. Estaba estupefacto. ¿Para protegerlo?

Él estaba acostumbrado a tomar solo sus decisiones, la idea de que alguien pudiera protegerlo sin su conocimiento le resultaba completamente extraña. ¿Qué creía Jay que podía hacer para protegerlo?

De ella había dependido mantener esa farsa. Jay tenía razón; Frank se la habría quitado del medio en cuanto le hubiera dicho que había cometido un error, que él, Lucas, no era su exmarido. Jay no tenía ni las armas ni el entrenamiento necesario, pero eso no le había impedido asumir,

literalmente, el papel de guardaespaldas. Toda aquella farsa dependía de ella, de modo que había decidido guardar silencio y continuar protegiéndolo con su presencia.

Porque lo amaba. Lucas soltó un improperio. Su respiración pareció cristalizarse en el aire gélido de la noche. Su maldita preparación como agente le había jugado una mala pasada, haciéndole ver una traición en donde no había ninguna, haciéndole cuestionarse los motivos de la actitud de Jay y asumiendo lo peor. Le bastaba mirarse a sí mismo para comprender por qué Jay no le había dicho nada. ¿Acaso no había permanecido él en silencio durante los dos días anteriores porque temía perderla en el caso de que le dijera la verdad? La amaba demasiado como para aceptar siquiera la posibilidad de perderla, hasta que Piggot había forzado la situación.

Soltó un nuevo juramento, se metió en el coche y lo puso en marcha.

El amanecer lanzaba sus primeros rayos rosados sobre la nieve, una imagen de la que Lucas había disfrutado muchas veces en las montañas. Pero aquella mañana en particular, la escena no era tan bucólica. La pradera estaba llena de hombres y vehículos. La prístina nieve había sido pisoteada. De vez en cuando aparecía alguna mancha rojiza. A la izquierda de la cabaña había un helicóptero cuyas hélices removían lentamente el aire de la mañana.

Diez hombres armados avanzaron hacia él cuando apareció de entre los árboles, pero alzaron sus armas en cuanto lo reconocieron. Lucas caminó con paso firme hacia ellos, sosteniendo su propia pistola con la mano manchada de sangre. El hedor a cordita, un explosivo compuesto principalmente por pólvora y nitroglicerina, le irritaba la nariz y una nube de humo gris descansaba sobre la pradera, como si estuviera resistiendo los esfuerzos de la brisa por disiparla.

Había un hombre alto, de pelo oscuro, cerca del helicóptero, supervisando la escena con los ojos entrecerrados.

Lucas se acercó a él.

—Has corrido un gran riesgo al alojarnos en tu propia cabaña —le espetó.

Kell Sabin miró a su alrededor.

—Era un riesgo calculado. Tenía que encontrar al infiltrado. En cuanto se supo el lugar en el que estaba localizada la cabaña, supe quién era, porque el acceso a la información era muy restringido —se encogió de hombros—. Ya encontraré otro sitio para pasar las vacaciones.

—¿Ese infiltrado descubrió mi tapadera?

—Sí. Hasta entonces, yo no tenía ni idea de quién era —la voz de Sabin era gélida y sus ojos parecían dos tizones.

—Entonces ¿qué sentido tenía seguir con la farsa? ¿Y por qué meter a Jay en todo este lío?

—Para que Piggot continuara intentando averiguar si estabas vivo. Tu coartada ya no nos servía. Conocía a tu familia y podía intentar llegar hasta ellos. Estaba intentando ganar tiempo para mantener a todo el mundo a salvo hasta que Piggot saliera de nuevo a la superficie y pudiéramos atraparlo —Sabin miró hacia los árboles—. Supongo que no volverá a molestarnos.

—Ni a nosotros ni a nadie.

—Este ha sido tu último trabajo. Ya estás fuera...

—Desde luego que sí —se mostró de acuerdo Lucas—. Tengo cosas mejores que hacer, como casarme y formar una familia.

De pronto Sabin sonrió y la frialdad desapareció de su mirada. Muy pocas personas habían visto a Sabin así, las únicas a las que realmente podía llamar amigos.

—Cuanto más grandes son... —se burló, pero no terminó la frase—. ¿Ya se lo has dicho a ella?

—Ella ya lo sabía. Lo averiguó cuando todavía estaba en el hospital. Sabin frunció el ceño.

—¿Qué? Pero no dijo nada... ¿Cómo es posible que lo supiera?

—Por mis ojos. Mis ojos no son del mismo color que los de Crossfield.

—Diablos. Un detalle tan pequeño... ¿Y aun así siguió adelante?

—Creo que averiguó que toda esta farsa era para protegerme.

—Mujeres —musitó Sabin suavemente.

Pensó en su propia esposa, que había luchado como una tigresa para salvarle la vida cuando ni siquiera lo conocía. No le sorprendía que Jay

Granger se hubiera puesto en peligro para proteger a Lucas.

Este se frotó la barbilla.

—Ni siquiera le importa verme con esta cara tan fea.

—Los cirujanos hicieron lo que pudieron. Tenías la cara destrozada — Sabin volvió a sonreír—. De todas formas, eras demasiado guapo.

Los dos hombres continuaron observando todo el proceso de limpieza y sus semblantes volvieron a ensombrecerse ante tantas vidas perdidas. Habían muerto tres hombres, entre ellos Piggot, y cuatro más habían sido detenidos.

—Notificaré a tu familia que estás vivo —dijo Sabin por fin—. Siento que hayan tenido que pasar por todo esto, pero con Piggot suelto, era lo más seguro para ti y para todos ellos, siempre y cuando la farsa funcionara. Ahora todo ha terminado. Vete a buscar a Jay a dondequiera que la hayas escondido y salid los dos de aquí.

Lucas lo miró. El color abandonó lentamente su rostro.

—¿Todavía no ha llamado a Frank? —preguntó con voz ronca.

Sabin permaneció en silencio durante algunos segundos.

—No, ¿dónde está?

—Se suponía que tenía que conducir hasta la ciudad más cercana, buscar un hotel y llamar a Frank. ¡Maldita sea!

Dio media vuelta y salió corriendo hacia el cobertizo seguido por Sabin. De pronto, se había quedado helado. Era posible que Piggot hubiera localizado a Jay antes de llegar hasta allí, y existía también la ligeramente menos terrorífica posibilidad de que Jay hubiera tenido un accidente. Dios santo, ¿dónde estaba Jay?

Después de dejar a Lucas, Jay continuó conduciendo como una autómatas, siguiendo las diferentes indicaciones de la carretera. Al cabo de varios kilómetros, tomó la autopista que los había llevado hasta Colorado Springs, pero en dirección contraria. No prestaba ninguna atención a la hora; sencillamente, se limitaba a conducir. La autopista la condujo hasta Leadville y, desde allí, a través de otra carretera, se dirigió hacia Denver.

El sol comenzaba a elevarse en el cielo, dificultándole la visión, y prácticamente no le quedaba gasolina. Saldría en la siguiente salida de la autopista y llenaría el depósito.

De momento, eso sería todo.

Estaba agotada, pero no podía detenerse. Si paraba, tendría que pensar, y en aquel momento no podía soportarlo. Revisó su cartera, no tenía mucho dinero, unos sesenta dólares, pero conservaba las tarjetas de crédito. Con ellas podría regresar a Nueva York, el único hogar que le quedaba, su único refugio.

Esa misma carretera la llevó hasta el aeropuerto internacional de Stapleton, en Denver. Jay aparcó el *jeep* y tras anotar mentalmente el lugar en el que había aparcado para decírselo a Frank, entró en la terminal. Lo primero que hizo fue comprar el billete y tuvo la suerte de encontrar sitio en un avión que salía al cabo de una hora. Después fue a buscar un teléfono para llamar a Frank.

Él contestó al primer timbrado.

—Frank, soy Jay —se identificó a sí misma—. ¿Ya ha terminado todo?

—¿Dónde diablos estás? —gritó Frank.

—En Denver.

—¡En Denver! ¿Y qué estás haciendo allí? Se suponía que tenías que haberme llamado hace horas. Luke está a punto de volverse loco y tenemos a toda la policía de Colorado buscándote.

Jay sintió que se quitaba un peso enorme del corazón.

—¿Está bien, Frank? ¿No está herido?

—Sí, está bien. Se ha hecho un rasguño en el brazo, pero nada que no pueda curar una tiritita. Mira, ¿dónde estás exactamente? Iré a buscarte...

—¿Todo ha terminado? —insistió Jay—. ¿De verdad que ha terminado todo?

—¿Te refieres a Piggot? Sí, todo ha terminado. Luke ha acabado con él. Dime dónde estás y...

—Me alegro —las piernas parecían incapaces de seguir aguantando su peso durante mucho más tiempo—. Cuídalo.

—¡Dios mío, no cuelgues! —gritó Frank—. ¿Dónde estás?

—No te preocupes —consiguió decir Jay—. Puedo volver a casa yo sola.

Y, olvidándose completamente del *jeep*, colgó el teléfono. A continuación, se dirigió al baño y se lavó la cara con agua fría. Mientras se cepillaba el pelo, advirtió la palidez de sus mejillas y las ojeras que ensombrecían sus ojos.

—Desde luego, esta gente sabe cómo hacer disfrutar a una mujer —musitó a su reflejo.

El Yogi Berra había dicho «nada termina hasta que realmente termina», pero, definitivamente, aquello había terminado. A pesar de su agotamiento, Jay no pudo dormir durante el vuelo. Tampoco fue capaz de comer, aunque tenía el estómago vacío. Consiguió acabarse un refresco de cola, pero nada más.

Después de la soledad de la pradera, el aeropuerto de Nueva York le pareció un auténtico manicomio. Le entraban ganas de acurrucarse contra una pared y decirle a toda aquella gente que se fuera. Pero en vez de gritar, se metió en un autobús y una hora y media más tarde, entraba en su apartamento.

No lo había pisado desde hacía meses; y había dejado de ser para ella un hogar. Lo habían cuidado en su ausencia, tal y como Frank le había prometido, pero estaba tan vacío como ella. Ni siquiera tenía allí su ropa. Rio con tristeza; la ropa era la menor de sus preocupaciones. Frank se aseguraría de que se la enviaran.

Pero había sábanas y toallas en el baño. De modo que se metió en la ducha y después hasta fue capaz de reunir fuerzas para hacerse la cama. El sol de la tarde comenzaba a descender mientras se tumbaba desnuda entre las sábanas limpias. Como una autómatas, dio media vuelta, buscando el calor de Lucas, pero él no estaba allí. Todo había terminado y Lucas ya no la quería. Las lágrimas afloraron a sus ojos mientras cerraba los párpados, pero casi inmediatamente se quedó dormida.

—Janet Jean. Janet Jean, despierta.

La voz se habría camino hasta su conciencia, intentando arrancarla del sueño. Jay no quería despertarse. Mientras continuara dormida, no tendría que enfrentarse a una vida sin Lucas. Pero aquella parecía su voz. Frunció el ceño.

—Janet Jean, despierta, encanto —una mano fuerte le sacudió el hombro desnudo.

Jay abrió los ojos lentamente. Era Lucas el que estaba sentado al borde de la cama, mirándola con el ceño fruncido. Sus ojos amarillos parecían casi criminales, aunque su tono había sido todo lo delicado que su voz rota le permitía. Tenía un aspecto infernal; necesitaba urgentemente un afeitado, estaba despeinado y una venda empapada de sangre cubría su antebrazo izquierdo. Pero por lo menos llevaba una camisa, y su ropa parecía limpia.

—Sé que he cerrado con cerrojo —el sueño todavía le impedía pensar con claridad. En Nueva York a nadie se le ocurría dejar la puerta sin cerrar.

Lucas se encogió de hombros.

—Vamos, cariño, ve al baño y lávate la cara con agua fría. Yo prepararé café.

¿Qué estaba haciendo allí? A Jay no se le ocurría ninguna razón, y aunque parte de ella se regocijaba al verlo, no importaba por qué, otra parte sufría al saber que tendría que volver a despedirse de él. Quizá en aquella ocasión no fuera capaz de soportarlo.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—Imposible, todavía es de día.

—Las nueve de la mañana —le explicó Lucas con paciencia—. Vamos, levántate.

Le tiró de las manos para sentarla en la cama y las sábanas cayeron hasta su cintura, exponiendo su cuerpo desnudo. Jay agarró rápidamente las sábanas para ocultar sus senos; no se atrevía a mirarlo a los ojos mientras sentía el rubor que cubría sus mejillas.

Con un semblante completamente inexpresivo, Lucas se puso de pie y se desabrochó la camisa.

—Toma, ponte esto. Te he traído tu ropa, pero está toda revuelta en las maletas.

Jay miró la camisa y se la puso. Sin decir una sola palabra, se levantó, se metió en el baño y cerró con firmeza la puerta tras ella. Empezó a echar el cerrojo, pero decidió no perder el tiempo. Los cerrojos no servían de nada con Lucas.

Cinco minutos después, estaba mucho más despierta tras haber seguido su consejo y haberse lavado la cara. Después de haber pasado tanto tiempo sin beber, estaba también sedienta, y bebió varios vasos de agua. Se habría sentido mucho más segura si hubiera llevado encima algo más que esa camisa. La tela estaba impregnada del olor de Lucas. Se la llevó a la cara, inhaló profundamente y decidió regresar a la seguridad de su dormitorio.

Lucas estaba tumbado en la cama. Jay se quedó paralizada al verlo.

—Creía que ibas a hacer café.

—No tienes café.

Se levantó, posó las manos en sus hombros y la sacudió.

—Maldita sea —dijo con voz temblorosa—. He pasado por un auténtico infierno cuando me he enterado de que no habías llamado a Frank. ¿Por qué has huido? ¿Qué te ha hecho volver aquí?

Jay inclinó la cabeza; el pelo le caía sobre la cara.

—No tenía donde ir —le dijo, con la voz rota.

Él la estrechó entre sus brazos.

—¿De verdad creías que iba a dejar que te alejaras de mí tan fácilmente?

—¿Qué es lo que he hecho tan mal? —preguntó suplicante—. ¡No sabía otra manera de protegerte! Cuando te vi los ojos, supe que tenías que ser el agente que supuestamente había muerto, y comprendí también que se habían tomado muchísimas molestias para esconderte, lo que quería decir que estabas en peligro. Tenías amnesia, ¡ni siquiera sabías quién andaba detrás de ti! Pensé que mentir era la única forma que tenía de mantenerte a salvo.

Los ojos de Lucas resplandecieron.

—¿Y por qué te importaba lo que pudiera pasarme?

—¡Porque estaba enamorada de ti! ¿O crees que también eso es mentira?

Lucas la acarició con delicadeza.

—No —le dijo con voz queda—, creo que siempre he sabido que me amabas, casi desde el principio.

Las lágrimas asomaban por los lagrimales de los ojos de Jay.

—La primera vez que te toqué —susurró—, sentí el calor de tu piel, y también la fuerza con la que estabas luchando para conservar la vida. Empecé a quererte en aquel momento.

—Entonces ¿por qué te has marchado?

Se mostraba implacable, pero aquel era un rasgo muy propio de él.

—Porque todo había terminado. Tú no me querías. A mí me aterrorizaba lo que pudieras hacer cuando recuperaras la memoria. Tenía miedo de que me alejaras de tu lado, como lo hiciste. Así que decidí marcharme.

—Yo solo quería alejarte del peligro, ¡maldita sea! No pretendía que te marcharas a más de mil kilómetros —la levantó en brazos, la dejó en la cama y se tumbó a su lado—. Esta vez no quiero excusas. Esta vez vamos a casarnos en cuanto podamos hacerlo legalmente.

Jay lo miró tan sorprendida como la primera vez que Lucas había hablado de matrimonio.

—¿Qué... qué? —farfulló.

—Me dijiste que volviera a preguntártelo cuando hubiera recuperado la memoria. Bueno, pues ya la he recuperado. Ya podemos casarnos.

Lo único que pudo decir Jay fue:

—Eso no es una pregunta, es casi una orden. Y si crees que me debes...

Lucas, que había comenzado a desabrocharle la camisa, alzó bruscamente la mirada hacia ella.

—Te amo tanto que me has hecho perder la cabeza...

Jay estaba completamente estupefacta.

—Nunca me lo has dicho. Yo pensaba que... Pero luego tú me dijiste que me marchara.

—Creía que no podía dejarte más claro lo que sentía —gruñó Lucas.

—¿A ti te hace falta que te lo diga? —le preguntó Jay.

—Claro que me hace falta.

—Pues a mí también.

Lucas inclinó la cabeza y la besó mientras acariciaba su cuerpo desnudo. Acercó a Jay sus musculosas piernas y esta sintió la dureza de su sexo contra el muslo.

—Te amo, Lucas Stone.

Por lo menos, ya podía pronunciar su nombre con todo su amor.

OceanofPDF.com

Epílogo

—¿De verdad ha muerto Piggot?

Lucas observó el rostro de Jay detenidamente a través de la mesa. Había bajado a comprar lo necesario para el desayuno y ambos estaban comiendo como si estuvieran muertos de hambre, que era exactamente como estaban. Lucas tampoco había probado bocado desde el día anterior. Encontrar a Jay y conseguir que volviera con él había sido mucho más importante que la comida.

—Sí. Fui yo el que le puso fin a la misión —la verdad era dura, pero Jay tenía derecho a saber el tipo de hombre con el que estaba a punto de casarse.

Jay bebió un sorbo de café y alzó sus increíbles ojos azules hacia él.

—Me alegro de que esté muerto —dijo con ferocidad—. Intentó matarte.

—Y estuvo a punto de conseguirlo.

Jay se estremeció, pensando en los días en los que la vida de Lucas pendía de un hilo y él alargó la mano hacia ella.

—Eh, cariño, todo ha terminado. Esa parte de nuestras vidas ya se ha acabado. Y esta... —le estrechó la mano— no ha hecho más que empezar, si estás segura de que soportarás ver todos los días esta cara a la hora del desayuno.

Jay esbozó una sonrisa que iluminó su rostro como la luz del sol.

—Bueno no eres especialmente guapo, pero te aseguro que eres un hombre muy sexy.

Lucas gruñó, tiró suavemente de ella y la sentó en su regazo. Jay le rodeó el cuello con los brazos mientras él inclinaba la cabeza para darle un beso.

—Por cierto, ya no soy agente.

Jay lo miró sobresaltada.

—¿Qué?

—Que ya no soy agente. Estoy oficialmente retirado desde ayer. Sabin me ha sacado de esto. Una vez descubierta mi tapadera, no podía volver a la agencia sin poner en peligro a mi familia. En realidad estaba fuera desde la explosión, pero Sabin no lo ha hecho oficial hasta que hemos acabado con Piggot.

—Entonces supongo que los dos tendremos que buscar trabajo.

¡Se había retirado! A Jay le entraban ganas de ponerse a cantar aleluyas. Ya no tendría que preocuparse cada vez que Lucas saliera de casa de no volver a verlo otra vez.

Él le acarició el labio con el pulgar.

—Ya tengo un trabajo, encanto. Soy un hombre de negocios, soy socio en la firma de ingenieros de mi hermano. He trabajado por todo el mundo, era una buena tapadera para las misiones que me encargaban. A estas alturas, Sabin ya habrá hablado con mi familia y les habrá contado que hubo un error en la identificación de las víctimas de la explosión y que estoy vivo. La impresión va a ser tremenda para todos, especialmente para mis padres. Y teniendo en cuenta cómo ha cambiado mi rostro y mi voz, les costará acostumbrarse.

—Y además vas a llevar a una mujer desconocida a tu familia —dijo Jay, con la preocupación oscureciendo su mirada.

—Ah, eso. No te preocupes por eso. Mi madre lleva años diciéndome que tengo que sentar cabeza. Antes no era siquiera una posibilidad, pero eso ha cambiado —le dirigió una sonrisa traviesa—. En cualquier caso, ya he decidido retirarme, así que podré dedicar todo mi tiempo a satisfacerte.

Y desde luego lo hacía. Jay posó la cabeza en su hombro, absorbiendo su calor y su cercanía. Lucas tensó los brazos.

—Te quiero —le dijo con voz firme.

—Yo también te quiero, Lucas Stone —jamás se cansaría de decirlo, y él nunca se cansaría de oírlo.

Lucas se levantó y la abrazó.

—Vamos a hacer una llamada de teléfono. Quiero que mis padres sepan que tienen una nuera.

Hizo esa llamada de teléfono, pero no directamente. Antes la besó y cuando alzó la cabeza, la expresión de sus ojos se había intensificado. La llevó al dormitorio; allí, el espejo reflejó la imagen de dos personas entrelazadas mientras se amaban.

OceanofPDF.com



LINDA HOWARD, su nombre real es LINDA HOWINGTON. Nació en los Estados Unidos en 1950. Después de terminar sus estudios secundarios empezó la carrera de periodismo, la cual abandonó para ponerse a trabajar de administrativa en una empresa de transportes, donde conoció a su marido.

Linda escribe desde que era una niña, aunque no inició su trayectoria profesional hasta 1980, debutando con el libro *Poder de seducción*. Desde entonces ha sido honrada tanto por colegas como por críticos, recibiendo varios premios a lo largo de su carrera profesional. Es una de las habituales en el premio al mejor autor de *Best-sellers*, el cual ha ganado varias veces.

En la actualidad, vive en una granja de doscientos acres en el noreste de Alabama. Está casada con un pescador profesional y a menudo viaja con él a los torneos, llevándose una computadora portátil para que ella pueda trabajar mientras él pesca.

«Siempre he vivido con otras personas dentro de mi cabeza, por eso no sé qué decir cuando me preguntan dónde consigo mis ideas. Las voces en mi cabeza no me dicen que mate a cualquiera, ellas me dicen que escriba. Así que lo hago».

OceanofPDF.com